R.K. LANDER



EL CAMINO DEL GUERRERO

El Silvano II

© 2025 R.K. Lander

Todos los derechos reservados.

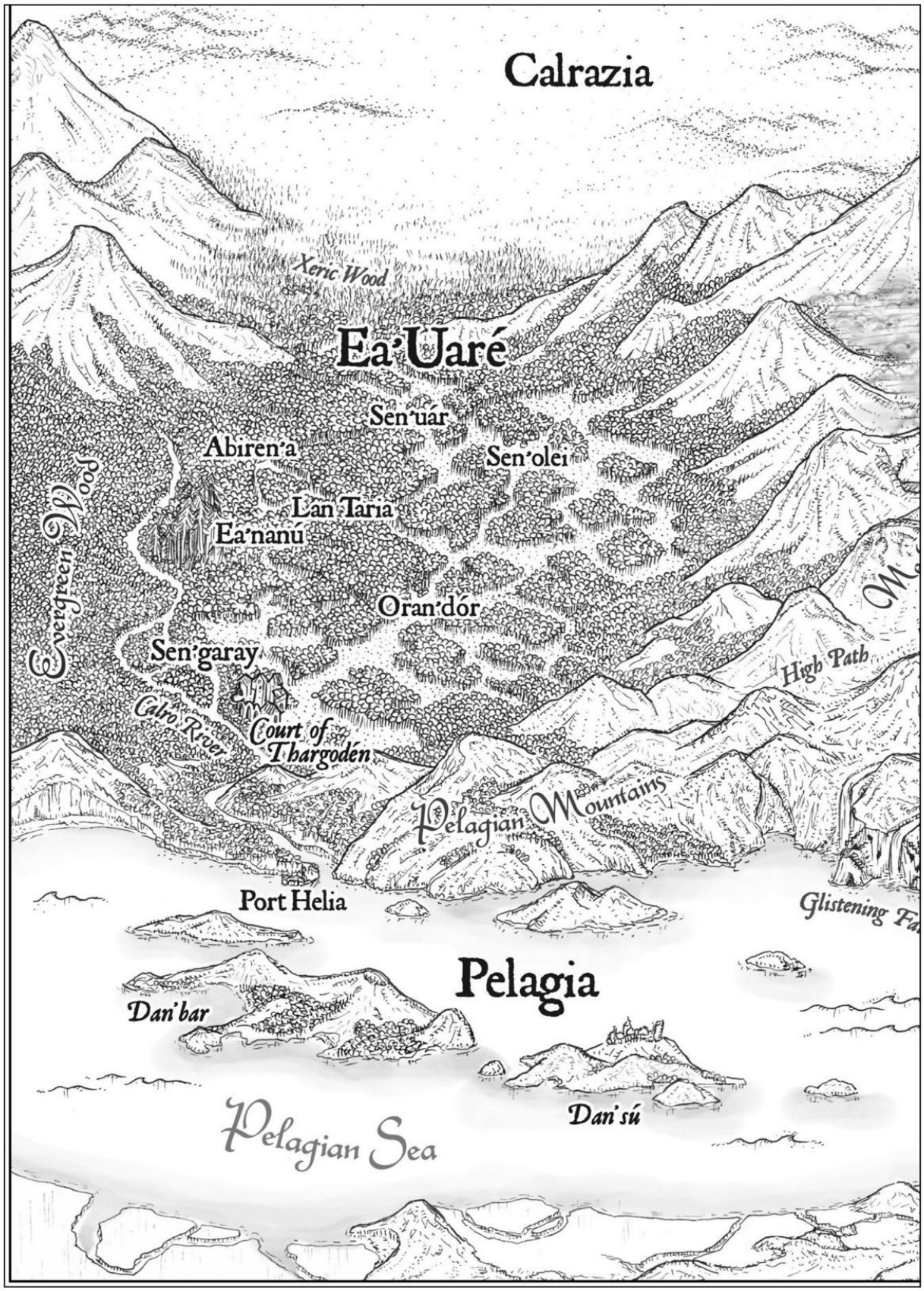
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright. Queda prohibido el uso de esta obra para entrenar Inteligencia Artificial.

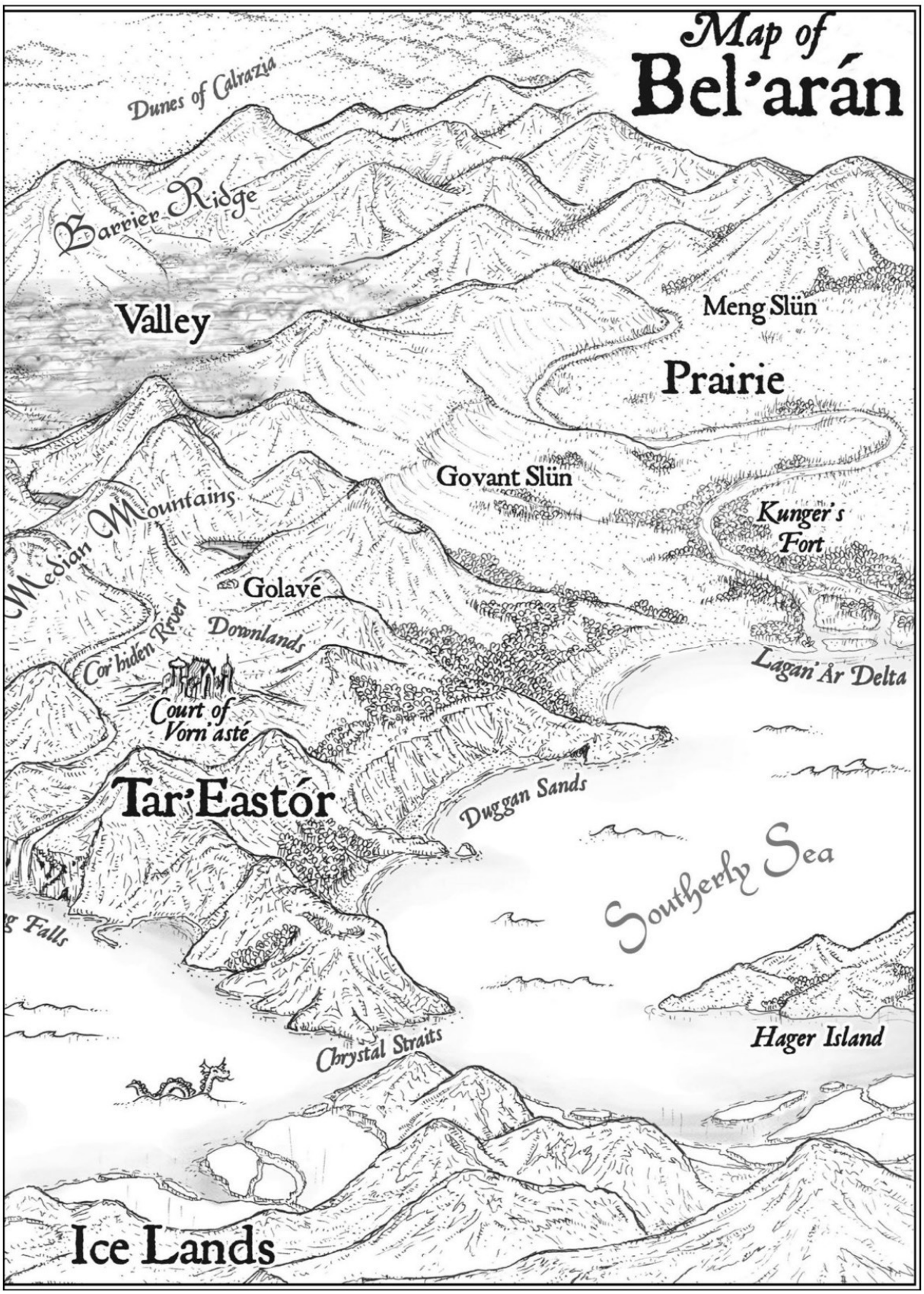
Publicado por primera vez en Inglés (Road of a Warrior) (2018)

Escrito por R.K. Lander
Portada: Deranged Doctor Design

Ganador del premio BIBA 2018
(mejor novela de fantasía)

Subscríbete a la lista de lectores de R.K. Lander. Sé de los primeros en recibir noticias, novedades y últimas publicaciones de la autora.


Calrazia
Xeric Wood
Ea'Uaré
Sen'uár
Abiren'a
Sen'olei
Evergreen Wood
Lan Taria
Ea'nanú
Oran'dór
Sen'garay
High Path
Calro River
Court of Thargodén
Pelagian Mountains
Port Helia
Glistening Fa
Pelagia
Dan'bar
Dan'sú
Pelagian Sea


Map of
Bel'arán
Dunes of Calrazia
Barrier Ridge
Valley
Meng Slün
Prairie
Govant Slün
Median Mountains
Kunger's Fort
Golavé
Downlands
Cor'hidén River
Lagan'Ar Delta
Court of Vorn'asté
Tar'Eastór
Duggan Sands
Southerly Sea
Falls
Crystal Straits
Hager Island
Ice Lands

Índice

1. El Viaje
2. Herencia
3. Precipicio
4. Silvicultura
5. El Oyente
6. El Corazón Prevalecerá
7. Convergencia
8. La Compañía
9. Visiones del Pasado y Presente
10. El Silencio de Los Silvanos
11. El Camino del Guerrero
12. Kal'hamén'Ar
13. En La Montaña
14. Trascender
15. Ber'anor

Sigue La Saga
Acerca del Autor

CAPÍTULO 1

El Viaje

"En el Bosque Profundo de Ea Uaré, los elfos Silvanos pasan el gélido invierno contando historias, hablando de presagios y de todo aquello destinado a ser. Hablaban de la desolación de Sen'uár y la masacre de su gente; hablaban del enemigo invasor y su profanación de la tierra; pero sobre todo hablaban de Sen'oléi y la llegada de la Patrulla del Noroeste. Los elfos de Turion habían combatido el fuego y salvado a sus niños, y el bosque lo recordaba, pues contaron la historia mil veces: del guardabosque al herrador, del panadero al maestro, del curtidor al sanador, y pronto no hubo más que un nombre en boca de todos: Fel'annár, Sol Verde."
Las Crónicas Silvanas, Libro IV. Marhené

~

En otro tiempo, había sido agradable a la vista, o eso solía decir su Mavey. Eso fue antes de que se aventuraran en el Valle y se volvieran inmortales.

Les habían atraído las historias de rostros hermosos y resplandecientes que aguardaban tras el Velo. Allí estaba el paraíso, decían, a un palmo de distancia; ¿por qué no podían los mortales cruzar y disfrutar de la vida eterna? Casi había olvidado aquellas

otras historias, las que contaban los elfos sobre la muerte y la infección. Los humanos no las creían; nunca lo harían.

Pero ¿qué importaba ya? ¿De qué servían sus recuerdos ahora que era inmortal? Eso al menos lo había conseguido, y sin embargo no había pasado a la Fuente porque los elfos oscuros le habían ahuyentado. Fue entonces cuando comenzó la lenta e implacable maldición de la mortalidad, pues, aunque su espíritu ahora era inmortal, su cuerpo no estaba hecho para ello. La entropía era su castigo, condenado a la locura mientras contemplaba cómo se desmoronaba, incluso su mente.

Se encogió de hombros. Ya no importaba; ya no le preocupaba.

Solían llamarle Rovad, recordó, pero cuando comenzó la podredumbre su nombre quedó olvidado, pues los Desviados no pueden hablar, no como lo hacen los humanos. Reprimió el instinto de reír porque ya tampoco podía hacer eso; sus cuerdas vocales ya no se lo permitían. Todo lo que podía hacer ahora era gemir. Miró su mano derecha grisácea, preguntándose vagamente cuándo se le caería el dedo. Pero, en fin, ¿qué importaba eso realmente, después de tanto tiempo? ¿Acaso no había deseado ser inmortal?

Girándose, alzó su oxidada espada y permitió que sus ojos nublados se posaran resignadamente sobre las figuras luminosas que corrían hacia él en la distancia. Le habían condenado a años de horror, amargos años observando cómo su cuerpo se desvanecía ante sus propios ojos, ¿y para qué? ¿Para proteger la pureza de su refugio más allá de Valle? ¿Para mantenerlo libre de la contaminación de la mortalidad?

Los elfos lo matarían, quizá antes de que él pudiera matar a alguno de ellos, y no podía negar que la idea resultaba atractiva. Había perdido su nombre, perdido a su Mavey. Nada más importaba realmente y, sin embargo, había una cosa que deseaba más que la muerte, más que cualquier otra cosa que hubiera ambicionado en su vida anormalmente larga. Deseaba dar muerte a los inmortales, quebrar su inmortalidad tal como ellos le habían condenado a morir con horror. Repararía el mal que se había hecho a los mortales de Bel'arán, porque ¿cómo se puede vivir conscientemente bajo la

sombra y la certeza de la muerte? ¿Qué deidad retorcida había decidido que fuera así?

Era el deseo de un moribundo de impartir justicia... una última vez.

Sus labios se estiraron y sus dientes podridos sintieron el aire frío. Dolían. Quería bramar un grito de batalla, pero todo lo que salió fue otro gemido lastimero. Su última visión fue la de un ángel que se abalanzaba sobre él, su rostro imposiblemente hermoso, la hoja resplandeciendo pura y brillante mientras se precipitaba hacia él. Lo odiaba, porque en aquellos ojos de esmeralda profunda había lástima, lástima por un necio putrefacto que se había atrevido a desafiar la crueldad de la naturaleza.

Se preguntó fugazmente si habría un paraíso esperándole en alguna parte, para poder vivir de nuevo, para que todos los momentos de su vida no fueran olvidados, aunque realmente ya no le importaba.

La fría hoja le atravesó. No hubo dolor, solo odio; y luego, alivio.



—¡Ramien! —gritó Fel'annár, o el Guerrero Tornado para quienes le conocían bien. Haciendo girar su larga espada, se volvió para enfrentarse a su segundo Desviado, apuñalándolo en el ojo. Luego dio un salto hacia atrás y pivotó sobre sus talones para que su espalda encontrara el pecho de otro. Apuñaló, sintiendo cómo el cuerpo se aflojaba tras él y luego se desplomaba a un lado—. ¡Vigila tu flanco! —gritó por encima del estruendo de la escaramuza, mientras metía ambas espadas en su arnés y sacaba su arco, disparando a un Desviado que se acercaba rápidamente a su teniente Alpino, Galadan.

Ramien, conocido como el Muro de Piedra por sus amigos, era el guerrero élfico más grande que seguramente nadie había visto jamás, y sin embargo se movía con una agilidad insospechada, esquivando hacia un lado ante la advertencia gritada de Fel'annár. Lanzando un puñetazo, hizo girar su hacha de batalla, cortando el

cuello de un Desviado que le gruñía desafiante, un gruñido que se convirtió en un burbujeo cuando la espesa sangre negra brotó de la herida abierta.

A su lado, Idernon, el Guerrero Sabio, bloqueó una cimitarra que amenazaba con cortarle la cabeza, y luego se agachó bajo una segunda arma que rozó su corona de cabello castaño rojizo. Haciendo girar su espada hacia arriba, la balanceó hacia abajo, cortando limpiamente un brazo fétido. Su ágil mente se preguntó si sería suficiente o si debería cortarle la garganta también. Optó por lo segundo y luego miró a su alrededor.

Carodel, el Guerrero Bardo, acababa de terminar con su último oponente, y ahora estaba de pie, sacudiendo su brazo con una mueca de absoluto asco, los ojos fijos en la extraña sustancia verde que había salpicado su mano empuñadora.

—¡Victoria! —gritó Galadan, su voz resonando poderosamente alrededor del claro, y la tropa vitoreó mientras daba muerte rápida a los últimos Desviados que se habían atrevido a atacar la caravana real de Handir, segundo príncipe de Ea Uaré.

—¡Limpiad! —ordenó Galadan, y los guerreros se pusieron a apilar los cuerpos, horribles cadáveres de mortales malditos por atreverse a desafiar su propia e inevitable muerte. Su carne ya se estaba pudriendo, aunque apenas se les acababa de conceder la muerte. La aflicción era cruel, pensó Galadan, pero también lo era la idea misma de la mortalidad.

Ramien dio una palmada en el hombro a su amigo al pasar, un silencioso agradecimiento por la advertencia que le había salvado la vida, pero Fel'annár no pudo devolver el gesto porque estaba arrastrando a un Desviado gigantesco por el suelo, apretando los dientes, con los ojos escocidos por el hedor penetrante mientras las suelas de sus botas se hundían en el suelo para hacer palanca.

—¡Daos prisa! —gritó Galadan—. ¡Reagrupaos en diez minutos!

El pequeño grupo de guerreros bajo el mando del teniente Galadan se había separado de la escolta de cincuenta efectivos del Príncipe Handir para que él y sus asistentes civiles no tuvieran que ver los rostros grotescos ni oír los inquietantes gemidos de los Desviados.

Había sido un grupo pequeño, y los guerreros de Ea Uaré habían neutralizado la amenaza con bastante facilidad; de hecho, el Comandante General Pan'assár no había considerado necesaria su propia presencia y había delegado el mando en su teniente Alpino Galadan, que ahora estaba ante el espantoso montón de cadáveres. Debería haber sentido lástima, pero no la sentía, y sus ojos se desviaron hacia los árboles cercanos, calculando la distancia. Una vez que se aseguró de que no arderían, prendió fuego al maloliente montículo. No hubo oraciones, ni piedad, solo la mirada de un veterano guerrero Alpino que recordaba la matanza de sus propios parientes con rostro pétreo y ojos secos.

Montando en su corcel con un movimiento experimentado, la mirada firme de Galadan evaluó a sus guerreros, vacilando solo momentáneamente al posarse sobre el llamativo rostro de Fel'annár, el Maestro Arquero de ojos verdes, el Guerrero Tornado como le llamaban sus amigos. El muchacho le recordaba a alguien que se había ido hacía mucho tiempo, pero las emociones de Galadan eran suyas, no para exhibirlas en público, y así, levantando el brazo en señal de cabalgar, hizo girar su caballo y se alejó al trote.

Los guerreros en la retaguardia de la caravana real gritaron un saludo victorioso a las tropas que regresaban mientras el teniente Galadan galopaba hacia el frente de la línea para dar su informe al comandante, tal como había hecho en tantas ocasiones anteriores.

La amenaza está neutralizada, la guardia está establecida, a lo que Pan'assár respondería con un brusco asentimiento y silencio.

Otro día de trabajo... sin reconocimiento.



Tar'eastór, la madre patria, reino de los grandes Señores Alpinos, y Pan'assár, comandante general de Ea Uaré había sido grande, uno de los legendarios Tres. Pero eso fue hace mucho tiempo, cuando el mundo era diferente y todavía eran tres.

Entonces Or'Talán murió.

Hace siglos que Pan'assár no había visitado su tierra natal de Tar’eastór, y ahora se preguntaba, ¿había echado de menos la impresionante Meseta Alta, los gélidos lagos de mármol turquesa, o la inquietante belleza del Sendero Alto? Todos aquellos lugares sagrados flotaban en su mente, vistos a través de los ojos de un Pan’assár mucho más joven, un capitán ambicioso con un propósito honorable, una vida aún por llenar de aventuras y servicio. Pan'assár parpadeó ante las inesperadas emociones que estos recuerdos despertaban, emociones que había encerrado, ocultas de las miradas ajenas, para que no vieran el tumulto en su mente, y, sin embargo, cuanto más se acercaban a Tar'eastór, más difícil se hacía.

Había sido, por supuesto, una pregunta retórica, un simple ejercicio al que se sometía para poder recordar las razones que le habían llevado lejos de Tar'eastór. Había seguido a Or'Talán a Ea Uaré, participado en la colonización de los elfos Silvanos y luego presenciado la coronación de su primer rey Alpino. Su amigo había sido un gobernante extranjero, amado casi hasta su muerte en la Batalla Bajo el Sol, y él, Pan'assár, estaba obligado por el deber a permanecer en el Gran Bosque, pues lo había prometido, había jurado su servicio a la línea de alguien tan grande que su corazón nunca había tenido elección en el asunto. Or'Talán había sido uno de Los Tres, su hermano incluso en la muerte, y el voto de Pan'assár hacia él era la única razón inquebrantable por la que había elegido quedarse.

No era por los Silvanos; ellos no entendían de votos ni de honor.

Sin embargo, a pesar de la pérdida de Or'Talán, todo había valido la pena. Los Alpinos se habían aventurado en una tierra virgen de madera y pluma, de piel y hueso, una tierra de nativos Silvanos y Ari’atór espirituales. Habían creado un reino, construido lugares de belleza, y habían fundado un reino a partir de nada más que aldeas aisladas y un Consejo de Ancianos disperso. Los Alpinos habían traído consigo cultura, historia, música y tradiciones, los mejores herreros y artesanos y, por supuesto, habían creado un ejército para luchar contra los Señores de la Arena del norte y los Desviados del este.

Sus ojos de azul profundo cerraron, como se cierra un libro largo y apreciado, sus páginas finales aún por leer, y cuando miró una vez más el campamento, el grito distante de un heraldo victorioso hizo girar todas las cabezas. El teniente Galadan había regresado, la amenaza de los Desviados neutralizada. No esperaba menos de él.

Le vino a la mente otro recuerdo de Or'Talán, sentado altivo sobre su corcel, un espíritu salvaje y voluntarioso, hábil con la lanza y la espada, un estratega extraordinario. Pero por encima de todas estas cosas maravillosas, Or'Talán era un líder, un elfo capaz de inspirar lealtad en los lugares más improbables, capaz incluso de sacrificar el corazón de su hijo Thargodén por el bienestar de sus súbditos. De hecho, fue precisamente este acto el que acabó volviendo a los Silvanos contra Or'Talán, pues el rey que una vez habían amado había prohibido a su propio hijo cortejar a una mujer Silvana. Había sido la pareja perfecta, decían, la unión del colonizador Alpino y la nativa Silvana. Pan'assár solo podía agradecer a Aria que esa unión no hubiera ocurrido, que la sangre pura de los Alpinos no se hubiera contaminado con la de una plebeya Silvana.

—Mi señor —llamó Galadan, moviendo su caballo en paralelo al enorme corcel gris de Pan'assár—. El camino está despejado y los exploradores informan cada treinta minutos.

El comandante asintió.

—El general Huren hizo un buen trabajo preparando el camino para nuestro príncipe —dijo el comandante, su mirada moviéndose lentamente por la línea de guerreros hasta la retaguardia—. Pero no se lo digas a ellos. —Sonrió con suficiencia—. El elogio les distraería.

Galadan no dijo nada, pero si Pan'assár hubiera mirado más de cerca, habría notado el sutil movimiento en la ceja de su teniente.

—Es temprano, mi señor. Si los Desviados son tan pocos aquí, es porque el general Huren los ha empujado hacia las estribaciones que aún tenemos que atravesar. No será fácil una vez que el Sendero Alto aparezca a la vista. —Su voz era suave, pero la tensión detrás de ella era patente, y Pan'assár le miró durante un rato.

—Somos suficientes, Galadan, con tal de que nuestros exploradores hagan bien su trabajo.

—Tenemos a los mejores Silvanos sobre el terreno, mi señor.

Eran buenos en eso, concedió Pan'assár. Los mejores rastreadores eran Silvanos, pues sus sentidos estaban más en sintonía con los árboles, con la voz del bosque. También eran arqueros capaces, quizá tan buenos como los Alpinos. Era con las espadas donde no podían compararse, pensó el comandante. Or'Talán había sido bueno, él mismo era bueno, pero era Gor'sadén quien presumía de la mayor habilidad con esa arma, y la imagen que su mente evocó trajo una rara sonrisa a sus labios. Se reunirían pronto, por primera vez desde la muerte de Or'Talán, y a pesar de lo mucho que Pan'assár le quería, su sonrisa se desvaneció.

—¿Cómo se está desempeñando Silor? —preguntó, mirando hacia donde el joven guerrero Alpino se encontraba supervisando a los guerreros. Hijo de la poderosa familia Sulén, Silor había sido incluido en el viaje como aspirante a teniente según las insistentes exigencias de sus nobles hermanos. Pan'assár no tenía reparos mientras cumpliera bien con sus deberes.

—Bastante bien, aunque es demasiado brusco con los guerreros. No lo aceptan con amabilidad.

El comandante y el teniente observaron cómo las tropas que regresaban desmontaban, sonriendo mientras estrechaban los antebrazos de sus compañeros guerreros. Silor estaba de pie con los brazos cruzados, serio e impaciente. No había palabras de elogio, ni gesto de reconocimiento, solo la mirada de alguien que no estaba impresionado, sino irritado.

—¿Hay algún comandante Alpino al que los Silvanos traten con amabilidad, Galadan? —preguntó Pan'assár con un cansado suspiro —. Son demasiado jóvenes. La mayoría apenas tienen unos pocos cientos de años; no tienen idea de los días de esplendor de antaño, no saben nada del Código del Guerrero —se mofó—. Hacen lo que se les dice, y son bastante buenos en ello.

Galadan desvió su mirada de Silor a Pan'assár, preguntándose, quizás, si habían estado observando al mismo guerrero.

—Difícilmente podemos culparlos por perder sus vidas, mi señor. Los enviamos al frente; es lógico que sean jóvenes. No hay tiempo para que maduren como guerreros antes de que los llevemos a la batalla.

La cabeza de Pan'assár se giró hacia Galadan, el fantasma de un ceño fruncido en su rostro imperioso.

—Te has ablandado, Galadan. Debes recordar mantener a la tropa en línea. Entiendo que son jóvenes y lo que eso implica, pero no dejes que la compasión socave tu autoridad; esto no es Tar'eastór.

—No, mi señor —respondió obedientemente el teniente, y Pan'assár sabía que no estaba de acuerdo; de hecho, le irritaba, y por eso añadió:

—Silor hace bien en mandarlos así. Es lo que necesitan los jóvenes muchachos, una mano dura.

—Entiendo la necesidad de ser firme, mi señor. No entiendo la necesidad de ser grosero.

—Das demasiada importancia a su bienestar emocional. Deja eso a sus madres Silvanas, Galadan. Tú eres su comandante —concluyó secamente.

—Sí, señor —fue la respuesta inexpresiva. Era el tono de quien sabía que era inútil discutir.

Girándose ligeramente, el cabello rubio de Pan'assár se elevó con la brisa, envolviéndose alrededor de su boca por un momento antes de ser devuelto a su lugar. El príncipe Handir estaba sentado a horcajadas en su magnífica montura, su guardia Ari, Lainon, siempre cerca. El Ari'atór era un formidable guerrero, concedió Pan'assár, lo cual era oportuno, pues el príncipe mismo no era un guerrero, y el comandante general no creía que eso fuera correcto. Todos los príncipes Alpinos deberían ser guerreros, pensó. Suya era la responsabilidad de proteger a su pueblo, de comandarlos. Es lo que hacía el príncipe heredero Rinon.

—Galadan, treinta minutos de descanso. Establece una guardia de honor para nuestro príncipe.

—Comandante —saludó Galadan y luego alejó su caballo.

Poco después, volvían a estar en camino hacia las montañas y el hogar ancestral de Pan'assár, hacia una familia que había abandonado por el deber, hacia el único otro miembro restante de Los Tres y los silencios tensos que seguramente se interpondrían entre ellos. Pan'assár nunca había hablado del día en que tres se

convirtieron en dos. Sabía que Gor’sadén anhelaba escuchar la historia, pero Pan’assár no podía contarlo, porque con palabras, vendrían imágenes, sonidos, recuerdos que intentaba olvidar – todos los días de su vida.



"¿Quién soy?"

La cabeza de Fel'annár se sacudió hacia un lado. Remotamente, era consciente de que necesitaba respirar, para apaciguar la abrumadora ansiedad que retorcía sus entrañas y exprimía el aire de sus pulmones.

"Soy Fel'annár. Soy el bosque..."

Su cuerpo se agitó, y se sentó, recto como una vara en un remolino de cabello plateado y una manta de lana gris. La dama de ojos azules en el árbol le sonrió suavemente desde arriba como siempre hacía en sueños, pero eran los ojos verdes brillantes de otro los que persistían ante su ojo mental. Era un rostro que no podía captar, y por alguna razón, su corazón martilleaba en su pecho.

—¿Fel'annár? —habló una voz suave a su lado.

—Vete a dormir, Idernon —susurró, sabiendo que él mismo no podría, y cuando el sol finalmente acarició el horizonte dentado, Fel'annár sonrió a los rayos de tímido calor invernal. *Este* era el sueño que importaba, el de la vigilia. Era un guerrero, un Maestro Arquero, servidor del rey Thargodén y protector de su pueblo. Era Silvano, un bastardo sin nombre... pero eso ya no importaba.

Negó con la cabeza, se alisó el uniforme y se volvió para mirar la larga fila de guerreros, carros, caballos y carretas de suministros. Luego centró su atención en las dos tiendas circulares más allá. Sus líderes —príncipe y general comandante— estaban a solo unos minutos de caminata, y, sin embargo, la distancia entre ellos parecía extrañamente insalvable. De hecho, Fel'annár no había estado cerca del frente de la escolta, y ahora, muchos días después de iniciar su viaje desde Ea Uaré hacia Tar'eastór, aún no había visto al Comandante Pan'assár, y mucho menos al Príncipe Handir, ni siquiera

durante la escaramuza contra los Desviados del día anterior. Sería agradable, pensó, ver a uno de los elfos que recientemente había jurado proteger, ver a la nobleza por primera vez, en carne y hueso.

Lainon estaría allí, protegiendo al Príncipe Handir, y el recuerdo del teniente bajo cuyo mando había servido como guerrero novicio le dibujó una suave sonrisa en el rostro, una que permaneció mientras volvía junto al fuego y recogía todas las tazas que pudo encontrar. Añadiendo hierbas aromáticas de una bolsa, vertió agua caliente con un cucharón y dejó que el té se infusionara mientras repartía los restos de la caza de la noche anterior. Para cuando los guerreros empezaron a desperezarse, el desayuno estaba listo.

Idernon, Ramien y Carodel dieron palmadas en el hombro a Fel'annár mientras se dejaban caer a su lado, frotándose los ojos y alisándose el cabello despeinado. Había sido así desde el inicio de su viaje, cuatro de los cinco miembros de La Compañía en su fogata, solos. Hoy, sin embargo, dos guerreros Silvanos se acercaron a ellos. Asintieron brevemente y luego se sentaron para calentarse las manos. Fel'annár los observó con curiosidad antes de ofrecerles té, que aceptaron con un silencioso gesto de agradecimiento.

Nadie había mostrado el más mínimo interés en ellos hasta ahora. De hecho, la única atención que habían recibido eran las miradas de desconfianza de los Alpinos y alguna que otra de curiosidad de los Silvanos. Quizás el incidente con los Desviados del día anterior había cambiado las cosas. Fel’annár intentó recordar si estos dos habían luchado junto a ellos. Estaba tan absorto en sus propios pensamientos que se sobresaltó cuando una voz de autoridad habló directamente sobre él. Levantó la mirada hacia los firmes ojos del Teniente Galadan.

—Fel'annár.

—Teniente —saludó mientras se ponía de pie para enfrentarse a su oficial al mando.

Galadan lo estudió durante unos momentos—. Buen disparo —dijo, asintiendo rígidamente antes de alejarse a grandes zancadas, de vuelta a las tiendas en la parte delantera de la caravana. A Fel'annár le llevó un momento darse cuenta de a qué se refería el teniente. El día anterior, había disparado a un torpe Desviado justo

antes de que pudiera atravesar el antebrazo de Galadan. No pensaba que el teniente se hubiera dado cuenta.

Los dos recién llegados los miraron con curiosidad desde el otro lado del fuego mientras bebían su té—. Soy Galdith —dijo uno, y a su lado el otro habló—. Yo soy Osír.

Fel'annár y La Compañía les saludaron con un gesto. Luego todo quedó en silencio de nuevo, las miradas cautelosas y persistentes.

—No actuáis como novicios. ¿Habéis visto batalla? —preguntó Osír.

—Por supuesto —respondió Idernon con suavidad—. No os defraudaremos.

—No me refiero a escaramuzas como la que vimos ayer, novicio. Me refiero a batallas, al norte de nuestras propias tierras.

—Nosotros tres no hemos estado en la línea del frente, pero Fel'annár aquí estuvo en la Batalla de Sen'uár, si eso cuenta —dijo Idernon. Dio un respingo visible cuando Galdith escupió su té.

—¿Qué? —siseó—. ¿Estuviste en *Sen'uár*? —ahora susurraba, limpiándose la boca con la manga—. ¿Presenciaste esa masacre?

La piel de Fel'annár se erizó dolorosamente. Por mucho que no quisiera admitirlo, el recuerdo de aquella batalla se había grabado en su alma como un hierro al rojo vivo, volviendo a él en sus momentos de descanso—. Yo estuve allí, Galdith.

Galdith le miró fijamente con ojos demasiado brillantes, ojos que ahora recorrían los mechones plateados de Fel'annár hasta sus ojos verdes que parecían reflejar una luz que no estaba allí.

—Perdiste a alguien querido... —adivinó Fel'annár mientras bebía su té, tratando desesperadamente de bloquear la avalancha de sonidos e imágenes: gritos de dolor y terror, madres que lloraban, la fría mejilla de un bebé contra su pecho.

—Lo perdí *todo* —escupió Galdith. Enderezándose, parpadeó y se apartó mientras la mano de Osír se posaba en su antebrazo.

Fel'annár miró al suelo. Podía sentir un suave cabello haciéndole cosquillas en la barbilla, manos rechonchas frígidas, ojos apagados sin vida en el rostro grisáceo de un niño que aún no había aprendido a caminar o hablar. Fel'annár parpadeó y luego cerró los ojos en un

intento desesperado y fútil de bloquear la miseria, y fue la mano de Idernon la que le apretó el hombro.

—Tales sacrificios hacemos para servir a nuestro rey, a nuestra tierra, y, sin embargo, nuestros propios pueblos son abandonados a su suerte —comenzó Galdith, como si hablara consigo mismo—. Guardabosques, Ari'atór Espirituales, artesanos y herradores dejados para luchar contra Desviados y Señores de la Arena, y todo porque rechazamos vivir en la ciudad, donde los árboles no están, como si alguna vez hubiéramos tenido elección en el asunto.

Fel'annár estaba de acuerdo. Todos los Silvanos lo estaban, pero esto era una conversación peligrosa.

La mirada de Galdith retomó su danza errante sobre el extraño elfo sentado frente a él, como si buscara algo. Luego sus ojos marrones se ensancharon en repentina comprensión y volvieron de golpe al rostro de Fel'annár. Osír frunció el ceño a su lado.

—Tú eres *El Silvano* —dijo Galdith. No era una pregunta sino una afirmación categórica. Era el turno de La Compañía de mostrar su sorpresa.

—A veces me llaman así —respondió Fel'annár con cautela, inseguro ahora de la reacción que provocaría su confesión, su cuerpo enderezándose involuntariamente como si se preparaba para una pelea.

El silencio se extendió entre ellos, e Idernon observó de cerca a Galdith mientras Ramien parecía listo para entrar en acción. Carodel simplemente miraba con interés estoico.

—No pareces Silvano —dijo Galdith, con el rostro completamente serio, pero Fel'annár inesperadamente esbozó una sonrisa burlona porque de repente le recordó a Angon.

—¿Es por eso que no os presentasteis antes, por lo que nos mirabais y nos excluisteis de vuestra compañía? ¿Porque pensabais que yo era Alpino? ¿Es eso lo que todos piensan? —preguntó Fel'annár con audacia, señalando hacia el grueso de las tropas Silvanas.

—Sí —dijo Galdith, igualmente audaz—. Pensábamos que eras un mocoso Alpino privilegiado que había sido promocionado a guerrero antes de tiempo, uno al que los novicios se pegan para obtener

favores quizás —terminó, con un movimiento de cabeza hacia Ramien, Carodel e Idernon.

—Eres descarado, Galdith —dijo Fel'annár, sin apartar la mirada.

—Soy Silvano —respondió, con un matiz de desafío coloreando sus palabras, con la cabeza ladeada como si retara al otro a burlarse de su afirmación.

—Nosotros también —respondió Fel'annár, entrecerrando los ojos, contestando al desafío con uno propio.

La sombra de una sonrisa irónica bailó en el rostro de Galdith, y La Compañía pareció desinflarse con alivio, como si hubieran estado conteniendo involuntariamente la respiración.

Los ojos del veterano Silvano continuaron estudiando el rostro de Fel'annár, pero la sorpresa había desaparecido, y en su lugar había un pensativo fruncimiento de ceño. Fue entonces que captó un destello de color: una exquisita piedra de río que yacía casi oculta entre la masa de mechones plateados. Era una Piedra de Honor, una antigua costumbre Silvana que había sido prohibida por los comandantes del Círculo Interior—. Angon me contó cómo te ganaste esa —dijo Galdith.

—¿Angon? ¿Conoces a *Angon*? —preguntó Fel'annár, suavizando sus rasgos.

—Sí, conozco a Angon. He servido con él muchas veces. Dice que eres el mejor arquero que jamás ha visto —dijo mientras cogía un trozo de carne fría y se lo metía en la boca—. Y será mejor que escondas eso —señaló con el dedo la Piedra de Honor, pero Fel'annár no dijo nada.

La verdad era que Angon había dicho mucho más sobre Fel'annár, pero Galdith se lo guardaba. Su sonrisa, sin embargo, decía todo lo que La Compañía necesitaba saber, y pronto, hablaron tranquila y amigablemente, con la sombra de Sen'uár flotando justo bajo la superficie. Por fin, La Compañía recibía una tímida entrada en el círculo de guerreros Silvanos, retaguardia de la escolta del Príncipe Handir.



Al amanecer el día siguiente, los guerreros Silvanos realizaban sus tareas como siempre. Pero a Fel'annár el dio por pensar que había algo en el aire, un peso intangible que aún no podía comprender.

—Galdith, Osír —saludó Idernon, indicando que deberían servirse del brebaje matutino que estaba calentándose sobre la hoguera. Mientras bebía de su propia taza, Fel'annár captó un destello en el cabello de Galdith, y se inclinó hacia delante, buscando con la mirada. Era una pequeña piedra azul opaca, apenas visible entre los mechones color miel. Fel'annár intercambió momentáneamente miradas con el guerrero Silvano, y en sus ojos oscuros vio fuerza y desafío.

—Deberías tener cuidado con eso —dijo Fel'annár con una sonrisa y un gesto de su cabeza, ante lo cual Galdith simplemente arqueó una ceja y luego sonrió con suficiencia.

—Bueno, si yo tuviera una, me uniría a vosotros dos, pero como no tengo, no lo haré —dijo Idernon.

Galdith frunció el ceño y se volvió hacia Fel'annár—. ¿Siempre es así?

—Oh, sí —sonrió Fel'annár con picardía—. No en vano fue nombrado el Guerrero Sabio, Galdith. Puede hacerte dar vueltas en círculos lógicos hasta que estés mareado y rojo de ira. Nunca desafíes a Idernon en los caminos de la razón; te avergonzarás.

La mirada fascinada de Galdith se detuvo en Idernon, quien sonrió amablemente, a pesar del destello de desafío en sus ojos.

—Atenderé tu advertencia, Fel'annár. Soy un guerrero, no un académico.

La sonrisa de Idernon desapareció—. Soy guerrero *y* académico. ¿Crees que estos rasgos son antagónicos?

Galdith se rio y levantó ambas manos en señal de rendición, mientras Osír resopló en su taza.

Era una mañana feliz, pero cuando Fel'annár dirigió su mirada más lejos hacia los otros guerreros Silvanos, se preguntó cuántos de ellos tendrían Piedras de Honor que no les estaba permitido llevar, si alguna vez llegaría el día en que pudieran lucirlas abierta y orgullosamente, como lo habían hecho antes de la llegada de los Alpinos.

Nadie hablaba de las Piedras de Honor de Fel'annár y Galdith, aunque a veces se asomaban entre mechones sedosos de cabello castaño y plateado, y a medida que avanzaba el día, las miradas antagónicas que Fel'annár había soportado constantemente desde su partida habían cambiado a curiosidad y respeto. Le reconfortaba el corazón. Los guerreros Alpinos, sin embargo, permanecieron tan distantes como habían estado desde el principio.

La mente de Fel'annár le llevó de vuelta a la semana pasada, cuando se había despedido de sus parientes, de su Líder del Pueblo, Erthoron, y de Turion, su primer capitán en el campo. Pero fue su despedida con Amareth la que se quedó obstinadamente en su mente. En ese momento, lo había explicado como la reacción lógica de una tía—una madre—hacia su sobrino recién ascendido a guerrero, o *hijo* como ella lo reclamaba. Se preocupaba por su seguridad y eso era de esperar, pero ahora, mientras lo reflexionaba, su reacción había parecido poco característica*,* como si hubiera pensado que quizás no volvería a verlo.

Y, extrañamente, incluso Lainon parecía distraído, como si estuviera sentado al borde de su asiento, indeciso sobre cuándo debería levantarse. Algo andaba mal con el teniente Ari, pero no había nada que Fel'annár pudiera hacer para descubrir qué era, no desde aquí atrás con los guerreros Silvanos. Simplemente tendría que esperar a que se presentara una oportunidad, si es que alguna vez lo hacía, pensó con amargura.

Esa noche, mientras se establecía la guardia y una media luna proyectaba un tinte azulado sobre los árboles cada vez más escasos, Fel'annár yacía en su saco de dormir frente al fuego. Sorbiéndose la nariz, alcanzó su mochila y sacó su diario. Abriéndolo en la primera página, Amareth y Erthoron le devolvieron la mirada en trazos gris-negros de carboncillo, y luego fue Idernon leyendo un libro, Carodel con su lira y un sonriente Ramien afilando su hacha de batalla recientemente adquirida. Más tarde apareció el sombrío Lorthil y el enigmático Ari Espiritual, Narosén. Alféna sonreía suavemente hacia él, y luego su hijo, Eloran, se mantenía rígidamente firme. "*Estaré listo*", había dicho, y Fel'annár sonrió al recordar al joven muchacho que había rescatado del fuego en Sen'oléi.

En la última página estaba el rostro de un señor Alpino que lo había mirado desde lejos el día en que se convirtió en guerrero novicio. Su rostro era pálido y suave, hermoso de contemplar, y sin embargo había una tristeza en sus facciones, como si sufriera a pesar de su posición obviamente privilegiada.

Ahí había un enigma, pensó Fel'annár mientras cerraba cuidadosamente el pequeño libro y lo colocaba en el fondo de su mochila. La escena se desarrolló en su mente, como lo había hecho tantas veces antes, e incluso así, se estremecería cada vez que sus ojos se encontraban.

Mañana dibujaría a Galdith con su Piedra de Honor, no escondida como la llevaba ahora, sino sentada al final de sus trenzas delanteras para que todos la vieran. Por ahora, sin embargo, era hora de dormir, de esperar que nada interrumpiera su merecido descanso: ni una dama en los árboles, ni ojos verdes, ni un desconocido señor Alpino o esa sensación demasiado familiar de inquietud que siempre parecía acechar justo por debajo de su conciencia.



Otro día gélido en el camino. El viaje había sido largo y sus estómagos estaban vacíos. Un suspiro colectivo de alivio recorrió la tropa cuando la orden de Galadan de establecer el campamento resonó por el convoy.

—¡Por fin! Mi trasero está completamente entumecido —protestó Ramien, resistiendo el impulso de frotar los músculos doloridos.

Idernon soltó una carcajada—. ¿*Entumecido*? Has estado leyendo a Cor'hidén otra vez —dijo con sarcasmo.

—¿Y qué? —respondió el Muro de Piedra con un ceño indignado —. Siempre me estás diciendo que mi vocabulario es limitado. Por ejemplo, podría haber dicho que mi culo está...

—Cállate, Ramien —dijo Carodel, riéndose mientras secaba la taza en su mano.

—Bueno, al menos yo tengo algo de carne en el mío... a los amantes les gusta eso, ¿sabes? No traseros escuálidos como el tuyo —dijo Ramien con picardía, echándose el pelo castaño rojizo por encima del hombro.

—Bueno, déjame decirte...

—*¡Silencio!* —bramó Silor, con un volumen completamente innecesario dado que estaba a menos de cinco pasos de ellos.

La Compañía dio un respingo, y los guerreros detrás de ellos se rieron disimuladamente, pero sin malicia. Silor los observó a todos, como si fuera a recordar sus rostros, y la risa desapareció.

—Novicios, id por agua, y *vosotros* —gritó a Carodel y Fel'annár —, tres fogatas para la tropa Alpina. —Sin contacto visual, solo órdenes secas y dedos que señalaban. Los Silvanos ya habían encendido sus propias hogueras, y observaban a los Alpinos más allá mientras afilaban espadas o revisaban su equipo, aparentemente despreocupados por las órdenes de Silor y contentos de ser atendidos.

Con muecas furtivas, se pusieron a trabajar, y una vez terminadas sus tareas, regresaron a sus propias fogatas con mandíbulas apretadas y ceños fruncidos.

—Nos tratan como pinches de cocina —dijo Carodel—. ¿Ni siquiera pueden encender sus propias hogueras?

—Ven la oportunidad de ser atendidos, y eso es para todo lo que servimos a sus ojos —añadió Fel'annár.

—Supongo que nos toca demostrar nuestra valía —reflexionó Idernon—. Aunque nuestro propósito en esta misión es aprender, o eso nos han dicho. Todo lo que estoy aprendiendo de ellos es cómo *no* hacer las cosas —dijo mientras desabrochaba su arnés y se sentaba pesadamente en el suelo—. Míralos: tan atrapados en su prejuicio innato contra aquellos de nosotros que siempre hemos habitado en los bosques, antes de que fueran reclamados por el Rey Or'Talán. No confían en nosotros, pero más que eso, más que ser novicios, somos *Silvanos* —enfatizó antes de dar un sorbo al té que Ramien le había pasado.

Galdith miró a Idernon—. Bien dicho, novicio. Y para tu información, Silor desprecia a Fel'annár aquí porque se considera

Silvano, a pesar de la evidencia de lo contrario. No puede entender por qué harías tal cosa, renegar de tu herencia Alpina en favor de ser Silvano.

—La brecha entre nosotros parece mucho más pronunciada aquí —reflexionó Fel'annár—. No era tan malo en casa. Aunque no tengo mucha experiencia, claro.

—Tuviste suerte —respondió Galdith—. Serviste bajo Turion, y Lainon... hablando de quien... —se interrumpió, girando la cabeza para observar al intimidante Ari'atór mientras se dirigía hacia su fuego entre conversaciones susurradas y un mar de ojos curiosos.

Lainon, aparentemente imperturbable ante la atención, se sentó junto a los novicios y aceptó una taza de té de Ramien con ambas manos.

—¿Así que estáis discutiendo las complejidades sociales de Ea Uaré? —preguntó con una sonrisa astuta en su rostro mientras soplaba sobre su taza humeante.

—Eso hacíamos —dijo Fel'annár con una sonrisa burlona. Ya no le temía a Lainon, pero comprendía las miradas aprensivas que recibía de los demás.

—Acostumbraos —dijo Lainon tajante—. ¿Recuerdas nuestra primera incursión en el norte, Fel'annár? Esto no es diferente. Una vez que la tropa Alpina haya luchado junto a vosotros, la convivencia se volverá soportable... si os comportáis bien en batalla.

—Hablas como si aceptaras esta actitud como natural —dijo Fel'annár suavemente, con el ceño fruncido.

—Lo hago; *lo es* —dijo Lainon, mirando directamente hacia adelante.

—Quizás no deberías —dijo Fel'annár rotundamente, sabiendo que potencialmente había pisado una línea roja; de hecho, la cabeza de Lainon se giró lentamente hacia El Silvano, sosteniendo la mirada verde por un momento antes de hablar de nuevo.

—Eres un idealista, Fel'annár. Haría falta mucho para cambiar esta cultura; está arraigada en todos nosotros, aunque en algunos más que en otros. No es solo cosa de los Alpinos, no olvides a Angon y a nuestra compañía en la Patrulla del Noroeste.

Fel'annár no le respondió, pero asintió para mostrar que entendía, y el silencio se prolongó un poco más de lo que resultaba cómodo.

—Galdith sirvió con Angon —dijo Fel'annár finalmente. Los ojos de Lainon giraron hacia el silencioso Silvano que le devolvía la mirada con curiosidad, con la cabeza ladeada.

—Un guerrero excelente. Sirvió con honor en Sen'uár.

Galdith parpadeó ante la mención de su aldea destruida, y Fel'annár suspiró. —Galdith es... *era*, de Sen'uár, Lainon.

Los ojos del Ari no vacilaron mientras continuaba mirando al guerrero Silvano. —Lamento tu pérdida, Galdith —dijo suavemente, con un tono que no encajaba con el aspecto feroz del Ari'atór, y el guerrero asintió lentamente en señal de agradecimiento, aunque permaneció en silencio, con la mandíbula apretada por la ira, o quizás por el dolor.

El campamento estaba despertando, y Lainon forzó la vista hacia la tienda del príncipe por si lo necesitaba. Se distrajo con la llegada de Silor, quien miró con desdén a Fel'annár, dedicando solo una mirada superficial a Idernon, que estaba a su lado.

—Recogida de agua —dijo con un movimiento de cabeza hacia el arroyo cercano.

—Bueno, debo regresar con mi príncipe —dijo Lainon, terminando su té y poniéndose de pie. Sus penetrantes ojos azules se posaron sobre Fel'annár y luego se detuvieron de repente, fijándose en la Piedra de Honor en el cabello de Fel'annár, esa que sabía que antes llevaba escondida bajo sus trenzas pero que hoy se mostraba desafiante al final de una trenza de guerrero, reposando sobre su pecho acorazado y a la vista de todos.

Lainon no dijo nada, y al pasar junto a Silor, más bajo que él, se acercó, una advertencia en sus brillantes ojos azules. Silor dio un paso hacia atrás y luego se giró para ver alejarse al Ari’atór. Volviendo bruscamente la mirada hacia La Compañía, entrecerró los ojos, pero no dijo nada, y una vez que se hubo marchado, Galdith y Osír sonrieron con satisfacción justiciera.

—¿Hermanos? —preguntó Galdith.

—Así es —dijo Fel'annár con una sonrisa orgullosa—. Lainon es de La Compañía —añadió. Galdith frunció el ceño, preguntándose cómo un respetado teniente Ari'atór había llegado a formar parte de esta... *Compañía*... fuera lo que *fuese* aquello. Sacudió la cabeza y alcanzó la primera de sus dos Piedras de Honor, aún ocultas en su cabello. Desenredando el mechón, colocó la piedra al final de una trenza lateral y luego comenzó con la otra, y durante todo ese tiempo, Galdith observó a un sonriente Fel'annár que miraba sus acciones con un brillo en sus extraños ojos verdes, mientras los fuegos de su rebelión alcanzaban a Galdith y ardían en su alma.



Cuando Lainon regresó junto a su príncipe, lo encontró en compañía de Pan'assár, conversando sobre un mapa de la zona por la que actualmente viajaban. Parecía que el comandante general se había tomado la libertad de instruir al segundo hijo del rey sobre sus decisiones militares, como si el príncipe fuera un oficial en prácticas bajo su mando. Lainon sabía perfectamente lo que Pan'assár pensaba de la decisión de Handir de convertirse en estadista en lugar de comandante como su hermano mayor, Rinon. No era el estilo Alpino, solía decir. El hijo de un rey debe ser hábil en las artes de la guerra si ha de dirigir a su pueblo, protegerlo. Era una suerte que Handir tuviera una mente aguda y aprendiera rápido, aunque esas mismas cualidades a veces llevaban a otros a subestimarlo, tal como Pan'assár estaba haciendo ahora.

Lainon se preguntaba por el cambio en Pan'assár, pues el Ari'atór era lo suficientemente mayor como para recordar sus días de gloria. Había visto a Or'Talán y Pan'assár en muchas ocasiones; de hecho, Pan'assár siempre había estado al lado del rey, como su comandante general, su mano derecha en todos los asuntos militares. Juntos, brillaban con intensidad, no por su reluciente cabello y sus letales espadas sino por sus almas: era una luz no muy diferente a la que brillaba en los ojos de Fel'annár, aunque Lainon sabía que sus

orígenes no eran los mismos. La luz en los ojos de Fel'annár era algo completamente distinto.

Cuando el comandante finalmente dejó al príncipe, Handir se volvió hacia Lainon.

—¿Y bien?

Lainon negó con la cabeza. —Tendrá que esperar para más tarde. No pude hablar a solas con el muchacho.

—Esta noche, Lainon, antes de que Pan'assár lo vea y todo esté perdido.

—Esta noche, entonces —respondió Lainon con un brusco asentimiento. Su estómago se contrajo, pues finalmente había llegado el momento, el momento en que le contaría a Fel'annár sobre su linaje. No se hacía ilusiones; sabía lo que esto significaría para el muchacho, a quien él mismo había reconocido nada más verlo hace un año. Cerró los ojos y vio allí a Lord Aradan junto con el Capitán Turion, y se preguntó si ya estaba hecho... si ya le habían contado al rey sobre su hijo Silvano.

CAPÍTULO 2

Herencia

"El niño siempre había querido saber. El adolescente había negado la importancia de la pregunta. El guerrero lo había dejado todo atrás para seguir adelante. Pero la verdad es como el aire, siempre buscando elevarse a pesar de nuestros esfuerzos por contenerla."
Las Crónicas Silvanas, Libro IV. Marhené



—Toma, limpia estos —dijo Silor, lanzando unos pescados recién capturados hacia los novicios. Golpearon el suelo a los pies de Fel'annár, y Silor se giró hacia Idernon con ojos fríos y duros—. ¿Sabes cocinar, muchacho? —preguntó secamente.

—Sí, señor —respondió Idernon con calma a pesar de su creciente irritación.

—Cuando estén listos, llévalos a la tienda real. Son para nuestro príncipe y su escolta.

—Sí, señor —repitió Idernon, saludando antes de volverse hacia Fel'annár con el labio curvado en señal de asco.

—Hijo de *Galomú* —escupió Carodel desde atrás, y Fel'annár estuvo de acuerdo. Silor era ciertamente un demonio, grosero e insensible. Su tono de voz ya era bastante malo, pero maltratar al

pescado de esa manera... no era un comportamiento Silvano, y Silor lo sabía perfectamente. La comida debía tratarse con respeto por la vida que se entregaba a cambio de su propio sustento.

—Recuerdo una vez, en el norte con Turion y Lainon —comenzó Fel'annár, echando momentáneamente un vistazo a Galdith, que estaba sentado cerca—. Los guerreros, Silvanos en su mayoría, no me dirigían la palabra al principio. Se burlaban de mí porque me creían Alpino a pesar del nombre que me habían dado. Se reían de mi inocencia y presumían que era una carga para la patrulla. Había un guerrero que era especialmente vocal. *Angon* —enfatizó, mirando de nuevo a Galdith, quien estaba escuchando atentamente. —Me mandaba por agua y luego la tiraba al suelo, alegando que estaba sucia, me tenía corriendo de un lado a otro atendiendo sus caprichos. Me preguntaba cómo podría hacerles entender que sabía que tenía mucho que aprender, que comprendía su rechazo hacia mí como un peligro potencial. Que solo deseaba aprender y que los respetaba. Ahora parece que fue hace años. Recuerdo querer explicarles que yo no era Alpino, que yo también era Silvano.

—¿Qué hiciste? —preguntó Ramien, cogiendo un pescado y comenzando a destriparlo con su cuchillo de mano.

—Una mañana, me tomé la molestia de pescar para ellos. Limpié, desollé y desespinado mi captura, los cociné al vapor con una infusión de romero, salvia y eneldo, y luego serví los fragantes filetes sobre una cama de raíces trituradas con miel.

Los ojos de Idernon se agrandaron mientras sacaba la lengua para lamerse los labios, y Galdith soltó una risita, dando un codazo a Osír que estaba a su lado.

—Bueno, ¿qué pasó? —preguntó Carodel, irritado porque le hacían esperar por el desenlace.

—Quedaron impresionados —dijo Fel'annár con arrogancia, e Idernon se rio—. Angon llenó su cara Silvana de comida y luego eructó más fuerte que los géiseres de lodo de Westmarch.

Galdith soltó una carcajada, golpeándose el pecho, y los ojos de Idernon brillaron.

—Así que ya veis, Silor es un asno, sí, pero Angon también lo era al principio, al menos. Su trato hacia mí no era, en cierto modo,

diferente del desdén de Silor.

Galdith mantuvo la mirada firme de Fel'annár, pero no dijo nada, e Idernon pensó que había sido prudente al no hacerlo.

—Propongo que cocinemos este pescado como dices, para nuestro príncipe, para nuestro comandante y nuestro hermano Lainon, *y* —dijo el Guerrero Sabio, atrayendo la atención a los demás que estaban sentados alrededor—, digo que mostremos a Silor los frutos de nuestros esfuerzos, que le demostremos que no nos intimidamos por sus maquinaciones, que salimos victoriosos de su desafío.

La ceja de Fel'annár se arqueó mientras Ramien sonreía con suficiencia. Galdith negaba con la cabeza mientras Osír sacudía su mano como si le quemara.

—Ramien, encuentra raíces, romero, eneldo, salvia. ¿Qué más? —preguntó Carodel con impaciencia, con las manos extendidas ante él como si quisiera arrancar las respuestas de la boca de Fel'annár.

—Miel. No olvides la miel. Lainon podría ayudar con eso, o nuestro teniente sanador —sugirió Fel'annár, y en un instante, Carodel se alejaba, en busca de ingredientes.

—Bueno —dijo Idernon con una sonrisa mientras comenzaban a quitar las espinas de los filetes cortados uniformemente—. ¡Si esto no impresiona a nuestro aspirante a teniente, nada lo hará!

—Hará falta más que esto, Idernon. Pensaré en lo que disfrutará Lainon mientras come esto; que se vaya Silor al demonio —dijo Fel'annár.

Algo más tarde, la tropa observaba en silencio atónito cómo un guerrero aparentemente Alpino y tres novicios Silvanos daban los toques finales a tres platos de pescado humeante y fragante. Brotes verdes y pequeños pétalos púrpuras decoraban la piel crujiente y caramelizada que brillaba de forma tentadora. Recogiendo los platos decorados, los cuatro muchachos caminaron cuidadosamente a través del campamento mientras caía la noche, como si estuvieran desfilando un brote de árbol sagrado, bajando intencionadamente los platos para que su creación pudiera ser observada y, por supuesto, olida. Los guerreros estiraron el cuello para ver el tesoro, con ojos azules y grises que brillaban anhelantes en la luz

menguante. Nunca habían visto nada igual en el camino, pues siempre era estofado, pan seco o queso. Ya no había risas burlonas, ni murmullos despectivos, solo curiosidad y el profundo rumor de estómagos vacíos que llevaban demasiado tiempo sin buena comida. En cuanto a Silor, no se le veía por ninguna parte.

Pronto, La Compañía llegó a la tienda real, con los platos cuidadosamente equilibrados en sus manos y una sonrisa satisfecha en sus rostros. Con su misión cumplida, la emoción se apoderó de ellos, pues servirían al príncipe en su mesa, verían la realeza por primera vez, de cerca. Contemplaron el esplendor de las tiendas y los guardias ceremoniales que permanecían en rígida atención con sus armaduras brillantes y cascos exóticos, picas que se extendían mucho más allá de los toldos decorados. A través de la puerta abierta, ya podían ver la rica opulencia de telas y alfombras y delicadas linternas que brillaban suavemente. El dulce olor de resinas ardiendo flotaba desde la tienda que se balanceaba suavemente. Se quedaron boquiabiertos de embeleso, incluso Idernon, a pesar de haberlo visto todo mil veces en sus queridos libros.

Un guardia en la puerta levantó las cejas, luego se volvió para anunciar su presencia e hizo un gesto para que entraran. Se agacharon y pronto estuvieron ante una mesa improvisada, en cuyo centro se encontraba el príncipe Handir, flanqueado por un algo distraído Lord Pan'assár y luego Lainon, quien visiblemente se sobresaltó y luego palideció alarmantemente cuando vio a Fel'annár.

Los cuatro portadores de la cena no se dieron cuenta, sin embargo, mientras colocaban cuidadosamente sus obras maestras culinarias ante los señores, luego dieron un paso atrás e hicieron una reverencia formal. Tres se movieron para abandonar la tienda, pero dudaron cuando el cuarto permaneció congelado donde estaba, con los ojos fijos en la mirada vacía del príncipe Handir, que le devolvía la mirada, su copa congelada a mitad de camino hacia su boca.

El corazón de Lainon se aceleró mientras intentaba sin éxito captar la mirada de Fel'annár. No servía de nada, pues no se apartaban de las de su carga real. Por suerte, Pan'assár estaba

maravillado con el pescado humeante que tenía delante, atrapado en una nube de aromas tentadores y ajeno al silencioso llamativo a su alrededor.

Fue Idernon quien tiró con fuerza del brazo de Fel'annár, haciéndole tropezar torpemente hacia un lado. Funcionó, y La Compañía sacó a un aturdido Fel'annár de la tienda, casi a rastras.

Handir se volvió hacia Lainon, con una advertencia destellando en sus ojos mientras bajaba la cabeza hacia Lainon y susurraba con urgencia en su oído: —Hazlo, y hazlo rápido...



—Fel'annár, *¡Fel'annár!* —siseó Idernon—. ¿Qué te pasa? Tu primer encuentro con la realeza y...

—¡Para! Cállate, Idernon, ¡no hables! —gritó Fel'annár, e Idernon dio un paso atrás sorprendido.

—¿Qué te pasa? —susurró Ramien mientras Carodel se colocaba a su lado. De hecho, fue el Guerrero Bardo quien puso una mano tranquilizadora sobre los hombros de Ramien e Idernon.

—Paz, hermanos. Seguramente hay algo que no entendemos. Dejadle en paz, y calmaos.

—¿Y tú qué sabrás? —gruñó Ramien, quien, lejos de retroceder, dio un paso amenazante hacia el Guerrero Bardo.

Carodel mantuvo su posición a pesar de la imponente figura de Ramien. —A veces, la distancia permite ver las cosas con más claridad. No sé nada excepto lo que puedo ver, tan claramente como te veo a ti —dijo, mirando a los ojos brillantes de Ramien—. ¿Fel'annár? —preguntó Carodel suavemente, apartándose del Muro de Piedra.

Fel’annár le miró a Carodel, y en sus brillantes ojos verdes había un silencioso "gracias" apenas discernible detrás del tumulto de emociones turbulentas y absoluta confusión.

—Era el príncipe Handir a quien vi —murmuró Fel'annár casi para sí mismo, con la respiración no del todo normal.

—¿Qué? —preguntó Idernon.

—La noche en que fui investido como guerrero novicio, vi a un señor Alpino desde lejos. Pensé que quizás estaba allí por todos nosotros, pero luego nuestros ojos se encontraron, y me pareció extraño que un señor me mirara a mí, uno que se parecía un poco a mí. Incluso lo dibujé en mi diario. En esa tienda —señaló con un dedo—, hay un *príncipe* Alpino, el mismo señor, así que dime —preguntó suavemente—, ¿por qué un príncipe del reino me buscaría el día de mi investidura?

Nadie tenía respuesta a la desesperada pregunta de Fel'annár; de hecho, no parecían entender por qué era tan importante.

—Quizás le das demasiada importancia —dijo Ramien—. ¿Por qué te ha alterado tanto esto? No es inaudito que la realeza presencie investiduras.

—¿De novicios? No, de *guerreros*, quizás —dijo Fel'annár, cerrando los ojos en un intento de calmar el creciente pánico en su mente. No funcionó, y los abrió de nuevo solo para encontrar a Lainon de pie ante él.

El Ari'atór se aclaró la garganta, y Ramien, Idernon y Carodel giraron sobre sus talones como si los hubieran sorprendido en alguna travesura infantil.

La mirada de Lainon se movió lentamente de uno a otro hasta que se posaron en Fel'annár, quien le devolvió la mirada con tal intensidad que hizo que su corazón se saltara un latido.

—Venid —fue todo lo que dijo.

Siguieron obedientemente al Ari'atór, Fel'annár perdido en un estupor de absoluto desconcierto mientras Ramien, Idernon y Carodel compartían una mirada preocupada. Habían intentado restar importancia al asunto, pero la aparición de Lainon los dejó dudosos, y de repente no era solo Carodel quien entendía la importancia del momento.

Pronto, todos estuvieron a la orilla de un río cercano, tan lejos como pudieron de atenciones no deseadas y parcialmente protegidos por un grupo de árboles.

—Tengo algo que decir —comenzó Lainon cuidadosamente, sus ojos brillando en la media luz mientras se detenían en uno y luego en otro hasta que aterrizaron directamente en Fel'annár—. Idernon,

Ramien, Carodel, os encargo ahora el deber de mantener a Fel'annár centrado. Os necesitará en los días venideros.

Una vez más, Lainon sintió el pánico surgiendo en la parte posterior de su garganta, cerrándola.

—Fel'annár. Conozco tu linaje —dijo Lainon lentamente—, lo he sabido desde la primera vez que te vi en los cuarteles de la ciudad. Permanecí en silencio hasta que fuera el momento adecuado para que la importancia de ello no te afectara en el peor momento posible... y por otras razones que algún día te explicaré. Es mi deber decirte ahora, contarte todo lo que sé.

Los novicios miraron con asombro, pero no Fel'annár. Su expresión era de temor. Su corazón sabía algo que su mente aún tenía que procesar, pero fuese lo que fuese, Fel'annár parecía entender que era algo que lo cambiaría. Amareth le había ocultado la verdad, y Fel'annár siempre había comprendido que existía un oscuro secreto en su pasado, uno que lo atormentaba, aunque lo hubiera negado miles de veces. En su mente la veía ahora, cabello castaño rojizo y ojos color miel, ojos que se llenaban de lágrimas contenidas de dolor, de lástima, de culpa, como si fuera Amareth y no Lainon quien estuviera ante él, como debería haber sido.

Debería haber sido ella.

—Fel'annár, ¿querrías escuchar lo que tengo que decirte? —preguntó Lainon lentamente, sus ojos buscando señales de cómo proceder.

—Por supuesto —dijo con ligereza, pero su voz tembló. Podía sentir sus ojos moviéndose frenéticamente en su cabeza, su cuerpo retrocediendo como si esperara un golpe, uno del que no podía huir, uno que lo heriría y del que, sin embargo, no podía escapar.

Vio a Golloron sonreír suavemente en el resplandor previo al amanecer. *«Llegarás a conocerte a ti mismo...»* y luego vio el rostro de Lainon la primera vez que se conocieron: la mirada prolongada, el asombro enmascarado que no había reconocido en aquel momento. Vio a Narosén de Sen'oléi mientras pronunciaba extrañas palabras, *«... eres nuestro».*

—Fue en los cuarteles de la ciudad donde llegué a saber quién eres, porque verás, Fel'annár, te pareces a tu padre, aunque

compartas exactamente el mismo rostro que una vez tuvo tu abuelo.

La cabeza de Fel'annár se volvió bruscamente hacia Lainon, de regreso al presente.

—Mi padre está muerto —podía sentir cómo se le tensaba la mandíbula, una ira irracional mordisqueando los talones de su curiosidad, de su necesidad de saber. Viviera o no su padre, estaba muerto, pues ¿qué diferencia había para un hijo? Su padre nunca había estado presente, nunca había marcado una diferencia en su vida, ni una sola vez lo había buscado en cincuenta y dos años. Y, sin embargo, ¿por qué Fel'annár estaría enfadado si realmente lo creyera muerto? Era porque siempre había sabido, en algún plano profundo y subconsciente, que había sido abandonado, que no había sido deseado, que nunca había sido importante en la vida de su progenitor.

—No está muerto, Fel'annár. Vive.

Idernon se pasó una mano temblorosa por su cabello despeinado, y la mandíbula de Ramien trabajaba furiosamente mientras Carodel los observaba a todos confundido. Todos se estaban preparando a su manera para la verdad largamente oculta que seguramente sería revelada, porque intuitivamente sabían que eso era lo que Lainon estaba preparando, un poderoso golpe que destrozaría la difícilmente encontrada paz de Fel'annár. Los ojos de Ramien se llenaron de lágrimas contenidas, no de tristeza sino de frustración y miedo, y observó cómo los brazos de Fel'annár se envolvían alrededor de su pecho como si quisiera protegerse.

—No tengo padre —dijo Fel'annár, sintiéndose estúpido incluso mientras las palabras salían de su boca.

—Todo el mundo tiene un padre, Fel'annár, y el tuyo está vivo —susurró el Ari'atór.

—Esto no puede... —comenzó Fel'annár, dando un paso hacia atrás como si la distancia pudiera de alguna manera posponer el momento, diluir la verdad, pero Lainon levantó la mano, sus ojos desviándose por un fugaz instante hacia los demás, una súplica silenciosa de ayuda, para atraparlo si intentaba huir.

—Fel'annár, créeme, *por favor*. No hay error. Sé, sin la más mínima sombra de duda, quién es tu padre.

Silencio, y Fel'annár finalmente se movió, dejando caer los brazos a los costados, su miedo y vulnerabilidad cediendo ante el implacable embate de la ira y el orgullo. Su postura se enderezó y levantó la cabeza, con los ojos brillantes, desafiando a Lainon a continuar.

Lainon se inclinó hacia adelante hasta que casi pudo extender la mano y tocar el rostro del muchacho. —Fel'annár, tu padre, tu *padre* es Thargodén, rey de Ea Uaré.

Silencio.

Nada parecía moverse en absoluto. Incluso la suave brisa nocturna había cesado su delicada danza mientras las últimas palabras de Lainon resonaban en sus oídos, su significado aún perdido para ellos, como si no hubieran sido comprendidas hasta que un gemido ahogado escapó de Ramien. Fel'annár, sin embargo, miró fijamente a Lainon, con los ojos brillantes y redondos, y entonces, se rio.

—Fel'annár —dijo Lainon.

—¿*Thargodén?* —repitió Fel'annár, antes de reírse de nuevo. La ira fue momentáneamente reemplazada por una absoluta confusión, una confusión tan grande que Fel'annár no sabía cómo manejarla.

—Fel'annár, tu padre es Thargodén.

Silencio.

—Muchacho, eres el hijo del rey, un hijo que tuvo con una mujer Silvana fuera de los lazos del matrimonio real.

—¿Hablas en serio? —preguntó Fel'annár en voz baja, con el ceño fruncido y su cabeza negando las afirmaciones de Lainon. La guerra que había estado librándose en su mente se había detenido, como si ambas fuerzas se hubieran congelado donde luchaban, una mera ilustración en uno de los libros de Idernon.

—Piensa, Fel'annár. Si tan solo te permitieras considerar mis palabras, te darías cuenta de que digo la verdad. No mentiría, no a ti. El príncipe Handir conoce la verdad. Es por eso que estuvo allí el día que te convertiste en novicio. Él tampoco podía creer lo que le habían contado ese mismo día. Su curiosidad lo llevó a buscarte, a desmentir la verdad, pero no pudo, porque el parecido es demasiado grande.

La mente de Fel'annár estaba trabajando una vez más y la transformación fue rápida. Los ojos redondos y temblorosos se volvieron hacia abajo, estrechándose peligrosamente, y sus rasgos se endurecieron hasta convertirse en bordes de pura e inflexible piedra. Sus siguientes palabras fueron escupidas al frío aire frente al rostro de Lainon, goteando desprecio e ira.

—Cómo se atreve —dijo en voz baja, sacudiendo la cabeza en continua negación.

Fel'annár dio un paso hacia atrás y los ojos de Lainon se ensancharon al darse cuenta. Quería huir.

—Fel'annár, tengo una historia que contarte. Por favor, ¿no quieres escucharla? No juzgues injustamente a nuestro rey, no hasta que tú...

Pero Fel'annár dio otro paso hacia atrás, su cabeza negando la verdad que amanecía mientras se hundía bajo sus barreras de hierro. Dando la espalda a Lainon, cerró los ojos por un momento, y luego comenzó a alejarse. Idernon extendió una mano hacia él, pero fue ignorado. Fel'annár se alejaba a zancadas de La Compañía, de Lainon, del cruel beso de la realidad, uno que nunca había querido enfrentar, que aún no podía. Sus largas zancadas se volvieron más ligeras hasta que estaba corriendo, y luego esprintando sobre la tierra, hacia donde no sabía: tal vez a Lan Taria y una infancia de inocencia e ignorancia, a cualquier lugar menos aquí con los ojos compasivos de Lainon y sus angustiosas palabras. La angustia alimentaba su corazón palpitante, y sus piernas trabajaban más rápido, mechones plateados ondeando tras él, los ojos llorosos en la oscuridad fría de una noche que cambiaría su vida.

A Fel’annár, no se le vería más esa noche. Mucho más tarde, cuando regresara al campamento, Sol Verde estaría completamente cambiado.

~

—No podemos dejarlo, Lainon.

—No, no podemos, y sin embargo no será receptivo con nosotros ahora, no hasta que asimile la revelación.

—Entonces vamos tras él y montamos guardia. No lo dejaré solo después de eso —comenzó Ramien, su tono elevándose cada vez más.

—Tranquilo, Ramien. Yo iré —dijo Lainon, extendiendo su palma hacia el imponente Silvano—. Vosotros debéis esperar su regreso y luego cubrirlo ante Silor. Os visitaré tan pronto como pueda para que podamos acordar una estrategia. Aún hay tiempo antes de que lleguemos a Tar'eastór, y debo informar a mi príncipe que la tarea está hecha.

—La *tarea...* —dijo Idernon, y Lainon vio la ira que hervía bajo las facciones apenas controladas—. ¿Cuánto tiempo habéis estado tramando y conspirando, dejándolo en la oscuridad?

—Durante todo el tiempo que fue necesario —respondió Lainon, con rostro severo—. No dudes de que tengo sus mejores intereses en el corazón, Idernon.

—Y sin embargo debo hacerlo. No te *conozco*, Lainon. Me pides un acto de fe.

—Sí —admitió Lainon—. Soy Ari'atór, y eso difícilmente te sorprenderá. La fe es la razón de mi existencia.

Idernon se sobresaltó y luego simplemente asintió, sus ojos desviándose en la dirección que había tomado Fel'annár antes de volver a Lainon. —Lo traerás de vuelta a salvo, Ari'atór —dijo, con ojos duros pero inquisitivos, y Lainon comprendió. Idernon era un muchacho sabio, y Lainon lo respetaba por su lealtad hacia Fel'annár. Sería un buen líder algún día, reflexionó mientras asentía y luego se alejaba.

Lainon finalmente percibió a Fel'annár sentado en lo alto de un árbol, y así tomó su silenciosa vigilancia en una percha un poco más abajo. Era Ari'atór, Guerrero Espiritual, elegido para defender el Valle de los intrusos humanos. Era empático, su corazón fuerte, más capaz que otros de superar la agonía de un corazón roto, un alma perdida. La negrura de su cabello, el tono cobrizo de su piel, sus llamativos ojos azules lo decían, lo marcaban como un Ari’atór Espiritual, un guía del espíritu, un guerrero de hecho.

Y, sin embargo, Lainon había rechazado la llamada del Valle, tanto como había negado la llamada del Ari'atór Espiritual. Era como si hubiera algún otro destino reservado para él en Ea Uaré, uno que lo había arrancado de su alma gemela hace más de un siglo. Ella no había comprendido y, por Aria, él tampoco. Ella había partido hacia el Valle para servir bajo el mando del Comandante Hobin, y Lainon había regresado al bosque, solo. Su separación lo había dejado preguntándose, buscando desesperadamente justificar sus acciones, pero todo eso había cambiado hace un año, cuando finalmente había comenzado a sospechar la naturaleza de su deber.

Lainon sintió los primeros zarcillos de lástima bailar alrededor de su corazón, y fue todo lo que pudo hacer para alejarlos. Fel'annár no necesitaba eso; necesitaba su comprensión, y Lainon *sí* comprendía. Conocía la historia mejor que la mayoría, y luego Amareth le había contado el resto, la parte que no conocía, la historia de la infancia de Fel'annár en Lan Taria. La burla lo había seguido durante los años de su primera juventud, porque no se parecía a los otros niños y no tenía padre del que hablar. Años de curiosidad infantil y preguntas sin respuesta fueron seguidos por el odio y la negación. Luego vino la aceptación parcial de su ilegitimidad a costa de convencerse a sí mismo de que no le importaba quién había sido su padre. Sin embargo, todo había sido estrategia, una forma de hacer que su existencia fuera aceptable para su propia mente. Mentiras, mentiras piadosas, y le había desgarrado el corazón a Lainon ver cómo el mundo inventado de Fel'annár se desintegraba en el viento como hojas de otoño ante una fuerte brisa. Para la mente de Fel'annár, su padre lo había abandonado; no fue un niño deseado. Lo que siempre había temido era la verdad.

Lainon respiró profundamente e inclinó la cabeza hacia arriba, hacia donde sabía que Fel'annár estaba sentado, apenas unas ramas más arriba.

—Su intención nunca fue herirte, Fel'annár —comenzó suavemente, con la espalda apoyada contra el tronco, los ojos vueltos hacia un lado, preguntándose si el muchacho reconocería su presencia.

No lo hizo.

—La historia es larga y triste, pero es una que te ayudará a entender.

Silencio.

—Nuestro rey amaba a tu madre más allá de todo pensamiento racional, y tú eres la consecuencia de ese amor, uno que *debía* ser y sin embargo nunca podría ser.

Lainon creyó oír un suave crujido, la única reacción a sus palabras.

—Amareth permaneció en silencio todos esos años, nunca viajó contigo porque te ama, Fel'annár. Entregó su vida a ti, el hijo de su hermana, para que crecieras a salvo. Nunca pudo hablarte de tu padre porque hacerlo podría haberte expuesto al mundo exterior, un mundo imperfecto, a menudo injusto, horrible incluso. Tu existencia habría significado ganancia política para algunos y podría haber sido utilizada contra el gobierno de tu padre. Habrías sido una simple herramienta, utilizada por todos si hubiera algo que ganar.

El crujido se hizo más fuerte, y la figura verde-marrón de Fel'annár pasó junto a él hasta que estuvo en el suelo, con su amplia capucha cubriendo sus mechones plateados y el rostro que deseaba ocultar.

Sin embargo, esta vez, no echó a correr.

Lainon se deslizó hasta el suelo y observó atentamente a Fel'annár, estudiando su figura. No estaba encorvado ni abatido, sino rígido y erguido, y cuando volvió su rostro hacia Lainon, el Ari'atór se sobresaltó, la respiración atrapada en la garganta. Sus ojos verdes brillaban demasiado intensamente, el color de sus iris arremolinándose como pigmento en una corriente perezosa, una extraña niebla formándose ante ellos, hipnotizando a Lainon y acelerando su pulso. Había algo en esa niebla, algo que llamaba a su alma.

—He sido engañado toda mi vida, Lainon, por todas las personas que me importaron, incluso por ti —dijo en voz baja—. ¿Lo sabía el Capitán Turion? ¿Lo sabe el *rey*? —preguntó, dando un paso adelante, y Lainon intentó desesperadamente no retroceder. Los ojos de Fel'annár no eran naturales, y su piel se erizó, pero, aun así, mantuvo su posición.

—Turion lo sabía porque yo se lo dije, y sí, el rey sabe que tiene un hijo Silvano, uno que creía estar en el Valle con su madre. Se le contaría la verdad mientras estamos fuera.

Fel'annár se giró, su voz suave y distante: —Siempre quise servir a nuestro rey, y a través de ese servicio, a nuestro pueblo. Juré lealtad al rey Thargodén con lágrimas de alegría en los ojos, y sin embargo ahora esas lágrimas son de tristeza, frustración, *decepción*. Lo único que pedí a la vida fue ser un guerrero, y mira lo que he hecho. He jurado lealtad al mismo elfo que me abandonó, que me dejó a mi suerte, a quien no le importó nada mi vida. El mismo elfo que me dejó crecer sin padre, sin nombre... —Su voz se quebró, y a través de la niebla serpenteante, Lainon pudo ver fruncirse sus oscuras cejas. Entonces, una mano fuerte y callosa de arquero se extendió hacia el árbol más cercano y acarició la corteza suelta.

El cambio fue instantáneo.

Los ojos verdes que brillaban suavemente se encendieron de repente, y Fel'annár echó la cabeza hacia atrás en una mueca de dolor sorpresivo, con el pecho agitado mientras un gemido escapaba de su mandíbula apretada, cayéndole la capucha sobre los hombros.

—¿Fel'annár? —preguntó Lainon con voz temblorosa mientras daba un paso involuntario hacia atrás.

Sus manos se cerraron en puños, y los espesos mechones Ari que Fel'annár siempre llevaba se movieron en la brisa naciente, no con ella sino *contra* ella, no hacia adelante y atrás sino hacia arriba y alrededor de su cabeza, haciendo parecer como si flotara en el agua, y la piel de Lainon se erizó de pavor, con la sangre congelada en sus venas.

"No huyas..." se suplicó a sí mismo*.*

Y no lo hizo, incluso cuando los árboles comenzaron a gemir y crujir, y un extraño viento aulló a través de sus ramas oscilantes, transportándose hacia el oeste y el Gran Bosque.



—¿Qué es eso? —preguntó Ramien, girando la cabeza en la dirección en que Fel'annár y Lainon se habían marchado, con los ojos fijos en los árboles que se mecían.

—No lo sé —respondió Idernon mientras él también se giraba—. Los árboles danzan en la quietud.

Antes de que Ramien o Carodel pudieran responder, el Guerrero Sabio ya estaba corriendo. Con una breve mirada entre ellos, Ramien y Carodel le siguieron hasta que se detuvieron en seco justo a tiempo para evitar chocar contra la espalda de Idernon.

Lainon permanecía a un lado, con un brazo extendido hacia ellos en señal de mantenerse atrás, pero sus ojos estaban clavados en Fel'annár, que se encontraba en el centro del claro.

La luz, el aire y las hojas giraban a su alrededor, y aun así su cabello no se movía con ellos sino hacia arriba, serpenteando alrededor de sus ojos verdes resplandecientes. Parecía haber una lentitud en el tiempo que lo envolvía, pero todo lo demás era un torbellino que arremolinaba su ropa a su alrededor, el mismo viento que viajaba a través de los árboles, pero no tocaba a los de La Compañía, y aunque lo hubiera hecho, no lo habrían notado. Fel'annár estaba en el centro de un violento torbellino de la naturaleza.

Era magia, profunda y sabia, poderosa e impredecible, misteriosa en su propósito, aterradora de contemplar, y Lainon, por alguna razón incomprensible, a pesar de su miedo, a pesar de su cuerpo que se negaba a moverse, la encontró hermosa.

Siempre lo había sabido, se dio cuenta, siempre había sentido ese poder ondulando bajo las capas de la armadura de Fel'annár, siempre había sabido que provenía de los árboles. Sus dudas finalmente fueron respondidas. Ahora sabía por qué había abandonado Tar'eastór, por qué había regresado al bosque a pesar de lo que dictaba el deber y el amor.

Minutos después, la perturbación comenzó a disminuir lentamente, y Fel'annár se sentó pesadamente sobre el suelo del bosque. Su mano permaneció plana contra la corteza, y a pesar del viento que había azotado a su alrededor, su cabello no estaba despeinado en absoluto. Su expresión, sin embargo, estaba ausente,

aunque la tormenta en sus ojos todavía rugía, el verde de sus iris moviéndose de forma antinatural, aún sin asentarse después de haber sido encendido por alguna fuerza invisible que ninguno de ellos podía explicar. Era otra parte del rompecabezas, otra pista sobre la naturaleza de la habilidad del muchacho, del propio papel de Lainon en el esquema de las cosas, la razón por la que estaba aquí y no en el Valle con sus hermanos y hermanas Ari'atór.

La Compañía había prometido a Lainon que llevarían a Fel'annár de vuelta al campamento, y luego Lainon, a su vez, había prometido buscarlos al día siguiente. Necesitaban decidir qué hacer una vez que llegaran a Tar'eastór, pues Lainon les había asegurado que Fel'annár no pasaría desapercibido. De hecho, había tanto que necesitaba contarles sobre las preocupaciones políticas, sobre el peligro, sobre la necesidad de discreción. Si Lainon iba a confiar en su ayuda, necesitaban entender, pero ahora no era el momento para explicaciones complejas, así que encontró dentro de sí mismo la fuerza para marcharse, de vuelta a su tienda y al Príncipe Handir.

Al asomar la cabeza dentro, el Ari'atór encontró al príncipe despierto, su cuerpo solo parcialmente visible en la débil luz.

—¿Está hecho? —preguntó en voz baja.

Lainon se acercó a su jergón y se sentó pesadamente, pasándose una mano temblorosa por el rostro. Un breve asentimiento fue su única respuesta.

—¿Y? —le instó Handir.

—Perdóname —respondió con una exhalación—. No fue como había imaginado.

—¿Está disgustado? —preguntó el príncipe.

—¡Por supuesto que lo está! —siseó el Ari y luego cerró los ojos brillantes, sin querer disculparse por su enfado—. Estaba conmocionado, incrédulo. —Lainon no mencionó la furia de los árboles ni los ojos antinaturales en la oscuridad.

Handir permaneció en silencio.

—Se le ha negado la verdad toda su vida, Handir. Fuera lo que fuese lo que esperaba que fuera su padre, quien pensaba que sería, nunca fue esto. Que el único elfo al que había elegido servir con un empeño que raramente he visto resultara ser su *padre*, un padre

que lo abandonó antes de nacer... es la ironía en su forma más pura, una cruel paradoja. Esperaba su conmoción, incluso su ira, pero no esperaba presenciar su vulnerabilidad. Creo que ahora entiendo —susurró, su mente llevándole de vuelta a los primeros días cuando conoció a Fel'annár. El chico se había ocultado tras una máscara de charla amistosa, réplicas ingeniosas y un esfuerzo adecuado durante el entrenamiento. Ahora sabía el porqué, la razón por la que ocultaba sus emociones, entrenaba en secreto. No era modestia; era un intento inútil de sentirse normal.

Pero no era normal, y Fel'annár lo sabía.

—No hemos pensado qué decir cuando sea reconocido —dijo Handir—. Cuando lo vi en la tienda antes, era mi abuelo quien me devolvía la mirada, Lainon. Es inquietante, y a donde nos dirigimos, no habrá ninguna duda en sus mentes sobre su linaje. De hecho, tenemos una suerte absurda de que Pan'assár estuviera distraído por su estómago ayer. Y luego están mis primos, nuestros primos, y no necesito recordarte al Comandante General Gor'sadén y su relación con Pan'assár, con el propio Or'Talán.

—Lo sé —dijo Lainon—. Pensé que quizás podríamos mantener al muchacho encapuchado, hablar con el Rey Vorn'asté a nuestra llegada. Le contamos la verdad, que la noticia aún no ha trascendido en Ea Uaré. Estoy seguro de que tendría nuestros mejores intereses en mente como aliado de nuestra nación.

—Quizás, pero las relaciones entre Ea Uaré y Tar'eastór han sido descuidadas durante mucho tiempo. No deberíamos esperar demasiada ayuda de sus líderes. Necesitaremos tiempo para determinar su situación política y asegurarnos de que no obstaculicen nuestros planes.

—Y, sin embargo, tenemos pocas opciones en este asunto —dijo Lainon—. Aunque deberíamos decírselo a Pan'assár. Lo necesitamos de nuestro lado.

—Espera, Lainon. Espera al menos hasta mañana. Hablemos los dos de nuevo antes de llevar esto más lejos. Pan'assár es impredecible en estas cosas. Or'Talán era como un hermano para él y Gor'sadén, y aunque no estoy familiarizado con este último, tengo

una idea de Pan'assár. Puede que no sea comprensivo con el muchacho.

Lainon asintió pensativamente y luego se dirigió a su rincón de la tienda, desabrochándose las armas.

—Lo has hecho bien. No debe haber sido fácil —murmuró Handir.

Lainon miró fijamente a su protegido real, con los ojos firmes y la mandíbula fija como cincelada en piedra.

—No lo fue.

Aún mientras hablaba, Lainon se preguntaba si el príncipe tenía la más mínima idea de lo difícil que había sido, de hecho, estaba seguro de que no era consciente. Ya era suficiente haber sacudido el mundo de Fel’annár. Hasta ahí, Handir podía empatizar perfectamente. Pero nunca entendería ni imaginaría el poder que se había desatado, insospechado y sin control, algo que había asustado a Lainon y a los demás hasta la médula.

Guardaría su silencio, pues la situación de Fel'annár ya era lo bastante compleja, lo suficientemente peligrosa sin añadir la presencia de magia, si es que era eso lo que había presenciado.

No, reflexionó para sí mismo. No magia. Solo las leyes de la naturaleza, y, sin embargo, al fin y al cabo, ¿qué diferencia había?



La oscuridad tintada de una noche sin luna dio paso a los tonos profundos del perezoso despertar del sol, colores que pasaban del negro al gris y luego al azul. Aún no era el amanecer, pero Fel'annár, Idernon, Ramien y Carodel permanecían despiertos y en silencio.

Un sueño le había atormentado a Fel’annár toda la noche, repitiéndose una y otra vez, como si intentara y fracasara en explicarle algo que no podía comprender. Era un sueño que ya había tenido.

"Soy Fel'annár. Soy el bosque."

La dama dentro del árbol seguía siendo un misterio, pero al menos ahora, parte de su sueño había sido desentrañado. No era ningún demonio de ojos verdes lo que había visto toda su vida, ojos

encendidos: era *él mismo*. Le aterrorizaba esta extrañeza, la transformación sobre la que no había tenido control, y, sin embargo, las palabras de Lainon habían infundido un temor aún mayor.

"Eres el hijo de Thargodén."

Incluso ahora, Fel'annár no podía pronunciar el nombre de su padre, apenas había podido decirlo en su propia mente. Era absurdo, y una parte de él todavía no podía asimilar la verdad, no del todo.

Debe haber algún error.

Sin embargo, Lainon no se lo habría contado a menos que estuviera seguro. De hecho, todo encajaba, y pensó en el día que habían regresado del norte con Lainon y Turion. Un elfo lo había saludado como "*señor*", y Turion lo había enviado a las afueras con Lainon cuando, por derecho, debería haber marchado hacia la ciudad. Recordaba al guardia de los barracones y cómo lo había mirado, como si lo reconociera. Y luego estaba Narosén, el Ari'atór Espiritual, y sus palabras crípticas: "*Tú eres nuestro*". Finalmente, recordó el inquebrantable silencio de Amareth. Ella lo había estado protegiendo.

Había una violenta batalla librándose en su mente. Sabía la verdad, pero simplemente no podía creerlo, a decirlo, a expresarlo con palabras. Ni siquiera podía comprender cómo se sentía al respecto. Había ira*,* era todo lo que sabía.

Tomó una gran bocanada de aire y levantó la cabeza hacia la luz temprana de la mañana, con los ojos aún cerrados. Hacía frío, y ese fue el primer pensamiento que lentamente comenzó a sacarlo de la niebla de pavor e incertidumbre, hacia el mundo real y la increíble verdad.

Le dolían los músculos, sentía la cabeza demasiado pesada, y un dolor sordo presionaba la parte posterior de su cuello. Aun así, abrió los ojos y luego se preguntó de qué color serían, si todavía brillarían como si un demonio escupiera fuego dentro de su cabeza. Los había asustado, y entonces se burló mentalmente de sus estúpidos pensamientos. ¡Se había aterrorizado a *sí mismo*! Todavía lo estaba.

De repente echó de menos a Narosén y sus extrañas costumbres, sus palabras reconfortantes y sus ojos conocedores. Curioso, reflexionó. Por primera vez en su vida, esa pregunta omnipresente

ya no estaba ahí, en sus labios, en su mente, arañando su vulnerable corazón.

"*¿Quién soy yo*?"

Era Fel'annár, hijo bastardo de Thargodén.

El fuego casi se había extinguido, y Ramien lo estaba avivando mientras Carodel recogía un cubo y se dirigía al arroyo. Idernon, sin embargo, le devolvía la mirada, silencioso salvo por la elocuente amistad en sus ojos. Había una invitación allí para hablar, pero Fel'annár no podía, aún no.

Su mirada se desvió hacia los árboles que los rodeaban, y se preguntó qué sentiría si extendiera la mano y los tocara.

"*No, no lo hagas*", se dijo a sí mismo. Era lo que había hecho anoche, y se había convertido en una especie de espíritu de viento arcano. Había querido huir, pero entonces, ¿cómo huye uno de sí mismo? Su don había cambiado, evolucionado de alguna manera, y el único patrón que podía encontrar estaba relacionado con sus emociones. Reprimió un escalofrío y entonces se dio cuenta de que Lainon no estaba allí.

Volviéndose hacia Idernon, Fel'annár se preguntó qué estarían pensando sus amigos ahora que conocían su linaje. ¿La verdad cambiaría las cosas entre ellos? No, se reprendió, La Compañía no. Ellos eran sus verdaderos hermanos, eran su única familia aparte de Amareth; eso nunca cambiaría, estaba seguro de ello.

—Toma —dijo Carodel, sirviendo el té que había preparado y pasándoles una taza a todos. Incluso Fel'annár extendió la mano para coger la suya.

Bebieron en silencio durante un rato, hasta que Idernon se inclinó hacia adelante y habló en voz baja—. Ojalá Lainon estuviera aquí —Carodel y Ramien asintieron, pero sus rostros eran idénticos: pálidos y demacrados. Fel'annár era hijo del rey. Era completamente absurdo, increíble y, sin embargo, para los dos miembros más veteranos de La Compañía, por muy atónitos que aún estuvieran, todo, de alguna manera, tenía absoluto sentido.

CAPÍTULO 3

Precipicio

"A veces hermoso, otras veces cruel, Bel'arán es un paraíso para algunos y una condena eterna para otros. Los inmortales pueden seguir su viaje por los mundos élficos tomando uno de dos caminos: el Camino Largo, el viaje voluntario hacia el Valle y el segundo mundo de Naz'arán, o el Camino Corto tras la muerte. Allí reside el alma sin morada, inconsciente de sí misma hasta que vuelve a cobrar consciencia y el cuerpo se restaura en el nuevo mundo.
Las Crónicas Silvanas, Libro I. Marhené.

~

R*espira, relájate, concéntrate.*

¿Cómo le dices a un padre que tiene un hijo del que no sabe nada?

Fácil, una mera bagatela para alguien como Aradan. Siglos de política habían perfeccionado sus habilidades y agudizado su percepción de la psicología élfica. Leía miradas e interpretaba corazones, sentía la traición en sus huesos y reconocía las mentiras, incluso aquellas endulzadas y servidas en bandeja.

¿Cómo le dices a un rey que su amante ha perecido?

Aradan había enfrentado muchas pruebas como consejero principal del rey. Había visto a madres inconsolables meciendo los cuerpos sin vida de sus hijos. Había contemplado lágrimas de incredulidad en el rostro inocente de un bebé, padres furiosos incapaces de aceptar la muerte de un hijo guerrero. Había sostenido las manos de elfos moribundos, obligado a otros a entrar en batalla, calmado mil dolores y, sin duda, había causado otros tantos. Entonces, ¿por qué respiraba con tanta dificultad? ¿Por qué tenía los ojos demasiado abiertos mientras contemplaba al Rey Thargodén desmontar y liberar a su caballo? Había una tristeza en él, más de lo habitual, y Aradan se preguntó por las grietas en la armadura del rey, las emociones desprotegidas, los ojos abiertos e invitadores, casi suplicantes... de saber, y quizás descansar.

Esa misma mañana, el rey, retraído y disminuido durante tantos años, lo había llamado con cara de espanto, medio aterrorizado, y el alma de Aradan se había hundido hasta sus botas. *"Los árboles han proclamado a un nuevo señor"*, había dicho, y Aradan momentáneamente había permitido que su miedo aflorara. Entonces fue demasiado tarde para rectificar, pues el rey lo había visto, y su mirada se había enfocado agudamente. *"Cuéntame todo lo que sabes..."*

Él lo sabía; el rey sabía que Aradan guardaba un secreto. Algo en los árboles se lo había dicho, y había requerido toda la habilidad como consejero principal para evitar revelar lo que sabía, allí mismo. Primero, había suplicado a su *rey* y luego había implorado a su amigo de toda la vida: *"espera, aquí no"*, había dicho. Necesitaba al rey en paz y soledad, lejos de miradas indiscretas, oídos agudos y guardias inoportunos. Necesitaba llevar a Thargodén a un lugar donde pudiera sentir libremente, sin interrupciones de cuestiones de estado o los ojos fríos y sentenciosos de Band'orán.

Pero el rey había insistido, y Aradan, en su desesperación, había hecho algo que nunca hubiera imaginado. Había dado una orden al rey y, para su total sorpresa, Thargodén había accedido con un simple asentimiento.

No quince minutos después, el rey se había presentado con ropa de montar sencilla y una bolsa de tela sobre el hombro. Su

impresionante espada descansaba en su mano derecha, y su corona había desaparecido, al igual que la mirada apagada que el rey había llevado durante tantos años. En su lugar había un rostro completamente abierto al escrutinio de Aradan, los ojos antes muertos y desenfocados ahora profundos y penetrantes, llenos de emociones difíciles de soportar.

El rey realmente quería saberlo todo, y sin embargo Aradan podía ver que lo temía al mismo tiempo. Era como si supiera que cualquier cosa que Aradan fuera a decir, este día cambiaría de alguna manera el curso de su vida, un curso que se había vuelto oscuro el día en que la reina había tomado el Camino Largo hacia el Valle, el día en que el rey había perdido el cariño de sus hijos. Su amante también había ido al Valle, y aunque ese había sido su plan conjunto, Thargodén había muerto por dentro. Hoy, después de todo este tiempo, algo había cambiado en la mente del rey debilitado, algo fundamental, pero era maleable, y Aradan necesitaba aprovechar su ventaja.

Habían salido entonces, bajo las miradas incrédulas de cortesanos y guerreros, con solo la guardia personal del rey pisándoles los talones. No habían viajado lejos, de hecho, habían cabalgado durante menos de una hora para llegar a este lugar, un sitio que Aradan sabía que el rey había favorecido en otro tiempo.

—Echaba de menos esto —dijo Aradan, paseando su mirada por el claro soleado, dando un giro completo para quedar frente al rey. Tendió un odre de vino en sus manos.

Thargodén sonrió suavemente.

—Eres un buen consejero, Aradan, pero un amigo mejor. Conozco tu pena durante estos años pasados. Puedo verla en tus ojos, y lo siento —dijo, alcanzando el odre y tomando un sorbo.

—Los árboles te han alcanzado de una manera en la que yo no he podido —dijo el consejero, esperando incitar al rey a una conversación sostenida y obtener la verdad, saber cuánto podría sospechar el rey antes de dar la noticia. Funcionó.

—¿He estado tan ausente, amigo mío? ¿He descuidado tanto mi tierra?

—Sí —dijo Aradan con cuidado—. Sabía que quizás no eras consciente, pero mientras has administrado las tierras no las has gobernado. He hecho todo lo que he podido, pero no soy tú. No soy el rey. Tu tío Band'orán ha aprovechado bien y ha fortalecido su posición en la corte. Aquellos que se adhieren a sus afirmaciones de superioridad Alpina están creciendo, pues apela a su sentido de esplendor perdido, al orgullo inherente de nuestra ascendencia, Thargodén. Es una charla popular que está impregnando todo. —Aradan resopló mientras agitaba las manos a su alrededor—. Añade a eso la promesa de riqueza que Band'orán afirma que puede traer con nuevas rutas comerciales con los humanos... es una receta para el éxito, pero su visión de cómo debería gobernarse esta tierra no es la tuya, ni la mía ni la de los Silvanos.

—¿Crees que su seguimiento se ha vuelto... problemático?

—Sí, aunque quizás no hasta el punto de no retorno. Si reaccionamos ahora, el problema puede deshacerse, al menos para que se vuelva irrelevante. —Era una afirmación amplia, y Aradan esperaba que su propio escepticismo no hubiera teñido sus palabras.

—¿Y qué hay del daño a mi familia, Aradan? Veo a Rinon cada día, su descenso hacia la amargura, y todo lo que he hecho es quedarme ahí y ver cómo sucedía. Su corazón todavía está aquí, pero está entumecido, demasiado distante, y no me atrevo a pensar en Maeneth.

—Tu hija siempre fue la fuerte, la única que podía mandar sobre nuestro príncipe heredero. No creo que vayas a perderla. —La sonrisa afectuosa de Aradan desapareció mientras continuaba—. No eras tú mismo, Thargodén. Estabas demasiado dentro de ti, dentro de tus propios pensamientos y emociones, y no seré yo quien te culpe por eso.

—¿Revolcándome en la autocompasión, quieres decir?

—No, eso no. Creo que estabas perdido. Es cierto, sin embargo, que hay mucho trabajo por hacer para que tus hijos vuelvan a ti, especialmente Rinon.

—Fue su madre la que partió al Valle, Aradan. Él me culpa por eso, y tiene razón al hacerlo.

—Quizás —meditó Aradan, pero había una chispa de rebeldía en sus claros ojos azules—. La influencia de Band'orán sobre Rinon es preocupante; lo está cambiando, alimentando sus emociones negativas hacia ti, usando su ira y canalizándola hacia ideas de dominio Alpino. Habrá que abordarlo, Thargodén. Handir, sin embargo, es diferente —dijo Aradan mientras guiaba al rey hacia la base de un roble nudoso y lo invitaba a sentarse.

Thargodén lo hizo, sonriendo mientras pensaba en su segundo hijo.

—Sí, se parece más a la reina, mientras que Rinon es... me recuerda tanto a mi propio padre.

—Quizás, de una manera más volátil. Handir, ahora, ha sobresalido en su vocación como estadista, y después de la guía de Damiel en Tar'eastór, tendrás un valioso consejero a tu lado, Thargodén; es un hijo excelente y leal. —Aradan tomó el frasco del rey y bebió un largo trago. Sus ojos escudriñaron el rostro de su amigo, sabiendo que este era, de hecho, el momento que él, Turion, Lainon y Handir habían discutido tantas veces durante el último año, y sin embargo se encontró luchando por encontrar una manera de abordar el tema. Incluso mientras meditaba la cuestión, el rey habló suavemente a su lado.

—Tengo cierta habilidad con los árboles, por extraño que eso pueda ser para un Alpino. Lássira solía decir que fue lo que primero la atrajo hacia mí. —Sonrió, pero sus ojos permanecieron distantes —. En estos últimos años desafortunados he escuchado más a ellos que a los elfos entre los que habito. No puedo oír sus palabras, pero sí siento sus emociones, a veces mejor que otras. Luego simplemente me confunden con sus constantes susurros. —Río débilmente—. A menudo busco consuelo en su canción, pues a mi alrededor solo encuentro sufrimiento y mis propios recuerdos oscuros. —Su rostro volvió entonces hacia Aradan y, por un momento, pareció sentir lástima por el consejero—. Sin embargo, hoy fueron claros, Aradan, más claros de lo que jamás han sido. Di lo que me has ocultado; di lo que mi corazón ya cree.

Aradan miró fijamente a su amigo con creciente comprensión, su frente profundamente arrugada. Turion y Lainon flotaban ante su ojo

mental, y se preguntó si Lainon habría contado al muchacho Silvano sobre su herencia.

"Valor, consejero", se dijo a sí mismo, su mente alejándolo del momento y colocándolo en la cima de una montaña alta y dentada, posado en el borde de un abismo abierto, brazos extendidos, cabeza inclinada hacia el sol.

—Thargodén, creemos que Lássira puede estar... muerta.

Aradan observó el rostro de su amigo que, hasta ahora, estaba tan inexpresivo como había estado durante incontables años, y durante muchos momentos permaneció así hasta que el rey miró al suelo y asintió en señal de comprensión. Volviéndose hacia un lado, Thargodén inclinó la cabeza hacia el sol y permitió que su tímido calor iluminara sus rígidas facciones como si pudiera derretirlas; de hecho, su rostro en blanco, pétreo, se volvió lentamente flexible, hundiéndose en tristeza, dolor y aceptación, uno tras otro.

Aradan estaba una vez más al borde del abismo, observándose a sí mismo dar un paso hacia la nada, inclinándose hacia adelante y luego cayendo lentamente, flotando, con la capa ondeando ruidosamente a su alrededor, cayendo a través de algún éter desconocido, con el corazón en la boca.

—Lássira... —susurró una voz tan suave y sin embargo la palabra persistió en el aire, y Aradan se preguntó si había magia en ella, si, quizás, Thargodén la había hechizado para que llegara tan lejos como ella seguramente estaba ahora.

El rey murmuró quedamente en la brisa, palabras que no estaban destinadas a Aradan, pero él las escuchó de todos modos, y sus propios ojos se cerraron. Cuando los abrió de nuevo, el mundo era un borrón de tristeza aplastante y el peso insoportable de la lástima por su amigo.

Thargodén se levantó lentamente.

—No he sentido su presencia durante cincuenta y dos años, Aradan, y aunque esperaba y rezaba que fuera mi dolor por su ausencia lo que me daba pensamientos sombríos, ahora que me lo has dicho, sé que simplemente me estaba engañando a mí mismo. Me he perdido durante todos esos años, perdido en mi esfuerzo por encontrarla, por situarla en el mapa de mi imaginación. Finalmente

la he perdido a ella y al niño que ambos, egoísta y estúpidamente, pensamos que la salvaría.

Aradan se sobresaltó visiblemente, su mente siguiendo rápidamente las conclusiones comprensibles del rey. Era cegadoramente lógico, y Aradan presionó hacia adelante, porque podía ver al rey cayendo, precipitándose a nuevas profundidades en su dolor. La certeza de su muerte le quitaría los últimos vestigios de la motivación de su rey para gobernar.

—Thargodén, puedes preguntarte cómo llegué a este conocimiento —dijo, acercándose lentamente para quedar cara a cara con su amigo. La cabeza del rey se ladeó, y luego asintió, como si solo entonces se le hubiera ocurrido.

—El Teniente Lainon y el Capitán Turion vinieron a mí después de una incursión en el noroeste, una incursión con los novicios. ¿Recuerdas el plan que ideamos? ¿Enviar a los reclutas más avanzados al campo?

—Lo recuerdo, continúa —dijo el rey.

—Vinieron a mí en confianza porque uno de esos guerreros había, inadvertidamente, llamado la atención sobre sí mismo. Quizás recuerdes un día en la mesa del desayuno con Rinon. Hablamos de uno al que llaman *El Silvano*...

—Sí, Rinon quería conocerlo —recordó el rey, sus ojos moviéndose de un lado a otro del rostro de Aradan, como si no supiera dónde mirar.

—No podía permitirlo, Thargodén.

La ingravidez de la caída libre de Aradan estaba llegando a su fin, y sintió la proximidad de la roca inflexible debajo de él. El suelo llenó su vista, y cerró los ojos, preparándose para el impacto.

—Ese chico, ese niño tiene, o eso dicen, el rostro de un Alpino y el corazón de un Silvano. Thargodén, dicen que sus ojos son del verde más vívido, y su rostro... su rostro es el de tu *padre*. Ese chico es tu *hijo*, Thargodén, El Silvano es el hijo de Lássira —terminó, y luego se tambaleó hacia atrás donde estaba parado, ojos abiertos, corazón latiendo fuera de control.

Los ojos de Thargodén se abrieron como platos, brillando intensamente con evidente conmoción. Aradan pensó que hablaría,

pero no lo hizo; en su lugar, simplemente se quedó mirando a Aradan como si le suplicara anticipar las preguntas que no podían salir de su boca paralizada. Aradan levantó una mano, buscando frenéticamente una manera de ordenar sus propios pensamientos.

—Lo primero que diré es que no puede haber error. Tiene cincuenta y dos años, es un guerrero recién nombrado y ha vivido toda su vida, hasta el año pasado, en Lan Taria, bajo la tutela de Amareth, hermana de Lássira.

—¿Y si es hijo de Amareth? Quiero decir... —murmuró el rey.

—No, según su propia confesión, este niño es hijo de Lássira. Ella conoce la verdad, pero no ha revelado el destino de Lássira; Lainon dice que no quiere hablar de ello. Thargodén... ¿me detengo o debo continuar? —Aradan necesitaba una señal, un indicio de que las noticias eran bienvenidas, pero el rey no contestó, no podía, y abruptamente le dio la espalda a Aradan, sus faldones de seda rozando sus pantorrillas.

—¿Thargodén? —llamó el consejero, pero el rey extendió un brazo pidiendo silencio.

Aunque el rey, de alguna manera subconsciente, sabía que Lássira estaba muerta, no sabía que su hijo estaba en Ea Uaré. Estaba completamente conmocionado, y Aradan no podía hacer nada más que quedarse allí observando, impotente para aliviar el sufrimiento de su amigo.

El mundo se detuvo y Aradan con él, suspendido sobre el Gran Bosque que había llegado a amar tanto. Nunca había oído a los árboles, pero aquel día pensó que quizás lo había hecho, solo esa vez, pues el dolor serpenteó alrededor de su alma hasta mezclarse con las nacientes brumas de esperanza.

Fue algo hermoso.



El Consejero Jefe Aradan se había quedado dormido, a pesar de sus mejores esfuerzos por mantenerse despierto. El vino y el estrés de su conversación con el rey obviamente habían cobrado un mayor

peaje de lo que había pensado, reflexionó irónicamente el consejero. De hecho, tras las revelaciones de Aradan, la conversación se había prolongado hasta la noche, y habían alimentado generosamente su fuego. Habían recordado tiempos anteriores cuando Thargodén era príncipe y tenía libertad para recorrer el bosque en el que había crecido, que había llegado a amar y comprender mucho más que los de la generación de su padre.

También habían llorado, en la intimidad de su campamento, lágrimas apenas reprimidas de anhelo, de arrepentimiento, de frustración y de incomprensión.

Levantándose lentamente ahora, estiró sus doloridos músculos y recorrió con la mirada los alrededores. Thargodén, sin embargo, no estaba a la vista, así que Aradan recogió sus mochilas y caminó hacia la guardia del rey. Observó cómo ella se giraba y saludaba, con sus brazales plateados reflejando el sol de la mañana temprana.

—¿El rey? —preguntó Aradan, a lo que ella simplemente asintió en la dirección que debía tomar.

Pronto, Aradan llegó a las orillas de un ancho arroyo donde un poderoso sauce se arqueaba sobre las aguas perezosas. El rey estaba posado sobre una rama baja, como si fuera un Silvano despreocupado, y Aradan lo observó por un momento, maravillándose ante la visión, pues a pesar de su ropa de montar sencilla y su cabello rubio plateado suelto, Thargodén nunca podría ser confundido con otra cosa que lo que era. Era algo innato, algo que compartía con su padre.

No queriendo interrumpir, Aradan se acomodó en las orillas arcillosas debajo y esperó pacientemente, recogiendo una piedra y girándola en sus manos, la acción rítmica ayudando a calmar su creciente ansiedad. Había dejado mucho sin decir ayer, cosas que ahora debía encontrar en sí mismo para expresar, si el rey estaba dispuesto.

—Aradan —reconoció el rey desde arriba.

—Thargodén —respondió el consejero mientras lanzaba la piedra al agua, escuchando el golpe hueco al impactar con la superficie. Esperaría a que el rey marcara el tono de su conversación, porque, a decir verdad, Aradan simplemente no sabía qué esperar.

—Debes despedirte ahora —dijo el rey, y el corazón de Aradan cayó hasta las suelas de sus botas. «*Qué hemos hecho*», se dijo mientras esperaba con el aliento contenido a que el rey continuara.

—Tus noticias me han traído clausura, Aradan, un triste pero inevitable final al tormento de no saber, porque cuando no sabes, no puedes aceptar, y si no puedes aceptar, sufres. ¿No es así como funciona? —preguntó.

—Suena razonable —dijo Aradan, con la respiración extrañamente entrecortada al responder.

—Ahora que lo sé, quizás pueda aprender a aceptar, y sin embargo la volveré a ver porque ahora... sé dónde buscar, dónde encontrarla.

La mente de Aradan hizo eco de las palabras del rey como un mantra desesperado.

«*Debes despedirte...*»

Se marchaba entonces, partía hacia el Valle, pero sus pensamientos en espiral se detuvieron abruptamente con las siguientes palabras del rey.

—Aradan. El rey afligido, el rey decadente, *él* se está yendo.

Aradan observó con ojos redondos cómo el rey descendía de forma elegante del árbol y caminaba decidido hacia él, y por un momento, Aradan pensó que se movía demasiado lentamente. Sin embargo, antes de que pudiera parpadear una vez más, el rey estaba sobre él, agachándose ante él, con los ojos al mismo nivel que los suyos como si se mirara a sí mismo en un espejo.

—*Él* se ha ido, y en su lugar está Thargodén, hijo de Or'Talán, rey de Ea Uaré, padre de Rinon, Handir, Maeneth y *El Silvano*.

La piel de Aradan se erizó dolorosamente, y jadeó ante la repentina sensación y luego frunció el ceño, procesando lentamente las implicaciones.

—¿Te *quedas*? ¿Has *vuelto*? —susurró con creciente comprensión.

—Sí, Aradan. He vuelto. —La voz del rey era fuerte y vibrante, sus ojos ya no desenfocados y distantes, apagados y abrumadoramente tristes. Se había ido la postura encorvada, las respuestas distraídas, el desánimo. *Este* rey era un gobernante,

tenía un propósito de nuevo, y por mucho que Aradan lo intentara, con toda su considerable fuerza, no pudo evitar la sonrisa radiante que floreció en su rostro como leche derramada sobre lino fresco. Las palabras burbujearon en su boca y luego se liberaron por su propia voluntad.

—Alabada sea Aria, Thargodén. Bendita sea la alabada Aria.

—¿Cuál es su nombre? —llegó la repentina y suave pregunta mientras el rey se enderezaba y se volvía hacia el claro, con Aradan siguiéndolo tentativamente.

—¿Recuerdas aquel día especial cuando me hablaste por primera vez de ella? Cuando ambos éramos aún jóvenes y llenos de ideales insensatos. Ella te había obsequiado con una pequeña cosa, algo Silvano, algo que sé que guardaste.

El rey bajó la mirada por un momento, contemplando en su mente una vez más el hermoso rostro de Lássira, aquel que miraría en su diario cada día solo para desterrarlo con ira, de vuelta a los estantes polvorientos donde ahora residía. Pero entonces recordó la flor seca verde-marrón que siempre descansaba sobre su boceto; seguramente era el regalo al que Aradan se refería.

—Ella lo recordó, Thargodén. Fue lo más precioso para ella, apostaría, pues nombró a su hijo en honor a ese pequeño acto, esa proclamación Silvana de amor por ti.

Thargodén le sonrió a Aradan a través de las silenciosas lágrimas que ya no podían ser contenidas.

—Fel'annár. Lo llamó *Fel'annár* —susurró el rey con asombro, y Aradan sonrió.

El rey se habría marchado al Valle por la pérdida segura de Lássira, pero el padre se quedaba por la parte de ella que vivía en Bel'arán; se quedaría por Sol Verde. Se quedaría por sus hijos.



Era tarde cuando se habían colado en la fortaleza, y Aradan había llevado discretamente al rey a sus aposentos, casi sin ser vistos. Se sentaba ahora allí, observando cómo Thargodén se acostumbraba de

nuevo a su estudio olvidado, sus libros y los papeles sobre su escritorio, como si nunca los hubiera visto antes; como si hubiera regresado de un viaje largo y distante.

La inercia del lento pero implacable envenenamiento de Band'orán, sus prejuicios sesgos y maneras conspirativas se estrellarían contra este muro de poder, y Aradan sabía que necesitaría prepararse para la batalla que se avecinaba; ayudaría al rey a mantener unida esta nación lo mejor que pudiera, reuniría a sus aliados y acabaría con las pretensiones de Band'orán de una vez por todas. El tiempo para maniobras políticas había terminado; no habría nada sutil en la guerra por venir, la guerra para mantener a Thargodén en el trono y unir a su nación multicultural.

Había tiempos tumultuosos por delante, peligrosas mareas que enfrentar, y Aradan estaba extasiado.

El susurro de una tela pesada interrumpió sus pensamientos, y sus ojos volvieron hacia Thargodén, que estaba de pie ante las contraventanas abiertas, con la mirada fija en el impresionante paisaje más allá de la Gran Meseta, hacia el prohibido Bosque Siempreverde.

—Aradan, toma nota de lo que te digo ahora, pues hay mucho que hacer. Llama a quien necesites para ayudarte.

—Por supuesto, mi señor —respondió Aradan mientras se sentaba en la más pequeña de las dos mesas, alcanzando un pergamino y una pluma.

—Dime, ¿cuándo regresa el Príncipe Rinon del este?

—En dos días, mi señor.

—Bien. En cuanto llegue, lo veré en privado. Mientras tanto, escribiré una carta para Maeneth en Pelagia. Organiza que un mensajero parta mañana por la mañana. Escribiré mensajes personales para Vorn'asté, Handir y Lainon. Estos serán urgentes y prioritarios. Que los guardias escolten al mensajero, y Aradan —añadió el rey con determinación—, es de suma importancia que estos mensajeros salgan en secreto. No quiero que nadie sepa de estos despachos, nadie excepto tú, yo, el General Huren y el Capitán Turion.

—Lo tengo, mi señor. ¿Ningún mensaje para el joven Fel'annár, entonces?

Los ojos del rey brillaron, y Aradan supo que aún no se había acostumbrado al hecho de tener otro hijo.

—Fel'annár, El Silvano, Hwind'atór —dijo Aradan con una sonrisa irónica.

—¿Hwind'atór? —preguntó Thargodén, frunciendo el ceño.

—Sí, me han dicho que hay una historia detrás, pero debes preguntarle a Turion. Yo ni siquiera he visto al muchacho.

El rey pareció pensativo por un momento antes de asentir y continuar con su aluvión de órdenes para el consejero.

—Estoy convocando una cumbre que se celebrará dentro de tres semanas —continuó el rey, sobresaltando momentáneamente a Aradan de sus reflexiones—. Quiero que todos los líderes Silvanos estén aquí, sin excusas. Debemos asegurarnos de que cada aldea esté representada.

—Eso significará decenas de delegados Silvanos, mi señor —dijo Aradan con creciente alarma.

—Lo sé, pero debe hacerse. Ocúpate de la logística, Aradan.

—¿Podéis concederme *cuatro* semanas, mi señor? —preguntó con urgencia, pues la magnitud de estas peticiones era abrumadora.

—De acuerdo, y Aradan. Emite una invitación a Amareth de Lan Taria. Quisiera hablar con ella.

La mano de Aradan, que escribía furiosamente, se detuvo por un momento antes de continuar de nuevo, pues el rey ya estaba hablando de nuevo.

—Continuamos.

—Estoy listo.

—Quiero al General Huren y al Capitán Turion en mi despacho después del almuerzo.

—Sí, mi señor.

—Antes de la cena, visitaré los campos de entrenamiento y a nuestros valientes guerreros. Quisiera que supieran que su rey está agradecido por su servicio a este reino.

Aradan sonrió mientras escribía, esperando la siguiente orden. Pero no llegó ninguna.

—¿Quieres *más*? —preguntó Thargodén alegremente mientras se volvía desde la ventana hacia su consejero jefe.

Aradan levantó la vista, su rostro abierto y jubiloso. —Bienvenido de vuelta, mi rey.

CAPÍTULO 4

Silvicultura

"Tar'eastór es sin duda una ciudad de esplendor, pero el viaje hasta allí está plagado de peligros. Hay sabuesos de montaña y gigantes mortales, Lagartos de Gas y hombres salvajes, pero sobre todo están los Desviados de Montaña. No debe olvidarse que el Valle se encuentra al noroeste, dentro de las tierras de los señores Alpinos. Envuelto en las brumas de la incertidumbre, está custodiado por los Ari'atór, Guerreros Espirituales, Defensores de La Fuente. Ellos muestran a los inmortales el camino hacia la felicidad; muestran a los mortales lo que significa codiciar la inmortalidad."
Las Crónicas Silvanas. Marhené



Las Montañas Medianas se alzaban ante la escolta de Handir, y sus cuellos se estiraban hacia arriba asombrados por su majestuosidad, su belleza peligrosa. Los Alpinos las contemplaban con orgullo por la tierra madre mientras los Silvanos las miraban con aprensión, pues muchos nunca habían visto la montaña propiamente dicha, la poderosa belleza de la roca cargada de hielo. Estas montañas eran la división natural entre las fronteras orientales de Ea Uaré y Tar'eastór. Incluso Fel'annár era atraídos por los silenciosos

centinelas grises que cortaban brutalmente el horizonte; este era el hogar de los elfos Alpinos, la tierra natal de su padre.

Los colores eran muy diferentes aquí. No había marrones terrosos, ni verdes vibrantes; todo era blanco, gris y negro, salvo por algún árbol ocasional que se extendía desnudo en el frío, espigado y pelado. Fel'annár se estremeció, pues la temperatura estaba desplomándose. Al anochecer, hacía un frío helador. El entusiasmo de los guerreros estaba contenido, sus sentidos sintonizados a un nivel mayor de diligencia, pues los sonidos de la naturaleza estaban amortiguados por la nieve fresca. A Fel'annár le parecía un silencio enfermizo, flotando en el aire como si estuviera tambaleándose en la frontera de algún peligro desconocido. Curioso, reflexionó, que hubiera pocos árboles aquí y, sin embargo, los escuchaba de todos modos, como un eco distante en su mente.

Amareth nunca lo había llevado a ningún sitio, y ahora que conocía su herencia, si es que era cierta, todo tenía perfecto sentido. No estaba muy seguro de cómo se sentía respecto a la 'necesidad' del engaño al que le había sujetado su tía. Una irritación persistente en el fondo de su mente le decía que ella se había equivocado al ocultarle la verdad, se había equivocado al dejarlo preguntándose si sus padres habían sido proscritos, quebrantadores de juramentos o algo peor. ¿No se había dado cuenta de que su subterfugio había sido obvio para él? ¿Que siempre había sabido que le ocultaba algo trascendental? Y luego estaba Lainon; él también lo había sabido.

Idernon lo estaba mirando otra vez; podía sentirlo, así que encontró la mirada de su amigo y asintió. Estaba bien. Todo lo que necesitaba era algo de tiempo para ordenar la tormenta dentro de su cabeza, la que se había desatado en unos extraños segundos. Lo mantenía mayormente silencioso por fuera, pero estremeciéndose ante la cacofonía interior, el diálogo incesante en su mente que enviaba sus emociones de un lado a otro.

Su madre. Lainon había hablado de un amor que estaba destinado a ser pero que nunca podría existir, fuera lo que fuese lo que eso significaba. Su madre habría sido una humilde muchacha Silvana que se había enamorado del futuro rey. Cómo había ocurrido eso no podía imaginarlo, pero podía adivinar la desaprobación de

Or'Talán. ¿Era eso lo que había pasado?, meditó. ¿Les habían prohibido verse por rango o raza, o quizás ambos? Y si eso era así, ¿por qué habían concebido un hijo, sabiendo que nunca podrían estar juntos? ¿Y qué hay de los hijos legítimos del rey? El príncipe Handir lo sabía; Lainon se lo había dicho, y aunque no lo hubiera hecho, no se podía confundir la expresión en el rostro del príncipe justo ayer en la tienda real, momentos antes de que su propio mundo se desintegrara a su alrededor, su venda duramente ganada arrancada sin piedad de sus ojos voluntariamente ciegos.

El príncipe heredero Rinon y la princesa Maeneth. ¿Lo sabían *ellos*? ¿Culparían a Fel'annár por la indiscreción de su padre? ¿Tenía esto algo que ver con la partida de la reina hacia el Valle? Bueno, nunca lo sabría, se dio cuenta, porque ninguno de ellos daría la bienvenida a un bastardo mestizo en su noble casa, y aunque lo hicieran, Fel'annár no lo quería, ya no.

Sacudió la cabeza para detener la constante rumiación, un movimiento suficiente para llamar la atención de Ramien, y desde algún lugar profundo de su interior, Fel'annár logró esbozar una suave sonrisa, una que se ensanchó cuando vio la reacción que obtuvo de su amigo. Los había asustado, los había puesto nerviosos de tantas maneras; les debía recomponerse, capear el temporal un día a la vez. Era bueno en eso—en capear las dificultades—ignorando la realidad.

Pero dentro de este torbellino de preguntas y emociones, una cosa, al menos, estaba clara. No se avergonzaría; no bajaría la cabeza, y no sería objeto de burla. Era Fel'annár de Ea Uaré, un guerrero y Maestro Arquero. Era un elfo bueno, un leal servidor de su *rey,* no de su *padre*. No había sido deseado, y Fel'annár se aseguraría de que las cosas siguieran así. Ya no quería un padre, una familia. Esos días estaban muy, muy lejos, flotando como nieve, como tela de gasa en un viento de invierno temprano.

Se estremeció, apretando más la capa de lana a su alrededor. El cielo estaba vacío, un tinte gris azulado que se profundizaba a medida que avanzaba el crepúsculo. Se estaban deteniendo. Encendieron fuegos, y pronto fue difícil encontrar un espacio ante el calor, pues los guerreros se habían apiñado lo más cerca que se

atrevían, dejando apenas el espacio suficiente para que los cocineros montaran sus armazones sobre las hogueras. Incluso la división Silvano-Alpina había desaparecido mientras formaban un frente común contra el frío, lo único que había conseguido unirlos.

En el centro de su campamento había dos tiendas, una más grande que la otra, donde estaría el príncipe Handir, junto con Lainon. La otra sería para su oficial al mando, el Lord Pan'assár. Por lo que Fel'annár podía ver, el imponente Alpino dejaba todos los asuntos de mando a su teniente, Galadan. ¿Lo sabría *Pan'assár*?, se preguntaba, pues su comandante general había sido uno de los Tres, había sido como un hermano para Or'Talán; Fel'annár había leído esos relatos heroicos muchas veces de niño. Curioso que nunca hubiera visto sus retratos.

Or'Talán—su *abuelo*.

Carodel, Ramien e Idernon estaban sentados hablando tranquilamente de las cosas que habían visto por el camino, pero Fel'annár podía notar que sus corazones no estaban en ello. Galdith y Osír estaban con ellos, explicando cosas aquí y allá, y de vez en cuando sus miradas también se desviaban hacia Fel'annár.

—¿Me pasas un poco de té?

Su conversación en voz baja se detuvo, dando paso a un silencio incómodo.

—No os preocupéis —dijo Fel'annár suavemente, antes de aceptar la taza de su amigo.

—Fel'annár, "no os preocupéis", después de lo que pasó es *optimista* por tu parte. No puedes pedirnos eso —susurró Idernon, con expresión indignada, sus ojos dirigiéndose a los dos veteranos Silvanos para que no los oyeran.

—Puedo. Lo hago. Estoy bien.

—Fel'annár —comenzó Ramien con cuidado—, tienes la costumbre de convencerte de que nada va mal cuando *sí* va mal. No puedes culparnos por dudar de tu palabra en esta ocasión.

Era una afirmación audaz, y Fel'annár sostuvo la mirada de su amigo por un momento, su irritación rápidamente reemplazada por una aceptación a regañadientes, porque Ramien tenía razón. Se había engañado a sí mismo toda su vida al no preocuparse por su

herencia. Su propia reacción a la noticia demostraba que *siempre* le había importado, todavía le importaba, y la ira se encendió en su pecho, contra sí mismo por no ser más fuerte. No quería que le importara porque hacía que la verdad fuera más fácil de soportar.

"*No digas nada*", le había ordenado Lainon, "*no llames la atención sobre ti mismo*".

Bueno, Fel'annár era bueno en eso. Podía escabullirse en las sombras, ocultar sus rasgos, moderar sus habilidades, y cuando llegaran a Tar'eastór, podía llevar su capucha y seguir a los señores, en silencio. A cambio, le harían sentir como un forajido, una carga, un problema por resolver.

No lo permitiría.

Tocó la piedra que se asentaba desafiante sobre su hombro, acariciándola por un momento antes de que su mano cayera en su regazo. Mañana marcaría la etapa final de su viaje, pero esta noche, y para su horror, el tiempo había desatado una amarga tormenta de nieve que ya había cubierto la mitad del campamento con una capa gélida de absoluto tormento. De hecho, era todo lo que podían hacer para mantener sus fuegos encendidos y sus capuchas sobre sus cabezas.

Los guardias de servicio dieron sus señales horarias. *Enemigo a raya*, sus llamadas de pájaros resonando extrañamente, disonantes sobre el viento gimiente, e Idernon inclinó la cabeza hacia la luna llena, sosteniendo la capucha de su capa en su lugar.

"*Es una noche extraña*", meditó para sí mismo antes de acurrucarse junto al resto de La Compañía y caer en un sueño inquieto.

Al otro lado del campamento, Lainon también mantenía su mirada en la luna, sintiendo cómo surgían en su pecho las inquietudes. Era a menudo así con Aria. No había palabras ni pistas, solo emoción, sentimientos que solo los Ari'atór y los Oyentes interpretaban. Fel'annár también estaría intranquilo esta noche.

Al amanecer, los guerreros estaban cubiertos de nieve. Al despertar, la sacudieron con irritación, frotándose las manos a lo largo de los muslos en un esfuerzo por recuperar algo de sensibilidad en sus cuerpos congelados. El aliento se condensaba

ante ellos, y el teniente Galadan observaba, con rostro grave, mientras Lord Pan'assár venía a pararse silenciosamente a su lado.

—Esto nos retrasará, mi señor. Ruego que no empeore.

Pan'assár se volvió para mirar a su teniente, pero permaneció en silencio, porque no había nada más que decir, así que echó un último vistazo al campamento y entró en la tienda del príncipe, dejando a Galadan con sus pensamientos.

En el otro lado del campamento que despertaba lentamente, La Compañía estaba sentada tomando su té, su último pequeño consuelo antes de partir una vez más. Idernon estaba a punto de lanzarse a una diatriba mental completa sobre lo incómoda que era su situación actual, pero se distrajo por un movimiento repentino a su lado.

Fel'annár mantenía la cabeza inclinada hacia arriba, con los ojos cerrados. —Los exploradores regresan con prisa; traen noticias... —dijo, lo suficientemente alto para que los otros guerreros Silvanos cercanos le oyeran.

Idernon frunció el ceño. —¿Cómo lo sabes?

Fel'annár se volvió, su mirada posándose pesadamente sobre Idernon. —Simplemente lo sé.

Ramien miró a Idernon y luego se volvió hacia Fel'annár. —¿*Cómo* lo sabes?

La cabeza de Fel'annár giró bruscamente hacia Ramien, pero no respondió. En cambio, se puso de pie. —Deberíamos decírselo a Silor.

—Está *oyendo* —dijo Galdith comprendiendo lo que pasaba mientras se levantaba lentamente, con los ojos fijos en Fel'annár—. He visto esto antes. Debemos avisar a los comandantes.

—Esperad —dijo Fel'annár, mirando a través de Idernon que se había movido para pararse frente a él. Estaba oyendo, pensó Idernon, tal como Galdith calculaba, y los guerreros Silvanos se levantaron lentamente, con los ojos clavados en el joven guerrero, aquel que sabían que llamaban El Silvano, aunque no pareciera tal cosa.

—Hay algo que no saben, Idernon. Es *urgente* —llamó Fel'annár, con un tono de desesperación, con una sensación de hundimiento

en su estómago porque Fel'annár sabía que podía suceder de nuevo —la transformación—ahora reconocía las señales: la presión en la nuca, el sonido crujiente y chasqueante, los colores arremolinados, y el conocimiento de que lo que sabía, fuera como fuese que lo supiera, era la verdad. Sostuvo una mano ante sus ojos; le tomó un momento a Idernon entender por qué.

—¿Fel'annár? —llamó Ramien, mientras Carodel se paró a su lado.

—Confiad en mí —dijo Fel'annár. Sonaba estúpido incluso para sus propios oídos, pues ¿cómo no iban a estar alarmados? No sabían nada de la naturaleza de su don salvo por su transformación del otro día, y desde entonces, Fel'annár no había abordado el tema en absoluto y los otros no se habían atrevido. La mano ante sus ojos le indicó que no había luz verde, y a pesar de la advertencia que gritaba en su mente, se alegró, al menos, de esta pequeña misericordia. No lo tomarían por un demonio y lo colgarían ahí mismo donde estaba.

—Elo ha ido a buscar a Silor —gritó Osír, acercándose lentamente junto con Galdith y los otros guerreros. De hecho, momentos después, Silor entró a grandes zancadas en medio de ellos, la ira arrugando su estricto ceño.

—¿Qué significa esto? —escupió—. Estáis interrumpiendo la agenda matutina.

—Señor, si escuchara lo que debo decir...

—Ve al grano, Silvano. Nuestros exploradores regresan.

—Hay problemas, señor. Los exploradores vienen con noticias, pero hay algo que no saben, un peligro oculto.

—¿Y quién dice esto? —preguntó Silor, con voz baja y peligrosa mientras se acercaba a Fel'annár, aunque su cabeza solo llegaba al hueso del cuello de El Silvano.

—Soy Oyente. Sé de lo que hablo. Por favor, es urgente. No debe perder tiempo.

—Tonterías Silvanas.

—Señor —llamó Galdith—. Con respeto, debería atender sus palabras. —Los otros guerreros asintieron, pero Silor no estaba impresionado.

—Superstición. Sois guerreros, no niños en el regazo de vuestras madres. Volved al trabajo.

—*¡Silor!* —gritó Fel'annár—. Permítame hablar con el teniente Galadan. Es urgente. Hay peligro, no me equivoco. El tiempo pasa...

Con un paso adelante, Silor se situó frente a Fel'annár, e Idernon y Ramien se pusieron firmes a su lado, con rostros duros e intimidantes. Los otros guerreros Silvanos se acercaron, el instinto diciéndoles que Silor no debería haber insistido.

Una mano salió disparada y agarró el cuello de Fel'annár. Sacudiéndolo, lo atrajo hacia él, hasta que sus narices casi se tocaron.

—¿Me desobedecerías, Silvano? Estás asustando a la tropa. —La ira goteaba de sus palabras mientras sacudía el material del puño una vez más—. ¿Tú, un mestizo campesino, desafiarías a un señor Alpino? Callarás y levantarás el campamento...

Silor no pudo continuar, porque los fuertes dedos de Fel'annár se cerraron sobre la mano que agarraba su cuello y la apartó con tanta fuerza que el teniente en prácticas retrocedió torpemente y luego cayó de culo.

—Hay peligro, y nuestros comandantes deben ser advertidos —dijo mientras se alzaba sobre el Alpino caído—. Estás perdiendo el tiempo.

—¿Quién eres tú? —preguntó Galdith, avanzando lentamente, con los otros guerreros Silvanos detrás de él.

—Soy Fel'annár, El Silvano —dijo Hwind'atór, su voz fuerte y firme, aunque su piel se erizaba: esto era parte de su sueño recurrente.

—¿*Qué* eres? —preguntó entonces el guerrero, ganándose los asentimientos confirmatorios de los demás.

—Soy un guerrero de la milicia de su majestad. Soy un Oyente. Esto no es brujería, es *Silvicultura*...

Contra todo pronóstico, la más brillante de las sonrisas se dibujó en el rostro del guerrero veterano mientras Fel'annár se giraba y se alejaba trotando. La Compañía estaba a sus espaldas, y detrás de ellos, el resto de los guerreros Silvanos que habían presenciado la escena.

—*¡Tú!* —rugió Silor mientras se ponía de pie, sus furiosos ojos sobre la espalda de Fel'annár mientras corría hacia la tienda de mando—. *Tú* estás en problemas, chico. Lleva tu trasero a la tienda del teniente Galadan ahora mismo —gritó, aunque era obvio que era exactamente allí donde se dirigían. Ya no se trataba de Fel'annár y sus extrañas palabras o la incredulidad de Silor; se había convertido en algo Silvano, un ataque Alpino a la más reverenciada de sus creencias.

Poco después, todos estaban ante el teniente Galadan, pero antes de que Fel'annár pudiera emitir su advertencia, Silor estaba ante su superior, jadeando por aire.

Lainon, Handir y Pan'assár salieron de la tienda más grande, deteniéndose bruscamente al cruzar el umbral. Lainon había palidecido, y Handir cerró los ojos. El comandante general, sin embargo, se quedó mirando, pero su rostro ya no estaba impasible como siempre; su mirada en blanco estaba rota, destrozada por el shock y el dolor, pues a no más de diez pasos estaba su amado amigo, Or'Talán, y Pan'assár era incapaz de moverse, incapaz de hablar.

—Fel'annár —llamó Galadan.

—Señor.

—Has desobedecido a tu superior. ¿Qué tienes que decir?

—Que es tan cierto como necesario, señor.

—La desobediencia nunca es aceptable, guerrero —advirtió Galadan, con voz aún más suave que antes.

—Lo es si hay peligro, señor; artículo cuatrocientos noventa y ocho del Código del Guerrero. El peligro se acerca, y Silor no escuchará mi advertencia. Por favor, es urgente. Estamos perdiendo un tiempo precioso. Debe organizar la tropa...

Galadan giró la cabeza hacia Silor con una silenciosa petición de explicación, con un profundo ceño fruncido en su rostro.

—Afirma ser un *Oyente.* Lo confronté, y me lanzó al suelo.

Los Silvanos se erizaron ante la descarada mentira, pero la paciencia de Fel'annár había llegado a su límite. Su cabeza seguramente explotaría, pues los ruidos en su interior eran insoportables.

—Habla, Fel'annár —dijo el teniente, sus ojos registrando momentáneamente la presencia de todo el campamento. Los guerreros e incluso el príncipe Handir permanecían en un silencio aprensivo mientras observaban el intercambio—. ¿Es cierto que lanzaste a Silor al suelo?

—No, señor. Me sujetaba por el cuello. Simplemente aparté su mano. Él tropezó consigo mismo. Señor, por favor. Hay dos puntos de ataque, no uno: este *y* oeste.

Pero Galadan se le quedó mirando.

—Señor, *soy* un Oyente. Sé que nuestros exploradores han regresado con noticias graves, y también sé que hay un peligro añadido, un peligro del que fuimos advertidos hace más de 15 minutos —dijo, desviando momentáneamente la mirada hacia Lainon, el único que le entendería.

Galadan se acercó a Fel'annár y lo miró a los ojos como si se hubiera vuelto loco. Pero entonces se dio cuenta de que Fel'annár miraba fijamente a Lainon, y Galadan se volvió hacia el Ari'atór, quien ya se estaba echando la mochila al hombro y abrochando sus arneses, con fría determinación en su rostro. Bastó un seco asentimiento de Lainon para que Galadan girara sobre sus talones, con los ojos clavados en Pan'assár, quien seguía sin moverse.

—¿Comandante? —llegó su llamada urgente, pero Pan'assár no respondió, no podía. Estaba allí, inmóvil, con los ojos anclados en Fel'annár como si fuera a caer si el muchacho se moviera.

—Comandante —llamó de nuevo—. ¿*Órdenes*?

La cabeza de Pan'assár giró bruscamente hacia Galadan, con los ojos abiertos de sorpresa. Abrió la boca como si fuera a hablar, pero Galadan ya estaba ladrando sus propias órdenes—. ¡Preparaos para la batalla! Silor, envía guerreros al oeste y toma el mando. Fel'annár, conmigo al este. —Galadan llamó a los guerreros que llevaría con él mientras Silor reunía a los que él dirigiría hacia el oeste. Con Lainon ausente, no tenía alternativa más que confiar en Silor, pues Pan'assár estaba distraído por razones que Galadan no podía comprender. Su comandante general nunca se había quedado paralizado, nunca había vacilado ante una batalla, hasta hoy.

Una vez que la tropa había sido organizada en los dos grupos, Pan'assár pareció volver en sí, y se dirigió a su príncipe que se acomodaba en su silla—. Cabalgad rápido, Teniente Lainon; llevad a nuestro príncipe hasta Tar'eastór.

Con un solemne asentimiento y un resonante saludo, Lainon y Handir giraron sus caballos y se alejaron al galope. Lainon era agudamente consciente del tumulto en la mente de Pan'assár; por fin había visto a Fel'annár, había visto al nieto de Or'Talán.

—¿Un frente? —preguntó el comandante, poniéndose al paso de Galadan.

—*Dos*, mi señor. Son dos. Este, oeste. —Había intentado, y fracasado, en contener su irritación.

—¿Según *quién*?

—*Confíe* en mí, señor. No puedo explicarlo ahora.

Pan'assár sostuvo la mirada de Galadan por un momento, pues no era un hombre de fe. Había convicción en los ojos del teniente, y fastidio, mientras que en los suyos propios no había más que conmoción, confusión y un atisbo de culpa.

El grito urgente de un centinela rasgó el aire, y Pan'assár se sobresaltó.

—¡*Ataque!* ¡A las armas! ¡Ataque inminente, *este*! —Pero hubo una especie de eco momentos después—. ¡Ataque! ¡A las armas! ¡Ataque inminente, oeste!

Estaban atrapados entre dos frentes, y Galadan lanzó una mirada asesina a la espalda de Silor, observando desde lejos cómo escupía sus propias órdenes.

—¡*Tú!* —gritó Silor a un guerrero Silvano—. ¡Sigue al Teniente Galadan y desaparece de mi *vista*! —Luego giró hacia el resto de La Compañía y el grupo de Galdith—. Y *vosotros*, de vuelta al oeste. —Silor, sin embargo, se dio la vuelta y corrió para alcanzar a Galadan y Pan'assár.

—Atrás, Silor. Dirige a esos guerreros —dijo Galadan, y Pan'assár se volvió para observar el tenso intercambio. Silor abrió la boca para responder, pero las llamadas urgentes de los exploradores les hicieron tomar sus posiciones al instante, los arqueros a los árboles, los espadachines en tierra.

—*Contacto* —advirtió el centinela. Fue entonces cuando escucharon los primeros lamentos del más temido de los enemigos, el más grande y feroz conocido por el Reino de los Elfos: los gigantescos Desviados de las Montañas Medianas.



Idernon y Ramien dedicaron a Fel'annár una última mirada por encima de sus hombros mientras corrían hacia el oeste.

Al poco tiempo, estaban de vuelta en el claro donde se habían despertado, solo que esta vez Idernon lo examinó con ojo crítico, al igual que Galdith, quien inmediatamente se volvió hacia el Guerrero Sabio con preocupación en sus ojos.

Silor los había enviado despreocupadamente por la línea como niños molestos entrometiéndose en los asuntos de sus mayores, y sin embargo Silor no se veía por ninguna parte. La sangre de Idernon hervía. Entendía el escepticismo sobre la habilidad de Fel'annár, pero no el desdén, el desprecio deliberado por todo lo Silvano.

Un grito resonó a lo largo de la línea, y muy pronto, los gritos y alaridos de elfos y Desviados chocando en batalla resonaban en sus oídos; el chirrido del metal y los familiares lamentos y alaridos de los Desviados. Hwindo estaría en medio de todo, e Idernon controló su mente errante; lo último que necesitaba ahora era la distracción.

—Galdith. Subamos a las ramas, eliminemos a tantos como podamos antes de tener que enfrentarnos a ellos. Puede ser nuestra única esperanza de defender la línea. —Las palabras de Idernon transmitían confianza, pero había una sutil pregunta en su tono que Galdith no dejó de entender. Sin embargo, el razonamiento del novicio era sólido, y Galdith asintió secamente. *No te equivocas. Estoy de acuerdo.*

Ocultándose hábilmente entre las ramas, fundiéndose con las extremidades marrones y verdes, tomaron sus posiciones, revisando las cuerdas de los arcos y las flechas en sus carcajes. La sangre corría frenéticamente por sus venas, sus corazones palpitaban

furiosamente mientras la cacofonía desde lejos se volvía más fuerte y desesperada.

Fue Galdith quien primero señaló la aproximación del grupo, y mientras preparaban sus armas, Idernon captó su mirada solo brevemente, el tiempo suficiente para ver lo que seguramente había en sus propios ojos: miedo, pavor, determinación, coraje. Él también conocía la verdad.

Demasiados; había demasiados.

CAPÍTULO 5

El Oyente

"Existe en este mundo una magia poco comprendida, y tal es la habilidad del Oyente. Estos elfos dotados son mayormente Silvanos y son pocos de mencionar; de hecho, muchos Alpinos cuestionan la veracidad de sus afirmaciones, pues la mayoría nunca ha visto a un Oyente. Pero entonces, la mayoría de los elfos tampoco ha visto a Aria, el Espíritu, ni al Valle, nuestro paraíso más allá de la Fuente. ¿Debemos también afirmar que estas cosas no existen? ¿Acaso la fe no tiene lugar en este mundo?"

Sobre la Naturaleza Élfica. Calro.

~

Desde su posición en los árboles, Fel'annár disparaba en rápida sucesión, el rítmico soltar de la cuerda de su arco silbando con fuerza incluso por encima de la cacofonía de la batalla que tenía lugar debajo, o al menos así le parecía a él. Cada flecha se alojaba con un satisfactorio golpe seco en el cuello de un enemigo, el roce de la cuerda del arco sobre sus fuertes dedos era su señal para alcanzar otra flecha.

Precisión, velocidad, resistencia.

Cuando por fin su mano se encontró con el aire, descartó su arco y saltó al suelo, aterrizando con una voltereta hacia delante hasta quedar de pie frente a un Desviado, sus espadas ya desenvainadas. La criatura gimió antes de blandir su inmunda espada en un golpe descendente que fue fácilmente desviado mientras la espada corta de Fel'annár le atravesaba el corazón.

Moviéndose lateralmente, Fel'annár esquivó a un Desviado que caía, víctima de un guerrero Alpino a su lado, y se colocó frente a su siguiente oponente. Dos golpes fueron todo lo que necesitó hasta que se enfrentó al tercero, y luego al cuarto. Estos especímenes más pequeños cayeron con bastante facilidad y pronto, Fel'annár se encontraba en el centro de la lucha.

El comandante Pan'assár era un torbellino de poder mientras abatía a sus oponentes, y Fel'annár deseaba profundamente observarlo, admirar la antigua técnica que pocos, si es que alguno, podían aún ejecutar, pero no había tiempo; no podía permitirse la distracción. Así que pateó las piernas de un Desviado que luchaba contra Galadan y luego atravesó su espalda con su espada ancha. Galadan asintió y se alejó hacia la posición de Pan'assár, mientras un grito a la izquierda de Fel'annár le hizo correr hacia Dorainen, su sanador, que luchaba por parar los pesados golpes de un enorme Desviado que aprovechaba su ventaja de corpulencia. El hombro de Dorainen colgaba torpemente, inútil, y un lado de su cara era un río de sangre. Lanzándose al aire, Fel'annár clavó las puntas de sus dos espadas en la unión entre el cuello y el hombro, matando a la imponente bestia por detrás tan repentinamente que se desplomó en el suelo en silencio.

Dorainen cayó con un grito de dolor, pero no había tiempo para ayudarle, así que Fel'annár giró, manteniendo al sanador Alpino detrás de él. Volteando una muñeca hasta que su espada quedó oculta por su antebrazo, la usó para cortar la garganta de un Desviado desprevenido antes de girarse hacia un Dorainen boquiabierto. Lanzó su brazo con la espada hacia atrás contra el Desviado que había pensado sorprenderle por la espalda, con una sonrisa sombría y un destello de satisfacción en los ojos cuando escuchó el grito de dolor al perforar la hoja las entrañas de la

criatura. Tirando hacia atrás con fiereza, giró una vez más, pateando y golpeando a otra bestia bajo la barbilla antes de retorcerse hacia un lado, haciendo que otro Desviado perdiera el equilibrio y se estrellara contra el suelo donde Dorainen lo apuñaló torpemente antes de que pudiera levantarse.

Demasiados, había demasiados, pensó Fel'annár para sí mismo mientras luchaba con un vulnerable Dorainen a sus espaldas.

Algo le perforó la carne desde atrás. Una flecha se había alojado superficialmente en su omóplato. Con una mueca, alcanzó por detrás y la arrancó con un siseo furioso. No había tiempo para más, pues otros dos Desviados corrían hacia él. Dejándose caer al suelo, se deslizó por debajo de los brazos armados y luego pateó con sus piernas, derribando a una bestia con un crujido de huesos antes de impulsarse hacia arriba y clavar sus espadas en los pulmones de la otra bestia.

Con un momento de respiro, Fel'annár rápidamente levantó a Dorainen y lo arrastró hacia los árboles. El Alpino no habló, pues el dolor de su hombro dislocado sería insoportable, por no mencionar la sangre que manchaba su costado. Fel'annár agradeció que permaneciera en silencio y se dejara llevar lejos del fragor de la batalla, por poco elegante que fuera. Soltando momentáneamente su espada, agarró el antebrazo de Dorainen. Asintiendo una vez, tiró y giró a la vez de su brazo. El sanador ahogó su grito lo mejor que pudo y luego se recostó contra el árbol más cercano, su cara blanca como la leche.

Hacia el otro lado del campo, Galadan se pasó el antebrazo por la frente, pero no tuvo tiempo de completar el movimiento antes de ser asaltado nuevamente. Estaba perdiendo velocidad, pero un jadeo de Pan'assár a su lado fue suficiente para que olvidara su agotamiento y dolor. El comandante general estaba de rodillas.

—¡Guerreros, a *mí*! —gritó el teniente, y de inmediato se le unieron dos Alpinos que tomaron posiciones defensivas sobre la forma derrumbada de Pan'assár. Fel'annár se abrió camino hacia ellos, pero su progreso era lento. Un Desviado se abalanzó sobre él desde un costado, no lo suficientemente rápido, y Fel'annár bailó fuera de su alcance antes de hundir su espada en su abdomen. Otro

se acercó por detrás y Galadan se volvió a tiempo para ver su fea cabeza elevarse sobre el hombro de Fel'annár. Abriendo la boca para dar una advertencia, la cerró de inmediato cuando Fel'annár clavó su espada hacia atrás y luego se hizo a un lado mientras el Desviado caía hacia delante.

Galadan asintió al ensangrentado Silvano cuando se unió a ellos. Apenas quedaban guerreros; ninguno en los árboles y solo un puñado aquí, defendiendo la vida de su comandante, y, aun así, los Desviados seguían llegando.

Fel'annár les saludó con un gesto al colocarse junto a Galadan, comprobando su postura, estabilizando su respiración. Necesitaría toda su habilidad para sobrevivir a esta lucha.

El enemigo aulló mientras corría, y Fel'annár cerró los ojos, abriéndolos a ese otro mundo, aquel en el que nadaba en olas azules, púrpuras y verdes de energía que no comprendía del todo. ¿Había hecho *él* eso?, se preguntó. ¿Se había transformado a propósito? ¿Lo había controlado?

Los aullidos se silenciaron, y su corazón era el único sonido que podía oír ahora, eso y el flujo de la respiración mientras inhalaba y exhalaba. Había un zumbido bajo de algo fuera de sí mismo, rítmico y poderoso, y pensó que quizás era la luz en sus ojos la que lo emitía.

Movió su brazo con la espada ante él, su sable en la otra mano, en alto como el cuerno acerado de alguna criatura mítica. Observó cómo se acercaban. Pero entonces ocurrió algo completamente inesperado; se detuvieron ante él.

El Desviado que iba al frente era incluso más alto que Fel'annár, tan corpulento como Ramien, con un lado de su cara carcomido. Se mantuvo en silencio por un momento, un extraño sonido de chasquidos provenía de su garganta mientras los Desviados restantes estaban detrás de él, inmóviles. Este era su líder, se dio cuenta Fel'annár.

—Bendita Aria —suplicó un guerrero Alpino a su lado.

La piel correosa se estiró sobre dientes podridos, una burla de sonrisa, y una oleada de poder pulsó a través de las venas del Silvano, haciendo que sus ojos brillaran y que su cabello ondeara a

su alrededor. No era la primera vez que sucedía, pero *sí* era la primera vez que podía sentirlo, oírlo, consciente de la otra presencia en su mente y el poder que le otorgaba.

El Desviado gritó con furia, venas negras hinchándose en su garganta, su cuerpo temblando con la fuerza del chillido, y en un segundo estaba sobre Fel'annár. Los otros Desviados avanzaron, y Galadan y los dos guerreros restantes se vieron inmersos en una batalla desesperada por sus vidas.

El último pensamiento de Fel'annár antes de que la cimitarra viniera hacia él fue para La Compañía.

«Protégelos, Aria», susurró a la brisa, y aunque no pudo oírlo, las ramas susurraron, cómplices.

Desde los flancos, el sanador Dorainen observaba, con los ojos muy abiertos e impotente, pero un movimiento más allá en la línea de árboles llamó su atención. Pensó al principio que era el enemigo que venía a rematarlo, pero reconoció el uniforme de un teniente en formación. Silor estaba agachado tras un grueso tronco, con los ojos muy abiertos, medio enloquecidos de terror mientras observaba la batalla desde la distancia.

Dorainen frunció el ceño. ¿Acaso el muchacho no había visto batalla antes?, se preguntó, pero luego se dijo a sí mismo que debía haberlo hecho, pues llevaba la librea de un oficial. Sin embargo, no estaba sorprendido, y a pesar de su indignación, sintió una punzada de lástima. Estaba aterrorizado por la desesperada batalla que se desarrollaba trágicamente ante él, quizás incluso más aterrorizado de que lo encontraran agazapado tras los árboles. Un movimiento a la derecha provocó lo inevitable y los ojos del muchacho se posaron en Dorainen. Había temor en sus ojos Alpinos, y detrás del temor había miedo. El momento pronto se perdió cuando el chico se retiró más hacia los árboles.

¿Es esto en lo que se había convertido su gente? ¿Promoviendo a jóvenes elfos sin el más mínimo mérito salvo el de su linaje? Pero no, esto no era algo Alpino; era propio de los Alpinos de Ea Uaré.

Dorainen volvió hacia al Silvano de ojos ardientes, porque *aquí* había un guerrero, joven pero intrépido mientras luchaba contra el imponente Desviado que tenía delante. Pero entonces, ¿qué había

esperado de este? Ciertamente no menos, pues la batalla estaba en su sangre, y, quizás, la grandeza estaría en su alma, igual que en aquel a quien Dorainen había seguido tantos siglos atrás.



El campo de batalla estaba quieto y silencioso, lo había estado durante algunos minutos, y el único elfo que no yacía muerto estaba arrodillado en el barro, su cuerpo encorvado hacia delante. Solo el sonido de su propia y áspera respiración llegaba a sus zumbantes oídos, aunque era ensordecedora, y durante un largo rato, fue todo lo que Fel'annár pudo oír, eso y el frenético latido de su sobrecargado corazón. El aliento venía en bruscos tragos, y ajustó su posición en el suelo para facilitar su paso y reponer sus hambrientos pulmones.

El dolor atravesó su hombro y un lado de su pecho, pero no le importó. Necesitaba recuperar el aliento, y así se mantuvo a cuatro patas hasta que, lentamente, los latidos y los jadeos fueron reemplazados por una respiración pesada y uniforme. Una gota de sangre cayó a la tierra bajo su rostro, y se dio cuenta de que no podía ver por un ojo. Un momento de pánico le invadió, y se llevó la mano para tocárselo, con los dedos ahora ensangrentados. Un corte en su cabeza había sangrado hacia su ojo, así que parpadeó furiosamente, aclarando la bruma roja lo suficiente para ver; no estaba ciego, gracias a Aria. El mundo se enfocó ante él, ni verde ni azul ni púrpura, solo luz solar y nieve.

Y entonces vio al líder Desviado en el suelo junto a él en un charco de mugre negra. El hedor le hizo sentir náuseas, y se apartó por un momento para controlar su estómago contraído. Sentándose sobre sus talones, inclinó su rostro hacia el débil sol, cerrando los ojos por un momento mientras su cabeza protestaba por el movimiento. Hizo una mueca a través del punzante dolor en sus sienes.

Tragando con dificultad, abrió los ojos una vez más, y por primera vez desde que la batalla había terminado, Fel'annár dirigió

su mirada alrededor del arruinado campamento.

Había cuerpos esparcidos por todo el lugar, Desviados y elfos desplegados de un lado a otro, extremidades retorcidas en posiciones antinaturales. Sus ojos buscaban desesperadamente el más mínimo de los movimientos, alguna señal de que hubiera otros supervivientes. Pero no había nada; necesitaba moverse.

Se levantó lentamente sobre sus inestables pies, con las manos apoyadas pesadamente sobre sus muslos mientras se adaptaba al tirón de los músculos doloridos y la fatiga profunda que sentía. Fue entonces cuando una mano cayó sobre su hombro, cálida y distintivamente élfica.

—¿Estás bien? —preguntó su dueño con un último apretón antes de alejarse, sin esperar una respuesta—. Vamos, debemos ayudar a nuestros hermanos —dijo Galadan secamente mientras caminaba, y Fel'annár se incorporó, caminando con cautela por un momento para poder evaluar sus heridas. Bueno, al menos podía caminar, pensó. Había una herida superficial de flecha en su hombro, un corte sobre su bíceps, una lesión en la cabeza y cierta molestia en su costado. No era grave, nada que no pudiera esperar, pues estaba de pie en un horrendo campo de muerte y su estómago se sentía como plomo fundido.

—¿El comandante? —murmuró Fel'annár mientras revisaba los cuerpos en el suelo.

—Vivo, pero su lesión en la cabeza es preocupante, al igual que una herida de espada en su costado. Lo he trasladado a la tienda del Príncipe Handir. Fel'annár —añadió Galadan, girándose para encontrar su mirada por primera vez, deteniéndose un momento antes de hablar—. ¿Puedes sentir al enemigo cerca?

Fel'annár negó con la cabeza y luego hizo una mueca por el dolor que le causó. —No. Creo que estamos a salvo por el momento, señor.

Con un asentimiento, Galadan siguió adelante. Fel'annár no había pasado por alto ese momento de duda y sabía lo que el teniente estaba pensando. Lo consideraba un fenómeno de la naturaleza; incluso el Desviado había gritado al verlo, y el eco de ese sonido, el

recuerdo de su vibración en su pecho le provocó escalofríos de pavor en la columna vertebral.

Girándose, Fel'annár se dirigió hacia la línea de árboles, agachándose dolorosamente ante Dorainen, quien lo miró en silencio. Sus ojos se desviaron rápidamente, incapaces de sostener la mirada verde, y Fel'annár suspiró con exasperación. Extendiendo su mano, le ayudó a ponerse en pie.

—Vamos, sanador. Te necesitaremos en las horas que vienen —dijo Fel'annár suavemente mientras sostenía al elfo y luego caminaba lentamente hacia la tienda que Galadan había establecido como su punto de encuentro, y todo el tiempo sus ojos vagaban hacia los árboles, buscando la más mínima señal del enemigo, y el más ligero indicio de que la batalla había ido bien; la otra batalla hacia el oeste.

Fel'annár dejó a Dorainen sobre una alfombra de aspecto caro junto al inconsciente Pan'assár y luego salió en busca de Galadan, quien estaba inclinado para comprobar el último de los cuerpos. Todos se habían ido, sus espíritus navegando el Camino Largo para esperar el retorno de la conciencia.

—Teniente Galadan —llamó Fel'annár, sorprendiéndose a sí mismo con su voz rasposa—. ¿Qué hay de la otra batalla más atrás?

Galadan se volvió, sus ojos cuidadosamente inexpresivos mientras respondía: —No lo sé, Fel'annár. Pero sea lo que sea que haya ocurrido, ya ha terminado. Todo lo que podemos hacer es ayudar a los heridos.

Fel'annár volvió a prestar oído al viento, pero de nuevo, fue recibido por el silencio.

—¿Y Silor? —preguntó repentinamente, volviéndose hacia Galadan. El nombre había salido casi como un siseo porque Fel'annár estaba enfadado con el necio por no haber actuado antes, por sus acusaciones de insubordinación, enfadado porque a Silor se le hubiera permitido entrenar como teniente en primer lugar. Se reprendió entonces, porque el elfo probablemente había perecido.

El teniente se sobresaltó, como si solo entonces se le hubiera ocurrido. —No lo sé.

Los ojos de Galadan vagaron sobre los elfos muertos, aunque sabía que Silor no estaba entre ellos, no podía estarlo, pues había luchado con el otro grupo. Con un sutil movimiento de cabeza, hizo un gesto a Fel'annár, y juntos caminaron hacia el oeste, hacia lo que fuera que les esperaba allí. Con cada paso que daban, el corazón de Fel'annár se hundía más y más en su estómago. El pavor estaba ganando la batalla a la ira, y sus rodillas se sentían más débiles a medida que se acercaban al lugar donde sabía que había ocurrido la batalla. ¿Y si los encontraba muertos, a Ramien e Idernon? No podía acallar su creciente pánico, y desde los árboles no sentía nada.

Poco después, el claro apareció ante ellos, y Fel'annár se detuvo en seco, con Galadan a su lado. Solo había una cosa en la mente de Fel'annár, una imagen que llenaba su vista, y dejó escapar un aliento tembloroso.

En medio de un mar de muerte, Idernon estaba sentado en el suelo, al igual que Ramien, mientras Carodel yacía ante ellos, vivo-La Compañía estaba *viva* y Fel'annár no pudo reprimir la brutal oleada de emoción que surgió de él. Era completamente absurdo, tan improbable, y sin embargo allí estaban sentados entre los muertos y una espesa alfombra de ramas y hojas. ¿Le habían escuchado? ¿Los árboles habían prestado ayuda a sus hermanos sin que estos lo supieran? Aunque desconocía la respuesta, la gratitud brotó dentro de él, llenando sus ojos, pero la pesada mano de Galadan en su hombro lo arrancó de sus pensamientos en espiral. Juntos, atravesaron el terreno, pasando por encima de los cuerpos desmembrados de elfos y Desviados, con la mirada fija solo en los pocos que quedaban: La Compañía, Galdith y Osír, y un poco más allá, Silor sentado en el suelo con un guerrero Alpino muerto en sus brazos.



Caía el anochecer y también la temperatura. Fel'annár había recogido todas las capas y mantas que se podían aprovechar y luego regresó una vez más en busca de cualquier cosa que pudiera ser

útil. Encontró un puñado de bolsas con carne seca y galletas, pero todas las demás cajas o sacos de comida habían sido saqueados o, peor aún, esparcidos por el suelo ensangrentado. Se volvió hacia las tiendas, pero un patrón familiar llamó su atención: un diseño de raíz tallada enmarcando un libro tosco encuadernado en cuero. Su diario estaba en el suelo, intacto. De alguna manera, había evitado las pisadas de los Desviados y los guerreros.

Un torrente de lágrimas llenó sus ojos, y levantó la cabeza hacia el cielo gris pizarra para calmarse. Inclinándose, extendió la mano y acarició la discreta cubierta. Había tanto de sí mismo dentro de su protector abrazo, tanto de su corazón que no podía mostrar a nadie más. Sorbiendo por la nariz, lo guardó y regresó a la tienda, su improvisado cuartel general donde ahora yacían los guerreros heridos, incluido Dorainen. El sanador estaba sentado con la espalda apoyada contra el poste central de la tienda, dando órdenes a Silor y Galadan mientras proporcionaban los primeros auxilios que podían. Silor rasgaba capas en tiras para hacer vendas, y Galadan las usaba para detener las heridas sangrantes, y durante todo ese tiempo, Silor evitaba meticulosamente la mirada fija de Dorainen.

Ramien yacía insensible, e Idernon se debatía en el crepúsculo de la consciencia, ni aquí ni allá. Carodel había sufrido una herida de cimitarra en el muslo que había llegado hasta el hueso, mientras que el comandante Pan'assár tenía una grave conmoción cerebral y una herida de espada. Osír, sin embargo, era objeto de su mayor preocupación, pues una puñalada en el costado seguía sangrando lentamente a pesar de sus esfuerzos por detenerla. Era una bendición que Dorainen hubiera sobrevivido, aunque él también había sido atravesado por una hoja en el costado, una herida que Fel'annár no había visto durante la batalla. Aun así, Dorainen estaba lo bastante sano como para ayudarles durante estas primeras horas, pero necesitaban llegar a Tar'eastór, a los Maestros Sanadores lo más rápido posible.

Pero eso no parecía probable.

La nieve había comenzado a caer en gruesos copos; no tenían hierbas para aliviar el dolor, y sus caballos se habían dispersado. Los heridos sufrían, intentando desesperadamente ahogar sus gemidos

de agonía, y todo lo que Dorainen podía hacer era quedarse quieto y observar, maldiciendo el dolor punzante en su hombro y costado.

Mientras tanto, Fel'annár se había asignado la tarea de recoger agua. No era un trabajo fácil, pues la fuente de agua cercana estaba congelada. Había roto la superficie con el talón de sus botas, se había cortado las manos entumecidas al empujar el cubo dentro, y recogido el agua, pero no había un recipiente más grande para almacenarla, por lo que hacía continuos viajes al arroyo porque Dorainen se lo pedía. Siempre se necesitaba más agua.

Galdith montaba guardia fuera de la tienda, bien envuelto en su capa, observando cómo Fel'annár acarreaba cubo tras cubo de agua al interior. Con el último cubo, Fel'annár perdió el equilibrio y cayó de rodillas, derramando agua sobre su ropa ya empapada. Estaba agotado. Ya no podía sentir sus dedos cortados y magullados. Una mano ensangrentada se alzó para limpiar su frente y liberar sus ojos de los mechones sueltos de cabello sucio que se habían pegado a su frente. Sorbiendo miserablemente, se recompuso.

—¿Fel'annár? —llegó una voz suave desde uno de los jergones. Idernon.

—¿Hermano? —jadeó Fel'annár mientras se acercaba—. ¿Qué necesitas? —preguntó con el ceño fruncido, levantando una mano temblorosa para apartar un mechón de pelo de la cara del Guerrero Sabio.

—Mejor no preguntes —gimió.

—Un poco más a la derecha, y te habríamos perdido —dijo Fel'annár en voz baja.

—¿Cómo están Carodel y Ramien? —preguntó, luchando por mantenerse despierto.

—Estarán bien, siempre que nos apresuremos a Tar'eastór. Con suerte estamos a solo unos días a caballo. —Eran mentiras misericordiosas, pues solo quedaban cinco de ellos, y dos días seguramente se convertirían en cuatro, como mínimo, en estas condiciones, si podían encontrar sus caballos dispersos. Fel'annár se preguntó entonces si el príncipe Handir y Lainon habían llegado sanos y salvos al reino montañoso, pues la ayuda seguramente estaría en camino.

—Estamos más cerca de lo que pensaba... —murmuró Idernon.

—Y podemos darle las gracias a Aria por eso —dijo Fel'annár con una suave sonrisa—. Ahora, tú descansa, yo trabajo. Mantén tu cuchillo cerca, hermano.

Los ojos de Idernon se deslizaron hacia la sangre en el hombro de Fel'annár, luego hacia el enmarañado desastre de su cabello y su rostro pálido y demacrado. —Te necesitamos para llevarnos a Tar'eastór.

Fel'annár sostuvo su mirada con la suya propia, tan convincente como pudo. Asintiendo con la cabeza, levantó el agua restante y lo llevó hacia una esquina de la tienda. Dirigió la mirada hacia Galadan, quien estaba de pie sobre un inconsciente Pan'assár, con una mano agarrando el poste de la tienda con demasiada fuerza.

—Señor. Hay agua en abundancia y suficiente leña para esta noche, creo. Encontré poco en cuanto a comida, pero podría intentar cazar. Si el enemigo ha sido eliminado, hay una posibilidad razonable de capturar algo.

—¿No queda nada en absoluto? —preguntó Galadan mientras hacía un gesto a Galdith, Dorainen y Silor para que se unieran a su conversación en voz baja.

—Una tabla de carne seca y un puñado de galletas, señor. Todo está arruinado; los Desviados parecen haberlo atacado con un propósito. Lo que no han pisoteado, lo han partido y destruido. Tenemos capas en abundancia, sin embargo, y he recuperado tantas cantimploras como he podido encontrar y las he llenado, en caso de que necesitemos movernos rápidamente.

Galadan asintió. —¿Y los caballos?

—Creo que están cerca, señor. Podría intentar reunirlos.

—¿No vas a dejar algo para que hagamos los demás? —siseó Silor, irritado, al parecer, por la iniciativa de Fel'annár y quizás por su propia incapacidad para informar al teniente. Antes de que Galadan o Galdith pudieran responderle, Fel'annár se acercó a él en una zancada hasta que su nariz casi tocaba la de Silor.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste tú mismo? ¿No eres un aspirante a *oficial*? ¿Qué estás haciendo *tú* por nosotros? ¿Qué has hecho jamás por nosotros aparte de mostrar tu desdén, tu odio por

aquellos que son mejores que tú? No puedes ocultar tu incompetencia detrás de tu noble casa, no para siempre. —Había alzado la voz al hijo de un señor, y no podría importarle menos.

—Te atreves...

Galadan colocó su brazo entre ellos, obligándolos a ambos a inclinarse hacia atrás. Se volvió primero hacia Silor. —Contén tu lengua, guerrero.

—*Teniente* —corrigió Silor.

—No si yo tengo algo que decir al respecto, y lo tengo.

—No tienes autoridad.

—No la tengo, pero el Comandante General Pan'assár escuchará mi informe. Puedes redimirte, Silor, pero primero debemos llegar a Tar'eastór, y para que eso suceda, debemos trabajar juntos. —Galadan se volvió entonces hacia Fel'annár—. Contrólate, guerrero. Este no es momento para confrontaciones.

Los ojos abiertos de Fel'annár se posaron en el suelo, y asintió, murmurando una disculpa a medias. Respetaba a Galadan, pero Silor sacaba lo peor de él. La ira lo había cambiado, ira hacia Silor por su incompetencia, hacia los demás por sus miradas incesantes, hacia Amareth por su engaño, hacia su rey por abandonarlo. Sacudió la cabeza y cerró los ojos.

Mientras tanto, la mirada de Dorainen volvió a fijarse en Silor, fríos y firmes; fue demasiado para el joven señor Alpino, y apartó la mirada con el ceño fruncido, preguntándose si el sanador había contado al teniente lo que había visto durante la batalla.

—Ahora, debemos atender nuestras propias heridas, y cuando eso esté hecho, Silor y yo prepararemos las piras, pero, a menos que atraigamos la atención del enemigo, no las quemaremos. Galdith, buscarás nuestros caballos tan pronto como la luz lo permita. Fel'annár, tú eres nuestros ojos en la noche. Quiero que explores alrededor, nos adviertas de cualquier peligro inminente, y Silor —dijo, volviéndose hacia el teniente en prácticas—, confiamos en su palabra, es todo lo que tendremos —dijo, señalando a Fel'annár, y el teniente asintió. Luego miró con desprecio a la espalda de Galadan mientras este se alejaba.

Fel'annár se movió a un lado de la tienda y lentamente se dejó caer al suelo. Sorbiéndose la nariz, desabrochó su carcaj y arnés, manteniendo ambos cerca. Desatando la armadura de cuero sobre su pecho, lentamente la separó, haciendo una mueca cuando sus heridas protestaron por el movimiento.

No había pretendido jadear, pero le había dolido. Desatando su camisa interior, la quitó lentamente y luego se arrodilló frente a un cubo de agua. Una mano en su hombro desnudo: Dorainen.

—Déjame ayudarte —fue todo lo que dijo. No esperó a que Fel'annár respondiera, y aunque solo tenía el uso de un brazo, la mano hábil de Dorainen se movió sobre los cortes y abrasiones, la herida de flecha y los moretones, como si pudiera leerlos, sentir su alcance. Presionó un lado del pecho de Fel'annár, y un gemido ahogado escapó del guerrero arrodillado.

—Has fisurado algo aquí. Ten cuidado, guerrero. Nada de acrobacias.

Fel'annár se volvió hacia Dorainen mientras este trabajaba, observando cómo el sanador evitaba cuidadosamente encontrarse con su mirada.

—¿Qué ocurre, Dorainen? ¿Me consideras extraño? ¿Es por eso que ni siquiera puedes mirarme? ¿Crees que soy algún tipo de fenómeno raro de la naturaleza?

—No. —La voz era tranquila pero autoritaria, y la mano inquisitiva del sanador se detuvo sobre el nervudo antebrazo de Fel'annár—. Soy viejo, Fel'annár. Soy viejo, y soy Alpino. Pocas cosas me sorprenden; tú eres una de esas cosas.

Fel'annár no entendía, y sus ojos verdes miraron sin parpadear al sanador.

—No creo que seas un fenómeno raro. Te vi, muchacho. Cuando me salvaste, te *vi*.

Seguía sin entender, pero ahora estaba claro que la animosidad de Dorainen no había sido más que un producto de su propia imaginación cansada y enojada, y de repente se arrepintió de las palabras autocompasivas que había escupido al sanador. —Lo siento, Dorainen. No pretendía ofender.

—Lo sé —dijo mientras su mano comenzaba a moverse de nuevo —. Lava esto tan a fondo como puedas soportar —instruyó—. No queremos que la infección incapacite a nuestro explorador Silvano.

Fel'annár sonrió débilmente. Tomando un trozo de capa rasgada, la empapó en agua y comenzó a lavarse, y Dorainen se volvió, captando momentáneamente los ojos brillantes de Galadan sentado en un rincón oscuro. Había complicidad en su mirada, y el sabio sanador se preguntó qué tenía este chico, este extraordinario guerrero con el don que iluminaba sus ojos. Era algo que tanto él como Galadan sentían, entendían a un nivel subconsciente. Sin embargo, había cosas que Dorainen *sí* sabía, pues había dicho la verdad. Era viejo, Alpino, había visto muchas cosas y muchas *personas*, y ese rostro nunca podría confundirse con otra cosa que no fuera lo que era.

Y con la edad, a menudo llega la sabiduría. No diría nada.



Fel'annár despertó sobresaltado, y sus manos se extendieron para tocar sus armas junto a él.

—Paz.

Tomó un aliento para calmarse y luego se volvió para encontrar a Galdith agachado frente a él, preguntándose brevemente cuánto tiempo había estado dormido, pues la oscuridad comenzaba a teñir el cielo.

—Ven.

En la entrada de su tienda, Galadan estaba junto con Silor y un Dorainen de aspecto enfermizo. Galdith y Fel'annár se unieron a ellos, aun atando sus armas a sus espaldas.

—Galdith, es hora de buscar los caballos. Fel'annár, te necesito en los árboles. Dorainen, ¿puedes explicar a Silor lo que me contaste sobre esos arneses para los heridos?

—Por supuesto.

—Dorainen —llamó Galadan, frunciendo un poco el ceño al sanador—. ¿Estás lo suficientemente bien?

—Lo estoy, señor —respondió el sanador, pero la mirada subsiguiente del teniente fue prueba suficiente de su incredulidad. Asintió.

—Si Fel'annár señala peligro, encenderemos las piras y defenderemos el campamento lo mejor que podamos. Si todo va bien, tendremos caballos para dirigirnos a Tar'eastór al amanecer.

Compartieron una última mirada entre ellos, una mirada de entendimiento, de determinación. Con un breve asentimiento del teniente, los cuatro guerreros y un sanador se pusieron manos a la obra.

Fel'annár ajustó los arneses y ató sus brazales, luego se alejó hacia el campo de batalla para buscar flechas. Una vez que su carcaj estuvo lleno, dirigió una última mirada a la tienda a cierta distancia detrás de él. La nieve volvía a caer, y a través de los copos esponjosos vio a Galadan y Galdith compartir una palmada fraternal en el hombro. Vio su respetuoso asentimiento hacia Dorainen, quien lo devolvió antes de agacharse para entrar en la tienda; vio a Silor seguirlo en silencio.



Galadan estaba encorvado sobre el incipiente fuego, pinchando la base con un palo y enviando chispas anaranjadas al gélido aire del amanecer. Fel'annár apresuró el paso, ansioso por un toque de calor después de una larga noche en el bosque. El olor a madera lo transportó por un momento reconfortante a Lan Taria, a las mañanas brumosas en el Bosque Profundo frente al hogar, al olor a pan fresco y tierra húmeda. Fue un tiempo de inocencia, de bendita ignorancia. A pesar de todo lo que había querido saber sobre su padre, de repente deseó que Lainon nunca se lo hubiera contado.

Galadan estaba hirviendo agua, y a un lado del fuego había un plato con una humilde comida, para él, esperaba. Los ojos de Fel'annár se dividían entre la comida y los caballos que ahora estaban tranquilamente atados junto a su tienda. Galdith los había encontrado.

Más lejos, Silor se agachaba junto a lo que parecía un montón de tela y ramas. En realidad, eran los arneses que Galadan le había ordenado construir para los heridos. Silor levantó la mirada cuando se acercó, mirándole fríamente, y por mucho que Fel'annár hubiera esperado esa respuesta, aun así, le irritó la estupidez del Alpino.

Al sentarse en el suelo frente a Galadan, encontró la mirada del teniente clavada en él, sorprendido. Luego asintió en señal de saludo en un intento poco entusiasta de ocultar su sorpresa. Incluso mientras le indicaba a Fel'annár que se sentara, no podía apartar la mirada, pues el cabello de Fel'annár estaba salvaje, y algún tipo de barro o arcilla rojiza le manchaba la cara.

Galdith se unió a ellos junto al fuego, sus propios ojos marrones recorriendo la inquietante imagen del joven guerrero. —Impresionante camuflaje —fue todo lo que dijo antes de que su mirada se desvió momentáneamente hacia su comandante.

—Siéntate y come, Fel'annár, y cuéntame sobre el terreno —dijo finalmente Galadan, repartiendo tazas de lo que parecía barro caliente.

Tomándola con ambas manos, los tres elfos bebieron, deleitándose por un momento con el calor, si no con el sabor.

—Encontré sabuesos de montaña, pero no lo suficientemente cerca como para preocuparnos todavía. De los Desviados no hay rastro. Parece que esta manada usó todos sus recursos para neutralizar a nuestro grupo. Los árboles, sin embargo, hablan de otras manadas, Desviados de Montaña y sabuesos más al este; debemos estar vigilantes.

Galadan asintió. —Dorainen está atendiendo a los heridos lo mejor que puede, y Silor está terminando los arneses para transportar a Carodel y Osír. El resto cabalgará en la silla con nosotros. En cuanto a nuestros valientes caídos, la mayoría han sido honrados; es hora de partir.

Fel'annár asintió, luego metió la mano en su túnica y sacó un puñado de raíces blancas. —Mire. Encontré estas —dijo mientras comía, entregándoselas a Galadan.

La mirada del teniente se fijó en las raíces deformes, sabiendo exactamente qué hacer con ellas. Las peló y cortó hábilmente,

añadiéndolas al agua humeante. No era mucho, pero las raíces analgésicas proporcionarían algo de confort durante su viaje.

—Fel'annár —dijo Galadan—, lo has hecho bien...

Fel'annár sonrió escasamente antes de asentir. —Todos lo hemos hecho, creo, señor —murmuró antes de añadir—: ¿Se ha encontrado en una situación como esta antes, señor?

—Sí —respondió el teniente con naturalidad—. Aunque aquella vez éramos más.

Fel'annár asintió y luego observó cómo Galdith se volvía a trenzar el pelo sucio, asegurándose de que sus dos piedras de honor fueran visibles. Galadan le observaba abiertamente, mostrando al guerrero Silvano que había visto los objetos prohibidos, pero contuvo su lengua mientras su mirada se desviaba hacia Fel'annár, detectando la piedra ámbar situada al final de una trenza de arquero. Con el ceño fruncido, miró su taza y bebió. Fel'annár y Galdith se cruzaron las miradas y compartieron una suave sonrisa.

—Fel'annár —dijo Galadan después de un rato—. ¿Cuán fuerte es tu *conexión* con los árboles? Si hubiera peligro cerca, en un radio de digamos una legua, ¿lo sabrías? —preguntó cuidadosamente, levantando la vista del fuego para encontrarse con el muchacho.

—Sí, señor. A esa distancia, ciertamente, aunque este don es nuevo para mí. No puedo estar seguro de que siempre funcionará, probablemente porque no sé *cómo* funciona.

—Es todo lo que tenemos —respondió Galadan—. Necesitamos algo de tiempo para montar a los heridos, reunir nuestra agua, mantas, y administrar esto. —Hizo un gesto hacia las raíces en infusión—. Fel'annár. Adentro. Descansa un rato antes de que debamos partir.

Fel'annár no creía que pudiera, pero era una orden, así que, poniéndose en pie, saludó y se dirigió al interior.

Galdith se volvió hacia Galadan mientras el teniente preparaba la infusión.

—Señor. Sobre lo que pasó con Silor antes del ataque...

Galadan volvió su rostro pétreo hacia el guerrero Silvano, y Galdith dudó. Había fuerza en la mirada del Alpino, fuerza y una advertencia. No le hizo caso. —Señor, Fel'annár no empujó a Silor.

Simplemente retiró el puño de su *garganta*. Silor no lo esperaba y perdió el equilibrio. No fue culpa del muchacho.

Galadan le miró fijamente pero no dijo nada.

—Es un buen guerrero, señor. Su corazón está en ello; es todo lo que quiere.

Los ojos azules de Galadan eran penetrantes, y Galdith ya no podía soportar su peso. Apartó la mirada, esperando haber hecho algo para restaurar la posición de su nuevo amigo a los ojos del teniente.

Momentos después, cuando Galdith había perdido la esperanza de convencer a su comandante, la voz de Galadan le sobresaltó. —Reconozco a un guerrero cuando lo veo, Galdith. Su actitud no es consistente con la de alguien que deliberadamente desobedecería a un oficial superior.

—Perdóneme, comandante. Es solo que él es Silvano...

—Y es Alpino. No importa, no para mí.

—¿Pero admite que importa para la mayoría? —preguntó Galdith suavemente, muy consciente del riesgo que corría.

—¿Crees que no veo la injusticia, Galdith? ¿Que Lainon no la ve? ¿Piensas que somos insensibles a la discriminación que este ejército dispensa hacia sus guerreros Silvanos? ¿Crees que mi alma está en paz cuando guerreros como Silor ascienden de rango, y guerreros como tú, como Fel'annár, son relegados a poco más que pinches de cocina? ¿Lo crees?

Después de un momento, Galdith respondió, sus propios ojos buscando los de su recién encontrado amigo. —No, ya no creo que seas indiferente, y, sin embargo, hay tantos Alpinos que se sientan y observan, pasivos y complacientes con las reglas no escritas de la dominación Alpina, que debo preguntarme si es porque les beneficia, o si es porque tienen miedo...

Galadan sostuvo la mirada de Galdith por un momento antes de inclinarse hacia delante. —¿Y puedes culparlos? Estas actitudes, esta discriminación viene del mismísimo Círculo Interior.

Galdith parpadeó y luego apretó los labios. —No, no puedo culparlos —concedió—. Yo, sin embargo, no tengo rango ni título

que defender; tengo poco que perder, igual que la mayoría de los Silvanos.

Galadan asintió mientras comenzaba a remover el fuego, pero Galdith no había terminado.

—Señor, le haría una pregunta, si me lo permite.

Galadan se volvió hacia Galdith, su expresión cuidadosamente controlada.

—Antes de la batalla, ¿desplegó a Silor para comandar el grupo occidental?

—Sí —dijo Galadan secamente.

Galdith miró al teniente, sus sospechas confirmadas. —Él no estaba allí, señor. Solo le vi al final de la batalla cuando estaba sentado con uno de los caídos...



Era hora de partir. Habían trabajado durante la mayor parte de una hora para ajustar los arneses a los inquietos caballos y luego meter a los heridos dentro. Pronto emprenderían lo que seguramente sería un viaje lento y arduo hacia Tar'eastór.

El aliento escarchado escapaba de la boca floja de Galdith, ojos llorosos por el escozor de una helada de noviembre. Tenía hambre, y estaba cansado, tan cansado, que era todo lo que podía hacer para evitar que sus párpados se cerraran por sí solos. Sus orejas se estaban congelando, y el dolor era, quizás, lo único que le mantenía despierto. Eso, y el escozor de la colorida colección de cortes y moratones que había adquirido durante la batalla o después, mientras luchaba por reunir a sus caballos.

La cara burlona de Silor flotó ante su ojo mental mientras ajustaba su carcaj sobre su dolorida espalda, haciendo rodar sus hombros para aliviarlos. El resultado de su mala conducta estaba por verse, pues Galdith no conocía en absoluto al Comandante Pan'assár; todo lo que sabía era que era Alpino, y Silor era hijo del poderoso Lord Sulén. No hacía falta ser un genio para predecir el resultado: unas duras palabras y una palmada en la muñeca, un

pago de necios por un mal juicio, por una ignorancia que probablemente había costado la vida de muchos elfos. Galdith llevaba en el ejército el tiempo suficiente para saber que era una institución dirigida por los poderosos, pero que sobrevivía gracias a los guerreros Silvanos que constituían el grueso del ejército de Thargodén. Era su destino, se dijo con amargura, luchar y luego permitir que sus superiores se llevaran el mérito. Era profundamente injusto, y peligroso, lo sabía, pues tarde o temprano, el pueblo Silvano se rebelaría, algo que podría traer consecuencias que no deseaba contemplar.

El trueno retumbó en la distancia, y sus ojos se agudizaron ante las torres gris pizarra de una tormenta que yacía a tan solo un puñado de leguas de distancia. ¿Qué más les arrojaría la Madre Naturaleza en este viaje maldito? ¿Cuánto más podrían resistir antes de que solo quedaran cuatro, y luego tres? pensó amargamente. Su situación era terrible, tan terrible que Galdith no había, ni por un momento, pensado en los extraños eventos durante la batalla hasta ahora. Los árboles habían gemido y se habían doblado en un viento tan repentino que nunca podría haber sido simple coincidencia. Las ramas se habían agitado de un lado a otro, y los Desviados habían parecido inquietos, lo suficiente, al menos, para dar ventaja a los elfos. Galdith quería respuestas, pero sabía que no las obtendría aquí.

Con un profundo suspiro, se dio la vuelta, su estado de ánimo sombrío y su espíritu pesado, la preocupación por Osír pesándole aún más. Galdith ya había perdido a todos sus seres cercanos en la Batalla de Sen'uár; Osír era el único amigo cercano que le quedaba, además de Angon, y perderlo ahora sería caer en los acogedores brazos de la amargura y la ira hacia los comandantes Alpinos, los mismos que no protegerían sus asentamientos más septentrionales a menos que los Silvanos los abandonaran. Pero nunca lo harían. Después de todo este tiempo, los Alpinos seguían sin entender a los elfos Silvanos, sin poder comprender su naturaleza. Pedirles que vivieran sin árboles era como pedirle a un oso que se tumbara al sol como un lagarto, a un pez que se asentara en tierra.

Galdith se volvió y revisó su montura, y por un momento, sus ojos se encontraron con los de Fel'annár por pura casualidad. Entonces el muchacho sonrió, tan radiante que parecía que el sol había encontrado un camino improbable a través de las cargadas nubes. El sombrío estado de ánimo de Galdith se iluminó, su espíritu se avivó por un solo y extraño momento, agitándose bajo la pesadez por razones que no podía comprender en absoluto.

«¿Quién eres?» Galdith recordó haber hecho esa pregunta justo antes de la batalla, y la pregunta persistía. Había algo alojado en el espíritu de este muchacho, algo detrás de esos ojos extraordinarios; algo completamente fuera de lo común. Era inspirador e inquietante, y Galdith se encontró sonriendo de vuelta, porque supo entonces, sin la más mínima sombra de duda, que no fracasarían, que, de alguna manera, con este extraordinario guerrero entre ellos, tenían una oportunidad de llegar sanos y salvos.



El Mar Pelagiano golpea incesantemente la base de la imponente roca gris, un muro desnudo de piedra inflexible, guardián natural del reino de Tar'eastór.

Una mirada más cercana revela escaleras talladas que ascienden por la suave grisura, conduciendo a las bocas de agujeros de cuevas dispersos. Si uno se aventurara dentro, vería una red de túneles y cámaras conectadas. Encontrarían lagos claros y puros de agua helada de manantial y paredes coloridas de gemas y cristales que muchos mortales codiciarían, incluso a riesgo de precipitarse a su muerte, porque navegar por estas escaleras era temerario en el mejor de los casos, una autodestrucción deliberada en el peor. No en vano este lugar se llamaba Cataratas Relucientes. No solo era agua lo que caía al mar.

Hacia arriba, y el ominoso muro gris termina, dando paso a un horizonte dentado de crestas montañosas, picos cargados de nieve, escarpaduras extendidas y desfiladeros profundos y traicioneros.

Un lago turqués se extiende hacia el horizonte desigual, y más arriba, laderas en terrazas de cultivos y ganado bordean las paredes del valle. El suelo bajo los pies pronto desaparece hacia el infinito, sin embargo, y sobre este abismo, una poderosa meseta se extiende lejos en la distancia.

Sobre esta meseta, torres de granito y mármol se yerguen en admirada belleza, una ciudad de cúpulas, de roca coloreada y gemas incrustadas que centellean bajo la luz del sol y la luna. Es hipnotizante, humilde en su belleza y artesanía. Esta es la tierra madre, el origen de todos los elfos, o eso dicen.

Sobre esta meseta, en el corazón de esta resplandeciente ciudad, un edificio se asienta sobre el abismo, y en su impresionante balcón, dos señores están de pie, uno al lado del otro.

—Han cruzado el Corh'idén. Deberían estar aquí mañana.

—Sí.

—¿Qué ocurre? —El señor guerrero rubio dorado volvió su rostro y estudió la fina silueta de su rey de cabello gris mientras miraba desde el balcón a las tierras más allá, el dominio que había gobernado durante muchos siglos.

—Solo hay dos —respondió perplejo el Rey Vorn'asté, sus brillantes ojos plateados, profundos pozos de sabiduría que hablaban de una seguridad que no podía ser negada ni explicada.

Un fugaz momento de sorpresa, y el señor rubio se volvió, asintiendo brevemente y alejándose a grandes zancadas, su larga capa borgoña desplegándose a su alrededor, revelando, solo por un momento, una espada resplandeciente tallada sobre una placa de plata y el pomo de una antigua hoja, forjada en los valles de sus venerables antepasados. Gor'sadén, comandante general de las Fuerzas de Tar'eastór, uno de los Tres.

No tenía sentido salir a caballo para encontrarse con ellos, ya que estaban cerca y moviéndose rápido; serían interceptados por la guardia muy pronto, y sus preguntas serían respondidas. ¿Qué había pasado con la escolta real de Ea Uaré? ¿Estaba a salvo el Príncipe Handir?

Tres guerreros pasaron por la mente de Gor'sadén, un recuerdo de su juventud. Pan'assár, Or'Talán, y el mismo Gor'sadén. Habían

sido conocidos como Los Tres; señores guerreros como nunca antes había visto el mundo élfico. Pero entonces Or'Talán y Pan'assár habían puesto sus miras en el bosque distante y Los Tres se habían separado en vida, y luego en muerte cuando Or'Talán había sido asesinado en la Batalla Bajo El Sol. Pan'assár había jurado quedarse, proteger la línea real de su hermano, y así había sido, hasta ahora.

En su soledad, la sombra del dolor tiró de los labios de Gor'sadén. *«¿Dónde estás, Pan'assár?»* susurró en el viento gélido.

CAPÍTULO 6

El Corazón Prevalecerá

"Tar'eastór ostenta una belleza natural que es afilada y dramática, inspiradora pero humilde, noble pero implacable; una tierra tan parecida a sus habitantes, los elfos Alpinos."
Las Crónicas Silvanas, Libro I. Marhené



Handir tenía la cara tan fría que ya no la sentía. Sus ojos azules lagrimeaban de miseria, desdibujando la figura de Lainon a su lado mientras galopaban por la tierra. Los ojos del Ari'atór estaban secos mientras escudriñaba los alrededores en busca de cualquier signo de peligro, del más mínimo indicio de ayuda, con los sentidos sintonizados con la tierra y sus sutiles susurros, voces que Handir deseaba también poder oír.

Lainon le había sacado a Handir con el primer grito a las armas, y aun entonces, Lainon ya lo sabía, no había dudado ni un segundo de las palabras de Fel'annár. Handir recordó las extrañas palabras que el capitán Turion les había dicho a él y a Aradan después de que la Patrulla del Noroeste hubiera regresado y se les hubiera dado a conocer la noticia de la existencia del muchacho. El capitán había dicho que el chico "*tenía un don*". No había sabido qué pensar en

ese momento y no había preguntado ni mostrado interés. Todavía podía verlo a Fel'annár, en medio del claro mientras la batalla estallaba a su alrededor, tensando el arco y luego disparando, el destello de plata y ámbar sobre un fuerte bíceps y las intrincadas trenzas en su sien. Curioso, las cosas que la mente elige ver en un momento dado, y lo que Handir había visto no era un joven muchacho Silvano de menos de la mitad de su edad, gimoteando y revolcándose en la autocompasión; vio a un guerrero; vio a su *hermano*, se recordó a sí mismo. Por qué su mente eligió recordarle ese hecho provocó un destello de irritación. ¿No podía simplemente aceptarlo y seguir adelante?

Inclinándose contra el viento y permitiendo que su montura siguiera a la de Lainon, se obligó a pensar en sus propios sentimientos por primera vez. ¿Le importaba estar huyendo del peligro? ¿Huir de su propio hermano pequeño y dejarlo enfrentarse a lo que el destino le tuviera reservado? ¿Le importaría si el muchacho caía? ¿Si moría?

Frunció el ceño, desconcertado por haberse hecho siquiera esa pregunta. Lainon interrumpió sus incómodos pensamientos.

—Handir —gritó por encima del ruido de sus caballos galopando —. ¡El Corh'idén! ¡El Corh'idén está adelante. ¡Ya casi estamos allí!

Handir asintió en señal de comprensión, pues el Corh'idén fluía cerca de la ciudad fortaleza del Rey Vorn'asté, y mientras volvía su rostro al viento una vez más, se preguntó si alguien seguía aún vivo o si todos habían sido masacrados en su nombre.

Cerrando los ojos y la mente a sus preguntas macabras, se agarró a las palabras de Lainon. Pronto se encontrarían con los centinelas y serían escoltados a la ciudad de Vorn'asté. Era justo a tiempo, porque si fueran atacados ahora, Handir dudaba que Lainon pudiera siquiera empuñar su espada. Fue entonces cuando se dio cuenta que su guardián estaba disminuyendo la velocidad. Levantando una mano, Handir tiró de las riendas. —¿Lainon?

—Quédate cerca, Handir.

Espoleó a su caballo hasta que pisoteó nerviosamente junto al de Lainon. —¿Qué ocurre?

Lainon se volvió hacia Handir. —Nos están acechando.

—¿Acechando? ¿Por qué?

—Sabuesos. Estamos tan cerca, pero no podemos apresurarnos o caminaremos directamente hacia su trampa.

—Trampa...

—Handir, si te digo que te vayas, te vas, a toda velocidad en esta dirección —gesticuló Lainon con su brazo—. La guardia de Tar'eastór estará cerca; te encontrarán.

—Lainon...

—Príncipe. Este es mi deber; déjame cumplirlo.

—No puedo dejarte atrás, hermano. No me pidas eso.

—Te lo *exijo*. Es lo que tu rey exige, Handir —dijo Lainon secamente.

Un aullido rasgó el aire, tan cerca que Handir se estremeció. No había oído su aproximación en absoluto, y sus ojos volvieron rápidamente a Lainon, quien lo miraba con una expresión que Handir no podía identificar con certeza. Tristeza, afecto...

—Se acercan desde el norte y nos rodean incluso mientras hablamos. Debes huir hacia el este. Recuerda, Handir.

No podía pensar, pues las palabras de Lainon eran una orden directa, y su voz imperiosa no admitía discusión. Estaba dividido, pero no era un luchador; si se quedaba, lo único que haría sería obstaculizar las posibilidades de supervivencia o huida de Lainon.

Otro aullido fue rápidamente unido por la voz de la manada de sabuesos mientras se acercaban a los dos elfos, justo dentro de los árboles. Una de las bestias se erguía orgullosa sobre una roca cercana y observaba cada movimiento de Lainon. Handir estaba hipnotizado, pues nunca había visto un sabueso más grande. Su pelaje era espeso, un exuberante gris claro, y el pelo alrededor de su fuerte cuello era más largo, llegando hasta la parte delantera de un poderoso pecho. Ahí acababa la belleza, porque su rostro era el epítome de la malicia. Unos ojos amarillos inyectados en sangre prometían una muerte lenta y dolorosa, y las puntas de los colmillos amarillos podían verse bajo su mandíbula, colmillos que seguramente podrían arrancar la garganta de un elfo tan fácilmente como un oso chupa miel del panal. Como para probar los pensamientos de Handir, sus fauces se abrieron ampliamente, los

labios negros se curvaron hacia atrás para revelar incisivos afilados como navajas que se curvaban hacia adelante y luego hacia atrás, casi alcanzando la parte inferior de su cuello.

—¡Handir, ahora, *muévete*!

Y lo hizo. Espoleando su caballo y lanzándose hacia adelante, galopó en la dirección que Lainon le había mostrado. Quería mirar atrás, pero no podía, porque el clima y el agotamiento nublaban su visión; necesitaba toda su concentración para navegar por el camino lleno de árboles que tenía delante. Estaba huyendo de nuevo, solo que esta vez, estaba abandonando a su hermano del alma, Lainon.

Oyó un chillido cuando el primer sabueso fue atravesado por una flecha, supuso. Quería mirar, necesitaba ver...

Lainon se sentaba erguido sobre su caballo que pisoteaba, apretando sus costados con las rodillas mientras tensaba otra flecha y mataba a otro de los sabuesos que corría hacia él. Segundos después, otra voló, mientras cuatro más se acercaban. *No te detengas, Handir; no te detengas*, rezó Lainon mientras arrojaba su arco al suelo y buscaba su espada. La sostuvo, sintiendo cómo las patas traseras de su caballo se tensaban debajo de él, su propio grito de batalla raspando desde su boca humeante. También gritó, incluso cuando oyó que el suelo vibraba detrás de él. Caballos...

Justo cuando estaba a punto de blandir su espada para matar al primer sabueso, una flecha de plumas negras y blancas se clavó en el pecho de la bestia, y cayó muerta a su lado, pero no podía volverse, no había tiempo. Blandió su espada hacia el otro lado, decapitando a otro sabueso antes de que pudiera morder el cuello de su caballo. Otra flecha voló, y otra, y luego las figuras borrosas de jinetes negros pasaron junto a él y chocaron con las bestias que le atacaban. Todo lo que podía ver era cuero negro y acero plateado, cabezas rubias y piel pálida, excepto uno de los guerreros.

Una ola de hielo frío se extendió por su cuerpo. Rizos negros como la tinta, el tono cobrizo de la piel y los ojos azules que brillaban demasiado intensamente para ser otra cosa que lo que eran; los ojos de una Ari'atór, ojos benditos que había echado de menos cada día durante el último siglo.

Tensári.

Su espada se sentía pesada en su dolorido brazo. Hacía tanto frío. Sus ojos escocían, pero allí estaba ella. No era ninguna cruel alucinación, y observó, hipnotizado, cómo disparaba desde su caballo, con el pelo volando de un lado a otro alrededor de su corona, la espada aún en su vaina a su lado. Seguía siendo hermosa, seguía siendo letal. Aún la amaba, y sus ojos volvieron a escocer.

—¡Reagrupaos! —llegó la orden cortante del líder, un guerrero de pelo gris que reconoció inmediatamente, y cuando se acercó al inquieto corcel de Lainon, este le dedicó una sonrisa agotada.

—Príncipe Sontúr.

—Lainon —asintió el príncipe.

—¿Tenéis a mi protegido, el Príncipe Handir?

—Lo tenemos, Lainon. Descansa tranquilo. Habéis tenido un viaje difícil, por lo que parece.

—Príncipe Sontúr, lo que queda de nuestra escolta estará uno o dos días detrás de nosotros...

—¿Qué pasó?

—Fuimos atacados; saqué al príncipe antes de que comenzara la batalla, pero no creo que haya ido bien. Por favor, debéis...

Sontúr levantó la mano y se volvió. —Teniente Tensári —llamó.

Lainon se tensó, observando cómo ella guiaba su caballo hacia ellos. Su mirada estaba sobre él, su rostro completamente inmóvil, y él luchó por mantener esa mirada, por no apartar la vista avergonzado. Había intentado olvidarla durante un siglo que se había sentido como un milenio. Pero había fallado. No había podido borrarle de su mente.

—Mi príncipe.

—Llévate al grupo y rastrea el viaje del Príncipe Handir de vuelta a las montañas. Habrá supervivientes.

Ella asintió, y con una última mirada a Lainon, ladró sus propias órdenes. Sontúr observó a Lainon mientras él observaba a Tensári marcharse.

—No la has olvidado —murmuró mientras sostenía un frasco ante el rostro de Lainon.

Asintiendo en agradecimiento, lo tomó con manos frígidas y lo guio hacia su boca con sólo un ligero temblor. Bebió un sorbo, cerrando los ojos mientras saboreaba el espeso líquido deslizándose por su garganta, calentándolo e infundiendo sus papilas gustativas con el sabor de miel, hierbas y una cantidad no pequeña de licor.

—No, no la he olvidado —respondió Lainon suavemente, luchando con su mente para no pensar, no recordar los tiempos que habían compartido antes de que el deber los separara.

—Gracias —murmuró, y Sontúr sonrió, inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado.

—Ven. Mis guerreros encontrarán a tu escolta, Lainon. Te guiaré hasta los salones de mi padre.



Handir estaba sentado, congelado hasta la médula. El doloroso y roedor dolor en su estómago vacío era lo único que lo mantenía despierto, eso y el constante grito en su mente de que debía encontrar a sus guerreros. Su ropa estaba hecha jirones, manchada y arrugada, su cabello en completo desorden, y su cara y manos estaban manchadas de tierra. Agotado más allá de lo razonable, su mente se sentía lenta y disfuncional incluso ahora mientras se sentaba frente a un fuego rugiente en la Casa de Curación del palacio real de Tar'eastór. Esta no era la manera en que había imaginado entrar por primera vez en la patria de su padre. De hecho, no había prestado atención a su esplendor en absoluto, aunque sabía que había caminado junto a maravillas, a tan solo un palmo de distancia.

El olor a hierbas y aceites impregnaba el aire, y los elfos con túnicas negras caminaban de un lado a otro, con el cabello firmemente trenzado detrás de sus cabezas. Llevaban bandejas con botellas y tinturas que tintineaban suavemente mientras se movían al compás del susurro de sus largas túnicas, rostros cuidadosamente controlados, y sin embargo eso no impedía que sus ojos vagaran hacia los dos elfos que habían sido traídos no hacía ni unos minutos.

La Casa de Curación era una larga estructura de piedra que albergaba esta zona de asientos. Un gran hogar resplandecía en reconfortantes olas de calor que lentamente los descongelaba. Handir supuso que era para los convalecientes o visitantes, quizás. Se abría a un largo pasillo, bordeado de camas a ambos lados y que se extendía hasta el extremo más alejado, donde una pared de cristal pintado permitía que la luz del sol iluminara la sala en tonos de rojo, verde y azul. Era una arquitectura espectacular, pero los detalles se le escapaban de manera poco característica.

—¿Estáis herido, mi príncipe? —llegó la voz profunda de un elfo Alpino, y Handir se sobresaltó, pues no había oído ni visto la aproximación del elfo. Si hubiera estado más atento, habría comprendido que era el propio Rey Vorn'asté.

—No, no estoy herido. Huimos de la batalla —murmuró casi distraídamente.

—Por supuesto. Reclínese y descanse, Príncipe Handir. Se le traerá comida en un momento.

Con eso, el elfo le dio una última y duradera mirada, antes de volverse hacia Lainon. —Teniente, ¿está usted herido? —inquirió de nuevo.

—No, mi Señor Vorn'asté —fue la respuesta de Lainon, y Handir trató desesperadamente de controlar su rostro repentinamente acalorado. *"Un buen comienzo"*, se reprendió mientras observaba al rey asentir y luego, con una amable y comprensiva sonrisa, darse la vuelta para marcharse. Sin embargo, antes de que Handir pudiera controlarse, palabras rebeldes brotaron de su obstinada boca, palabras que venían directamente del corazón.

—Mi señor. La escolta seguramente no estará muy lejos detrás de nosotros.

—Por supuesto —dijo Vorn'asté con una suave sonrisa—. Estamos rastreando el camino incluso ahora, mientras hablamos.

—No lo entendéis, mi señor —dijo Handir.

Lainon miró a Handir. Su rostro a menudo era serio e inexpresivo, y sin embargo ahora, parecía tan joven y vulnerable, casi desesperado. Lainon intentó captar su mirada, pero los ojos de Handir estaban firmemente anclados en el rey.

—¿Qué es lo que no comprendo, Príncipe Handir? —preguntó Vorn'asté cuidadosamente, caminando lentamente de vuelta a donde Handir estaba sentado.

—Ellos... ellos pueden haber dado sus vidas para protegerme. Mi señor, os suplico que los encontréis antes de que caiga la noche una vez más.

—Haremos lo mejor que podamos, príncipe. Vuestra guardia ha hecho bien en extraeros de la refriega; es un protocolo estándar en nuestras tierras como lo es en las vuestras, estoy seguro. No os sintáis mal porque ellos hicieron este sacrificio.

—No lo entendéis —llegaron de nuevo las palabras susurradas, y Vorn'asté se agachó ante Handir, colocando una mano blanca y enjoyada sobre su rodilla, sus ojos plateados brillando con sabiduría.

—¿A quién has dejado atrás, muchacho? —adivinó Vorn'asté con el mismo tono quedo, aunque Lainon lo oyó y se quedó paralizado, con los ojos muy abiertos ante la súbita revelación.

El estómago de Handir se retorcía: dolor por la pérdida de vidas, ansiedad ante la idea de perder a un medio hermano por el que no debería sentir preocupación. No se trataba de sangre, se reprendió; se trataba de política, nada más.

—Mi.... mi *pueblo*. Los he dejado a todos atrás...

Lainon cerró los ojos y calmó su corazón frenético, pero Vorn'asté miró fijamente al príncipe, sus perspicaces ojos viendo más allá del tibio intento de ocultarle la verdad. El príncipe guardaba un secreto: algo importante flotaba justo debajo de sus defensas alteradas, algo que apenas había logrado evitar decir. Vorn'asté guardó ese conocimiento; podría necesitarlo más tarde.



Sus cargados caballos avanzaban ruidosamente por la nieve, su aliento caliente saliendo de sus bocas en chorros de vapor gris, la nieve recién caída crujiendo bajo sus cascos. Galadan cabalgaba con Idernon, Silor con Pan'assár, y Galdith con Carodel, cuya pierna había sido entablillada y sobresalía torpemente. En cuanto a Osír,

yacía en la camilla que Silor había improvisado. Dorainen y Ramien se encontraban lo suficientemente bien como para montar por sí mismos, pero, aun así, Fel'annár mantenía una mano sobre la rodilla de Ramien, que cabalgaba a su lado, mientras sus ojos buscaban constantemente a Dorainen. El sanador había parecido estar bien, pero ahora, una leve capa de sudor se había formado en su frente. Había sorprendido a Galadan observando al sanador pensativamente, y su estómago dio un vuelco ante las implicaciones; seguramente se había producido una infección.

A medida que la mañana daba paso a la primera hora de la tarde, su camino se tornó más empinado y la temperatura se desplomó aún más. La nieve caía gruesa y rápida, y al anochecer, se había convertido en hielo. La necesidad de refugio les obligó a desviarse un trecho del sendero, y pronto apareció ante su vista un bosquecillo protegido. Galadan ordenó detenerse. Dorainen iba encorvado sobre su caballo, con las manos aferradas a su crin, el cabello cayendo sobre su rostro, y el semblante de Galadan se tornó grave.

Bajaron a los heridos al suelo y los acomodaron lo mejor que pudieron mientras Silor encendía un fuego. Fel'annár observó cómo su teniente revisaba a los heridos, ofreciéndoles lo último de la mezcla que había preparado esa mañana. Cuando Galadan finalmente se sentó, Fel'annár fue a comprobar el estado de sus hermanos mientras su hoguera ganaba fuerza, con ascuas anaranjadas danzando sobre ella.

—¿Puedes sentir algo, Fel'annár? ¿El enemigo? ¿Nuestros aliados? —preguntó Galadan.

Fel'annár negó con la cabeza.

—Nada, señor. Solo sé que el bosque está tenso.

—¿*Tenso*? —se burló Silor—. ¿Eso es todo lo que tienes?

—¿Prefieres explorar tú, Silor? —preguntó Galadan con calma, girándose para mirar a su compañero Alpino.

—Lo haría, señor.

—Entonces ve —indicó el teniente, volviendo su cabeza hacia el fuego. Galadan era casi imperturbable, pero Silor era su mayor desafío hasta ahora.

Saludando, Silor partió.

—¿Cómo está Dorainen? —preguntó Galdith.

Por un momento, la mirada del teniente fue transparente, y tanto Galdith como Fel'annár comprendieron su significado.

—Puede que tenga un hueso roto en el hombro, o quizás una costilla; la probabilidad de una infección generalizada es alta, especialmente en estas condiciones. También puede ser que la hoja que lo hirió estuviera contaminada, intencionadamente o no. Su respiración es trabajosa... creo que su corazón está comprometido.

Fel'annár escuchaba, su dolor inexplicable considerando que apenas conocía al sanador.

—Señor, usted tiene muchos conocimientos sobre las artes curativas —aventuró.

—Solo lo que la experiencia me ha enseñado, Fel'annár, y mi madre, cuando era niño.

—¿Era sanadora? —preguntó Galdith—. ¿Nació en Tar'eastór?

—Sí, al igual que yo.

Fel'annár y Galdith se sorprendieron.

—¿Cómo, eh, ¿cuántos años tiene, señor? —preguntó Galdith, con los ojos abiertos de curiosidad.

—Setecientos noventa y cuatro.

—¿Qué? —soltó Galdith y luego encogió los hombros—. Lo siento, señor.

Los ojos de Galadan mostraban humor, pero su rostro permaneció tan serio como siempre. Fel'annár, sin embargo, estaba frunciendo el ceño.

—Señor, espero que no le importe, pero ¿por qué...?

—¿Por qué no soy capitán?

—Sí.

—Eso es simple, Fel'annár. No quiero ser miembro del Círculo Interior.

Galdith y Fel'annár compartieron una mirada perpleja.

—Por supuesto, ahora preguntaréis por qué, y eso es más complicado. Os responderé, algún día, pero por ahora deberíamos atender a Dorainen.

El sanador yacía inquieto junto a ellos, sobre un saco de dormir que habían colocado tan cerca del fuego como se atrevieron. Galadan y Galdith observaron cómo Fel'annár se acercaba al lado del sanador, sentándose con las piernas cruzadas y luego ajustándose su propia capa sobre los hombros.

—¿Dorainen?

—Hmm...

—¿Hay algo que pueda ayudarte? ¿Alguna hierba o corteza? Podría buscar...

—No, Fel'annár —murmuró—. Estoy más allá de tu ayuda ahora.

Fel'annár frunció el ceño ante el tono melancólico.

—¿Pero por qué? No pensé que estuvieras tan gravemente herido; al menos podríamos intentar...

—No, muchacho. Escúchame. Mi corazón está fallando, mi sangre está contaminada; es demasiado tarde.

Fel'annár abrió la boca para protestar de nuevo, pero la mano de Dorainen estaba sobre su antebrazo, y a pesar de su fiebre, el sanador sonrió.

—Ya me salvaste, guerrero. Ahora debes ir en ayuda de otros que te necesitarán.

—Hablas en acertijos, sanador.

—Culpa a la fiebre, si quieres —dijo cansadamente. Hubo silencio entonces, excepto por la respiración trabajosa del sanador.

—Dorainen. En el campamento dijiste que eras viejo. ¿Cuántos años tienes? —La revelación de que Galadan tenía más de setecientos había sido una sorpresa, y la curiosidad de Fel'annár se había despertado.

—He caminado por esta tierra durante más de dos milenios, muchacho. Como dije, he visto muchas cosas, hecho muchas cosas, y también me he arrepentido de algunas de ellas. —Se detuvo para toser, y una vez que se hubo calmado, continuó, pues Fel'annár se sentaba en silenciosa fascinación ante las palabras del sanador mientras Galadan y Galdith miraban fijamente el fuego. El antiguo sanador habló de su infancia en las montañas, de su formación como sanador, su migración a Ea Uaré con Or'Talán y Pan'assár. Habló de su familia y luego de la pérdida de ellos, y su propia fe en

Aria. Fel'annár pensó que era extraño que cuanto más hablaba Dorainen, más urgentes se volvían sus palabras, aunque su voz se hacía más queda, como si necesitara contar su historia, consciente de que podría no llegar a su conclusión. Pronto, habló en un murmullo tranquilo que era casi un susurro, y cerró los ojos. Fel'annár se inclinó sobre él, sobresaltándose cuando los ojos azules se abrieron una vez más.

—¿Qué ves en mí, Dorainen? ¿Por qué te sorprendo? —susurró Fel'annár. La respuesta que recibió no fue en absoluto lo que esperaba.

—Veo a tu abuelo —dijo en un suspiro susurrante.

Fel'annár se echó hacia atrás sorprendido, con los ojos muy abiertos.

—Veo... —Se interrumpió con un ataque de tos.

—¿Dorainen? —preguntó suavemente, preguntándose si el sanador volvería a hablar. Lo hizo, pero fue tan suave que Fel'annár se vio obligado a inclinarse sobre él una vez más.

—Hay estrellas en tus ojos. —El áspero susurro hizo que la piel de Fel'annár se erizara, mientras el rostro de Dorainen se retorcía en silenciosa agonía—. Curioso, pero me has devuelto a mí... mi fe... — Otra ola de dolor recorrió su cuerpo, y Fel'annár acunó su mejilla.

—La veo... a Aria. Ella sonríe a través de tus ojos.

Una lágrima se le escapó a Fel'annár mientras observaba cómo el rostro de Dorainen cambiaba de la agonía al éxtasis antes de que sus ojos se apagaran y no se moviera más, aunque un atisbo de sonrisa tiraba de sus pálidos labios.

Otra lágrima cayó, por este sabio extraño con el que Fel'annár se había sentido tan cercano, y dejó que su frente descansara contra la de Dorainen.

—Tu viaje fue largo. Que te encuentres pronto, amigo mío, y regreses con tu familia y Aria.

Balanceándose sobre sus talones, Fel'annár cerró los ojos entreabiertos y se volvió, solo para encontrar a Galadan y Galdith mirándole, sus propios ojos llenos de incomprensión, sobre qué, no sabría decir. Todo en lo que podía pensar era en honrar a Dorainen,

el antiguo sanador que había regalado a Fel'annár la historia de su extraordinaria vida.



El día siguiente fue tortuoso, pero Fel'annár lo soportó distrayéndose del dolor y el frío. Pensó en Dorainen y en las cosas que había dicho. El mayor enigma era por qué había sentido tal afinidad con el antiguo sanador. No tenían nada en común, pertenecían a épocas completamente diferentes del mundo. No compartían la misma cultura, las mismas aspiraciones. Eran tan diferentes como un oso y su presa.

Sin embargo, Dorainen había emigrado de Tar'eastór a Ea Uaré con Or'Talán, y quizás era así de simple, meditó. El sanador había sido leal a su abuelo, y Lainon ya le había dicho que se parecían. Pero entonces, ¿qué hay de esos comentarios sobre que Fel'annár de alguna manera le había devuelto su fe en Aria? ¿Que había *estrellas* en sus ojos? El recuerdo le hizo estremecer, y se enderezó en la silla. Se dio cuenta de que Galadan y Galdith hablaban en voz baja mientras Silor cerraba la marcha, tan silencioso como siempre.

—Fel'annár —llamó Galdith, ofreciéndole un odre con agua. Lo tomó y bebió profundamente antes de devolverlo al veterano Silvano cuyos ojos se detuvieron en él un poco más de lo necesario, recordándole a Fel'annár que ellos también tendrían preguntas sobre lo que hubieran visto o escuchado la noche anterior. Dorainen no había mencionado a su abuelo por su nombre, pero, aun así, se estarían preguntando cómo lo había conocido el sanador.

—El teniente Lainon y el príncipe Handir seguramente habrán llegado a Tar'eastór —estaba diciendo Galadan—. Es posible que incluso los hayan interceptado. Aun así, podría pasar otros dos días hasta que nos encuentren. Necesitaremos algunas provisiones básicas.

Fel'annár escuchaba atentamente, pero sus ojos comenzaban a arder y su cuello se sentía rígido. Otra presencia estaba entrando en su mente; podía sentirlo, y no la rechazó.

Solos, asustados, hambrientos...

Concentrándose, cerró sus ardientes ojos e intentó relajarse, a pesar de los incontrolables escalofríos que sacudían su cuerpo.

Solos, hambrientos, tan hambrientos...

Frunciendo el ceño, se concentró en la voz, manteniendo los ojos cerrados mientras se inclinaba hacia Galadan.

—Teniente...

—¿Qué ocurre? —llegó la respuesta igualmente suave.

—No se alarme, señor. Estoy Escuchando; los árboles... —Se interrumpió.

La cabeza de Galadan giró hacia el joven guerrero cuyos ojos estaban firmemente cerrados, y cuando Fel'annár los abrió de nuevo, Galadan no pudo evitar retroceder, aunque ya había visto esto antes, cuando Fel'annár se había enfrentado al líder Desviado en el campo de batalla. Galdith, sin embargo, miraba con absoluto horror mientras Silor siseaba una maldición.

—Engendro de *Galomú*.

—Por Aria, qué... —murmuró Galdith mientras luchaba por controlar su montura ahora nerviosa.

—Por favor, es un don —explicó Fel'annár con la mano extendida —. Es lo que me permite prever el peligro.

Galdith miró fijamente mientras Galadan asentía rígidamente.

—Señor, nos están cazando. Sabuesos de montaña... *fríos y hambrientos* —murmuró.

Sentándose más erguido, la conmoción de Galadan se transformó en liderazgo resuelto en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Cuánto tiempo tenemos? ¿Cuántos son?

—Tenemos una hora más o menos, pero su número no está claro. Señor, si me permite... tal como estamos, no podemos defendernos *y* proteger a nuestros heridos. Creo que nuestra única opción es que yo salga y los contenga todo el tiempo que pueda.

—¿Estás seguro de que vendrán? —insistió Galadan con urgencia.

Los extraños iris arremolinados de Fel'annár se posaron directamente en el teniente.

—Sí.

—Es un suicidio...

—Tengo una oportunidad, señor; los árboles están conmigo.

—*Ellos* no están armados, Fel'annár.

—Señor, mejor que muera yo que todos vosotros.

Galadan miró fijamente al Silvano antes de soltar un largo suspiro y mirar brevemente a Galdith.

—No puedo contradecir tu razonamiento, Fel'annár, y los heridos no pueden prescindir de otro guerrero para acompañarte. Ve entonces, y defiéndenos si puedes, danos el tiempo que puedas. Puede ser suficiente para que Tar'eastór nos encuentre... y entonces nosotros te encontraremos a ti.

Fel'annár asintió y luego saludó. Estaba a punto de dar media vuelta con su caballo y marcharse, pero Galadan lo detuvo con una mano en su rodilla. Su voz, cuando llegó, fue suave, pero sus palabras no serían olvidadas ni por Silor ni por Galdith, palabras que tomaron a Fel'annár completamente por sorpresa.

—Ve con cuidado, mi príncipe.



El día había amanecido con un frío gélido, y la nieve volvía a caer. Con los heridos listos para partir, Galdith prácticamente arrastraba los pies mientras cargaba al hombro las últimas de sus escasas pertenencias, su cuerpo encorvándose, no por el peso sino por el agotamiento.

No había habido señal de peligro durante la noche, gracias, quizás, a la exploración de Fel'annár tras ellos. El insensato se había encargado de protegerlos mientras huían hacia un lugar seguro. Era un suicidio, pero había escuchado su razonamiento y, como Galadan, no había podido refutarlo. Era algo necesario, y Fel'annár sabía que él era la mejor opción. Era un Oyente, y eso le daba ventaja. También había algo más, algo que Galdith sabía instintivamente como Silvano; la luz en sus ojos estaba, de alguna manera, conectada con los árboles, pero también sabía que fuera lo que fuese, no sería suficiente para proteger a Fel'annár de las fauces de

los sabuesos. Solo rezaba para que el muchacho fuera tan bueno con sus espadas como se decía que era con su arco.

"Mantente a salvo, mi príncipe".

Aquellas palabras atormentaban a Galdith, pero no las había comentado con Galadan, no se había atrevido, pues él era un simple guerrero Silvano y Galadan un teniente Alpino, un elfo que apenas hablaba, y aunque lo hiciera, dudaba que se abordara el tema de Fel'annár, no aquí en la naturaleza salvaje donde la distracción podría costarles un alto precio.

¿Lo habría dicho Galadan literalmente?, se preguntaba. No, no lo creía, pues las palabras habían salido espontáneamente de la boca de Galadan; había visto la sorpresa en los ojos del teniente al pronunciarlas. Pero entonces, ¿por qué Fel'annár no las había refutado?

Al girarse y tomar las riendas de su montura, divisó a Silor forcejeando con las alforjas de su propio caballo, y Galdith resistió el impulso de gruñir. Silor cumplía con su parte lo suficientemente bien, pero de todos ellos, parecía el menos afectado. Galdith sabía que no se debía a su superior condición física, pues el elfo era alto pero delgado, con músculos duros, pero no cincelados y definidos como los de un guerrero experimentado. No, Silor había hecho su parte y nada más, mientras que el resto se había agotado hasta el límite. Además, era el único de ellos que no había resultado herido en la batalla. Galdith le había visto al final, acercándose desde la otra batalla para ayudar a un guerrero Alpino caído, pero ¿dónde había estado durante la lucha?

No servía de nada irritarse. Todo lo que quería ahora era una cama blanda, comida caliente, un baño humeante y el pelo limpio. Se rio de sí mismo a pesar de su malestar, y pronto, estaban de nuevo en camino. Lo único que podía hacer era rezar para que llegaran cuanto antes, pues la infección se estaba afianzando en los heridos, dos de los cuales habían empeorado significativamente, mientras que los otros soportaban el dolor que venía con el movimiento de sus monturas. En cuanto a los caballos, apenas habían conseguido encontrar algo de sustento bajo el manto de nieve. Ellos también estaban agotándose.

Quédate conmigo, Osír... eres todo lo que tengo para mantenerme anclado.

Galdith había servido con Osír durante tanto tiempo como con Angon. Eran los dos únicos guerreros que quedaban de sus antiguos hermanos de armas. El resto estaban todos muertos, durmiendo en Valle hasta el momento en que pudieran encontrarse de nuevo, y quizás Galdith pronto se uniría a ellos.

El avance a través de la nieve era agónico, y Galadan, Galdith y Silor comprobaban constantemente el cuero que sujetaba la camilla de Osír a los caballos. Tenían las uñas rotas, los dedos cortados, las manos tan entumecidas que ya no las sentían, y todo el tiempo, el frío persistía hasta bien entrada la tarde. Entonces estalló una tormenta. La lluvia caía como burlones lienzos de papel plateado, con el viento soplándola de lado hasta que quedaron empapados en cuestión de segundos. Les llevó tres horas encontrar un saliente bajo el cual pudieran refugiarse del torrente implacable y encender un pequeño fuego. Si antes estaban cansados y doloridos, ahora estaban enfadados, porque todo parecía conspirar deliberadamente contra ellos; de hecho, evitaban mirar a los caballos acurrucados bajo el saliente. Su fuerza se agotaba rápidamente; había sido bastante difícil bajar a los heridos al suelo y protegerlos de la lluvia. Solo podían esperar, su única esperanza que los guerreros de Tar'eastór los encontraran.

Y así Galdith, Galadan y Silor montaban guardia sobre los heridos, acurrucados alrededor de su chisporroteante fuego, tan cerca como se atrevían. Envolvían firmemente sus empapadas capas a su alrededor, su aliento congelándose ante ellos como el vapor de un dragón apagado. Gruesas gotas de lluvia goteaban de su pelo empapado, sus narices y barbillas, y sus ojos estaban perdidos, desenfocados, introspectivos, hasta que un solo aullido los devolvió bruscamente al presente.

Los ojos de Galdith vagaron hacia los árboles distantes que crujían y gemían más fuerte de lo que quizás deberían. Le recordaba a la extraña brisa que se había desatado mientras luchaban con los Desviados. Había extraños acontecimientos en marcha, no cabía duda; su sangre Silvana le decía que era así.

El rostro anguloso de Galadan era la única parte visible de él, pues estaba sentado casi encima del fuego, con los ojos reflejando las inquietas llamas anaranjadas que danzaban bajo la lluvia. Era una visión extraña, reflexionó Galdith, como luciérnagas revoloteando tras un cristal pintado. Entonces algo ancestral rozó la subconsciencia de Galdith, una intuición que quizás solo un elfo del bosque podría sentir, y, sin embargo, quizás no, pues Galadan pareció estremecerse y luego cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, miró directamente a Galdith. ¿Habría sentido Galadan también ese arcano aliento en la nuca, un toque de magia profunda que no podía comprender?

Otro aullido partió el aire, más cerca ahora, y mientras Galdith y Galadan cruzaban sus miradas una vez más, una súplica silenciosa, casi idéntica, se repetía en sus mentes.

Fel'annár, encuéntralos antes de que nos encuentren a nosotros, porque si fallas, nuestro viaje a Valle será rápido.



La teniente Tensári de los Ari'atór guiaba a su contingente de guerreros siguiendo el rastro dejado por Lainon y Handir. Después de medio día de rastreo, el clima había ralentizado su ritmo a un paso, y se había visto obligada a acampar durante la noche. Hoy, su progreso no mejoró, pero no perdieron el rastro y pronto, los sonidos de caballos esforzándose y cuero crujiendo llegó a sus oídos. Momentos después, lo que quedaba de la escolta real emergió del lindero del bosque, deteniéndose solo para quedarse en silencio. Los guerreros de Tar'eastór miraron fijamente a los elfos montados en pares sobre sus demacrados caballos, encorvados, apenas conscientes. Algunos estaban atados a sus monturas mientras una especie de arnés se extendía entre ellos. Seguramente había una historia heroica que contar, pero los pensamientos de Tensári fueron silenciados cuando un elfo se deslizó de su silla y golpeó el suelo con un ruido sordo.

Los Alpinos desmontaron, y Tensári corrió hacia el guerrero inconsciente, lanzando una rápida mirada a uno de los únicos dos elfos cuyos ojos seguían abiertos. —¿Qué ha sucedido? —preguntó, buscando frenéticamente el origen de la herida del guerrero en el suelo.

—Nos tendieron una emboscada. Soy Galdith, y ese —señaló al elfo en el suelo—, es el teniente Galadan. Debéis perdonarnos —dijo Galdith, su voz haciéndose cada vez más débil mientras hablaba—. Todos estamos... ambos estamos... —No pudo terminar antes de que su cuerpo se hundiera y se inclinara hacia un lado. Un guerrero Alpino lo atrapó antes de que se deslizara al suelo.

Tensári miró a su segundo, sus expresiones idénticas; conocían el sacrificio que estos guerreros habían tenido que hacer para llevar a sus compañeros a un lugar seguro con este clima. Sus ojos finalmente se posaron en el tercer guerrero ileso que desmontaba lentamente, un Alpino cuyo rostro le resultaba familiar. —¿Ar Sulén?

Con una respetuosa inclinación de cabeza, Silor asintió mientras se acercaba. —Sí, teniente. Es bueno estar en casa.

Silor había estado fuera durante años, y sin embargo todavía consideraba Tar'eastór como su hogar. Era un vástago de la noble casa de Sulén, pero a pesar de sus graves circunstancias, no había urgencia en su paso, como si no le importara el destino de su oficial superior.

Fue entonces cuando Galdith encontró su voz una vez más, aunque fuera solo por un momento. —Teniente, hay uno más, debéis... debéis encontrarlo, encontrad a El *Silvano*.

—¿El Silvano? —cuestionó Tensári, frunciendo el ceño. Seguramente la mayoría de estos guerreros eran Silvanos. Se volvió hacia Silor justo a tiempo para captar un atisbo de desagrado que ondulaba sobre su rostro impasible.

—Nos defendió desde atrás, nos dio tiempo hasta que pudierais encontrarnos —jadeó Galdith.

—¿*Solo*?

—No había otra manera —susurró Galdith con miseria.

Tensári mantuvo la mirada de Galdith por un momento antes de asentir y ladrar sus órdenes. Estaban solo a un día de camino de

Tar'eastór ahora que no había rastro que seguir, y así, haciendo un gesto a uno de sus guerreros para que se uniera a ella, ordenó al resto movilizar al grupo y regresar. Explorarían los alrededores en busca de este Silvano; no estaría lejos, en el improbable caso de que aún estuviera vivo.



—Una emboscada de ese tamaño es inusual —dijo Gor'sadén—. Por lo que nos cuentan los Ari'atór, había dos frentes. Esto fue un ataque planeado, Vorn'asté.

—Sí, yo también me lo había preguntado —reflexionó el rey—. Ciertamente parece dar más credibilidad a la idea de que los Desviados se están organizando en algún tipo de sociedad estructurada. Para coordinar un ataque así necesitas estrategia, la capacidad de desplegar y comandantes capaces de llevarlo a cabo.

—De acuerdo —murmuró Gor'sadén mientras llenaba su copa con el buen vino del rey—. Y si es así, me pregunto quién sería su objetivo: el príncipe Handir o el comandante Pan'assár. Es bien conocido por el enemigo.

—Me cuesta reconciliar tales motivos con los Desviados, Gor'sadén. ¿Qué ganarían planificando deliberadamente matar a un príncipe o a un comandante? Esta conjetura no me cuadra.

—Es improbable —coincidió Gor'sadén—. Podría ser, por supuesto, simple coincidencia: que hubiera dos manadas de Desviados convergiendo en el mismo objetivo al mismo tiempo. —Gor'sadén dejó el comentario abierto, pues parecía aún menos probable que su primera línea de pensamiento.

Respirando profundamente, el comandante general se volvió hacia la ventana y el gran saliente más allá, la profunda garganta abajo. —Han pasado muchos siglos desde la última vez que vi a Pan'assár, poco después del fallecimiento de Or'Talán.

Vorn'asté se volvió a medias hacia su comandante general, su firme amigo desde los días antiguos cuando eran jóvenes señores, aún por probarse a sí mismos. Él también recordaba a Pan'assár,

pero era Gor'sadén quien lo había amado como a un hermano, a él y a Or'Talán.

—Debemos confiar en la esperanza de que esté bien, que el resto de la escolta del príncipe esté viva y viajando hacia nosotros mientras hablamos.

Gor'sadén se preguntó si el rey hablaba con esa certeza que no podía explicarse, el inexplicable don que poseía, o si las palabras simplemente estaban destinadas a calmar el creciente estado de ansiedad de Gor'sadén ante el destino desconocido de Pan'assár. Sin embargo, no tuvo más tiempo para reflexionar, pues Vorn'asté, de manera inesperada, cambió de tema.

—¿Hay alguien más de importancia en ese grupo, Gor'sadén?

—No que yo sepa. ¿Por qué?

—El príncipe Handir oculta algo.

Gor'sadén frunció el ceño y se volvió para mirar a su rey, con una pregunta silenciosa en su rostro.

Vorn'asté se dirigió al balcón y posó sus ojos grises sobre la escarpada tierra ante él, su hogar en medio de las Montañas Medianas de Bel'arán. El clima era gris y frío, pero las coloridas telas de su gente abajo parecían más brillantes por ello. Metiendo sus manos en las amplias mangas de su larga túnica, su mirada se deslizó hacia Gor'sadén, que ahora estaba a su lado.

—Probablemente no sea relevante: un amigo cercano, quizás un amante —dijo el rey, agitando la mano.

—Un escándalo real es justo lo que quieren esos puristas Alpinos. Ese nido de víboras estaría encantado ante la más mínima oportunidad de mortificar a su rey. Band'orán bailaría una jiga Silvana en falda ante toda la corte por esa información.

Vorn'asté sonrió ante la imagen que Gor'sadén había plantado en su mente, sacudiendo la cabeza mínimamente para deshacerse de la ridícula idea. Sin embargo, el rostro de Band'orán persistía obstinadamente ante su ojo mental. —Band'orán tiene defectos, está corrompido de alguna manera que no puedo señalar —dijo el rey.

—Or'Talán dijo algo parecido, ¿sabes?: Pan'assár me lo contó.

—¿De verdad? Pensaba que Or'Talán había sido cercano a su hermano.

—Band'orán respetaba a su hermano mayor, pero algo cambió, algo de lo que Or'Talán era reacio a hablar. Nunca le presioné, pero sé que a Orta le preocupaba su estabilidad mental. Decía que podía estar alegre un minuto, y taciturno al siguiente. Estados de ánimo extraños que no parecían ajustarse al momento. No siempre fue así.

—Vaya, vaya... —dijo el rey suavemente. Habría dicho más, pero el sonido de caballos entrando ruidosamente en el patio de abajo hizo que ambos señores se inclinaran sobre la barandilla del balcón, con el cabello gris y rubio elevándose y entrelazándose en la suave brisa de la montaña.

—Santa Aria —susurró Gor'sadén.

—Alerta al Sanador Anaré y a su equipo de guardia —dijo Vorn'asté apresuradamente antes de girar sobre sus talones y salir a grandes zancadas de la habitación. Gor'sadén iba justo detrás de él, su rostro volviéndose brevemente hacia la imponente pintura mural de la Batalla Bajo el Sol. Pronto se fue, pero la imagen permaneció en su mente. Alto y fuerte, un guerrero Alpino se erguía orgullosamente sobre un saliente, su largo cabello plateado ondeando en la brisa; su rostro era sombrío y decidido, un rostro más hermoso que cualquiera que pudiera ver a este lado de Valle.

Or'Talán, rey Alpino de tierras Silvanas, uno de Los Tres, su hermano y el de Pan'assár, en todo menos en sangre.

CAPÍTULO 7

Convergencia

"Cincuenta y dos años de silencio llegaron a su fin el día que el rey Thargodén convocó al bosque. Era un tiempo peligroso de vínculos incipientes, pues los Alpinos colonizadores extendían su mano mientras los nativos conspiraban. No abandonarían el bosque, no se dejarían empujar por el enemigo, pues entonces serían derrotados dos veces. Los Alpinos habían reclamado sus tierras, y los Desviados y Señores de la Arena las saqueaban. Serían defendidas, o lo harían ellos mismos. Su arma secreta seguía oculta a los poderosos, y así debía permanecer un tiempo más, para no burlarse de años de desgarrador silencio."
Las Crónicas Silvanas, Libro I. Marhené.

~

Lorthil, líder de Sen'oléi, estaba sumido en sus recuerdos, evocando un tiempo lejano cuando había oído por primera vez sobre los extraños acontecimientos que los habían conducido a este momento crucial. No había estado involucrado personalmente, pero la historia había trascendido las fronteras de Lan Taria para convertirse en un secreto bien conocido, uno que los Silvanos protegían ferozmente. Nunca hablaban de ello, no abiertamente,

pues ¿quién podía decir dónde se encontraba el enemigo? ¿De dónde vendría el peligro?

Pero vendría.

Había sido Narosén, el Ari’atór Espiritual, quien primero lo reconoció hace menos de un año, quien primero vio en el muchacho la evidencia innegable de quién era y lo que estaba destinado a ser, o eso había dicho el Ari'atór. La primera misión de Fel'annár como guerrero novicio le había conducido aquí, a Sen'oléi, donde había dejado su huella en todos ellos. Habían bastado unas miradas superficiales y sonrisas cómplices entre ellos para que la noticia se propagara. Su momento se acercaba, y el bosque estaba despertando, sacudiéndose su sumisión en la que habían caído años atrás.

Lorthil tomó un respiro para calmarse mientras obligaba a su mente a regresar al presente y luego bajó la mirada hacia la misiva en su regazo. Girándola lentamente, admiró el sello de cera de la casa de Or'Talán antes de romperlo y desplegar el crujiente pergamino amarillo. Su mirada se posó momentáneamente en Narosén, que estaba sentado frente a él junto a la hoguera del campamento. Lorthil admiró la danza de luz que se concentraba sobre las piedras que salpicaban su cabello negro azulado. Junto a ellos, Sarodén, el jefe de los guardabosques se arrodilló y observó cómo Lorthil abría el papel y leía.

Cuando Lorthil terminó, sus ojos brillaban tanto como el fuego que parpadeaba ante él. Cuando habló, su voz era baja, casi un susurro. —Hemos sido convocados a la corte de Thargodén.

—¿Nosotros tres? —preguntó Narosén con el ceño fruncido.

—No. Todos nuestros líderes Silvanos.

~

Al sureste de Sen'oléi, en la aldea de Lan Taria, Erthoron abrió una carta similar. A su lado, Thavron, el guardabosque, y Golloron, el Ari’atór Espiritual, observaban con inquietud.

—Habrá una cumbre —dijo Erthoron mientras se volvía hacia sus compañeros—. Finalmente, ha llegado su momento.

Golloron sonrió antes de dirigir su mirada a Thavron. El joven guardabosque era amigo de infancia de Fel'annár y solo recientemente había sido informado de la verdad, el secreto de los Silvanos, pues Thavron, al igual que Ramien, Idernon y todos los miembros más jóvenes de su sociedad, había permanecido en la ignorancia tanto como el propio Fel'annár.

A Thavron no le había gustado nada y había pasado una semana en silenciosa meditación, maravillándose de cómo todos habían logrado ocultarle la verdad durante tanto tiempo. Finalmente, había llegado a comprender el porqué de su subterfugio y había aceptado a regañadientes su engaño como un mal necesario. Aun así, le había dolido, y sabía que a Fel'annár le costaría entenderlo.

Sin embargo, era Amareth quien ocupaba sus pensamientos ahora. Había sido convocada por el propio rey, y eso les dejaba pocas dudas sobre el tema de sus indagaciones. Debía saberlo, se dijeron. Debía haberlo descubierto, porque una vez que Fel'annár hubiera puesto un pie fuera de Lan Taria, no habría pasado desapercibido; cualquiera que hubiera conocido a Lássira no podría dejar de ver sus ojos, en una cara que era casi idéntica a la del primer rey de Ea Uaré, Or'Talán.

Solo podían confiar en la naturaleza indulgente de Thargodén, confiar en que no se sentiría traicionado, que quizás podría ver las cosas como eran. Los Silvanos habían querido proteger a su niño, un niño que debería haber sido un príncipe, un príncipe *Silvano*. Los Alpinos habían intentado y conseguido evitar la ascensión de una reina Silvana, y sin duda habían forzado a Or'Talán a prohibir la unión de su hijo y Lássira. El antes respetado gobernante Alpino había traicionado al pueblo Silvano, y ahora era el momento de la justicia. Fel'annár era del bosque, era Silvano, y por ellos debía luchar, igual que ellos habían hecho por él en su propio momento de necesidad.

Días después, los líderes silvanos y sus Ari'atór partieron hacia el sur y la primera Cumbre del Bosque. Su optimismo apenas podía contenerse, pero también su preocupación. Amareth ya había

partido, escoltada por la guardia personal del rey; llegaría mucho antes que ellos, sola ante cualquier dictamen que el rey considerara oportuno imponer.

Su viaje había sido rápido, con apenas tiempo suficiente para ordenar sus pensamientos y decidir la mejor estrategia a adoptar. Lo que sí sabía era que la identidad de Fel'annár se había dado a conocer al rey, pues ¿por qué otro motivo se habría convocado esta cumbre? ¿Por qué habría sido convocada y escoltada a la presencia del rey, si no era para interrogarla sobre el destino de Lássira, para preguntarle por Fel'annár? La pregunta era, ¿cuáles eran sus intenciones?

Recordaba al monarca Alpino que había conocido tantos años atrás: fuerte y tenaz, noble pero inflexible. Si ella le mintiese, él lo vería; de hecho, ¿qué sentido tendría? Ya no tenía nada que perder, a nadie que proteger. La identidad de Fel'annár sería de conocimiento común muy pronto. Lo había sabido desde el momento en que había emprendido el camino de un guerrero novicio.

Pero ¿y si Thargodén desterraba al muchacho para apaciguar a los puristas Alpinos? Or'Talán se había doblegado ante sus exigencias, ¿por qué no lo haría Thargodén? ¿Y si la encarcelaba por ocultar la verdad sobre Lássira? ¿Por ocultarle la existencia de su hijo?

La ansiedad se había apoderado firmemente de ella, y por mucho que lo intentara, no podía liberarse de ella. Lo único que ayudaba a aliviar sus efectos era la promesa de libertad. Cuando todo estuviera dicho, una vez que revelara la improbable historia de Fel'annár, finalmente podría descansar, vivir de nuevo.

El momento había llegado. La puerta estaba ante ella, protegida por guardias ceremoniales Alpinos que se alzaban altos e imponentes, y más allá se encontraba el alma gemela de su hermana, el rey que habría tomado a una campesina Silvana como reina si su lealtad a su rey y padre no hubiera sido más fuerte que su amor.

Al cruzar el umbral, su mirada se posó sobre dos elfos. Uno, el rey, tan hermoso como lo recordaba, y a su lado, Aradan, un elfo al

que había conocido en muchas ocasiones cuando Lássira era cortejada por Thargodén, y después, cuando todo se volvió extraño.

—Amareth —llegó la suave voz de Thargodén.

—Mi rey —se inclinó respetuosamente, extrañamente contenta de verlo. Observó cómo él se deslizaba hacia ella, con los brazos abiertos. No sabía por qué sus ojos se llenaron de lágrimas, pero su abrazo era reconfortante, y se deleitó en él por un momento hasta que él se apartó y la miró.

—Traes contigo recuerdos de días más plácidos.

—Me alegro de verle de nuevo, mi rey.

—Thargodén. Aquí, no hay formalidades entre nosotros.

—Thargodén —dijo ella con un asentimiento antes de volverse hacia el consejero—. Lord Aradan... ha pasado mucho tiempo —dijo con una sonrisa forzada.

—Sí, mucho tiempo. Pareces preocupada.

Amareth miró al suelo y luego a Thargodén. —¿Debería estarlo? —preguntó, repentinamente incapaz de mantener su mirada.

El silencio se extendió entre los tres antes de que el rey finalmente hablara. —Nada de lo que digas te pondrá en peligro, Amareth, pero hay engaño en tus ojos.

Ella los cerró por un momento, como si pudiera protegerse de su escrutinio. Ya sabía que el rey lo vería... la culpa que sentía. —No busco engañarte, Thargodén, ya no.

—Pero lo has hecho —dijo el rey con confianza mientras se sentaba, indicando a Amareth y Aradan que hicieran lo mismo.

—Sí, por omisión.

El rey la miró fijamente antes de echar un breve vistazo a Aradan.

—Amareth —dijo Aradan mientras se inclinaba hacia adelante—. Sabemos que el niño está aquí, en Bel'arán, y debo preguntarte. ¿Está muerta Lássira?

Thargodén respiró profundamente, como si se preparara para un golpe. Quizás ya lo había adivinado, pensó, pero sospechar no es lo mismo que saber, y Amareth sabía que su respuesta le dolería profundamente.

—Sí.

Aradan apartó su mirada, mientras Thargodén no se inmutó, como si no entendiera. Fue Aradan quien impulsó la conversación. —Cuéntanos, entonces. Dinos por qué no partió hacia Valle como habíamos acordado.

Amareth luchó por un momento con sus propias emociones, pues los recuerdos fluían de vuelta al presente en una avalancha de sensaciones. Imágenes destellaron ante ella de cosas que había trabajado duro para superar, cosas que había enterrado, tanto por sí misma como por la seguridad de Fel'annár. —No pudo —dijo al fin—. Esa última conversación, en la que se había decidido que viajaría a Valle para dar a luz a vuestro hijo... la hizo reflexionar, tanto que se marchó sola, al Bosque Profundo para meditar sobre su situación; no pudimos encontrarla durante muchos días. Finalmente, cuando regresó por su propia voluntad, nos sentamos y hablamos; yo, Lássira, Erthoron... nos dijo... —Amareth se interrumpió por un momento, tragando con dificultad—. Nos dijo que no podía dar a luz al niño en Valle, que era un niño *Silvano*, destinado a nacer en el bosque entre los Centinelas.

La brusca inspiración del rey fue suficiente para quebrar la voluntad de Amareth, y la primera lágrima escapó, aunque se la limpió con enfado. Aradan se levantó para traer una jarra de vino, que luego colocó sobre la mesa.

—Nos dijo que lo había pensado mucho, que sentía, en lo profundo de su corazón, que era lo correcto. Una vez que naciera, solo entonces lo llevaría por el Último Camino hacia la seguridad. Nunca explicó por qué, Thargodén, pero fue categórica. El niño debía nacer en Ea Uaré.

—Toma —dijo Aradan suavemente mientras le acercaba una copa de vino. Girando hacia Thargodén, notó su turbación, la conmoción que sentía.

—Después de todo el escándalo, y luego su inminente maternidad, se alejó de la aldea y encontró un lugar que nadie más encontraría jamás, pues su conexión con la naturaleza era inusualmente fuerte... esto lo sabíais, por supuesto. Se ocultó, y yo, junto con Erthoron, atendimos sus necesidades, proveyéndola en su

exilio autoimpuesto. No deseaba compañía, solo silencio y la compañía de los árboles.

—¿Por qué no vinisteis a mí en busca de ayuda? —murmuró el rey.

—Ella lo prohibió. No quiso contarte su decisión de desafiar tu voluntad, no quiso prolongar tu sufrimiento con su presencia en Bel'arán. Pensó que quizás habías encontrado cierta paz con tu plan de que ella se marchara, que te consolaría saber que estaba viva al otro lado, y que compartíais un hijo... que podrías aferrarte a la promesa de volver a verlos en el segundo mundo de Naz'arán.

—Deberías habérmelo dicho —susurró él.

—No podía. No era mi decisión, Thargodén.

El silencio acogió sus palabras, así que continuó, el suave vino proporcionándole un mínimo de consuelo.

—Y entonces, nació el niño, y cuando abrió los ojos y miró al mundo por primera vez, no fue a su madre a quien buscó, sino al árbol que los cobijaba. Extendió sus diminutas manos, como si quisiera agarrar la corteza, y entonces *sonrió*, Thargodén, con unos impresionantes ojos verdes que brillaban con tal alegría que no habría creído posible en un recién nacido. Lássira lloró de amor, y Erthoron y yo observamos asombrados. Supimos entonces que era especial...

—¿Qué quieres decir? —preguntó el consejero.

—Aradan, cuando lo veas, lo entenderás. —Sonrió entonces mientras los pensamientos de Fel'annár llenaban su mente—. Jamás ha existido un niño más hermoso —comenzó, con la mirada perdida —. Cuando creció y se convirtió en un joven adulto, era simplemente impresionante contemplarlo, pero son sus ojos, Thargodén. Sus ojos son los del bosque. Son los ojos de Lássira. —Amareth bajó entonces la mirada, su amplia sonrisa persistiendo un rato hasta que se desvaneció junto con los recuerdos.

—Hay algo más —dedujo Thargodén, su mirada clavada en Amareth.

—Sí. Thargodén, cuando lo veas, si así lo deseas —matizó—, verás a tu padre mirándote. Es Or'Talán en todo excepto en sus ojos.

Amareth había pensado que se alegraría, pues Thargodén había venerado a su padre, había sido un príncipe leal hasta su propia perdición, pero no había forma de confundir el resentimiento que veía en la cara del rey. Su hijo era la viva imagen de Or'Talán, el elfo que le había negado la felicidad junto a Lássira; era una cruel ironía de la naturaleza.

—Espera —comenzó Aradan—. Antes de continuar con esa parte de la historia, cuéntanos el destino de Lássira. ¿Se desvaneció, entonces, después de que naciera el niño?

Amareth lo miró con tristeza, pero pronto se transformó en ira y su mandíbula se tensó con furia reprimida. —No —dijo, con voz demasiado alta.

Thargodén se levantó en un remolino de túnicas y la miró con recelo.

Reuniendo fuerzas, ella también se levantó hasta quedar rígida frente a él, con ojos ardientes y desafiantes. —Fue *asesinada...*



"...*fue asesinada*..."

Thargodén se incorporó de golpe, su cabello plateado revoloteando alrededor de su cabeza, con gotas de sudor perlando su pálida frente, los ojos abiertos y desorbitados.

—Lássira —susurró, antes de pasarse una mano por el pecho y bajar las piernas al suelo. Aún estaba oscuro cuando se acercó a los ventanales, y la vista más allá era impresionante bajo la luna llena, cuyo hálito azulado iluminaba los gigantescos árboles del Bosque Perenne.

"... *una sola hoja a través del corazón*..."

Su aliento empañó la ventana mientras su mano acariciaba el cristal, como si quisiera atravesarlo, trascender la barrera que lo separaba de la naturaleza salvaje que había más allá, alejarse de su propia realidad.

"... *el niño no pudo ser encontrado. Pensamos que había muerto hasta que dos semanas después, apareció inexplicablemente en el*

abrazo protector de los árboles..."

—¿Cómo pudo ser? —murmuró el rey.

"*Thargodén. Amareth tiene razón, hay un traidor entre nosotros.*"

—Un traidor, sí... y cuando lo encuentre, cuando pueda demostrarlo... —Thargodén se apartó de la ventana, con una expresión de tal determinación en su rostro que pareció casi transformar sus hermosas facciones en piedra, absorbiendo la vida de ellas, dejándolas grises y sombrías. Era el rostro de alguien que busca una sangrienta retribución. Band'orán seguramente estaba detrás de todo, aunque dudaba que Lássira hubiera muerto por su mano.

Sus pensamientos se dirigieron hacia su hijo Silvano.

"... *cuando lo veas, si ese es tu deseo, lo entenderás...*"

Sus facciones Alpinas se suavizaron y los ojos gris hielo se oscurecieron hasta un azul medianoche.

"*... jamás ha existido un niño más hermoso...*"

Thargodén sonrió entonces, porque la madre había sido incomparable en su belleza, especialmente sus legendarios ojos verdes. Bajó la mirada hacia la esmeralda sin pulir en su mano derecha.

"... *fue asesinada...*"

Sus ojos se cerraron lentamente, como para proteger a cualquiera que los viera, resguardarles del dolor cortante y ardiente de su alma. Sabía que ella había muerto, pero ahora se veía atormentado por el dolor de su sufrimiento, sabiendo que había sido perseguida y luego ejecutada, todo por amor hacia él.



Los sueños y reflexiones de Thargodén de la noche anterior aún flotaban en su mente, pero no podía permitir que le afectaran, no ahora cuando su heredero estaba a punto de llegar. Necesitaba toda su determinación para herir deliberadamente a su hijo, y Thargodén sabía que eso era lo que haría falta para recuperar el control sobre su príncipe heredero. Rinon era tan obstinado como lo había sido su

propio padre, peor aún porque su ira alimentaba su desdén. Thargodén lo había presenciado muchas veces y no había tenido la fuerza para enfrentarlo, para abordarlo... hasta ahora.

Rinon de Ea Uaré relataría su viaje a las aldeas orientales, y entonces, Thargodén le hablaría de su hermano, su *medio* hermano.

El resultado de su inminente encuentro no era un misterio para el rey, sin embargo, había una tempestad clamando a sus puertas. Thargodén necesitaba a Rinon a su lado, de su lado para poder reunir a su gente y deshacer el daño que su tío había causado durante su propia y prolongada ausencia. Necesitaba alejar a Rinon de la influencia tóxica y la sutil manipulación de Band'orán. Necesitaba mostrarle a su hijo mayor que pisoteando a los Silvanos y su amado bosque, los Alpinos nunca conseguirían su confianza ni su amor.

El consejero Aradan había querido quedarse, pero Thargodén había sido inflexible. Esta tarea no sería fácil para él ni para Rinon, y el rey no deseaba humillar a su hijo, por mucho que tuviera que demostrarle que su comportamiento ya no sería tolerado. Aun así, el amigo y consejero más cercano del rey había insistido en permanecer cerca, y el rey no había podido disuadirlo.

Un seco golpe en la puerta anunció la llegada de su hijo. Entró en la sala con paso firme, la capa arremolinándose alrededor de sus pantorrillas y su mano descansando sobre el pomo de su espada. Era frío y feroz, imponente, y Thargodén se sintió momentáneamente impresionado, orgulloso, y luego avergonzado por no haberse dado cuenta antes.

—Rinon —saludó el rey con un asentimiento. El príncipe heredero hizo una reverencia y luego permaneció en silencio, sin palabras, sin alegría por estar en presencia de su padre, así que Thargodén comenzó con su estrategia.

—Informa.

No fue un hijo quien respondió al rey sino un capitán, frío y distante. Rinon habló de sus viajes, de la gente que había visto, de las quejas y peticiones que había recibido. Habló de cómo había manejado todo y del aburrimiento que había soportado, y cuando terminó, volvió a quedarse en silencio, con los ojos fijos en las

ventanas detrás de su padre, como si no deseara otra cosa que ser despedido.

Thargodén lo observó durante un rato, alargando el silencio, conociendo el efecto que esto tendría en su hijo demasiado confiado, un príncipe heredero tan acostumbrado al silencio derrotado de su padre que había perdido la capacidad de observar. Daba por sentada la ausencia de su padre.

—Deberías estar en el campo, comandando tu patrulla.

—Sí —dijo Rinon, sus ojos momentáneamente enfocados en su padre y deteniéndose un momento antes de volver hacia las ventanas.

—Has sido injustamente enviado a una misión insignificante que otro podría haber hecho igualmente bien. —Thargodén observaba a su hijo mientras este miraba hacia el Bosque Perenne—. Fuiste enviado lejos por una razón, porque no pudimos *confiar* en ti.

Los ojos de Rinon se clavaron en su padre, frunciendo profundamente el ceño. Thargodén había tocado una fibra sensible.

—Fuiste enviado lejos porque no puedes controlar tu temperamento, no puedes controlar tu *ira*.

—Yo...

—Silencio —dijo Thargodén suavemente con un gesto de su mano, observando cómo Rinon se estremecía como si la orden le hubiera sido gritada a la cara.

—Han ocurrido muchas cosas en tu ausencia, príncipe, cosas que han cambiado —continuó mientras le observaba, su confusión clara. Rinon nunca había sido capaz de ocultar sus emociones.

—Se acabaron los días en que un príncipe heredero insulta a su rey, se mofa en la cara de su señor, contradice sus decisiones, susurra en silenciosa colusión con aquellos que buscan desacreditarlo...

—Tú...

—Silencio —dijo una vez más, con un tono de decepción colándose en las frías palabras, y la mandíbula de Rinon se tensó. La ira comenzaba a apoderarse de él, como siempre ocurría con su hijo mayor. Thargodén lo había anticipado.

—Te enviamos lejos para que no pusieras en peligro esta tierra con tu propia ira egoísta y mal dirigida. Si te hubieras quedado, habrías sido un peligro, y eso no habla bien de tu posición en esta corte, hijo mío.

No hubo respuesta, y esta vez, Thargodén detectó una chispa de miedo detrás de los fríos ojos grises de su hijo. Ahí estaba lo que había estado buscando; Rinon finalmente comenzaba a darse cuenta de la importancia del momento, comprendiendo que no podría zafarse con unas cuantas palabras de desdén.

—Pase lo que pase ahora, Rinon, te comportarás como corresponde a un príncipe heredero, con silenciosa dignidad y respeto por tu rey: sin sarcasmo, sin odio, solo disciplina, ¿se entiende? —preguntó Thargodén suavemente, con ojos serenos clavados en el rostro de su hijo, haciéndole comprender la importancia de sus palabras.

—Sí, mi rey —fue la respuesta seca.

—Los acontecimientos de los que hablo, aquellos con los que no se podía confiar en ti, son cosas que te afectan personalmente, cosas relacionadas con las circunstancias de la partida de tu madre hacia Valle.

Rinon miraba a su padre, su curiosidad venciendo a su ira.

—Tu madre no me dejó, no nos dejó porque yo tuviera una amante, Rinon. Se fue porque yo tenía un alma gemela con quien concebí un hijo.

—*¡¿Qué?!* —Fue un impulso incontrolado que Rinon no pudo reprimir.

—*¡Silencio!* —rugió el rey, con voz más alta y feroz que la de su hijo mientras se colocaba a escasos centímetros de la cara de Rinon, su mirada atravesando la indignación de su hijo, luchando con ella hasta que el fuego quedó contenido. Había un peligroso desafío en los ojos del rey, pero Rinon no era sumiso por naturaleza.

—Lássira era mi alma gemela, aquella con quien me prohibieron casarme. En su lugar, tu madre fue elegida como reina adecuada y el resto ya lo sabes. Alguien —enfatizó el rey—, se aseguró de que la reina se enterara del niño. No pudo perdonarlo, así que me abandonó a mí, a su pueblo y a vosotros, sus hijos.

Rinon miró a su padre, su cara torcida, ojos redondos y brillantes, y su respiración agitada. Thargodén sintió lástima entonces, lástima por la estrategia que la ira incontrolable de su propio hijo le había obligado a adoptar, una ira de la que él mismo era responsable.

—Ahora, puedes hablar —dijo fríamente, preparándose para la diatriba que seguramente vendría.

Sin embargo, cuando Rinon habló, lo hizo en voz baja y monótona, y Thargodén vio una profunda emoción agitándose tras la fachada congelada de su hijo. —¿Pensaste alguna vez en ella? ¿Estabas demasiado absorto en tu amor por esta Lássira, demasiado ciego ante el dolor que infligirías a tus *hijos*?

—No... siempre fui consciente de ello, y aún lo soy. ¿Y tú? ¿Estás *tú* demasiado absorto en tu odio hacia mí como para ver *mi* dolor? ¿Demasiado afligido por la pérdida de tu madre como para ver que era *inevitable*? Perdí al amor de mi vida, lo sacrifiqué porque mi rey me lo pidió para aplacar a los señores Alpinos —*mi propio pueblo*, y por mucho que no lo comprendiera, no podía desobedecerle, igual que no podía desobedecer a mi *corazón*. No tuve elección. No elegí haceros daño a ti ni a nadie. Fue la elección de Or'Talán, una que debo creer que valió la pena el sacrificio —finalizó el rey suavemente.

Pasó un tiempo antes de que Rinon volviera a hablar. —Te quise una vez, Padre —susurró mientras intentaba desesperadamente controlar sus emociones.

Thargodén se colocó frente a él, con sus propios ojos brillantes y el rostro decidido.

—Y yo aún te quiero, hijo mío —dijo el rey con una sonrisa suave, ignorando la punzada de dolor que atravesó su corazón ante las crueles palabras de Rinon—. Puedes marcharte si así lo deseas, pero estás confinado a la fortaleza por hoy. Esta conversación no ha concluido —dijo con un gesto de despedida antes de dar la espalda a su hijo, sabiendo que aquellos fríos ojos grises observaban cada uno de sus movimientos. Thargodén se quedó de pie ante las altas ventanas y esperó hasta oír el roce de finas telas y el tintineo de

metal letal. Finalmente, el suave golpe de las puertas al cerrarse le dijo que Rinon se había ido.

Thargodén cerró los ojos, intentando calmar a su frenético corazón. Era cierto; amaba a Rinon, pero su hijo era demasiado joven para entender, para empatizar con aquel que pensó era la causa de su propia desdicha; demasiado joven para ver a través del velo de su propio sufrimiento y llegar al otro lado, donde otra realidad aguardaba, esperando un momento en el que finalmente pudiera verla y comprenderla. Thargodén no le culparía por ello, por su juventud e inexperiencia. Solo podía esperar y confiar en que su corazón seguía siendo bueno, confiar en que aquellos leales a Band'orán no aprovecharían la debilidad de Rinon para usarla contra todos ellos.

Una mano se posó sobre el cristal coloreado frente a él, la gema en su mano golpeándolo suavemente, obligándole a mirar.

La suerte no era un factor, y Thargodén sabía que necesitaba entender bien la mente de Rinon si quería recuperar a su príncipe heredero, conocer nuevamente el amor de su hijo y cerrar las heridas abiertas y sangrantes que existían entre ellos.



Pasos bruscos resonaron por el corredor, y dos guardias intercambiaron una mirada preocupada antes de retomar sus rígidas e inmóviles posiciones. El roble macizo de la puerta golpeó contra la piedra de la pared, y luego hubo silencio. No duraría mucho.

Rinon se apoyó pesadamente sobre una mesa, con la respiración errática y la mente en completo tumulto.

"*Un niño fue concebido...*"

¿Cómo se atrevía a alejar a su madre, desterrándola en todo menos en palabra, porque qué alternativa le había quedado a ella?

Con un gemido ahogado, la mano de Rinon se cerró alrededor de un jarrón ornamentado y lo lanzó contra la pared, haciéndolo añicos antes de girar y poner sus manos sobre todo lo que había en sus

estanterías, arrancándolo todo, rompiéndolo todo en pedazos tal como su padre había hecho con la vida de Rinon.

Romperlo, romperlo todo, gritaba su mente mientras sus ojos buscaban y sus manos alcanzaban. Destrozar, romper, desgarrarlo todo.

Finalmente, Rinon se sentó con las piernas extendidas ante él, jadeando y sudando, con todo en completo desorden a su alrededor. Quería gritar, rugir su ira a los cielos, y aunque había roto todo lo que podía romperse, aún no era suficiente, y su mandíbula se tensó furiosamente.

¿Cómo pudo haber hecho lo único —lo *único*— que la alejaría; ¿cómo pudo mostrar su devoción de aquella manera más clara e inequívoca a otra, una que no era su mujer? Porque si Rinon sabía algo sobre su madre, era que había amado al rey más allá de toda razón.

Su rostro se endureció hasta convertirse en hielo cincelado y sus ojos parecieron aclararse, las pupilas casi desaparecidas. La ira había invadido su alma.

"*Te quise una vez...*" le había dicho a su padre.

"*Aún te quiero...*" resonaba la respuesta en su mente.

"*Me quieres, pero la alejaste*", gritaba su mente como si su padre pudiera oírle. "*Le alejaste sin decretos, por tus actos. Pero ¿El amor de una madre se ve socavado por el amor que siente por su esposo?*" se preguntaba desesperadamente.

"*Sacrificaste a tu alma gemela, Padre, por amor a tu padre el rey, tanto como sacrificaste la felicidad de tus propios hijos. ¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudo ella?*"

Rinon recogió sus rodillas y las rodeó con sus brazos, y allí apoyó su cabeza y pasó el día, su mente incapaz de liberarse del interminable ciclo de incomprensión. ¿A quién debería culpar por este desastre en que se había convertido su vida? ¿A su padre? ¿A su madre?

Siempre había sido culpa de su padre, maldito sea, y, sin embargo, su madre no había amado lo suficiente a sus hijos para quedarse, a pesar de la infidelidad de Thargodén. Y su padre no había amado lo suficiente a sus hijos para sacrificar su corazón. Su

madre estaba en el segundo mundo de Naz'arán, fuera del alcance de Rinon, pero su padre estaba aquí, vulnerable a los reproches de Rinon.

La semilla de la duda se había abierto camino en su alma, y ya no sabía a quién culpar por su amargura.



A la mañana siguiente, Thargodén se sentaba en silencio mientras bebía su té matutino, con la mirada perdida. Aradan lo observaba, debatiendo si interrumpir o no su momento de contemplación silenciosa. Parecía miserable y, sin embargo, incluso eso, reflexionó el consejero, era una gran mejora en comparación con el bloque de hielo sólido que había sido el rey apenas unas semanas antes.

Por supuesto, sabía el objeto de los pensamientos del rey: Rinon. Había hablado con su hijo mayor y, por cómo se veían las cosas, no había ido bien. No le sorprendió, pues Aradan conocía bien al príncipe heredero bien. Era volátil, un elfo de guerra más que de diplomacia, pero también era devoto, implacable en su deber. Si se combinaban todas estas cualidades, pues el resultado era simplemente... Rinon, concluyó torpemente para sí mismo.

—Entonces fue mal —dijo Aradan en voz baja, con los ojos fijos en el rey mientras bebía.

Thargodén tardó un momento en recomponerse. Enderezando su postura y enfocando la mirada, el rey miró a Aradan.

—Tan bien como esperaba. Al menos —añadió, casi como una ocurrencia tardía—, no he perdido mi capacidad para imponer respeto —terminó con una risa sin humor.

—Está en tu sangre, Thargodén, tienes una habilidad notable, debo decirlo —dijo Aradan. El rey lo había heredado de su padre, esa envidiable capacidad de transmitir emoción a través del discurso y la semiótica. Había visto a Thargodén calmar a humanos enloquecidos con solo un gesto de su mano y una palabra tranquila.

—¿Se mostró muy contrario al muchacho entonces?

—¿Qué? No, bueno, no lo sé, porque la conversación no progresó bien. Nos quedamos atascados en el momento en que la reina se enteró del embarazo de Lássira. No llegamos más lejos —dijo Thargodén, sus ojos perdiendo momentáneamente el foco una vez más mientras recordaba las dolorosas palabras que su hijo había pronunciado.

"*Te quise una vez...*"

—Te culpa a ti de todo, incapaz de culpar a su madre por marcharse. Es más fácil porque tú estás aquí —aventuró Aradan, observando al rey en busca de una reacción a su arriesgado análisis —. No hay satisfacción en culpar a quien está ausente, pues uno no puede disfrutar del dolor infligido.

El rey meditó sobre las palabras de Aradan. —¿Y no tiene razón, Aradan? Tomamos una decisión drástica. Crear un niño que sabíamos que crecería sin padre.

—Cierto, pero no teníamos forma de conocer el destino final de Lássira. Era muy improbable que fuera cazada.

—Improbable, pero no imposible —dijo el rey—. Subestimamos al enemigo interno.

—En efecto, pero ¿cuál era la alternativa, Thargodén? ¿La muerte? Se trata del menor de dos males, ni más ni menos.

—Y sin embargo todos fuimos víctimas, Aradan —reflexionó el rey en voz baja—. No resolvió nada. Lássira no llegó a Valle, el niño creció huérfano, mis hijos se volvieron contra mí por mi infidelidad, y mi reina sufrió por mi engaño, hasta el punto de abandonar a sus propios hijos.

—Bueno —suspiró Aradan—, cuando lo dices así, sí. Pero no teníamos el beneficio de la previsión, Thargodén. Era lo correcto en ese momento. Dadas las mismas circunstancias, mi consejo habría sido idéntico.

La puerta se abrió entonces, y Rinon entró, haciendo una reverencia al rey antes de servirse el té que había sobre una mesa lateral.

—¿Soy libre para abandonar la fortaleza hoy, mi rey? —preguntó el príncipe heredero, con tono cortante.

—No. Tenemos una conversación que terminar.

—No quiero escucharla.

—No te lo pregunté —dijo el rey secamente—. No es una opción, Rinon, sino una obligación.

—No me interesan las vidas de los campesinos Silvanos.

Thargodén se levantó lentamente y se volvió hacia su hijo. —¿Campesinos Silvanos? —preguntó en voz baja, peligrosamente.

—Si prefieres Moradores del Bosque...

—Mírame, Rinon. Te refieres a nuestra gente con desdén. Dime, ¿qué significa ser príncipe heredero? ¿Cuál crees que es tu deber hacia tu tierra?

Rinon se volvió para enfrentar a su padre y habló. —Defenderlos, darles la mejor vida que puedan tener.

—¿Y por "*ellos*", incluyes a los "campesinos Silvanos"?

—Sí, a ellos también.

—Hablas como uno de esos comandantes racistas. Un príncipe no es solo un guerrero sino también un político. Debes aprender que no se trata únicamente de servir en el campo, Rinon. Se trata de amar a la gente de esta tierra, servirles, sacrificarte si es necesario para que todos seamos tan prósperos como podamos ser.

—¿Como te sacrificaste cuando te entregaste al amor de otra mujer?

—Oh sí, exactamente. Verás, amar a esa mujer no fue una elección. Puede que lo entiendas algún día cuando tu corazón fije su mirada en una compañera, a pesar de tu voluntad.

Rinon frunció el ceño, pero para su mérito no interrumpió, así que el rey continuó. —Se me prohibió casarme con ella, pero mi padre comprendía los caprichos del corazón. No podía prohibirme amarla, pues eso nunca estuvo en mis manos. En cambio, me pidió un favor. Tomar una esposa adecuada, y se me permitiría ver a Lássira, discretamente.

Rinon bufó audiblemente. —¿Qué mujer aceptaría tal trato, casarse contigo bajo esos términos?

—Tu madre, Rinon. Tu madre lo hizo.

El Príncipe Heredero apartó la mirada, incapaz de responder. Por fin preguntó: —¿Por qué concebiste un hijo con ella? ¿Para humillar a mi madre? ¿Para obligarla a marcharse, quizás, para que Lássira

pudiera ser finalmente aceptada como tu reina, es eso? —preguntó Rinon enfadado.

Thargodén retrocedió y se forzó a pensar un momento. ¿Era eso? ¿Era *ese* el motivo por el que Rinon estaba tan amargado? ¿Pensaba que su padre había alardeado del embarazo de Lássira para alejar a su madre?

—Nunca fue eso —dijo Thargodén, mostrando a su hijo su preocupación—. Jamás habría hecho algo así, Rinon, te lo prometo. Tu madre era una mujer amorosa, inteligente y noble; tenía mi máximo respeto, hijo, y aún lo tiene.

Rinon apartó la mirada, y por primera vez, Thargodén se permitió sentir una chispa de esperanza, por remota que fuera.

—Era otra la persona responsable de eso. Verás, justo cuando nuestro secreto llegó a oídos de la reina, Lássira fue asesinada.

Rinon se giró de golpe, su cabello volando alrededor de su rostro mientras escrutaba la expresión de su padre.

—*¿Qué?* ¿Estás diciendo que hay un asesino involucrado? ¿La misma persona que le contó a mi madre lo del niño? —preguntó incrédulo.

—Sí, eso es lo que estoy diciendo.

Rinon respiró ruidosamente por la nariz y se volvió hacia la ventana, donde permaneció durante largos minutos.

Thargodén sabía que este era el momento de avanzar, de empujar un poco más, y con un breve asentimiento de Aradan, cogió la taza de té sin tocar y se situó al hombro de su hijo junto a las ventanas, con el Bosque Perenne extendiéndose ante ellos hacia la distancia, hacia el futuro, uno que, quizás, sería definido por este mismo momento. Extendiendo la taza hacia Rinon, espero a que le mirara. Tras un rato de silenciosa contemplación, su mirada bajo al té humeante.

"Tómala, toma la taza; dame este único gesto, hijo mío..." pensó el rey para sí mismo.

Una mano encallecida tomó la taza, con la mirada nuevamente en el rey.

—Me consideras un niño, incapaz de entender las complejidades del gobierno; ignorante ante el sufrimiento de los demás. Crees que

no puedo ver lo que otros hacen, solo lo que mi propia mente percibe —murmuró el príncipe.

Thargodén se sorprendió por un momento, pero esto trataba sobre la honestidad y no mentiría.

—Sí. Eso es lo que pienso —dijo, antes de añadir—: ¿Me equivoco?

—En parte, sí. Conozco mis debilidades, padre, y conozco mis fortalezas. Sé lo que necesito, y lo que no obtuve... de *ti* —dijo.

Thargodén se sorprendió por las palabras perspicaces de su hijo. ¿Realmente había pasado esto por alto? —Habla libremente, Rinon. Dime qué necesitabas que no te proporcioné —le animó, aunque pensaba que ya tenía una idea de lo que su hijo diría.

—Esto —dijo mientras se volvía para enfrentarse directamente a su padre, y Thargodén admiró entonces su fuerza—. Eché de menos esta única conversación. La verdad, de tus labios.

—No eras exactamente abierto a mis explicaciones, Rinon.

—No, pero tengo la excusa de la juventud y la inexperiencia. Tú no.

—No, eso no lo tengo. Pero mi tristeza era similar al duelo, Rinon. No subestimes su poder. Estaba sumergido en las profundidades de mi propia miseria, alimentada por el rechazo de mis hijos. Un círculo interminable que se alimenta de sus propias carencias. Sabía que mi reina estaba a salvo, y pensaba que Lássira también lo estaba. No me desvanecería, pero sí estaba privado de todos los que alguna vez había amado.

—Entonces, ¿por qué ahora, cuando has escuchado que está muerta, por qué no te desvaneces?

—Porque de alguna manera, lo sabía, pero no podía aceptarlo. Algo me decía que no estaba viva, y preferí retirarme del mundo real y sumergirme en una fantasía donde ella seguía con vida.

—Fuiste débil —dijo Rinon categóricamente.

—Si es así como deseas llamarlo, entonces sí, fui débil —concedió.

Rinon estudió a su padre antes de hablar de nuevo, un rasgo que Thargodén nunca antes había visto en su hijo.

—Admiro tu honestidad. Debo reflexionar sobre lo que se ha dicho, mi rey.

—Entonces reflexiona, debes hacerlo, Rinon. Ven a cenar esta noche, aquí, con Aradan y conmigo. Todavía hay mucho que discutir —dijo.

Rinon asintió y se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo a medio camino y se volvió una vez más.

—Por lo que vale, mi señor —dijo—, no desprecio al pueblo Silvano. Mis palabras estaban destinadas a herirte a *ti*, no a ellos.

Thargodén sostuvo la mirada sincera de su hijo y asintió, pero hablar sería reabrir la conversación de nuevo y eso no lo deseaba. No quería estropear lo que se había logrado, así que Rinon se marchó.

A solas ahora con su consejero, Thargodén observó cómo Aradan se acercaba lentamente. Cuanto más se aproximaba, más se ensanchaba su sonrisa. —Es un comienzo, Thargodén. Es un *buen* comienzo.

Solo entonces Thargodén se permitió esbozar una sonrisa. —Sí. Es como si solo ahora estuviera viendo a mi hijo mayor por, en quién se ha convertido. He perdido tanto en mi aislamiento autoimpuesto. Nunca vi cómo había cambiado, cuánto es capaz de entender. Lo he subestimado.

—Sí —dijo Aradan—, igual que él ha hecho contigo.

El rey asintió y luego volvió a mirar por la ventana. —Pensé que lo había perdido a Band'orán, Aradan.

—Igual que yo, Thargodén. Hay esperanza. Todo lo que necesitamos hacer es trabajar en esta nueva dirección. Habla con él, delega en él, *confía* en él. Band'orán es persuasivo, Thargodén. Prometerá a Rinon cosas que percibe que el muchacho necesita, compensará sus carencias, alimentará las brasas de su odio, las atizará hasta que vuelvan a convertirse en llamas. Ten cuidado. El Círculo Interior de Capitanes se está definiendo, y no creo que debamos descansar confiados.



Cuatro señores Alpinos se sentaron juntos, cada uno inmerso en sus pensamientos. Colgados de las paredes a su alrededor, había armaduras exquisitamente forjadas, espadas polvorientas, y picas y banderas descoloridas. También había jarrones ornamentados, platería y candelabros, y en cada esquina se alzaban esculturas de los grandes señores de antaño. Todo ello contaba una historia magnífica, restos orgullosos de un pasado glorioso.

Band'orán, hermano de Or'Talán, primer rey de Ea Uaré, el mejor que jamás conocería. Su hermano había sido fuerte en todos los sentidos. Su corazón nunca había interferido con su deber hacia su pueblo, sus propias emociones siempre habían sido secundarias al amor por su tierra, su gente. Or'Talán había sido el epítome de la fuerza y el liderazgo Alpino, pero en los últimos años de su reinado, les había traicionado a los Silvanos, accediendo a los deseos de los poderosos. Prohibió el matrimonio de su hijo con una mujer Silvana; de hecho, Band'orán había sido el instigador de esa exigencia. Desgraciadamente, Or'Talán había caído en batalla, y en su lugar había llegado su hijo, Thargodén, el sobrino de Band'orán. Ea Uaré lo había recibido bien, pues el pueblo Silvano aceptaba fácilmente a un rey Alpino que se doblegaba ante cada uno de sus caprichos.

El amor de Thargodén por los Silvanos nativos había socavado lenta e inexorablemente la exaltada cultura Alpina de su país nativo, la pureza de su raza, y, sobre todo, el recuerdo de los Alpinos de antaño, aquellos que habían cruzado la montaña. Pronto, la gloria de la patria Alpina dejaría de existir, y en su lugar, aparecería un estado híbrido, ni Alpino ni Silvano, un triste recuerdo de lo que una vez había sido, pisoteado por la ignorancia de los moradores del Bosque Profundo. Esto es lo que se decía a sí mismo; esto es lo que había llegado a creer.

Lord Barathon, hijo de Band'orán, ya no podía soportar el sonido de los dedos de Lord Draugolé golpeando rítmicamente la mesa frente a ellos. Con una mirada fulminante al consejero, Barathon se recostó, pero su mirada seguía fijada en su padre, aquel que creía que debería ser rey.

—Amareth está en la corte. —Era una afirmación innecesaria, pues eran muy conscientes de la presencia de la hermana de Lássira

—. ¿Y bien? ¿Sabemos por qué? —preguntó Barathon.

—Thargodén guarda silencio sobre el asunto —comenzó el consejero Draugolé—. Pero ¿crees que es coincidencia que el rey convoque una cumbre después de todo este tiempo, y que Amareth sea llamada poco después? —preguntó suavemente, y luego se volvió hacia Lord Band'orán—. El rey lo sabe.

—¿Sabe *qué*? —preguntó Barathon con creciente alarma.

—Sabe que la perra Silvana y su engendro están muertos —dijo Draugolé con un gesto de la mano.

Barathon pareció aliviado, pero su frente permanecía profundamente arrugada mientras se volvía hacia su padre, que estaba sentado en las sombras. —¿Por qué no llamó a Amareth antes? ¿Por qué ahora? —preguntó, poniéndose lentamente en pie. Fue Draugolé quien le respondió.

—Y esa es la cuestión, ¿no es así? Amareth sabía de la muerte de Lássira y su hijo, por supuesto. En su momento, le hicimos entender de la necesidad de su silencio, de las consecuencias si perseguía el asunto. Si ha roto su promesa y le ha contado a Thargodén lo que vio, ¿por qué el rey no se ahoga en el dolor?

—Si el rey habla con Amareth ahora, hay una razón para ello. Algo ha ocurrido. ¿Una acusación, tal vez, un dedo que apunta en nuestra dirección? —preguntó Barathon con creciente consternación.

—Por supuesto que hay una razón —dijo Band'orán, con voz baja y extrañamente cautivadora en su tono de barítono. Barathon reprimió un escalofrío, pues a veces su padre le asustaba más de lo que estaba dispuesto a admitir. Observó cómo el aspirante a rey se ponía en pie, elevándose por encima de cualquier otro en la habitación, sus negras vestiduras acentuando su impactante cabello plateado.

—Si Amareth nos hubiera acusado, ya estaríamos encarcelados, incluso muertos. Si le ha contado a Thargodén sobre la muerte de su amante y la de su hijo bastardo, no ha dicho quién lo hizo —. Se giró y caminó hacia la ventana, dando la espalda a sus tres compañeros —. Creo que nos han engañado; nuestro enviado falló en su deber. Creo que el bastardo vive y que el bosque lo ha protegido.

—¿Qué? No puedes hablar en serio. ¿Cómo pudo haberse equivocado tanto? —preguntó Barathon.

—Quizás no fue un error, Barathon. Quizás fue débil, y no pudo matar a un bebé.

—No puedo creerlo. No habría arriesgado tu ira —dijo Barathon, negando con la cabeza ante la mera idea de que alguien desafiara a su padre.

—¿No? —sonrió Band'orán, con los ojos recorriendo el nuevo uniforme de su hijo, el uniforme de capitán, un sirviente real del Círculo Interior. Debería sentir orgullo, pero la sonrisa que le dispensó a Barathon no era amable. Su hijo desvió la mirada.

—Puede que me equivoque, amigos míos, pero no lo creo. Debemos averiguar la verdad, desplegar a todos nuestros aliados, aquí y en el extranjero, y si se confirma que el niño vive, debemos atrapar a este mestizo Silvano antes de que Thargodén pueda encontrarlo, antes de que los Silvanos lo reclamen y lo usen contra nosotros. Debemos estar preparados. Nuestro ejército debe estar preparado.

—Lo estará —llegó una voz desde la esquina de la habitación. Una mano fuerte se posó sobre su peto, plata ricamente tallada brillando en la oscuridad: la armadura del Círculo Interior—. Me aseguraré de ello. Hemos estado esperando demasiado tiempo.



Or'Talán había sido un gobernante extraordinario, y Band'orán nunca había cuestionado la autoridad de su hermano. No hasta que su hijo, Thargodén, se había enamorado y Or'Talán había cometido su mayor error, uno que Band'orán nunca podría perdonar.

Sus ojos vagaron del retrato de su hermano a otro que colgaba de los altos techos de piedra de las cámaras del consejo. Tal belleza, tal luz y encanto brillaba desde sus extraordinarios ojos grises, una mirada que siempre había codiciado. Or'Talán era el único que lo había sabido.

La ira se apoderó momentáneamente de sus rasgos, pero pronto estaba de vuelta su máscara de bienestar y autoridad, su escudo de arrogancia y superioridad.

Túnicas de terciopelo abrazaban el cuerpo de un tío real, un señor consejero, una ilusión para muchos, pues bajo las finas telas yacía el cuerpo tonificado de un guerrero antiguo, un guerrero que ya no servía en el campo pero que no había olvidado su habilidad, su maestría; un guerrero que entrenaba en soledad y silencio. Era su manera de mantener a raya su mente errante, su forma de disciplinarse, de rechazar las extrañas sombras que acechaban en su mente desde que ella se había ido, desde la traición deliberada de su hermano.

Hoy, sin embargo, se reuniría con humanos que habían llegado al puerto más meridional de Pelagia y atravesado las montañas que protegían el mar del bosque. Los había llevado más de dos meses viajar desde Prairie hasta el mar de Pelagia y luego a esta extraña tierra boscosa que él sabía que los cautivaba. Admitiría que el pueblo Silvano presumía de una tierra hermosa, meditó Band'orán, una que ahora pertenecía a los Alpinos, una tierra que pronto sería suya para gobernar, para salvaguardarla contra la dilución de su sangre pura, contra su cultura que se desvanecía lentamente.

Él y Draugolé habían trabajado duro para traer humanos a Ea Uaré; era el fruto de años de conversaciones, promesas y propuestas, y su tenacidad los había llevado ahora a la culminación de su asociación. Band'orán firmaría un acuerdo comercial que consolidaría su poder sobre el Gremio de Mercaderes. Él sería la llave que los humanos deberían usar para comerciar sus bienes, y el guardián de la puerta para que los mercaderes elfos intercambiaran sus propios productos. La intervención real sería superficial: pocos impuestos, sin costes laborales añadidos, solo beneficios. La riqueza era bienvenida, por supuesto, pero era el poder que este acuerdo le otorgaba a Band’orán lo que había puesto este plan en marcha. Los mercaderes Alpinos y Silvanos, poderosos señores, secundarían a Band'orán en sus reivindicaciones políticas, porque no hacerlo sería su propia caída, el fin de un acuerdo comercial beneficioso en teoría y el negocio más lucrativo que el bosque hubiera visto jamás en la

práctica. Todo lo que Band'orán tenía que hacer era mantener la veracidad del acuerdo oficial, algo bastante fácil, pues durante el reinado de Or'Talán, Band'orán había sido su embajador extranjero. Sabía bien cómo cerrar un acuerdo comercial y luego otro, bajo la superficie, fuera de la vista del público. Solo entonces, mañana si todo iba bien, tendría la influencia, los números necesarios para implementar su plan y restaurar esta tierra a lo que una vez fue: tierras Alpinas, señores ricos y prósperos, y mano de obra dispuesta. Todo lo que quedaba era comenzar su ataque final contra un monarca fallido, reunir a sus seguidores y asociados, y tomar el trono para sí mismo. Si no se adherían a sus puntos de vista éticos sobre la superioridad de los Alpinos, *sí* se adherirían a la promesa de riqueza.

Sonrió. Era el curso natural de las cosas. Los poderosos comandando a los débiles, los ricos guiando a los pobres, y a cambio, los señores Alpinos defenderían la tierra. Era un trato justo, se dijo, uno que pronto se convertiría en realidad. Había reuniones que organizar, bienes que mostrar, acuerdos que cerrar, y a través de todo ello, mientras el rey y la tierra se felicitaban por un acuerdo que abriría nuevas rutas comerciales, Band'orán se reiría de su ingenuidad, su ignorancia, cosechando el fruto de su aguda mente, alimentando a los mercaderes a cambio de su apoyo en su ascensión al trono.

¿Impedimentos?, se preguntó con una lenta sonrisa; no por mucho tiempo. Si su teoría era correcta, si el bastardo vivía, aun así, no importaba. ¿Qué podría hacer un muchacho contra un ejército de nobles leales? Nada. Si, de hecho, respiraba, Band'orán lo encontraría antes que Thargodén. De una forma u otra, su camino pronto estaría despejado y sonrió de nuevo mientras volvía al retrato. La mujer le sonreía, pero donde antes solo había visto amor en sus ojos, ahora pensaba que era lástima lo que brillaba allí. Su sonrisa vaciló, pues las sombras habían regresado.

Alisando una mano sobre su túnica, se dio la vuelta y se alejó a grandes pasos.

CAPÍTULO 8

La Compañía

"La Compañía fue bautizada incluso antes del advenimiento de su condición guerrera. Era una unión de almas unidas en la adversidad, trascendiendo la infancia, abrazando la edad adulta como hermanos. Su destreza, lealtad, claridad de propósito y sacrificio marcarían los cimientos de una patrulla legendaria. Sin embargo, era la chispa tras sus miradas lo que hablaba de comprensión, que ser guerrero trataba del amor al rey y a la tierra, amor por su pueblo, amor por el don del amor."

Las Crónicas Silvanas, Libro IV. Marhené.

~

Handir avanzó por el pasillo central de la Sala de Sanación, con los pasos de Lainon casi silenciosos tras él. Se detuvo justo fuera del grupo de sanadores que estaban inclinados sobre los guerreros heridos, y Handir se tomó un momento para observar. Vio tres pares de botas, un brazo laxo y mechones castaños. Guerreros de Ea Uaré, aquellos que se habían quedado atrás para protegerle a *él*. Sus ojos se llenaron de lágrimas que no permitiría derramar.

—Sanador —llamó.

—Ahora no, mi señor —llegó la irritada respuesta; de hecho, el maestro sanador de Tar'eastór ni siquiera se giró hacia el príncipe.

—Dime al menos cuántos han regresado.

Aranè frunció el ceño y luego volvió la cabeza hacia el príncipe, incluso mientras trabajaba. —Ocho, mi señor.

El número resonó en los oídos de Handir, pero la mano de Lainon sobre su hombro le ancló, y seguía buscando. Había visto a Pan'assár, inconsciente pero vivo, pero hasta ahora no había señal de los mechones plateados de Fel'annár. Se volvió hacia Lainon y se sobresaltó, porque la cara del Ari'atór estaba muy cerca, y en sus ojos azules había emociones profundas, la misma preocupación que el mismo sentía. Handir apenas conocía a Fel'annár, pero Lainon estaba muy cerca de él.

Handir volvió a girarse hacia Aranè, observando cómo cortaba la manga de un guerrero herido; a su lado, el propio príncipe Sontúr estaba atendiendo a otro guerrero con una pierna claramente rota.

—¿No hay más? ¿Algún guerrero ileso?

—En el área de recuperación, príncipe. No los llamaría *ilesos*, pero no requieren asistencia inmediata —ofreció Sontúr mientras trabajaba.

Con un asentimiento que ni Aranè ni Sontúr vieron, Handir y Lainon se dirigieron al área de asientos por la que habían pasado al entrar, pero seguía sin haber cabello plateado, solo castaño y rubio. La mandíbula de Handir se tensó mientras se acercaba al Teniente Galadan y otros dos guerreros. Estaban sentados en sillones bajos y acolchados, con los rostros vueltos hacia el fuego rugiente ante ellos. Un guerrero Silvano miraba fijamente las llamas anaranjadas, con la mirada ausente a pesar de la presencia de Handir; quizás estaba dormido, al igual que un guerrero Alpino a su lado. Galadan, sin embargo, estaba despierto, pues había un leve temblor en sus brazos y manos.

Handir puso una mano en su hombro, haciendo que el teniente se sobresaltara. Hizo ademán de ponerse de pie, pero Handir negó con la cabeza y, en su lugar, se agachó. —¿Qué ocurrió, teniente?

Galadan levantó una mano temblorosa y se la pasó por su cabello desordenado. —La batalla fue coordinada, creo —dijo suavemente,

como si todavía estuviera tratando de aclarar las implicaciones en su propia mente confusa. Por el rabillo del ojo, Handir registró la llegada del comandante Gor'sadén, quien se paró silenciosamente junto a ellos, escuchando el informe inicial algo entrecortado de Galadan.

—¿Dices que fue un ataque planeado?

—Quizás, mi señor. Perdonadme, yo...

—No hay nada que perdonar, teniente. Pero continúa.

—Perdimos la mayor parte de la escolta entonces, en dos frentes de batalla. El comandante Pan'assár quedó incapacitado y los que estábamos en condiciones hicimos lo que pudimos para poner a salvo al resto. —Su voz era plana y suave, pero lo suficientemente alta para que todos ellos lo escucharan.

—¿Vosotros tres trajisteis a los heridos? —preguntó Handir, con la piel hormigueándole dolorosamente ante las implicaciones.

—Cuatro, mi príncipe, éramos cuatro.

Handir cerró sus ojos. —Se perdió...

—*No*, mi príncipe. No, no se perdió. Se quedó atrás. Era la única forma...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gor'sadén, dando un paso adelante con preocupación.

—Para protegernos, se quedó atrás para escudarnos del ataque. Vuestros guerreros le buscan incluso ahora.

—¿Quién es el elfo desaparecido, Galadan? —dijo Handir, dominando despiadadamente sus emociones.

—Fel'annár, el *Silvano*, está desaparecido —murmuró Galadan.

Handir le miró atónito, como si alguien le hubiera golpeado. Fue Lainon quien dio un paso adelante ahora, con un fuego azul ardiendo en sus ojos.

—¿Galadan? —le instó Lainon, su voz cortante sobresaltándolos.

—Era la única forma, teniente. Un Ari'atór le busca mientras hablamos.

Gor'sadén los observó, vio la furia en los ojos de Lainon y la mirada tranquila de un teniente que sabía que su decisión había sido la correcta.

Fue cuando el comandante volvió a mirar a los ojos del príncipe Handir que se dio cuenta del significado del momento, porque lo que vio allí no era preocupación por el destino de un guerrero. Era *miedo*, el mismo miedo que brillaba en los ojos de Lainon.



Galadan despertó, desorientado y tan rígido como un junco en pleno invierno. Se estiró mientras observaba su entorno en la tímida luz de la mañana. Había dormido toda la noche en el área de recuperación de la Casa de Sanación; de hecho, Galdith apenas comenzaban a moverse a su lado.

Poniéndose de pie, enderezó su arrugado uniforme, preguntándose dónde estarían sus armas, pero se distrajo por un alboroto en la entrada de la sala. Silor, ya de pie, y con una sonrisa poco característica, hizo una reverencia a un señor finamente ataviado que se acercó. El señor le miró, sus ojos recorriendo el cabello despeinado y el uniforme arrugado.

—Teniente Galadan —llamó Silor mientras regresaba a su oficial al mando—. Mi señor padre ha venido a buscarme. Podéis encontrarme en la casa de Sulén si me necesitáis —dijo con confianza, pero su suave sonrisa se deslizó cuando Galadan no respondió, sino que simplemente le miró.

—Silor, debes quedarte hasta que el comandante Pan'assár te dé permiso. Sigues en servicio activo.

—Señor, Lord Pan'assár puede estar incapacitado durante días...

—Entonces estarás de servicio durante días, guerrero.

—Yo, Lord Sulén, requiero la presencia de mi hijo, teniente —dijo su padre, como si Galadan simplemente no hubiera entendido.

—El comandante del rey Thargodén requiere su presencia, mi señor. No es libre de irse, estando como estamos en el extranjero.

—Si Lord Pan'assár estuviera aquí, os reprendería por vuestra falta de consideración, teniente.

—Lord Pan'assár no está aquí, mi señor. Usted, como señor Alpino, estáis más que familiarizado con el protocolo militar. Me

sorprende que sugirierais que nuestro comandante general rompería ese protocolo.

Sulén dio un paso adelante. Galadan podía ver a Silor en el rostro duro y anguloso de su frío padre. Podía ver el mismo desprecio, la misma falta de empatía por aquellos que consideraba por debajo de su rango. —Lord Pan'assár sabrá de esto, al igual que Lord Gor'sadén. ¿Quién sois vos para contradecir la voluntad de un señor?

—Silor está bajo mando *militar*, mi señor, un guerrero de Ea Uaré, no de Tar'eastór. Si os lleváis a mi guerrero ahora, informaré personalmente a Lord Pan'assár de su insubordinación.

—Pero eso es lo que ibas a hacer de todos modos, ¿no es así, Galadan? —dijo Silor furioso—. Ibas a contar tus mentiras, acusarme de mala práctica cuando eres *tú* quien no logró mantener a salvo a nuestros guerreros.

—Si realmente crees eso, Silor, quizás sea en el mejor interés de este ejército que cruces esa puerta —dijo Galadan, con el atisbo de una sonrisa curvando su boca hacia arriba.

Silor pareció confundido por un momento, pero una suave mano se posó en su antebrazo, la silenciosa orden de su padre para marcharse.

—La osadía... —escupió Galdith a su lado una vez que se habían ido.

—No tiene remedio, Galdith. Está demasiado lejos, demasiado atrapado en sus costumbres señoriales para ver a través de su propia estupidez.

Galdith no respondió, pero Galadan pensó que quería hacerlo, y sus ojos se dirigieron una vez más a la Piedra de Honor que descansaba impertinente y rebelde en su cabello castaño rojizo.



El rey Vorn'asté se sentó ante su escritorio en su estudio privado. Estanterías del suelo al techo cubrían las paredes de piedra, libros apilados tan alto como podía ver el ojo, torres coloridas de sabiduría y capricho.

El Consejero Jefe Damiel estaba hojeando un tratado sobre protocolos comerciales. Se rio entre dientes de algo que leyó, habría reído a carcajada suelta si el rey no hubiera hablado.

—Damiel, únete a nosotros —dijo, señalando hacia el hogar y luego asintiendo al recién llegado Gor'sadén y al segundo hijo del rey, el príncipe Sontúr.

—¿Qué noticias? —preguntó el Vorn'asté.

—Bueno, en cuanto a la escolta de Handir, todos parecen estar recuperándose satisfactoriamente, excepto uno: Osír. Su destino aún es desconocido —dijo Sontúr mientras se sentaba pesadamente junto a su padre.

—¿Eres sanador hoy, hijo mío?

—Por hoy, padre. Mañana, ¿quién sabe? —dijo con un gesto de su mano, sabiendo que, si mirara, su padre estaría mirándole con desaprobación por su incapacidad para elegir su camino. No era que el rey criticara su vocación como guerrero o como sanador, pero a menudo le había dicho a su hijo que un príncipe debe definirse a sí mismo. Su hermano mayor, Torhén, era un estadista, y se había asumido que Sontúr sería el guerrero; era lo que la gente esperaba de él, y aunque su padre era sabio en los caminos de la filosofía, era rey. Había que llegar a un compromiso entre lo que era racionalmente correcto y lo que se esperaba de un gobernante.

—Handir y su guardia huyeron de la batalla antes de que comenzara, como sabemos —comenzó Gor'sadén—. Hasta ahora, el teniente Galadan ha dado un informe preliminar. Sin embargo, tengo un informe completo de Lord Sulén.

—¿Sulén? ¿Cómo lo sabe *él*? —preguntó Sontúr, frunciendo el ceño.

—Vino a visitarme con su hijo, Silor, que era teniente en formación bajo Galadan.

—¿Y por qué este... Silor te visitaría con su noble padre? Sulén no es guerrero —dijo el rey.

—Me visitaron para presentar una *queja* —dijo Gor'sadén arqueando una ceja—. Silor afirma que Galadan está tratando de poner la responsabilidad del ataque sobre sus hombros y así exonerarse a sí mismo a los ojos de Pan'assár. Afirma que Galadan

emitirá un informe desfavorable sobre su persona al comandante general y está inventando deliberadamente historias de mala conducta para desacreditarlo, obstaculizando su progreso hacia el Círculo Interior de Capitanes.

—Ya veo —murmuró Vorn'asté—. ¿Y cuál es tu opinión sobre el asunto, Gor'sadén?

—El elfo es un necio. Piensa convencerme de la inocencia de su hijo para que pueda influir favorablemente en los pensamientos de Pan'assár. Es sin duda un político —dijo intencionadamente mientras sus ojos se posaban en Damiel, quien le devolvió el ceño fruncido.

—Sin embargo, Silor no mencionó a este guerrero desaparecido, Fel'annár. Tal acto de valentía no debería pasar sin reconocimiento; de hecho, según Galadan, puede haber sido la razón por la que el grupo no fue atacado antes de que pudiéramos encontrarlos. Silor no habla de esto. También afirma que la escolta fue atacada desde el oeste por una poderosa hueste, una tan grande que parece que un número de Desviados logró rodear la batalla principal y penetrar desde el este, tomando a Galadan por sorpresa. No coincide con el informe de Galadan de *dos* puntos de ataque.

—Alguien está mintiendo —resopló Sontúr.

—Estoy de acuerdo —dijo Gor'sadén—. Solo podemos esperar a que Pan'assár deje su lecho y a que la teniente Tensári regrese, con o sin el último guerrero. Necesitamos ese informe para establecer los movimientos del enemigo, pero también para aclarar la queja de Sulén. Pan'assár debe ocuparse de las mezquinas disputas de sus guerreros.

—Nada de lo que hace Sulén es mezquino. Apenas necesito recordarte, mi rey, de sus lazos familiares. No querrás que te haga la vida más difícil de lo que ya es —aconsejó Damiel.

El rey esbozó una sonrisa agria, y Gor'sadén bufó.

—Y tú, Damiel. Tienes un príncipe discípulo que conocer.

—Así es. Le daría al muchacho algo de tiempo para organizar a su gente antes de que comencemos con su tutoría. ¿Le conociste, Gor'sadén?

—Le vi, sí. Se parece a su padre. Será interesante ver cuánto de Or'Talán hay en él.

Vorn'asté y Damiel cruzaron miradas por un momento. El segundo hijo de Thargodén, nieto de Or'Talán, seguramente nunca podría estar a la altura de las expectativas de Gor'sadén en lo que a Or'Talán se refiere.

Nadie podría.



La Compañía no sabía mucho sobre Tar'eastór, pero habían aprendido una cosa en sus últimos dos días en cama: la música siempre parecía sonar, e incluso ahora, resonaba por los pasillos y bailaba en las paredes de piedra, llegando incluso a los confines de la Casa de Sanación. Mientras el suave sonido de las cuerdas y las dulces voces daban la bienvenida a los cielos que oscurecían, se encendían hogueras y velas, enviando sombras a inquietarse sobre las intrincadas tallas en las paredes. Las habitaciones eran cálidas y acogedoras, piedra y madera decoradas con telas lujosas; el olor omnipresente de hierbas y tinturas impregnaba el aire. No había puertas aquí, pero, aun así, había un mínimo de privacidad.

Habían pasado casi dos días desde su llegada, y las secuelas de la batalla les habían dejado callados y pensativos, pero también enojados. La pérdida de tantos guerreros, de Dorainen y ahora quizás incluso de Osír, era un golpe amargo, incluso para Ea Uaré, un golpe que nunca debería haber ocurrido.

La comida había sido traída en bandejas, e Idernon observaba cómo La Compañía la movía alrededor de sus platos. Él mismo había rechazado comer; no podía tragar nada ahora, no mientras Fel'annár seguía fuera en la nieve y Osír yacía en la frontera del Valle. El clima había pasado de malo a mucho peor, y el tiempo era su peor enemigo. Cada hora que pasaba hacía más delgadas las posibilidades de supervivencia de Fel'annár.

Se habían reunido alrededor de la cama de Carodel. El Guerrero Bardo se sentaba algo incómodamente sobre las sábanas, con su pierna entablillada sobresaliendo ante él. Su lira se había perdido, pisoteada por algún Desviado sin duda. Ramien se sentaba al otro

lado, con los brazos cruzados y la mirada perdida, mientras Galdith se balanceaba de un lado a otro en una silla, sin darse cuenta de la irritación en el rostro de Lainon por el incesante crujido de la madera vieja. Había algo extraño en Lainon, pero hasta ahora, Idernon no había podido decir qué era.

—He preguntado a Galdith si se uniría a La Compañía —dijo Idernon, casi como si hablara consigo mismo, pues sus ojos no se posaron en nadie.

—¿Y qué respondió? —preguntó Ramien suavemente, como si Galdith no estuviera allí con ellos.

—Preguntó qué era, qué es La Compañía.

—Ah —dijo Carodel algo teatralmente—. Ahí *sí* hay una historia —dijo con una suave sonrisa. Durante su servicio como novicio junto con Ramien e Idernon, Carodel había escuchado todas las historias, las había imaginado en su mente y luego, había añadido un poco de drama propio, como cualquier bardo Silvano haría, pero la esencia de sus historias había impregnado su alma, había encajado en su mente; había escuchado sus palabras y sentido las emociones detrás de ellas como si fueran suyas.

—No soy el más veterano de ellos, valientes guerreros —dijo Carodel con una sonrisa cada vez más amplia—. Ramien, Idernon y Fel'annár de Lan Taria fundaron esa venerable institución, ¡una a la que me enorgullece pertenecer! —dijo travieso, con sus ojos moviéndose de un guerrero a otro, atrayéndolos. Galdith observaba con una sonrisa divertida y luego se recostó contra su silla, permitiendo que su preocupación por Osír se desvaneciera por un momento.

Carodel les transportó a todos, lejos de la terrible espera hacia Lan Taria y el Bosque Profundo. Se transformó mientras contaba la historia de la infancia en las más profundas de las tierras Silvanas de Ea Uaré. Habló de una amistad que no se rompería, una promesa de proteger y respetar, un destino compartido de servicio y obediencia. Contó anécdotas que les hicieron reír, dificultades que fueron compartidas, cargas que se aligeraron por la simple presencia de otro, y habló de hermandad más allá de los límites de la sangre. Solo la mitad de todo ello realmente ocurrió, pero todo era verdad en

esencia, y para cuando terminó y la noche estaba oscura, Galdith se sentó mirando a los cuatro guerreros con una suave sonrisa.

—¿Por qué me queréis a *mí*? No he hecho nada para merecerlo; no me conocéis en absoluto —dijo Galdith, con la mirada moviéndose de Carodel a Idernon, Ramien y luego Lainon. Idernon se inclinó hacia adelante y colocó su libro cuidadosamente sobre la cama.

—Nos trajiste de vuelta, a través de dificultades físicas y mentales. No vacilaste. Veo la misma fuerza en ti que veo en el teniente Galadan —añadió, girando la cabeza solo a medias hacia donde sabía que el teniente estaba sentado—. Pero no es solo por tus méritos que te abrimos los brazos, Galdith; es tu *corazón*. Tú ves en Fel'annár lo que nosotros vemos. Ves esperanza para tu pueblo y para ti mismo.

La atención de Galdith se desvió de La Compañía hacia el elfo con quien había compartido dificultades, un elfo con quien sentía afinidad, uno que le devolvía la mirada ahora desde justo fuera de su círculo, como si entendiera exactamente lo que Galdith estaba pensando.

Galdith levantó una mano y se pasó distraídamente los dedos por una de sus piedras de honor. —Sí lo veo —dijo Galdith algo aturdido —. No puedo explicarlo. No tengo idea de por qué debería sentir lo que siento por un guerrero tan joven e inexperto. He estado demasiado tiempo en el campo, he visto demasiadas cosas. Mi corazón estaba entumecido, mi mente deliberadamente cerrada para que sus fantasmas no escaparan. Y entonces estuvo Sen'uár. Lo perdí todo, y, sin embargo, de esa misma batalla, la esperanza me ha encontrado por pura casualidad.

La Compañía sonrió, pero guardó silencio, presintiendo que Galdith no había terminado.

—Sería un honor para mí unirme a vosotros entonces ¿si estáis todos de acuerdo? —preguntó Galdith tentativamente.

Sonrieron, incluso Lainon, y Galdith se permitió un momento de alegría por primera vez esa noche, alegría que solo se vio ligeramente empañada cuando Galadan pasó junto a ellos,

dedicándoles a todos un seco asentimiento antes de dirigirse al hogar más alejado.

—Ahí va un teniente Alpino al que respeto profundamente —dijo Galdith—. Me gustaría hablaros de él, si me lo permitís, cuando estemos todos juntos. Sabéis —dijo, inclinándose hacia delante—, Galadan también vio algo en él. Aquella noche cuando los sabuesos de la montaña comenzaron a cazarnos. Fel'annár estaba sentado sobre su caballo, y era toda una visión, hermanos. Un guerrero Silvano, uno con los árboles, pues los mechones de su cabello parecían congelados y su rostro estaba manchado de arcilla, como raíces vivas, los ojos ardiendo con una magia que no comprendo, y cuando se disponía a marcharse, Galadan le llamó. Dudé por su tono, me volví para observar a nuestro teniente porque había algo en su voz que era poco característico: *emoción*.

—¿Qué dijo? —preguntó Idernon, con los ojos brillantes en la penumbra.

—Dijo: «*ve con cuidado, mi príncipe*».

Un silencio siguió a la revelación, y los ojos de Lainon se ensancharon solo ligeramente, una advertencia que Idernon no tenía intención de ignorar.

—Me gustaría escuchar tu historia, Galdith, de esos dos días de valentía y sacrificio... cuando Fel'annár esté aquí para escucharla —dijo Lainon.

Galdith frunció el ceño y luego asintió, desviando la mirada hacia los otros miembros de La Compañía. Pensó que quizás no debería hablar más, y se volvió entonces al oír el crujido de una tela detrás de él. Allí estaba el Maestro Sanador, y con una sutil inclinación de cabeza, Arané se alejó, y Galdith palideció visiblemente. Levantándose despacio, dirigió una última mirada a La Compañía y le siguió, sin darse cuenta de que La Compañía iba tras él, incluso Carodel, que se apoyaba pesadamente en Ramien.

Galdith había perdido a su esposa, con su hijo infante aferrado a su pecho inmóvil; al menos eso es lo que le habían dicho. Su tía y un primo también habían perecido, y sin embargo algunos habían perdido a sus familias enteras. La Batalla de Sen'uár había sido una masacre previsible, una que Galdith nunca podría perdonar.

Pan'assár se había negado a crear un puesto avanzado porque los Silvanos se negaban a abandonar sus hogares y vivir como los Alpinos. El comandante general no entendía la naturaleza de los Silvanos. Ni siquiera lo *intentaba*.

Y ahora Galdith se enfrentaba a la inminente muerte de Osír. Después de él, solo quedaba Angon, el único que le había conocido de niño, que recordaba a su familia, y de nuevo, los Alpinos y su discriminación eran sin duda los culpables. Si Silor hubiera hecho su trabajo y no hubiera perdido tanto tiempo, si hubiera estado con el grupo occidental y lo hubiera comandado como Galadan había ordenado, quizás Osír estaría vivo; si Pan'assár lo hubiera considerado necesario, un puesto avanzado habría enviado guerreros para defender Sen'uár.

La cama de Osír había sido apartada tras unos biombos, y cuando Galdith entró en el espacio protegido, otro sanador se levantó de la cama y se trasladó a sentarse en un rincón tranquilo. Arané colocó una mano sobre el hombro de Galdith, asintió y luego se unió a su colega.

Una respiración trabajosa rompió el silencio, y Galdith se sentó en la cama. Colocando una mano lenta y cuidadosa sobre el pecho tembloroso de Osír, habló en voz baja.

—Paz, Osír. Pronto tendrás paz.

Otra respiración trabajosa, y Galdith se preguntó si su amigo podía oírle. Lo dudaba; estaría demasiado ocupado concentrándose en su respiración, en el dolor.

—Quizás te vea antes de lo que crees —murmuró Galdith—. Me he unido a La Compañía, ¿ves?

Los ojos de Arané se desviaron hacia los guerreros que permanecían respetuosamente detrás de los biombos, sus ojos normalmente fríos y neutrales ahora cálidos y húmedos.

Una mano temblorosa encontró el antebrazo de Galdith, y los dedos fríos de Osír se apretaron sorprendentemente fuerte a su alrededor.

—Sé lo que dirías, amigo mío —dijo Galdith—. Que busque a Anorí, que se lo diga, que cuide de ella. No necesitas decir las palabras —dijo, parpadeando furiosamente. Si se hubiera dado la

vuelta, habría visto a otros cinco, sin un ojo seco entre ellos excepto Galadan y Lainon, pero el dolor estaba allí de todos modos: por Osír y por Galdith, por otra amistad destrozada, una que los miembros más antiguos de La Compañía entendían tan bien.

—Te echaré de menos, Osír. Echaré de menos tus comentarios idiotas, tu arco a mi lado. Echaré de menos esas noches Silvanas de baile y canción, tu silenciosa fortaleza —susurró, mientras sentía que su antigua vida desaparecía bajo sus pies, tan seguramente como Osír se estaba muriendo.

La mano alrededor de su antebrazo se tensó, con una fuerza férrea de alguien que casi se había ido, pero pronto se aflojó cuando un largo y susurrado aliento abandonó a Osír y con él, lo último de su vida, con los ojos deslizándose hacia donde el sol pronto saldría.

Lo sabía, y sin embargo la incredulidad fue la primera emoción que le asaltó. La ira y el dolor pronto le siguieron, la indignación y la injusticia: era todo lo que Galdith podía sentir, y cuando la mano de Arané apretó su hombro, la apartó de un tirón y se puso de pie, con los ojos ardiendo, el corazón a punto de estallar, ahogándole. Girando sobre sus talones, salió de la habitación a grandes zancadas, bajó por el pasillo y salió de la casa principal, cruzó el patio y se dirigió a los árboles, tan lejos como pudo de Pan'assár, de Silor. Galdith había servido durante muchos años en silencio, ignorando meticulosamente la fría indiferencia y el desdén apenas disimulado de sus comandantes Alpinos: ¿para qué había servido todo? Había perdido a su padre, a su esposa, a su hijo, a su amigo... *Osír*.

La emoción brotó en sus ojos mientras buscaba desesperadamente un lugar de soledad, su mano temblorosa apoyándose en la áspera corteza de un abedul.

Recordó su desesperada huida a Tar'eastór cuando Osír aún estaba vivo. Recordó el frío y la futilidad de sus circunstancias. Recordó una pequeña hoguera y un muchacho de ojos verdes con una sonrisa que nunca olvidaría.

Finalmente estaba solo en el mundo. Casi todos le habían sido arrebatados. No lloraría, sino que lucharía, hasta que él mismo sucumbiera a la crueldad del enemigo; era todo lo que le quedaba.

Más tarde, mientras regresaba lentamente al edificio principal y a la Casa de Curación, fue recibido por La Compañía. Redujo el paso, y la ira se fue desvaneciendo mientras les permitía tirar de sus mangas hasta que estuvo entre ellos. No hubo palabras, ni disculpas inútiles ni miradas de lástima.

Galdith, en su desesperación, se había equivocado. No estaba solo. Tenía un muro de piedra, un sabio amigo, un bardo, un guerrero espiritual y un Escucha medio Silvano si Aria oía sus oraciones; tenía a La Compañía a su lado, y el rostro sonriente de Osír flotó ante los ojos de su mente, su espíritu para siempre parte del alma de Galdith.



El cabello rubio de Pan'assár se derramaba sobre la almohada, enmarcando el rostro inconfundible del hermano jurado de Gor'sadén, uno de los mejores comandantes que había conocido, segundo solo después del propio Or'Talán. Recordaba a Pan'assár como un guerrero prodigioso y respetado líder, orgulloso, pero justo hasta la médula, aunque tenía un temperamento formidable cuando se enfurecía. Si era solo el resultado de sus recientes heridas, Gor'sadén no podía decirlo, pero el tiempo había hecho mella en su amigo. Su rostro seguía siendo el de un elfo inmortal, pero las líneas de expresión parecían más pronunciadas, como si pasara la mayor parte del tiempo frunciendo el ceño. Pero quizás era el dolor, pues Aria sabía que ambos habían sufrido la ausencia de Or'Talán.

Pan'assár había despertado de su prolongada inconsciencia esa misma mañana, y habían disfrutado de un breve reencuentro, tiempo suficiente para una sonrisa cómplice y un apretón de guerreros. Después había sido llevado a las habitaciones de Gor'sadén, lejos de la Casa de Curación que Pan'assár siempre había odiado tanto.

La noche había caído entonces, y, aun así, Gor'sadén esperaba a que se recuperara completamente, para compartir historias del tiempo que habían estado separados.

Después de avivar el fuego, Gor'sadén se volvió hacia Pan'assár solo para encontrarlo sentado y observándole, y sonrió, dirigiéndose a la cama y sentándose. —Bienvenido a Tar'eastór, comandante general —dijo.

Pan'assár sonrió y golpeó a su amigo en el antebrazo. —Tengo un dolor de cabeza terrible, pero me alegra el alma verte de nuevo, hermano.

—¿Cómo están las cosas en el bosque?

La sonrisa de Pan'assár flaqueó. —Tan bien como pueden estar. Comando un ejército de tropas Silvanas que no toleran bien a sus gobernantes Alpinos.

Gor'sadén frunció el ceño. —¿Cuándo cambió eso? Creía que Thargodén era un buen rey.

—Lo era. Pero el dolor es un enemigo poderoso. Deambula como alguien insensible a la vida. Vive, pero sus sentidos están adormecidos ante lo que ocurre a su alrededor. El Consejero Aradan hace lo que puede, pero el Príncipe Heredero Rinon se está volviendo contra él.

—Su relación nunca fue fácil, por lo que parece —dijo Gor'sadén, no es que conociera a ninguno de los hijos reales. No había conocido a ninguno de ellos hasta la llegada de Handir.

—Apenas sorprende, dado que Thargodén prácticamente envió a su reina a Valle. Rinon se lo reprocha, y el rey no hace ningún esfuerzo por ganarse a su heredero. Es como si no le importara, casi.

Un golpe en la puerta los interrumpió, y Gor'sadén la abrió, luego indicó a los sirvientes que colocaran la comida que habían traído en una mesa baja delante del hogar. Asintiendo en agradecimiento, ayudó a un Pan'assár algo inestable a acercarse al fuego.

—Come —dijo.

Pan'assár miró fijamente la comida, dándose cuenta de repente de que no podía recordar lo que había sucedido. Su último recuerdo era de estar comiendo pescado. Respiró ruidosamente, y sus ojos miraron a Gor'sadén, quien sabía le estaba observando.

—No puedo recordar nada.

Dejando su copa sobre la mesa, Gor'sadén frunció los labios. —Todo lo que sabemos es que diez sobrevivieron a la batalla. Dos se perdieron en las secuelas, uno apenas ayer. Todavía hay un guerrero perdido; él protegía la caravana de heridos mientras huían hacia aquí. El Último Guerrero, le llaman. Tensári lo está buscando.

Pan'assár cerró los ojos, y por un momento, vio una fugaz imagen de cabello plateado ondeando salvajemente alrededor de un rostro que debería conocer pero que no podía ubicar. —Maldita sea.

—Volverá, Pan. Tu cabeza aún está confusa por ese golpe.

—¿Y Galadan? ¿Sobrevivió?

—Sí. He solicitado su presencia y la de Silor en los cuarteles mañana para un informe preliminar. Había pensado recogerlo para ti si no estabas en condiciones.

—Lo estaré. Necesito saber qué salió mal, por qué fracasamos. La vida de mi príncipe estuvo en peligro, y era mi deber, mi responsabilidad proteger su vida. He fallado, y debo saber por qué.

—No te culpes sin motivo, hermano —aconsejó Gor'sadén—. Espera los informes.

Pan'assár asintió, pero, aunque no podía recordar la batalla, su instinto le decía que él era el responsable, que había cometido un error, y solo había una emoción que podía lograr tal cosa en ausencia de memoria. Culpa.



El cielo estaba lleno de diamantes, brillando y atenuándose, atenuándose y brillando, y luego estallando en una luz blanca y brillante que enviaba agujas de dolor a través de sus ojos hasta la parte posterior de su palpitante cabeza. Lentamente, los diamantes se disiparon, y luego hubo niebla blanca, y luego gris, hasta que el color definió los objetos que yacían ante sus ojos apenas abiertos: hojas, ramitas, ramas, y más allá, un cielo azul claro.

Recordaba la lluvia y la niebla, y luego ojos amarillos y dientes rechinando, pieles apestosas y un dolor impactante. Cerró los ojos por un momento, luchando contra una ola de náuseas mientras el

dolor ardía en su costado, y un jadeo se le escapó a pesar de sí mismo.

Los árboles susurraron y crujieron, y de repente, se sintió más frío que antes, extrañamente despojado, y el destello de un recuerdo lejano rozó su mente. Un niño sentado en el regazo de un Centinela de roble, una sensación de felicidad mientras miraba hacia el árbol y presionaba más su mejilla contra la corteza marrón y sentía un amor abrumador.

La mujer estaba allí, ya no en el árbol sino de pie sobre el suelo. Tal belleza nunca había visto, pues sonreía como lo hace una madre con su hijo, y en sus ojos había el tipo de amor que nunca había sentido. Dio un paso hacia él, pero su vista borrosa le jugó una mala pasada. Su piel lechosa se volvió cobriza, y los brillantes ojos azules se oscurecieron hasta un ardiente negro medianoche. El cabello rubio claro ondeaba en una suave brisa, pero eso también cambió a negro azabache, los sedosos mechones ahora gruesos rizos de trenzas retorcidas.

—¿Lainon? —balbuceó.

Quería frotarse los ojos, pero no podía moverse. Lainon estaba de pie sobre él, mirándole, la luz de Aria en sus ojos, ¿o era la Dama en el Árbol? Ya no podía distinguirlo, pues los colores iban y venían, cambiando ante sus propios ojos. Curioso, sin embargo, que la imagen no desapareciera, y a medida que el tiempo avanzaba, comenzó a pensar que el Ari'atór realmente estaba allí, mirándole con algo parecido a la fascinación y la incredulidad.

La imagen comenzó a desvanecerse, y podía sentirse flotando. La dama blanca había vuelto, solo que esta vez en su mente. Sonrió y luego lo tomó en sus brazos, reconfortante y protectora. El dolor disminuyó, y el amor lo inundó, y así durmió en sus brazos, cálido y seguro.

CAPÍTULO 9

Visiones del Pasado y Presente

"Hay muchos matices del amor: amor por un hermano, una madre, un padre; amor por un amigo o un alma gemela. Amor por un niño desconocido, la majestuosidad de los árboles, el guerrero desinteresado. El amor impulsa el alma hacia la bondad, una fuerza omnipotente que nos une o nos separa cruelmente. Es belleza absoluta, ruina segura, pasión en su forma más pura."
Sobre la Naturaleza Élfica: Calro



—¡J*inetes! ¡Jinetes aproximándose!*

A pesar de lo avanzado de la hora, las ventanas pronto se iluminaron con el resplandor de las velas, rostros iluminados empujándose para echar un vistazo al patio de abajo, buscando una pista de quién había llegado bajo la lluvia, una señal de que quizás fuera la Teniente Tensári y el último guerrero de Ea Uaré.

La Compañía se reunió alrededor de la cama de Carodel. Habían sido demasiado lentos para conseguir un lugar en la ventana, así que fijaron sus ojos en las pesadas puertas de madera al final del

largo y ancho pasillo, con los corazones martilleando en sus pechos y las lenguas obstinadamente congeladas. Podría ser un dignatario de visita, un mensajero del extranjero, un explorador con noticias urgentes; podría ser Fel'annár, vivo... o muerto.

Se sobresaltaron cuando los pesados paneles de roble se abrieron de golpe hacia dentro, rebotando con fuerza contra la piedra y haciendo que las velas parpadearan vertiginosamente con la repentina brisa. Dos elfos empapados luchaban con un cuerpo que no se movía en absoluto, y el Maestro Aranè estaba allí, caminando hacia ellos, arremangándose las amplias mangas y luego haciendo un gesto a sus sanadores para que le siguieran.

Galadan se puso de pie, se colocó su camisa de lino y se dirigió hacia lo que quedaba de sus guerreros, o La Compañía como ahora sabía que se hacían llamar. Momentos después, llegó el Comandante Gor'sadén, seguido de cerca por el Príncipe Handir con Lainon a su lado. Los señores corrieron por el pasillo tras el maestro sanador, que ya estaba desapareciendo en una habitación contigua, intentando sin éxito evitar el rastro de agua que los empapados guerreros habían dejado tras ellos.

Idernon luchó por levantarse de su silla, estirando la mano hacia el respaldo para estabilizarse; la mano de Galadan salió disparada para ayudarle.

—Detente, Idernon. Siéntate. No hay nada que puedas hacer allí. Ya tendremos noticias.

Idernon le miró desafiante al teniente por un momento antes de que la lógica pareciera imponerse. Con un breve asentimiento, volvió a sentarse, con la mirada fija en la puerta abierta donde seguramente yacía Fel'annár.

—Debe ser él —dijo Ramien suavemente, pero nadie respondió.

—Preparaos para la tormenta, hermanos; Gor'sadén lo reconocerá —murmuró Idernon. Carodel y Ramien se sentaron rígidos como una vara, pero Galdith frunció el ceño, mientras que Galadan pareció erguirse un poco más de lo que estaba.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Galdith secamente—. ¿Quién es él para ser reconocido? —susurró.

Idernon miró fijamente a Galdith, pero Galadan ya estaba hablando.

—Es de la Casa de Or'Talán, ¿verdad? —preguntó en voz baja, con ojos que desafiaban a Idernon a contradecir su afirmación.

La cabeza de Galdith giró hacia Galadan y luego de vuelta a Idernon, como si fuera a refutar lo que el teniente había dicho, pero no lo hizo. En su lugar, el Sabio Guerrero bajó la cabeza para que solo ellos pudieran oírle.

—Fel'annár es hijo de nuestro Rey Thargodén.

Galadan miró con expresión vacía y Galdith se tambaleó hacia atrás. Idernon observó sus ojos en busca de cualquier signo de desaprobación, pero no encontró ninguno, solo shock en el rostro de Galdith. Galadan, sin embargo, no parecía sorprendido en absoluto.

—Ya lo sabías —dijo Idernon, pero Galadan estaba negando con la cabeza.

—Sospechaba que era un miembro de la familia, no que fuera el hijo de nuestro rey. Eso no hace menos sorprendente la verdad —murmuró.

El fantasma de una sonrisa tiró de las comisuras de la boca de Galdith.

—Lo sabía. Ese comentario que hiciste, teniente; lo llamaste *príncipe*, y me pregunté si lo decías literalmente. Pensé en ese momento que te habías sorprendido a ti mismo con tus propias palabras.

—Así fue —dijo Galadan—. No había pretendido expresar mis sospechas, pues no sabía si incluso él lo sabía. Dorainen sí lo sabía, sin embargo; estoy seguro de eso ahora, porque le dijo a Fel'annár que tenía el rostro de su abuelo, justo antes de tomar el Camino Corto.

—Fel'annár sí lo sabe —dijo Idernon—. Lainon se lo contó hace apenas una semana.

—¿Lo ha sabido durante una *semana*? —Ahora sí había sorpresa en el rostro del teniente.

—Es una larga historia, teniente. Te la contaremos cuando sea el momento adecuado.

—¿Lo sabe *Pan'assár*? —murmuró Galadan.

—No. Al menos, no creemos que lo sepa —respondió Ramien.

—No estoy tan seguro. La forma en que se quedó paralizado justo antes de la batalla... quizás reconoció al muchacho. Pero sea cual sea el caso, no confío en su reacción, Idernon —advirtió Galadan, pues de todos ellos, era quien mejor conocía al comandante.

Volvieron a sumirse en el silencio, roto solo por la suave voz de Galdith.

—Hay algo en ese muchacho —murmuró—. Su espíritu alegra el corazón.

El resto de La Compañía lo miró fijamente, hasta que Idernon se inclinó hacia delante.

—Es esperanza lo que ves, Galdith. Esperanza para el futuro de nuestros bosques, para nuestra gente.

Galadan y Galdith se miraron mutuamente con confusión compartida. Extrañamente, no era que dudaran de las palabras del Sabio Guerrero. Lo que les confundía era cómo Idernon podía estar tan absolutamente seguro y cómo, instintivamente, sabían que tenía razón.



Handir, Gor'sadén y Lainon se mantuvieron respetuosamente a un lado mientras los sanadores trabajaban, pero mientras los oídos de Lainon estaban ocupados escuchando a los sanadores, sus ojos habían detectado a Tensári, sin aliento y empapada, que también observaba desde atrás, con agua acumulándose a su alrededor.

Arané dio un paso atrás y observó cómo trabajaban sus sanadores, siguiendo cada uno de sus movimientos con la mirada.

—Aquí, quitádselo todo, con cuidado. Dadle la vuelta, echemos un buen vistazo a esto —dijo, señalando una herida de mordedura en el costado de Fel'annár. Las mandíbulas de la bestia habían mordido todo su lado derecho, y una sanadora se estremeció al ver un colmillo amarillo incrustado justo debajo de una costilla. Había arañazos en un lado de su cara y en una pierna, y casi se podía

imaginar cómo la bestia había hundido sus dientes en la carne, con las patas a ambos lados de sus fauces para tener más fuerza.

Cuando giraron a Fel'annár sobre su espalda, la masa de mechones sucios y empapados se apartó de su rostro por un momento, lo suficiente para revelar sus pálidas y magulladas facciones.

Un golpe sordo precedió al tintineo del cristal al agitarse y luego romperse en la piedra de abajo, el olor penetrante de hierbas impregnando el silencio que había descendido sobre la habitación. Los sanadores permanecieron completamente inmóviles, con las manos suspendidas sobre el cuerpo inerte, los ojos fijos en el rostro ensangrentado. Gor'sadén había caído torpemente contra la pared detrás de él y se mantuvo así hasta que lentamente se enderezó, avanzando, vacilante, con el cristal crujiendo bajo sus botas.

Algo se movió ante él, un borrón de negro y azul, y se irguió en toda su estatura. El rostro amenazante de Lainon estaba a pocos centímetros del suyo, ojos azules ardientes brillando con una advertencia inconfundible. Sin embargo, el Ari'atór no debería haberse preocupado; no había peligro en la mirada de Gor'sadén, solo absoluta incomprensión. Fue todo lo que pudo hacer para pronunciar dos palabras que, una vez dichas, cortaron el espeso silencio.

—¿Or'Talán? ¿Hermano?

Hubo un siseo de un sanador, un jadeo de otro, pero Handir estaba hablando.

—Fel'annár —dijo, con un ligero temblor en su voz por lo demás firme.

La mirada de Gor'sadén se dirigió rápidamente al príncipe, las trenzas laterales bailando alrededor de sus sienes.

—¿Fel'annár?

Handir le miró desafiante. Este no era el rostro de un príncipe débil que ni siquiera podía sostener una espada, y mucho menos empuñarla; era el rostro de un líder, audaz y firme. Este era, sin duda, el nieto de Or'Talán.

—Quién... —Gor'sadén no pudo terminar.

—Este es Fel'annár, tercer hijo del Rey Thargodén.

Gor'sadén lo miró fijamente, pero el caos detrás de sus ojos era evidente para todos. Confusión total, profundo dolor, ira irracional. Los sanadores estaban trabajando de nuevo, Arané instándolos a moverse, y en un repentino torbellino de terciopelo carmesí y cuero, el comandante general se dio la vuelta y salió furioso, con la mano izquierda extendida como si quisiera alcanzar algo, qué no sabían decir.

¿Lo habría sabido Pan'assár?, se preguntó el comandante. Sacudiendo la cabeza, Gor'sadén cerró los ojos y respiró profundamente, pero sus emociones crecientes no se calmaron. El Último Guerrero, El Silvano, era Or'Talán encarnado. No era un simple parecido como ocurría con Handir; era algo mucho más difícil de comprender.

Lejos, necesitaba alejarse y detener el martilleo en sus sienes. Sus ojos parecían a punto de estallar, y su corazón latía tan rápido que estuvo cerca de correr por los pasillos del palacio real en busca de aire fresco para poder *respirar*. Pasó por murales y pinturas de tiempos pasados, cristales brillantes resplandeciendo en la penumbra, pero no eran más que un borrón de color sin sentido para Gor'sadén, pues su ojo mental tenía toda su atención. El cabello plateado enmarcaba un rostro asombrosamente hermoso, y Gor'sadén sofocó las emociones que pugnaban por liberarse en el fondo de su garganta.

Avanzó por el pasillo y atravesó las puertas, saliendo a las áreas públicas del palacio y luego al exterior. Pasó junto a guerreros que lo saludaban, pero no los veía: todo lo que podía ver era al primer rey de Ea Uaré, su hermano del corazón. Apartándose del camino principal, se dirigió a los jardines privados del rey, e incluso entonces, no se detuvo, no hasta que estuvo en el extremo opuesto y no había otro lugar donde ir excepto hacia atrás.

Se sentó pesadamente en un banco de piedra, agarrando con las manos el borde delantero mientras luchaba con las lágrimas en sus ojos. Fel'annár, había dicho Handir, pero no podía ser. Seguramente era Or'Talán, pero había muerto en las ardientes arenas de Calrazia; la Batalla Bajo el Sol... la curva hoja de un Señor de la Arena había reclamado su vida.

Tercer hijo de Thargodén, había dicho Handir, y Gor'sadén sabía que debía ser cierto, pero el impacto había sido grande, pues hubo un extraño momento en el que pensó que su amigo de alguna manera había regresado del Valle. Fuera lo que fuese lo que estaba sucediendo, no parecía ser de conocimiento común, y su conmoción lentamente cambió a intriga y un creciente sentido de urgencia, por lo que se puso de pie. Arreglando su uniforme, se preguntó si debería esperar, si debería calmarse antes de contárselo al Rey Vorn'asté, pero no, no habría paz para Gor'sadén esta noche, y tarde o temprano, uno de esos sanadores hablaría. Fue cuando se volvió hacia el palacio una vez más que se dio cuenta de que no estaba solo. El Príncipe Handir estaba allí, su guardia Ari'atór a cierta distancia detrás de él.

El Príncipe Handir estaba bajo la débil luz de una luna creciente. No se podía negar la sangre de Or'Talán en este segundo príncipe, al que Gor'sadén no conocía en absoluto. Era un estadista, no un guerrero como él, lo que iba en contra de los dictados más conservadores de la cultura Alpina.

—¿Estáis bien? —preguntó amablemente el príncipe, pero no se movió en absoluto, creando una extraña quietud que envió un escalofrío por la columna del comandante.

A Gor'sadén le llevó un tiempo responderle, pero cuando lo hizo, fue con sinceridad. —Estaré bien. —Caminó hacia el príncipe, moviendo lentamente la cabeza de un lado a otro—. No puedo creer lo que ven mis ojos, príncipe. Compartís un parecido con vuestro abuelo, pero ese muchacho... —Hizo un gesto con la mano.

—He visto a mi abuelo en libros, en pinturas, y puedo ver el gran parecido, pero vos pareces sentirlo más que yo. Quizás no debería sorprenderme —reflexionó Handir—. Nunca conocí a mi abuelo.

—No, no tuvisteis ese privilegio, príncipe. Yo le conocía tan bien como me conozco a mí mismo. Cada línea de su rostro, cada curva de su nariz, el arco de sus cejas y los planos de sus mejillas. Cualquiera que conociera a vuestro abuelo consideraría el parecido tan imposible como yo lo hago. ¿Cómo habéis mantenido este secreto? —preguntó, con los ojos clavados en los de Handir. Era una

suposición simple, pero el príncipe pronto confirmó que la existencia del muchacho no era de conocimiento común.

—Con dificultad, mi señor. Tenemos la suerte de contar con un capaz consejero principal, pero la historia es larga, una que comenzó hace poco más de un año cuando el muchacho salió del Bosque Profundo. Hemos mantenido el secreto solo porque tenemos en mente los mejores intereses de nuestro rey. Buscamos dar la noticia de un cuarto hijo de tal manera que no lo destroce, para que sus enemigos no puedan utilizar al muchacho para sus propios fines reprobables.

—¿Estáis diciendo que el rey no lo sabe? ¿Thargodén no sabe que tiene otro hijo?

—No lo sabía. El Consejero Principal Aradan se lo habrá comunicado a estas alturas, mientras nosotros viajábamos hacia aquí.

—¿Y el muchacho?

—Lainon se lo dijo hace apenas una semana.

—Vuestras acciones parecen crueles —dijo el comandante, sacudiendo la cabeza confundido.

—Por favor —dijo Handir, levantando una mano—. Os he dicho que es una historia larga, una que quisiera que vuestro rey entendiera. No estoy aquí para conspirar y maquinar, Lord Gor'sadén. ¿Confiaréis en mí?

Gor'sadén dudó y luego negó con la cabeza, pensando que quizás tenía una idea de lo que había ocurrido. —La aparición de un niño real es de importancia para los aliados de Ea Uaré, príncipe. Y luego parecéis sugerir que hay intranquilidad en el bosque. Mi rey debe ser informado.

—Por supuesto, comandante, pero solo os pido una cosa: que me permitáis hablar con vuestro rey personalmente.

El comandante respiró profundamente y luego se apartó de Handir, dirigiendo su rostro hacia la débil luz de la luna. —Me pedís que confíe en vos, príncipe, y lo haré, porque sois nieto de Or'Talán. Pero no me falléis. Hablad con mi rey, explicadle lo que debáis.

Handir asintió. —¿Podéis concertar una reunión con él, entonces? ¿Mañana?

—No mañana, príncipe: ahora. Esto no puede esperar.

Handir estaba cansado, aunque inexplicablemente aliviado por el regreso del muchacho Silvano. No estaba en su mejor momento, y sin embargo Gor'sadén tenía razón. La identidad del muchacho no podía mantenerse en secreto. Al amanecer, el rey seguramente lo sabría.

Handir asintió. —Muy bien. ¿Me concederíais una hora para ordenar mis pensamientos?

Con un gesto afirmativo, el comandante se dispuso a marcharse, pero Handir lo detuvo. —Lord Gor'sadén, os aconsejo discreción. Hay quienes verán a Fel'annár como una amenaza...

—¿Y vos no? —preguntó Gor'sadén.

El tono de Handir se volvió más frío. —Yo no le conozco, pero Lainon sí. Él responde por el muchacho, y eso me basta.

Gor'sadén sostuvo la mirada firme de ojos azules del príncipe y, justo bajo la superficie, vio una indiferencia fingida. Sin embargo, no dijo nada; en su lugar, hizo una reverencia respetuosa y volvió a grandes zancadas hacia el palacio. Necesitaba pensar, pero las palabras de Handir aún resonaban en sus oídos.

La lealtad de Gor'sadén hacia Or'Talán nunca había disminuido, aunque ese rey hubiera muerto. Quería ayudar a este vástago de la casa de su hermano, pero no iría contra los dictados de su propio rey.

Con un suspiro, Handir se volvió hacia Lainon.

—Lo has hecho bien, Handir.

—Sí, bueno —dijo, estirándose la túnica—. No vi amenaza en los ojos de Gor'sadén. De hecho, creo que no tenemos nada que temer de él en lo que respecta a Fel'annár. Es Pan'assár quien me preocupa.

Unos pasos atrajeron su atención hacia el camino principal, y Lainon fijó su mirada en la figura que se dirigía hacia los barracones. Conocía ese andar grácil, podía sentir su presencia en su propia alma, aunque no pudiera ver su rostro, y Handir, observador y astuto como Aradan le había enseñado a ser, no pasó por alto el cambio en su hermano elegido.

—¿Una amiga?

Cuando Tensári ya no podía verse, Lainon se volvió hacia el príncipe. Pareció dudar, pero la mirada franca de Handir convenció al Ari'atór de la inutilidad de mentir. —Mi Connate; es mi alma gemela.



—¿Lo sabías? —preguntó Gor'sadén, sacudiéndose la lluvia de la capa y colgándola detrás de la puerta.

—¿Saber qué? —preguntó Pan'assár desde su silla junto al fuego.

—¿Sabías que Thargodén tenía otro hijo? —preguntó con la mandíbula apretada y los ojos entrecerrados—. ¿Un hijo que es Or'Talán encarnado? —gruñó mientras se acercaba al fuego y se sentaba pesadamente.

Pan'assár se fijó en el elfo que tenía a su lado, aunque su mente evocaba al guerrero de cabello plateado y destreza inigualable en el campo de batalla. —No —respondió suavemente.

—¿Cómo pudiste no saberlo? Un contingente de cincuenta guerreros, en camino durante cinco, seis semanas, ¿y no reconociste el rostro de nuestro hermano?

Pan'assár no pudo responder porque, por primera vez, estaba viendo sus propias acciones por lo que habían sido. No había visto ese rostro porque no se había acercado en absoluto a los guerreros. La idea de repente le parecía extraña, tan poco característica. Pero era cierta. —Galadan es un teniente competente —dijo al fin.

—¿Y tú? ¿Qué te ha pasado a *ti*, Pan'assár? ¿No pudiste molestarte en tratarlos, entonces? —preguntó con un gesto de desprecio en los labios. Se inclinó hacia adelante, cogió una botella y sirvió vino en una copa ruidosamente.

—Son Silvanos.

Gor'sadén frunció el ceño y se volvió hacia su amigo. —¿Qué? Por supuesto que son Silvanos.

—No se llevan bien con los comandantes Alpinos. Son volubles y caprichosos, saben poco del honor en la batalla.

Gor'sadén depositó su copa con firmeza en la mesa. —¿Qué locura es esta? ¿De qué estás hablando? ¿Tus propios *guerreros*,

Pan'assár? Hablas de ellos como se hablaría de una especie inferior.

Pan'assár dudó. Su odio por los guerreros Silvanos no siempre había estado ahí. Provenía de la muerte de Or'Talán, lo sabía, ¿y cómo no iba a ser así? Pues él estaba muerto, víctima de la incompetencia de sus propios guerreros. El clima propagado por Band'orán había legitimado su odio, le había dado forma y sustancia, y Pan'assár se había aferrado a él para poder justificarlo. Este discurso de superioridad Alpina, o lo que es lo mismo, de inferioridad Silvana, era normal en la corte del rey, en el Círculo Interior de Ea Uaré, pero era inaudito en Tar'eastór. Habían sido necesarios la indignación de Gor'sadén y un fuerte golpe en la cabeza para sacudir su perspectiva.

No respondió a Gor'sadén. No podía, y, sin embargo, su odio seguía ahí.

—Otro hijo. No me digas que su madre es esa puta Silvana con la que Thargodén una vez se engañó pensando en casarse.

—Puta Silvana...

—Era aquella campesina, la que Or'Talán le prohibió desposar. Ella fue quien cambió a nuestro rey; fue *ella* quien lo enterró en vida, le condujo a la ruina y la desgracia. Quería casarse con un rey: ella, un don nadie Silvana que seguro le habría engañado para tener un hijo y así casarse con él. Habría hecho de su hijo mestizo un príncipe. Sí, todo tiene sentido. Es sabido que ella buscaba el trono; su gente estaba extasiada, pensando que una Silvano se sentaría junto a nuestro rey Alpino en el trono. Gracias a Aria que Orta tuvo el buen sentido de prohibirlo.

Gor'sadén se levantó lentamente, su incredulidad desenmascarada. —¿No puedes ni siquiera considerar la posibilidad de que todo fuera mucho más simple? ¿Que se amaban?

—Nada es tan simple. ¿Te parece adecuado, entonces? ¿Concebir un hijo, sin casarse, con una plebeya? ¿Estás loco, Gor'sadén? Un bastardo real es una amenaza si se le deja solo a su suerte, aún más cuando es un Silvano. Bien podría destruir todo lo que Or'Talán logró, destrozar el reino que tanto luchó por crear.

—No te entiendo, Pan'assár, este odio. ¿Qué culpa tiene ese muchacho? ¿Cómo iba él a cambiar los acontecimientos que

condujeron a su existencia?

—Comparte su sangre. Buscará beneficios del otro lado de sí mismo, recuerda mis palabras, Gorsa.

—No puedes saber eso...

—Experiencia. Ella era ambiciosa, ¡y él no lo será menos!

El rostro de Gor'sadén estaba ahora a pocos centímetros del de Pan'assár. —Arriesgó su vida para salvar lo que quedaba de la escolta de tu príncipe, pero más que esto, es sangre de mi hermano, y no levantaré una mano contra él. "Mestizo, voluble, hijo de una ramera"... ¡es el nieto de Or'Talán, maldita sea!

Los ojos de Pan'assár ardían con su propia furia. —Y yo no levantaré una mano para ayudarle, ¿me oyes?

Gor'sadén estaba conmocionado, confundido y completamente desconcertado por el odio visceral de su hermano, y por un momento, dudó. —Te oigo —respondió Gor'sadén, más tranquilo ahora, como si acabara de perder una gran batalla—. Te oigo, y lo lamento profundamente. Has cambiado mucho. Has caído, hermano, caído de tu gloria, y desearía no tener que verlo.

La ira de Pan'assár desapareció tan repentinamente como había aparecido, y sostuvo la mirada compasiva de Gor'sadén. —No sabes de lo que hablas.

—Te conozco, hermano. Este no eres tú. Esto es algún espíritu inmundo que ha tomado tu alma y te ha retorcido hasta dejarte irreconocible.

Esas palabras le cortaron como ninguna espada lo había hecho jamás, porque perder la estima de su hermano era, quizás, lo peor, y, sin embargo, mientras el comandante del bosque permanecía sentado allí, tambaleándose por la noticia, agotado por su propia ira, la culpa subyacente que había percibido en sí mismo resurgió una vez más.

Sabía lo que era. Intuía en cierto nivel que él había sido culpable de la pérdida de sus guerreros, pero esta culpa era más antigua. Había comenzado el día en que Or'Talán murió.

—El príncipe Handir nos informará en treinta minutos, en el estudio del rey. ¿Vendrás? —preguntó Gor'sadén con cansancio.

—Por supuesto —dijo Pan'assár—. Tengo mis propias preguntas, mis propias preocupaciones. Ese muchacho es una amenaza, y me aseguraré de que el príncipe Handir sea consciente del peligro que representa.

Gor'sadén simplemente negó con la cabeza, preguntándose si había hecho bien al insistir en que Handir les informara inmediatamente y no esperar hasta la mañana, cuando todos hubieran tenido tiempo de asimilar la increíble noticia. Pero Gor'sadén no podía haber previsto esta actitud en su amigo. Era algo nuevo, totalmente inesperado y tan terriblemente decepcionante.



Los comandantes Gor'sadén y Pan'assár caminaban hacia el despacho del rey, asintiendo mientras los pocos guardias y sirvientes restantes se inclinaban o sonreían con orgullo, pues era una imagen que no se había visto durante siglos: Gor'sadén y Pan'assár, caminando juntos una vez más, aunque sus rostros se mostraban sombríos como si marcharan hacia un consejo de guerra.

—Debo advertirte que Lord Sulén vino a visitarme con Silor, su hijo, según parece. Afirma que el teniente Galadan lo estaba victimizando —. Gor'sadén había pensado mencionarlo más tarde, pero se le ocurrió que esta era una forma de distraer a Pan'assár o, al menos, de suavizar su evidente enfado e indignación.

Pan'assár resopló y luego negó con la cabeza.

—A menudo he acusado a Galadan de ser demasiado blando con la tropa Silvana y he elogiado a Silor por su mano dura con ellos. Sabía que Galadan no estaba de acuerdo, pero ese teniente es justo hasta la exageración; las acusaciones de Silor son poco probables. Pero dime, este Sulén, ¿siempre es tan impertinente? ¿Quejándose a un comandante extranjero cuando debería haber acudido a mí?

—Oh, sí. Es una espina en el trasero del rey. Un conservador acérrimo, siempre consciente de su señorío, de su parentesco con el linaje de Thargodén. Son primos lejanos, separados por unas ocho generaciones —sonrió con sorna Gor'sadén.

Poco después, los dos comandantes atravesaron las puertas dobles que conducían al despacho del rey. Dentro, Vorn'asté hablaba con su segundo hijo, el príncipe Sontúr, y también con el Consejero Jefe Damiel. Se volvió al verlos llegar.

—Lord Pan'assár. Es un honor recibirte en Tar'eastór.

—Gracias, mi señor —dijo Pan'assár con una reverencia—. Espero con interés mi estancia, a pesar de las circunstancias.

Desde detrás del rey, el príncipe Sontúr dio un paso adelante e inclinó la cabeza.

—Comandante. Es un placer conocerte —sonrió—. ¿Te has recuperado completamente? —preguntó el príncipe, cuyos ojos entrenados notaron las ojeras violáceas bajo los ojos de Pan'assár y el pliegue de su ceño.

Pan'assár asintió.

—Estoy lo suficientemente bien, príncipe. ¿Y tu hermano?

—El príncipe heredero Torhén está en Prairie, discutiendo la amenaza de los Desviados con nuestros vecinos mortales —sonrió con ironía Sontúr.

—Ah, bueno, mejor él que nosotros —sonrió forzadamente el comandante del bosque.

Momentos después, cuando Handir atravesó las puertas abiertas, lo hizo con la ropa de montar sencilla que había usado durante el viaje a Tar'eastór. Aunque habían sido lavadas, habría parecido un simple civil, excepto porque su rostro era el de su padre: anguloso, noble, hermoso a la vista, inconfundiblemente un vástago de la Casa de Or'Talán. Lainon permanecía silencioso y letal a su espalda.

—Príncipe Handir, teniente. Sed bienvenidos —dijo el rey.

El príncipe Handir hizo una solemne reverencia.

—Gracias, Rey Vorn'asté. En nombre de mi padre, el Rey Thargodén, traigo noticias de Ea Uaré, y agradecimiento por vuestra amable oferta de instruirme. Aceptamos con gusto vuestra oferta de hospitalidad —respondió el príncipe obedientemente, y Damiel sonrió con aprobación.

Damiel dio un paso adelante e hizo una reverencia formal.

—Espero con interés enseñarte el arte de la diplomacia, príncipe.

—El honor es mío, Lord Damiel. Hace tiempo que admiro vuestra habilidad como estadista; esto es para mí un regalo más allá de mis más locas expectativas —dijo seriamente, y por un momento, olvidó las razones por las que estaba ante el rey y se regodeó en su propio interés: este era su sueño.

—Gracias, Príncipe Handir —dijo el rey—. Por supuesto, abordaremos los términos de tu tutoría en una fecha posterior, después de que nos expliques de qué se trata todo esto.

La sonrisa de Handir se desvaneció, y asintió, frío y confiado al menos por fuera, mientras seguía a los señores y tomaba asiento. Sus ojos se dirigieron a las paredes que los rodeaban, de piedra sin duda, pero apenas podía ver la roca por los tapices que colgaban como cascadas de color texturizado. Representaciones de batallas ganadas y perdidas, de reyes coronados y príncipes gloriosos. Había reinas de leyenda, notas de música atemporal, rostros de elfos que habían escrito la historia de los elfos Alpinos. Se sentía humilde, orgulloso de su herencia y entristecido porque no brillaba del mismo modo en su hogar del bosque.

—Pido perdón por lo tardío de la hora, mis señores, pero mi asunto es urgente; de hecho, me corresponde cumplir con un deber que no me ha sido encomendado por mi rey, pues no tiene conocimiento de lo que ahora revelaré —. No miró, pero podía sentir a su audiencia sentada rígidamente en los bordes de sus asientos.

—Hace un año, el teniente Lainon me visitó, trayendo noticias que nunca pensé escuchar, noticias de un hermano del que no tenía conocimiento —. El silencio subsiguiente estaba cargado de conmoción e incredulidad—. Al principio no lo creí, pero cuando lo vi, no se podía negar —. Hizo una pausa por un momento, moviendo su mirada de uno a otro, deteniéndose un poco más en Pan'assár. Ya le habían informado, se dio cuenta Handir antes de continuar—. Ahora podéis preguntaros por qué elijo airear un asunto tan privado en tierra extranjera. La razón es que este muchacho está aquí; *él* es el último guerrero que la Teniente Tensári trajo hace unas horas.

Nadie habló durante un rato mientras asimilaban la noticia. Finalmente fue el rey quien rompió el silencio.

—¿Y el muchacho? ¿Dónde se ha escondido durante tanto tiempo?

—En el Bosque Profundo. Fue criado en la ignorancia, por su tía.

—¿En la ignorancia? ¿Quieres decir que no lo sabe? —soltó Sontúr.

—Se le dijo durante el viaje hasta aquí. Desconoce la mayor parte de la historia y, si me permite ser atrevido, creo que puede encontrarse con cierta oposición, ya sea durante su estancia aquí o una vez que regresemos al bosque. Es medio Silvano, y eso no sentará bien a los puristas Alpinos de Ea Uaré —. La mirada de Handir se detuvo en Pan'assár, notando los hombros rígidos y la mandíbula apretada.

—¿Puristas Alpinos? —dijo Damiel con un profundo ceño fruncido —. ¿Qué ha ocurrido en los últimos siglos, príncipe?

Handir se volvió hacia el consejero jefe.

—Muchas cosas, mi señor. Sería un honor discutir estos asuntos con vos cuando el tiempo lo permita. Por el momento, baste decir que es mi creencia que la aparición del muchacho es potencialmente conflictiva. Algunos celebrarán, pero otros conspirarán contra él —. Los ojos de Handir volvieron a Pan'assár, quien ahora le devolvía la mirada descaradamente—. Y, por otra parte, aunque no soy sanador, por lo que vi del guerrero en la Casa de Curación, puede que ni siquiera viva para ver la luz del día.

Sontúr contuvo la respiración mientras el rey compartía una mirada de preocupación con Damiel. En cuanto a Gor'sadén, miró de reojo a Pan'assár, preguntándose cuánto tardaría en dejar clara su posición. Su silencio no duraría, estaba seguro. Su amigo estaba al borde de perder la paciencia.

—¿Quién es su madre? —preguntó Vorn'asté.

—Una mujer Silvana que el rey cortejó una vez y que luego fue considerada inadecuada.

—Entonces —comenzó el rey, reclinándose en su asiento—, este muchacho es un joven guerrero medio Silvano-Alpino que acaba de descubrir que su padre es un rey. ¿Dices que se parece a Thargodén?

—No, mi señor; él es, simplemente, Or'Talán, en todo excepto en sus ojos.

Las cejas de Vorn'asté se elevaron en su frente mientras Damiel dejaba escapar un sonoro suspiro.

—Es cierto, mi rey —dijo Gor'sadén—. Lo he visto, y es inquietante. No es un simple parecido —. Miró de reojo hacia Pan'assár como si hablara directamente con su amigo, pero este no le devolvería la mirada.

—Entonces no podemos mantener esto en secreto, príncipe Handir —dijo Vorn'asté—, a menos que encerremos al muchacho. De hecho, dudo que sea siquiera un secreto a estas alturas; los sanadores lo habrán reconocido si lo que dices es cierto, y como sabes, Lord Or'Talán era muy querido por mi pueblo. ¿Puedo asumir que tu padre enviará misivas?

—Sí, mi señor —respondió Handir—. El consejero Aradan se asegurará de ello.

—Es de esperar que nuestro rey ponga las cosas en su adecuada *perspectiva*. Seguramente entenderá que la aparición de un bastardo no hará ningún bien a nuestro reino —dijo Pan'assár, poniéndose de pie por primera vez desde que Handir había comenzado su explicación. Gor'sadén resistió el impulso de cerrar los ojos y solo pudo rezar para que su amigo no llevara las cosas más lejos, que no discutiera el asunto, no aquí.

—Su condición de bastardo dice poco de su personalidad, de sus habilidades o de sus intenciones, comandante —dijo Damiel con voz serena—. ¿Has conocido al muchacho, entonces?

—No lo he hecho, consejero. Ni tengo intención de hacerlo. Sé lo suficiente sobre intrigas cortesanas y señores ambiciosos. Sé que, como mestizo, el pueblo Silvano puede tomarlo como un campeón, y él aceptará de buen grado el papel que se le asigne.

—Debes tener el don de la clarividencia, comandante —dijo Damiel, manteniendo su mirada en Pan'assár mientras bebía de su copa, con ojos astutos que leían las señales de creciente agitación en el comandante.

—No es clarividencia, señor. Solo sentido común. Los Silvanos harán cualquier cosa para librarse de sus gobernantes Alpinos. Este

muchacho podría ser el catalizador de un grave conflicto en el Gran Bosque, recuerden mis palabras. Debería ser repudiado, obligado a jurar lealtad a nuestro rey, y mantenido bajo estricta vigilancia —. Cualquier esperanza que Gor'sadén hubiera albergado ahora se disipaba, pues Pan'assár se estaba enfureciendo cada vez más, y aún no quería encontrarse con los ojos de su amigo, no permitía que le sirvieran de ancla.

—Aunque un juramento puede ser beneficioso, estoy de acuerdo con Lord Damiel, comandante. No puedes saber esto hasta que hayas conocido al muchacho y escuches su opinión sobre este asunto —dijo Vorn'asté. Le sorprendía la reacción de Pan'assár. A todos les sorprendía, pero la preocupación de Gor'sadén aumentaba con cada palabra que salía de la boca suelta de Pan'assár.

—Oh, pero puedo. Es Silvano, mi señor. Querrá venganza por la situación de su madre, cediendo a la tentación del señorío que su propio pueblo seguramente deseará. Reunirá a nuestras tropas y las volverá contra nosotros, arruinando la tolerancia mutua que tanto nos ha costado conseguir.

—¿*Tolerancia*? —Handir no había gritado, pero su voz fue lo suficientemente fuerte como para sobresaltar a Pan'assár de su perorata—. ¿Me estás diciendo, comandante general, que tenemos tolerancia mutua entre las filas de nuestros guerreros? —sonrió y dio un paso más cerca del comandante—. ¿Así que, por ejemplo, mi señor, el hecho de que noventa y cinco de los ciento un capitanes del Círculo Interior sean Alpinos es lo que llamarías *tolerancia mutua*? ¿Que ocho de cada diez tenientes sean Alpinos? ¿Que el consejo del rey esté compuesto por veinte consejeros, de los cuales diecisiete son Alpinos... qué tolerancia tenemos los Alpinos para con el pueblo Silvano, Lord Pan'assár? No veo tolerancia. Veo discriminación y flagrante injusticia.

El silencio siguió a las palabras del príncipe, y él aprovechó el momento para recomponerse. Había estado cerca de perder la paciencia con Pan'assár, pues el comandante estaba sacando a relucir sus asuntos internos, obligando a Handir a refutar sus absurdas afirmaciones y ofrecer más detalles sobre los conflictos internos de su reino de los que estaba dispuesto a dar.

—Eres aún joven, mi príncipe. Todavía estás dispuesto a creer en la bondad de los demás, pero en lo que respecta a los Silvanos, eres demasiado indulgente.

—La juventud no tiene relevancia aquí, comandante. Solo la razón. No intentes desviar un argumento invalidando a quien lo expresa.

—No soy un estadista, mi príncipe. Soy un guerrero.

—Eso es evidente, comandante, pero te pido que te abstengas de hablar sobre la inferioridad de los Silvanos. Es ofensivo. Son nuestros súbditos, tienen los mismos derechos que cualquier Alpino de Ea Uaré. No debes olvidarlo nunca, en tu servicio a nuestro rey. —Sería suficiente, se dijo Handir, suficiente para detener la espiral descendente de Pan'assár, aunque Gor'sadén sabía que no había terminado.

—El Rey Or'Talán prohibió ese matrimonio por una razón, mi príncipe. Esa mujer no era adecuada; era una simple plebeya, y vuestro venerable abuelo, en su sabiduría, lo detuvo antes de que fuera demasiado tarde.

—Dime, comandante, ¿por qué el rey no buscaría casarse con una Silvana, cuando gobierna sobre tierras Silvanas? Confieso que no sabía que adscribías a la ideología de Lord Band'orán, comandante. —La voz de Handir era ahora suave y melodiosa, pero había en ella un matiz de peligro, uno que hizo que Gor'sadén volviera a observar la escena que no había querido presenciar, una que sabía que llegaría a este punto.

—Lord Band'orán dice muchas verdades, príncipe. Estoy de acuerdo con algunas de sus creencias. Que consideréis que Ea Uaré son tierras Silvanas me parece inquietante.

—Específicamente —dijo Handir, ignorando las palabras del comandante—, la cuestión de la raza. ¿Debo concluir que el uso de palabras como '*mestizo*', escupidas con odio como hiciste hace unos momentos, implica que crees que el pueblo Alpino es superior al pueblo Silvano?

—¿Qué tiene eso que ver con nada? —preguntó Pan'assár.

—Responde a la pregunta.

Los ojos del comandante se ensancharon mínimamente, pero fue suficiente para que los demás lo notaran. —Creo que el pueblo Alpino está formado por líderes. Los Silvanos son seguidores, lo bastante buenos como guerreros para cumplir su cometido. No soy racista, príncipe. Simplemente expongo los hechos tal como son.

—Tal como *tú* los ves, sin duda. —La mandíbula de Handir se tensó y redujo la distancia entre él y el comandante—. No volverás a hablar en esos términos en mi presencia. ¿Queda claro?

Pan'assár adelantó la barbilla, entrecerrando los ojos, pero lo único que pudo hacer fue asentir secamente.

Handir se volvió hacia los demás. —Mis señores, no pretendo conocer la mente del chico silvano, pues no le conozco en absoluto. Le he visto una vez y nunca he hablado con él, y quizás nunca lo haga. Pero eso no cambia los hechos. Está aquí, será reconocido, y solo pido que se tomen precauciones para garantizar su seguridad, por razones estrictamente políticas.

—Bien entonces —dijo el rey, con la mirada alternando entre Pan'assár y Handir—. Accedo a esperar hasta que lleguen noticias de Ea Uaré. No pretendo entender qué maquinaciones han traído al muchacho Silvano aquí, pero espero sinceramente que vuestras intenciones sean nobles, Príncipe Handir.

—Lo son. Os lo juro. Os agradezco, mi señor, vuestra objetividad en este asunto.

—En efecto, príncipe —dijo el rey, siguiéndole con ojos astutos mientras Handir se volvía hacia Pan'assár.

—Comandante Pan'assár, quisiera hablar contigo cuando tengas esos informes sobre el ataque. Por ahora, debes saber que el Guerrero Fel'annár está bajo mi protección. Estoy seguro de que entiendes el significado de mis palabras, comandante.

—Eres protector con él —murmuró Pan'assár, pero la vehemencia había desaparecido y en su lugar estaba el tono plano de alguien derrotado.

Handir frunció el ceño. —¿Protector? No. Si debo tratar con él, no le trataré de manera diferente a cualquier otro súbdito del reino, a cualquier otro guerrero. —La mirada de Handir tardó en abandonar al comandante, un gesto que no pasó desapercibido para Damiel.

—Salvó vuestras vidas, príncipe, comandante —dijo Gor'sadén—. Salvó las vidas de vuestros guerreros heridos, ¿y aun así le trataríais como a cualquier otro guerrero? Me hace preguntarme qué debe hacer un guerrero en Ea Uaré para disfrutar de renombre.

Handir se erizó mientras los ojos de Pan'assár se estrechaban hacia Gor'sadén. Extrañamente, por un improbable momento, Pan'assár y Handir compartían su aversión hacia Fel'annár, por mucho que sus razonamientos e intenciones fueran diferentes.

Recomponiéndose, Handir se apartó de Pan'assár y dedicó una breve mirada a Gor'sadén antes de volverse hacia Lainon. —En cuanto a la seguridad del chico, quiero que tú te encargues de ello, Lainon.

El Ari'atór le miró con incredulidad. —Mi príncipe, el rey mismo me ha encargado vuestra protección.

—No la necesito, teniente. El chico Silvano sí.

—No puedo obedecer vuestra orden, mi príncipe.

—Debes hacerlo, y si mi padre estuviera aquí, te lo diría él mismo. Asumo toda la responsabilidad si algo inapropiado me sucediera, siendo el Rey Vorn'asté mi testigo.

Lainon miró fijamente al príncipe, y luego al rey Alpino antes de inclinarse rígidamente.

—Descuida, Lainon. Yo me encargaré de la seguridad del Príncipe Handir—aseguró el rey.

—Entonces lo haré, mi príncipe —respondió Lainon.

—¿Qué edad tiene este muchacho, *Fel'annár* decís? —preguntó el rey.

—Cincuenta y dos años, mi señor —afirmó Handir.

—*¿Qué?* —soltó el Príncipe Sontúr, seguido de una risita incrédula —. ¿Cómo lo permitís? No es más que un adolescente.

—Es un triste hecho, una necesidad en Ea Uaré, mi señor —dijo Pan'assár con audacia, con la mandíbula tensa ante la crítica percibida—. Nuestras tierras sufren incursiones constantes, príncipe. La batalla es una realidad cotidiana.

Handir asintió al comandante, pero la expresión del Príncipe Sontúr seguía siendo escéptica.

—Pues bien, esperaremos noticias de vuestro rey, príncipe —dijo el Rey Vorn'asté—. Mientras tanto, Lainon queda asignado al muchacho Silvano, y vos sois libre de continuar vuestro aprendizaje con Lord Damiel. Comandante Gor'sadén, me gustaría conocer los resultados de vuestras investigaciones, si fueran necesarias alteraciones en nuestras defensas.

—Por supuesto, mi rey.

Con un asentimiento, Vorn'asté se marchó con Damiel a su lado.

—¿Puedo retirarme? —preguntó Lainon.

Pan'assár se volvió hacia él, con una creciente sospecha en su mente, de que quizá Lainon sabía mucho más de la historia del hijo bastardo; de hecho, había sido el guardia de Handir en aquel entonces y había estado en la plena confianza del rey.

—Teniente. —Asintió lentamente.

Saludando, Lainon se marchó, evitando cuidadosamente la mirada de Pan'assár. Exhaló un poderoso suspiro mientras recorría los corredores hacia la Casa de Curación. Gor'sadén, Vorn'asté, Sontúr y Damiel parecían favorablemente inclinados hacia el muchacho, mientras que Handir fingía mantenerse neutral, sin querer mostrar la más mínima preocupación por su bienestar. Era Pan'assár quien estaba completamente en contra de él, el mismísimo líder del Círculo Interior de Ea Uaré. No necesitaban más enemigos; ya tenían suficientes, aunque por ahora, se mantenían principalmente en las sombras, sin nombre salvo uno. Band'orán, hermano de Or'Talán.

No había tiempo que perder, pues ahora que la noticia había sido oficialmente divulgada, no se atrevía a dejar a Fel'annár solo, y no confiaba en nadie salvo en los miembros de La Compañía. Necesitaba hablar con los demás, necesitaba montar guardia sobre su protegido.

Necesitaba ver a Tensári.



Gor'sadén observaba a Pan'assár. Era muy consciente de la vergüenza que sentía de su amigo, pues había perdido los estribos, había expuesto la profunda división cultural del Gran Bosque ante los señores de un reino extranjero, y había discutido con su príncipe en público.

Cuando Pan'assár se dispuso a marcharse, Gor'sadén se puso a su lado, sin querer dejarlo solo, pues Pan'assár estaba ahora volátil, y por mucho que Gor'sadén le quisiera, no confiaba en él, no después de lo que acababa de presenciar. Era como si algo se hubiera roto, algo que su amigo había protegido pero que se había escapado de sus manos y no podría ser contenido. Caminaron por los corredores casi desiertos en silencio, hasta que Pan'assár no pudo soportarlo más.

—Por todos los dioses, Gorsa, dilo de una vez, maldita sea, y acabemos con esto.

—De acuerdo. Eres un necio que no puede contener su lengua rebelde. Tu odio me repugna, y me atrevería a decir que Vorn'asté y Damiel sienten lo mismo.

—Me importa una mierda Desviada lo que piensen. No saben nada de nuestras preocupaciones. *Tú* no sabes nada.

—Sé que estás fuera de control, Pan. Para, mírate. Estás furioso, ¿y por qué? ¿Con qué? Te lo diré. ¡Estás furioso contigo mismo!

—¡Contén tu lengua, comandante! —Se detuvo y tiró con fuerza de la manga de Gor'sadén, obligándole a parar y volverse—. Ese muchacho...

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —le interrumpió Gor'sadén—. ¿Qué representa para ti, Pan?

Pero no pudo responder, y en su lugar, retiró la mano y continuó su marcha hacia adelante, hacia la Casa de Curación, se dio cuenta Gor'sadén con un sentimiento de creciente ansiedad.

~

Con los primeros movimientos de los pacientes que despertaban y los pasos apresurados de los sanadores, Idernon supo que debía

levantarse y vestirse. Le dolía la cabeza, pero, aun así, Fel'annár le necesitaba y estaba demasiado lejos. Los segundos que le separaban de su amigo de toda la vida parecían leguas ahora que su identidad era conocida y se encontraban en territorio extranjero. No confiaba en nadie excepto en sí mismo y en La Compañía, y quizás en Galadan.

Al sentarse, balanceó las piernas por el borde de la cama y buscó su ropa, sin encontrar nada. Sus ojos se posaron en Ramien, él mismo con una larga túnica de lino. Le resultaba extraño en alguien tan corpulento. Le recordaba a su infancia en Lan Taria. Los niños vestían túnicas como estas para dormir, pero siempre habían parecido extrañas en el Muro de Piedra. Idernon resistió el impulso de sonreír burlonamente y luego se enfadó consigo mismo por permitir que su mente divagara en un momento como este.

La noche había sido larga, y ninguno de ellos había encontrado descanso. Habían pasado horas antes de que los sanadores finalmente les permitieran sentarse junto a la cama de Fel'annár, y, aun así, solo uno a la vez. Los asistentes visitaban constantemente para administrar medicinas y limpiar las heridas infectadas de su costado, pero aun así no despertaba, aunque una ligera capa de sudor cubría su frente. Idernon había sucumbido finalmente al agotamiento y se había arrastrado hasta su cama, pero con la llegada del amanecer, había despertado sin poder volver a dormir, porque su aguda mente no paraba de analizar su situación. Se salvó de sus propios pensamientos por el resto de La Compañía y la llegada de un Lainon de aspecto bastante pálido.

—Hermanos. Traigo noticias urgentes —dijo el Ari'atór mientras ayudaba a Carodel a ponerse en pie—. ¿Quién está con Fel'annár? —preguntó.

—El teniente Galadan está con él, y el mismo Príncipe Sontúr acaba de llegar; es sanador, al parecer —dijo Galdith.

—¿Qué noticias hay de Fel'annár? —preguntó Lainon mientras caminaban juntos hacia la sala abierta donde sabían que yacía su amigo.

—No dicen nada, y los sanadores silenciosos siempre me preocupan —dijo Galdith con profundo ceño.

—Me han reasignado a la seguridad de Fel'annár —comenzó Lainon con urgencia, su voz lo suficientemente alta para que ellos le oyeran. Informaría a Galadan más tarde—. Tenemos que protegerle, hermanos. No confiéis en nadie, ¿me entendéis?

Con un asentimiento y una mirada aprensiva entre ellos, pronto estuvieron junto a la cama de Fel'annár. Galadan se situó en una esquina mientras el Maestro Aranè y Sontúr se inclinaban sobre la cama.

El estómago de Idernon dio un vuelco al ver a Fel'annár. —¿Cuál es su estado, mi señor? —le preguntó a Sontúr, pero fue Aranè quien le respondió.

—Tiene una mordedura infectada aquí en el costado, y esta herida de flecha la sufrió hace algunos días, también infectada. Este tobillo está torcido. Cuatro costillas de este lado están fracturadas, y este hombro fue dislocado con ciertos daños en los ligamentos. Sospechamos que tiene conmoción cerebral, pero hasta que despierte no podemos estar seguros. Y a eso añadimos hipotermia y agotamiento.

—¿Está su vida en peligro? —preguntó Idernon con cierta ligereza. No miró al sanador cuando este le respondió.

—Quizás, guerrero, pero si es tan fuerte como parece, tiene posibilidades de sobrevivir.

Idernon se pasó una mano por su pálido rostro y luego se volvió hacia el resto de La Compañía, todos ellos pálidos tras el pronóstico algo precario de Aranè, pero también había complicidad silenciosa en sus ojos, incluso en los de Galadan, que fue el único en romper el silencio.

—Qué gracia ha sido concedida a este muchacho no lo puedo decir —murmuró—, pero lo anclaremos aquí, Aria es mi testigo.

Aranè asintió secamente a Galadan y luego se marchó. Sontúr se quedó preguntándose cómo este teniente Alpino podía ser tan diferente al comandante que acababa de ver en las cámaras de su padre. Él mismo había sentido la necesidad de venir aquí nada más ser despedidos por el rey, para interesarse por la salud del muchacho, su curiosidad venciendo a la tentación de dormir. Se alegraba de haberlo hecho, porque Galadan había, en cierta medida,

restaurado su fe en los Alpinos de Ea Uaré, y los jóvenes guerreros Silvanos le habían recordado que los nativos del bosque eran elfos comunes, nobles y leales como cualquier guerrero Alpino que conociera. Solo podía esperar que el muchacho se recuperara después del sacrificio que había hecho. Sin embargo, Pan'assár no había quedado impresionado, y eso le había sorprendido.

Sontúr se sentó junto a la cama, escuchando la tranquila conversación de Lainon y el resto de los guerreros. No podía oírlo todo, pero sabía que Lainon les estaba informando, quizás advirtiéndoles, y se alegraba por ello.

Un alboroto les llamó la atención hacia las puertas principales de la Casa de Sanación y, como uno solo, La Compañía y Galadan se levantaron, al igual que Sontúr, con el corazón hundiéndose cuando vislumbró a los dos comandantes que avanzaban hacia la cama. Pan'assár estaba más enfadado que durante su consejo de la madrugada, pues su rostro estaba enrojecido y sus ojos brillaban con ira apenas contenida. Gor'sadén le saludó con un gesto desde detrás del rígido hombro de Pan'assár. Había una advertencia en ello.

—Apartaos de mi camino, guerreros —ordenó Pan'assár cuando se detuvo ante la muralla de guerreros, con Galadan y Lainon directamente frente al lívido comandante. Hizo falta una mano apaciguadora de Gor'sadén para que obedecieran. Aun así, no se alejaron más allá de la distancia de un brazo cuando Pan'assár se acercó para quedarse de pie sobre Fel'annár, mirándole en silencio. Otros verían conmoción e incredulidad en el rostro del comandante, pero para quien le conocía como un hermano, vio culpa, arrepentimiento y luego completa derrota. Pan'assár parecía perdido, incluso confundido, como si no supiera qué pensar, qué sentir. Había una guerra en su mente, una guerra para la que Pan'assár no tenía las armas para ganar. Pan'assár se giró, levantó la cabeza y se alejó furioso.

Gor'sadén dio al resto un gesto de aprobación y quizás agradecimiento, y luego se marchó tras su amigo. Pan'assár había estallado, y Gor'sadén sabía que sería su única oportunidad para mirar en la mente de su amigo, para finalmente entender por qué

había caído de la gloria; para saber, por fin, qué ocurrió el día que falleció Or'Talán.



El paso de Pan'assár se había vuelto más largo y rápido cuanto más se acercaban a las puertas exteriores del palacio real. Su respiración era errática, sus músculos tensos. Gor'sadén no se atrevió a hablar todavía, no hasta que estuvieran solos.

Pasaron las puertas principales y las miradas curiosas de los pocos con quienes se cruzaron en el camino. Gor'sadén solo era medio consciente de ellos, pero Pan'assár estaba ajeno a todo excepto a su propia huida.

Finalmente, salieron al exterior. El cielo se había suavizado a un azul medianoche que era más claro tras las lejanas montañas, sus formas aún negras contra el cielo del alba temprana. Era una especie de luz que avanzaba sigilosamente, una alusión a algo que estaba por llegar pensó Gor'sadén. ¿De qué color sería? ¿Qué clase de mundo pintaría?

La nieve crujía bajo sus pies mientras llegaban a las laderas rocosas y Pan’assár bajaba, con Gor’sadén justo detrás. Sin embargo, no pudo resistir una última mirada cuando el sol finalmente asomó por el horizonte. El cielo estaba iluminado con rojos y naranjas impactantes, y su camino montaña abajo de repente se bañó en oro, el tímido calor del sol dándole fuerzas.

—Pan'assár —llamó Gor'sadén.

El comandante del bosque se detuvo, pero no se volvió, sus puños apretados dolorosamente a los costados. —Todavía recuerdo ese día. Es como si mi vida simplemente se hubiera detenido, como si no pudiera avanzar. Noche sin amanecer. Todo se volvió oscuro ese día.

Gor'sadén se sobresaltó. Pan'assár estaba hablando por primera vez sobre la última batalla de Or’Talán, así sin más. Años de silencio se interponían entre ellos sobre el tema, un silencio que pensó que nunca se rompería, y sin embargo aquí estaba mientras una parte

del rompecabezas se desentrañaba. —¿Qué pasó, Pan? Nunca me diste la historia completa.

—No quieres oírla.

—Sí quiero. Debo hacerlo. Tienes que contármelo, Pan.

—No.

El comandante reanudó su marcha descendente, más rápido ahora, la nieve suelta siguiéndole como si caminara en agua. Gor'sadén se lanzó hacia delante y le cogió del brazo, girándole para enfrentarlo, solo que titubeó ante la feroz expresión en el rostro de Pan'assár, cruda y sin protección, un rostro bañado en sombras mientras el sol continuaba elevándose detrás de él.

—Dímelo, Pan. Libérate de estos fantasmas que te acechan, que te hacen un elfo menor. Te has desvanecido, hermano. Has perdido tu camino, tu senda. Me gustaría ayudar, pero debes decírmelo.

—No puedo.

—Sí puedes. Mira el amanecer frente a ti, no la noche detrás.

—*¡¡Basta!!* —tronó Pan'assár, liberando su brazo, con los ojos brillando peligrosamente, pero Gor'sadén sabía que era la única manera con Pan'assár: empujarle más allá de su capacidad para controlar sus emociones, y estallaría. La verdad seguramente seguiría.

—No voy a parar —dijo Gor'sadén—. Él también era mi hermano, ¿o lo has olvidado? Yo le quería tanto como tú; aún le quiero, pero no dejaré que su muerte sea mi fin. No me convertiré en una leyenda viviente como tú, algo del pasado para ser venerado y temido, condenado a desvanecerse en los anales de nuestras memorias. Eso eres tú, hermano; es en lo que te has convertido. Estás desgastado y cansado, cruel y vengativo, estás atrapado en un bosque que no amas, obligado a servir a un pueblo que no respetas...

Una mano enguantada salió disparada y agarró a Gor'sadén por el ornamentado cuello de su túnica interior. Pan'assár estaba fuera de control, su rostro contorsionado en una mueca de dolor y pena, de ira que Gor'sadén rara vez había visto en su cara. Sus ojos azules ya no eran helados sino oscuros y peligrosos, brillando con agresividad apenas reprimida.

Otra mano, igualmente enguantada, salió disparada y envolvió el puño de Pan'assár. —¿Qué fue lo que ocurrió, comandante? ¿Qué sucedió en el bosque que te llevó por la senda del odio?

—Ellos lo mataron, Gor'sadén, tan seguro como si le hubieran puesto una espada en la garganta y se la hubieran cortado ellos mismos. Los Silvanos no habían retirado a su gente como se les había ordenado. Se habían quedado en un territorio traicionero que sabíamos sería invadido. Cuando la tropa Silvana se dio cuenta de que aún quedaban civiles, se rebelaron contra los dictados de su rey y rechazaron la orden de retirarse. Or'Talán debería haber insistido, pero los amaba demasiado para abandonarlos a su suerte. Dio la orden de entablar una batalla que seguramente sabía que se perdería. La lucha fue feroz, y los Señores de la Arena capturaron vivo al rey. —Tomó una fuerte bocanada de aire, con los ojos abiertos y perdidos—. Incluso mientras luchábamos, lo cortaron en pedazos ante nuestros propios ojos —rugió, con los labios temblando mientras las lágrimas finalmente se desbordaban y caían gruesas sobre su peto—. Miembro a miembro lo descuartizaron —gritó mientras sacudía el cuello de Gor'sadén, con los ojos nadando en miseria—. Lo intenté, intenté detenerlos, pero su rabia era terrible, su alegría ante mi desesperación solo servía para prolongar la terrible violación de nuestro hermano.

La mano de Pan'assár perdió tensión, y se dio la vuelta para luego sentarse torpemente en el suelo. Gor'sadén le miró desde atrás, con el corazón martilleando en su pecho, una sensación aplastante de dolor oprimiéndole.

—Y así ves, ellos mataron a su propio rey, ¿y para qué? ¿Dos inútiles leguas de bosque moribundo? No puedo amarlos, Gorsa. No puedo respetarlos, porque todo lo que puedo ver es su traición, su egoísta adoración por el bosque, un bosque que amaban más que a su rey. Cómo se atreven... —susurró al viento.

Gor'sadén no pudo contestar, no pudo hablar, pues su garganta estaba apretada de dolor y pena, su pecho tan pesado que dolía.

Pan'assár se puso de pie lentamente. La ira se había ido, dejando los restos demacrados de un señor guerrero antes poderoso, vacío y entumecido. Pan'assár odiaba al pueblo Silvano porque se negaron a

abandonar su bosque y Or'Talán había pagado el precio, y también se odiaba a sí mismo, por no haber podido llegar al rey a tiempo. A partir de ahí, habría sido demasiado fácil para alguien tan roto deslizarse hacia el odio irracional, porque, ¿no era eso mejor que aceptar la culpa?

Regresaron a sus habitaciones lenta y silenciosamente, pero la mente de Gor'sadén avanzaba rápidamente. Creía entender ahora por qué Pan'assár odiaba a Fel'annár. Era medio Silvano, y sin embargo compartía el mismo rostro de Or'Talán. Cruel paradoja, el recordatorio perfecto de que Or'Talán había muerto por amor al pueblo Silvano. Fel'annár era lo único que sintetizaba el odio irracional de Pan'assár, y su amor.



Era media tarde cuando un pálido y extrañamente sereno Pan'assár había escuchado los informes de Galadan y Silor sobre la batalla y el arduo viaje a Tar'eastór. Gor'sadén había intentado sin éxito convencerle de posponer su reunión hasta el día siguiente, pues no habían dormido y la revelación de Pan'assár pesaba sobre ellos como un gran cortinaje de terciopelo. Pero Pan'assár se había negado, y Gor'sadén le había acompañado, manteniéndose discretamente cerca por si fuera necesario. Se había erizado en muchas ocasiones durante los informes, pero había contenido su lengua como sabía que debía. Ya habría tiempo para hablar más tarde.

Galadan había permanecido tranquilo y distante, clínico en su relato de los acontecimientos, mientras que Silor había estado a la defensiva un momento y luego al ataque al siguiente.

Silor había mentido cuando dijo que solo había un punto de ataque, había mentido otra vez cuando no explicó su intercambio con Fel'annár. Luego había desobedecido las órdenes de Galadan dos veces: primero cuando no lideró el contingente occidental en la batalla, y de nuevo cuando llegaron a Tar'eastór y se le ordenó permanecer en servicio hasta que Pan'assár pudiera recibir sus informes. Silor lo había negado todo, pero tanto Pan'assár como

Gor'sadén habían sido comandantes durante muchos años: casi siempre sabían cuando un guerrero estaba mintiendo, y Silor lo estaba. Era demasiado vehemente, demasiado ansioso por apelar a lo que él creía que era su desaprobación compartida hacia los guerreros Silvanos. Pan'assár sabía que le había dado esa impresión. Galadan había insinuado muchas veces que estaba siendo demasiado duro, que Silor era demasiado brusco con las tropas Silvanas, pero Pan'assár no había escuchado, había estado demasiado feliz de desahogar su ira y odio. Sin embargo, ahora, lejos de Ea Uaré, tras una batalla que él mismo no había logrado comandar, en la que parecía que Galadan había tomado todas las decisiones correctas, comenzaba a dudar de sí mismo. El chico Silvano había intentado advertirles y luego había destacado en la batalla, por mucho que Pan'assár quisiera negarlo.

Silor era un necio y un mentiroso, vengativo hasta el extremo, pues había intentado desacreditar a Galadan, un teniente que Pan'assár había elegido para liderar a sus guerreros en muchas ocasiones. También había intentado desacreditar al chico Silvano, lo llamó "engendro demoníaco" y afirmó que su ambición le llevaba a competir constantemente por la aprobación de Galadan a costa de Silor. Bastardo de Thargodén lo *era*, pero había sido *él* quien había salvado a los guerreros supervivientes de una muerte segura, no Silor.

Pero lo que realmente le irritaba era la queja que el padre de Silor había presentado a un comandante extranjero. Lord Sulén era un necio al pensar que podía influir en su decisión respecto al mando de Silor recurriendo a la ayuda de Gor'sadén. Si llegaran a encontrarse, Pan'assár tendría unas cuantas palabras bien escogidas para él, y en cuanto a Silor, Pan'assár lo había relevado del servicio hasta su regreso a Ea Uaré. No tenía sentido tentar al destino, pues el antagonismo con los otros guerreros había quedado dolorosamente evidente. Buscaría el consejo del General Hurén sobre el asunto una vez estuvieran en casa. A pesar de que quería expulsar a Silor del ejército por completo, había consideraciones políticas que debían abordarse.

Y de nuevo, se preguntó cómo se había dejado persuadir para dar a Silor una oportunidad de liderazgo. Recordaba haber estado despreocupado en aquel momento. *Que el chico lo intente*, había pensado. Silor era hijo de una noble casa Alpina, destinado a ser ascendido al Círculo Interior de Capitanes algún día. Galadan lo moldearía o recomendaría que se apartara. Era curioso, porque ahora, Pan'assár no estaba seguro de que hubiera escuchado si Galadan hubiese dado un informe negativo.

Terminado por fin el informe, Pan'assár estudió el mapa que Galadan había utilizado para ilustrar la discusión, y Gor'sadén pronto estuvo a su lado, con sus propios ojos observando los marcadores.

Extendiendo la mano, un largo dedo se posó sobre el segundo punto de ataque desde el oeste. —Un Escucha... —dijo Pan'assár pensativo.

—Un Maestro Arquero... —respondió Gor'sadén—, y Engendro de Galomú, según Silor.

—Silor es un necio. Fel'annár es solo un niño —dijo Pan'assár.

—Y, sin embargo, se gana el respeto de Galadan —dijo Gor'sadén con cautela—. ¿No te recuerda a alguien?

Pan'assár no respondió, pero Gor'sadén vio igualmente la resignación reticente en sus ojos.

—Vorn'asté me ha conseguido un buen vino de Pradera —dijo Gor'sadén. Sin esperar a que Pan'assár respondiera, se alejó para servirles una copa. Al volver, le entregó una a su amigo.

Pan'assár la tomó sin mirar, pues sus ojos seguían clavados en el mapa.

—¿En qué estás pensando? —le animó Gor'sadén.

—En lo diferentes que son los Silvanos. Después de todos estos años, todavía no puedo entenderlos, no como lo hacía Or'Talán. Su perspectiva de la vida me resulta muy extraña, pues dicen que la vida de un árbol equivale a la vida de un elfo, que dejarlos a su suerte sería como abandonar a tu propia familia. No entiendo eso, Gorsa. No puedo. No está en mi sangre Alpina.

—¿Crees que realmente lo creen?

—Eso es lo que dicen. Incluso ahora, cuando el enemigo nos presiona más fuerte que nunca, todavía se niegan a abandonar las

aldeas más septentrionales. No se irán, y mueren, sus hijos son masacrados, y, aun así, no nos dejarán ayudarlos.

—¿Qué es lo que quieren? ¿Cómo resolverían *ellos* el problema? —preguntó Gor'sadén.

—Quieren puestos avanzados permanentes para poder mantener sus aldeas, y nosotros argumentamos que hacerlo diezmaría nuestras fuerzas a lo largo de nuestras fronteras del noreste, que incluso si creáramos esos puestos, el peligro persistiría. No podemos protegerlos si no se apartan del camino de la guerra.

Gor'sadén consideró la cuestión mientras bebía su vino. —Esto es de calidad —murmuró mientras admiraba el líquido carmesí que lamía los bordes de su copa—. Sabes, si alguien me dijera que Tar'eastór debe ser abandonado, que debo dejar las montañas y habitar en las llanuras, no sé cómo me sentiría.

—Lo harías. Dejarías que nuestros guerreros lo recuperaran para que pudiéramos regresar.

—Hay un guerrero en *todos* nosotros, Pan'assár. Quizás los Silvanos creen que es su trabajo defender la tierra, tanto como es deber de un guerrero.

Pan'assár miró fijamente a Gor'sadén, pero no habló durante un buen rato. Luego dijo: —Arriesgan a sus hijos en el proceso.

—Sí. Parece extraño que lo hagan, extraño... si no consideras sus razones. Deben ser poderosas, Pan'assár, porque no creo que sean seres inferiores. No creo que sientan la pérdida de manera diferente a nosotros. Lloran y ríen con la misma facilidad que el resto de nosotros, y si esto es así, ¿qué llevaría a una madre, a un padre, a arriesgar la vida de su hijo a cambio de la vida entre los árboles?

Pan'assár negó con la cabeza, pero Gor'sadén ya estaba hablando de nuevo. —Solo puedo pensar en una cosa que podría conmoverlos tanto. Su naturaleza. Su identidad. El bosque es lo que los hace Silvanos. Aléjalos de ella, y podrían ser Alpinos salvo por la sangre en sus cuerpos. Toma un Alpino y críalo en los bosques, y sería Silvano... abandonar los bosques es convertirse en Alpino, perder su identidad de una vez por todas. Quizás esa es la última frontera para ellos, el último paso en el camino de la aniquilación cultural, en el que los nativos se convierten en los colonizadores. Tal

vez es esto... su percibida aceptación de la derrota... la sumisión definitiva a una cultura extranjera.

Pan'assár respiró pesadamente, y Gor'sadén lo observó mientras negaba ligeramente con la cabeza. —Lamento no haberte contado, hermano, sobre la muerte de Or'Talán. No quería que sufrieras como yo.

Gor'sadén no pudo hablar por un momento mientras intentaba desesperadamente bloquear las imágenes que Pan'assár había pintado del espantoso fallecimiento de Or'Talán, pues no podía imaginarse allí, luchando por su propia vida mientras veía a su hermano cruelmente torturado.

—Lo sé —dijo suavemente—. Pero dime, ¿no puedes encontrar dentro de ti la forma de recuperar tu verdadero yo? ¿el que solía conocer?

Pan'assár giró la cabeza para mirarlo, y por un momento, se quedó callado. —Quizás. Y, sin embargo, el bosque está tan sumido en su agitación, Gorsa. Es difícil ver la salida.

—Dime, ¿por qué seguiste a Or'Talán hace tantos años?

Pan'assár sonrió. —Fue un sueño compartido. Colonizar nuevas tierras está en nuestra sangre Alpina, Gorsa. Recordarás que nosotros, Los Tres, juramos un pacto de apoyo mutuo y protección, pero Orta y yo compartimos otra promesa, una que me unió al bosque. Una vez le juré que, si él caía, yo protegería su legado, protegería a su gente. Fracasé en eso, pues llegué a odiarlos.

—Puedes cambiar eso.

Pan'assár no respondió, y Gor'sadén supo que había conseguido tanto como podía... por ahora.

Tenía que dar un informe a su rey, y también una pregunta, una que concernía a las extrañas palabras de Galadan sobre Fel'annár y su capacidad para Escuchar a los árboles. Había pensado que la figura del Oyente Silvano era cuestión de mito, simple superstición, y sin embargo Galadan, un veterano teniente Alpino se había referido a ello como un hecho.

Estaba intrigado.

~

—¿Estás seguro de que no habría impuestos adicionales?

—Si mi moción es aprobada mañana en el consejo, no habrá impuestos adicionales.

—De acuerdo. Reuniré a mi gente, Lord Band'orán. Es un buen negocio si esas rutas comerciales pueden abrirse.

—Lo serán. Tú y tu gente debéis simplemente seguir confiando en mí, como ya lo hacen muchas de nuestras familias más exaltadas. El bosque produce muchos bienes que codician los humanos de Pradera. Pagarán un buen precio por ellos. Si todos trabajamos juntos, esas rutas podrían estar abiertas en apenas unos pocos meses. Esta oportunidad no debe perderse.

—¿Y tu parte en esto, mi Lord Band'orán? No eres mercader.

—No, no lo soy. Solo pido que me apoyes cuando te necesite.

El silencio siguió a las palabras de Band'orán, pronunciadas como si hablara del tiempo.

—Mi señor, no querría que le ocurriera ningún daño a mi rey...

—Y no ocurrirá, amigo mío. Busco devolver a este reino su grandeza, como lo fue una vez bajo el gobierno de mi hermano. No dañaría a Thargodén, pero no permitiré que continúe con su mal gobierno. En su silencioso dolor nos ha llevado al borde de la ruina, y si caemos por el precipicio, no seremos más que campesinos, pobres y despojados de todo lo que una vez nos hizo grandes. Seremos Silvanos Alpinos, buenos para nada más que balancearse sin rumbo entre los árboles. ¿Es eso lo que quieres, amigo mío? ¿Tú, que naciste en una de nuestras familias más honorables? ¿Tú, que todavía recuerdas la grandeza de los Alpinos, una grandeza que podemos recuperar si todos nos unimos en esto? Thargodén está derrotado; debe dar un paso atrás y permitir que otro gobierne, uno que hará este reino poderoso otra vez, que traerá de vuelta los días gloriosos de honor y renombre.

—Sí, todos queremos eso, Lord Band'orán. Hemos ido a la deriva sin rumbo sobre el recuerdo del gobierno inicial de Thargodén, antes

de que la reina nos dejara, antes de que él la ahuyentara con su infidelidad.

Band'orán sonrió tristemente, aunque su corazón se regocijaba con las palabras del jefe de los mercaderes.

El señor miró al suelo, sacudiendo lentamente la cabeza. —Tienes mi voto, si me prometes que el rey no será dañado, que no lo humillarás. Es el hijo de Or'Talán. Tiene mi respeto.

—Y tiene el mío. Solo busco reconstruir nuestro doliente reino; no es nada personal. Thargodén es mi familia, pero Ea Uaré es mi tierra, mi herencia.

El mercader sostuvo la mirada de Band'orán durante largos instantes antes de hacer una profunda reverencia y marcharse. Band'orán lo observó, y cuando dobló una esquina y desapareció de su vista, su sonrisa se ensanchó. Conseguir que el mercader jefe se pusiera de su lado era una gran victoria, porque con él vendría todo el Gremio de Mercaderes. Band'orán pronto activaría la última parte de su plan, y si Thargodén se interponía en su camino, se ocuparía de él. No había mentido. No dañaría al rey personalmente, pero no dudaría en derrotarlo de la única manera que Band'orán sabía que podía: el dolor, esa era la debilidad de Thargodén, eso y su familia.

La puerta de sus aposentos se abrió una vez más, y entró un elfo con un gran pájaro posado orgullosamente sobre su mano fuertemente enguantada. —Mi señor, un mensaje para vos de Tar'eastór.

Band'orán se acercó, admirando por un momento el peligroso brillo en los ojos de la bestia, su pico curvado y las garras que podían desgarrar la piel de un Sabueso de Montaña y, sin embargo, acariciar una mano con tanta suavidad. Peligrosa y cruda belleza. Extendiendo la mano, desenrolló el pequeño trozo de pergamino y dio la espalda a su cuidador. Sus ojos se posaron en el cifrado, uno que reconocía bien, y cuando terminó de leer el mensaje, sus ojos estaban abiertos de par en par y un escalofrío había invadido todo su cuerpo. «*El necio*», se dijo a sí mismo. Se recompuso y volvió a mirar al elfo que esperaba con una estudiada máscara de fría autoridad. —Vuelve en una hora; enviaré una respuesta.

El elfo asintió y se dio la vuelta, pero el ojo penetrante del pájaro permaneció fijo en Band'orán, y por un momento, el consejero real no pudo apartar la mirada. Sabía lo que era, por supuesto. Era la sombra en su mente, la que a veces le hablaba, la única que se atrevía a decirle la verdad, y que no le temía.

CAPÍTULO 10

El Silencio de Los Silvanos

"Proteger es un acto de amor, y del amor, a veces surge la crueldad. Al ocultar la verdad, protegemos el corazón, protegemos el cuerpo del daño, pero ¿qué hay del alma? ¿Qué hay de la necesidad de cada niño de ser amado por una madre, por un padre? ¿Qué hay de la roca firme de la familia donde las caídas pueden amortiguarse, donde los errores son simples lecciones de vida, y los sueños se alimentan? Todo esto puede perderse por la crueldad del amor."
"Sobre la Naturaleza Élfica. Calro."



Una niebla blanca se arremolinaba ante sus ojos hasta que una mancha oscura comenzó a crecer y menguar. Sus ojos rebeldes intentaron enfocarla, pero eso hizo que su estómago se revolviera y que su cabeza doliera. Parpadeó y luego se estremeció ante el brillante sol sobre su rostro. Cerró los ojos con un suave gemido. Quería darse la vuelta, su cuerpo pesado, entumecido, y, sin embargo, extrañamente inquieto, pero no tenía fuerzas para hacerlo.

—Quédate quieto —llegó la breve orden, y Fel'annár se vio obligado a obedecer, resistiendo la tentación abrumadora de moverse.

—Abre los ojos...

Ya lo había intentado; era demasiado brillante, pero la voz insistía, así que los abrió con cuidado, solo un poco. Afortunadamente, la luz ofensiva se había atenuado, y la mancha oscura frente a él comenzó a tomar forma. Pensó que quizás conocía a este elfo, pero su mente no podía proporcionarle un nombre.

Una mano suave descansó en su frente, cálida y amable. Silencio salvo por el tintineo del cristal y el goteo del agua siendo vertida en un recipiente.

—Bebe.

Algo duro presionó contra sus labios, y bebió, lentamente, porque su garganta ardía dolorosamente. Se dio cuenta de que estaba acostado de lado.

—Fel'annár —dijo el elfo, su cara tan cerca que podía ver las motas plateadas dentro de los iris grises. Una oleada de ansiedad lo golpeó cuando los recuerdos chocaron con su mente que despertaba lentamente.

—¿Qué paso... qué hay de los... los guerreros... —logró articular con un susurro ronco?

—Están a salvo.

A salvo, estaban a salvo... consiguieron regresar.

—Abre los ojos...

Efectivamente, se habían cerrado una vez más, y entonces se dio cuenta de que su cuerpo se movía torpemente, aunque sentía, en algún nivel subconsciente, que él no era responsable de ello. ¿Estaba soñando?, se preguntó, porque el tiempo parecía moverse demasiado lentamente. La niebla estaba ante sus ojos de nuevo, y luego había hojas, ramitas, ramas y más allá, el indicio de un cielo azul sin nubes. Recordó la lluvia y la escarcha, y luego la niebla y los ojos amarillos, dientes rechinantes y pieles malolientes, dolor. Vio a un Centinela de roble luchar, protegiéndolo del incesante ataque de bestias hambrientas; se había sacrificado para que él pudiera vivir. Más atrás en la niebla, y vio a un niño, un bebé sentado en el regazo de un árbol, y a pesar del creciente dolor en su cuerpo, lo invadió una sensación de dicha y miró al árbol, apretando más su mejilla contra la corteza marrón y sintiendo un amor abrumador. La niebla

se espesó, y el cielo se oscureció. Se estaba moviendo de nuevo, y algo le rozó la frente. Una mano sanadora.

—¿Dorainen? —susurró, y Arané sonrió tristemente.



La próxima vez que despertó era de noche. Su cabeza palpitaba al ritmo de su corazón, y su estómago se revolvió. Respira, se suplicó a sí mismo. Algo presionó contra sus labios. No lo quería.

—Bebe.

Giró la cabeza, y la habitación se inclinó hacia un lado.

—Aliviará tu estómago —dijo la voz, tranquila y firme, y de nuevo, el vaso presionó exigente contra sus labios. Bebió. Podía saborear la menta, sentir los vapores mientras le hacían cosquillas en la nariz.

—Abre los ojos.

Los abrió apenas lo suficiente para ver cabello gris derramándose sobre anchos hombros, pero de nuevo, el mundo se inclinó hacia arriba y luego la luz desapareció.

Soñó entonces con imponentes Desviados, bocas putrefactas abiertas, gritando salvajemente, guerreros cayendo sin vida al suelo, sangre brotando de gargantas cortadas. Vio a comandantes Alpinos pisando cruelmente a guerreros Silvanos heridos, rostros burlones y crueles, observando cómo cortaban las Piedras de Honor de sus trenzas y luego las arrojaban al fuego...

Pan'assár estaba de pie en silencio en la puerta abierta, observando cómo Gor'sadén enjuagaba un paño en un cuenco junto a la cama y luego lo colocaba cuidadosamente en la frente febril del muchacho. Fel'annár se calmó, la cabeza cayendo inmóvil hacia un lado, reconfortado por el frío alivio, o quizás era la compañía de Gor'sadén lo que lo calmaba, la fuerza de su alma, mucho más fuerte que la suya. Pan'assár había flaqueado, por dolor e ira. El Rey Thargodén también había flaqueado por las mismas razones, y algo hizo clic en su mente. Fue la repentina comprensión de que necesitaba ayudar a su rey, ayudar a devolverlo a su antiguo

esplendor. Se lo debía a Or'Talán, porque había amado a su hijo, no esperaría menos.

Y si se veía obligado a ayudar a este niño para que pudiera llevar a cabo esta tarea, que así fuera. No era personal; se trataba de deber y expiación.



Sería justo antes del amanecer, pensó Fel'annár, girando la cabeza con cautela. Una gran figura estaba sentada a su lado, como un oso bajo una luna gibosa.

—Ramien —susurró.

—¡Fel'annár! Aquí —dijo el Muro de Piedra, poniéndose de pie con sorprendente rapidez y recogiendo las almohadas descartadas.

Fel'annár movió una pierna bajo la sábana y rodó dolorosamente sobre su espalda con un gemido. Su costado le gritaba de dolor.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí tumbado? —susurró, tratando sin éxito de ocultar la mueca de dolor.

—Casi tres días —dijo Ramien mientras se cernía sobre él.

—Se siente como un mes —murmuró. Ramien metió las almohadas detrás de la espalda de Fel'annár para que pudiera sentarse. Un gemido fue su recompensa, y Ramien le dio una palmadita ligera en su hombro bueno como lo haría una madre con su hijo travieso.

—Aquí —dijo Ramien, sosteniendo un vaso de agua frente a Fel'annár, quien lo tomó con su propia mano temblorosa.

—Solo para que lo sepas, La Compañía está bien —dijo mientras trabajaba, arreglando las sábanas de la cama.

Fel'annár cerró los ojos por un momento y luego miró a Ramien, con la mirada aún un poco borrosa—. ¿Y Galdith?

—Ha sido recibido como un hermano, como parte de La Compañía.

Las cejas de Fel'annár se elevaron, y una sonrisa tensa bailó sobre su rostro pálido. Su mente aletargada recuperó los recuerdos de las secuelas de la batalla, su lucha por sobrevivir, la extraña

muerte de Dorainen. Su sonrisa se desvaneció, y un dolor punzante le arrancó otro gemido.

—Ten cuidado, hermano. Quédate quieto. Arané o Sontúr estarán aquí en breve.

Fel'annár murmuró algo ininteligible mientras se acomodaba lo mejor que podía. Sabía que no iría a ninguna parte por el momento, pero le preguntaría al sanador cuánto tiempo pasaría antes de que pudiera volver al servicio activo, a su entrenamiento.

—Fel'annár —dijo Ramien, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Qué?

—Ellos lo saben.

Fel'annár miró a su amigo como si fuera a continuar. Pero Ramien no lo hizo, y entonces asintió lentamente. La ansiedad surgió de las profundidades de su mente, pero estaba demasiado cansado, con demasiado dolor para prestarle atención. Apoyó la cabeza una vez más y cerró los ojos.

—¿Qué traerá el día, amigo mío? —susurró cansadamente.

Ramien negó con la cabeza, pero no respondió, y pronto, Fel'annár volvió a dormirse.



Al día siguiente, los sanadores le habían dicho a Gor'sadén que Fel'annár estaba durmiendo y que no debía ser molestado, así que había ido en busca de Vorn'asté y quizás respuestas a sus preguntas. Encontró al rey en su estudio con Sontúr.

—Mi rey, príncipe —se inclinó y luego se sentó frente al impresionante escritorio de Vorn'asté.

—¿Y bien? ¿Conseguiste ese informe?

—Lo hice. He realizado algunas pequeñas modificaciones en los turnos de servicio, y el hijo del Lord Sulén ha sido suspendido de sus funciones hasta nuevo aviso.

Sontúr contuvo la respiración mientras el rey trataba de contener la sonrisa burlona que tiraba de las comisuras de sus labios—. Es una lástima —dijo despreocupadamente.

—En efecto —respondió Gor'sadén—. Sin embargo, hay algo que quisiera preguntarte, Vorn'asté, algo que sé que has estudiado extensamente.

—¿Y qué sería eso? —preguntó, todavía distraído con algún papel que Sontúr había colocado frente a él.

—Magia.

Rey y príncipe se quedaron inmóviles, y luego miraron a Gor'sadén con recelo.

—Tenemos un *Oyente* entre nosotros, o eso dice el Teniente Galadan.

—¿Un Oyente? —repitió Vorn'asté, ya poniéndose de pie, con los ojos dirigiéndose a su biblioteca privada, a los libros en los estantes más altos—. Cuéntame todo lo que sabes, Gor'sadén.

Y el comandante lo hizo. Mientras hablaba, el rey escuchaba y luego sacaba libro tras libro de sus estanterías hasta que se sentó ante un escritorio apilado con tomos encuadernados en cuero sobre mitología, antropología y tradiciones. El Príncipe Sontúr se había marchado, poco impresionado con el creciente entusiasmo de su padre: Gor'sadén conocía bien el escepticismo de este príncipe hacia todas las cosas que "no podían ser explicadas". La magia no existía, decía, solo fenómenos inexplicados que algún día serían explicados.

Gor'sadén finalmente había arrancado un gesto de asentimiento del rey cuando había sugerido hablar con el muchacho, abordar el tema y medir su disposición, o falta de ella, para hablar de sus habilidades, pero el rey estaba perdido en su pasión por la lectura, y así Gor'sadén se fue en busca de sus propias respuestas.



Lainon había buscado en todas partes, y maldita sea, no tenía mucho tiempo. Había dejado a Fel'annár con La Compañía y Galadan. Aun así, la responsabilidad era suya. No se quedaría ausente más de lo necesario, aunque el propio Galadan había insistido en que se tomara la tarde libre.

Había estado en los barracones y luego había recorrido los campos de entrenamiento. Nada. Había almorzado en el comedor y seguía sin encontrar nada. Visitó los establos, las salas de logística, los baños públicos. Había preguntado a cada guerrero con el que se cruzaba... pero Tensári no se veía por ninguna parte.

Derrotado, Lainon caminó sin rumbo, y sus pies lo llevaron a través de las puertas de la ciudad y hacia abajo. Caminó durante un rato, perdido en sus pensamientos, y cuando finalmente salió de su introspección, se encontró en un lugar que no había visitado en más de un siglo: una cresta baja, en cuya cima había una torre de vigilancia abandonada. Su sonrisa fue escasa mientras miraba hacia arriba y hacia la torre en ruinas en lo más alto. Era un eco de un pasado espléndido en el que había conocido el amor en su forma más pura. Sus pies se movían, hacia arriba y sobre el terreno escarpado. A veces tendría que subir con la ayuda de sus manos, y cuando finalmente alcanzó la cresta, se detuvo en seco. Sobre la torre en ruinas, a unos dos metros por encima de él, una Ari'atór se sentaba sobre lo que quedaba del muro, con un pie colgando sobre el borde y el otro doblado a la altura de la barbilla.

Tensári.

Su corazón dio un vuelco. No había pensado encontrarla aquí, ni siquiera que se recordara de este lugar. Pero se había equivocado, y sus pies se movían una vez más, la mirada fija en su espalda mientras subía.

Ella no se giró, aunque Lainon sabía que lo había sentido, y cuando finalmente se detuvo detrás de ella, habló—. Y así ves, no he olvidado.

Sus palabras lo tomaron por sorpresa, y por un momento, no supo qué decir. Recordó los días que habían compartido antes de que Lainon la dejara. En sus numerosas excursiones desde Valle hasta la ciudad capital de Tar'eastór, a menudo venían aquí, a veces para hablar, a veces para llorar a un guerrero caído, pero la mayoría de las veces era por el amor que compartían. Este lugar estaba lleno de recuerdos de días más ligeros y corazones esperanzados, hasta que Lainon había estropeado lo que tenían, por deber, por fe en algo que no había entendido en aquel momento.

—Tampoco yo, Tensári. Nunca podría olvidarte —dijo mientras se acercaba más a ella, mirando hacia abajo a la corona de su cabeza, pero ella no se giró, sino seguía contemplando el horizonte irregular más allá de la torre, hacia el norte y hacia Valle, donde sus hermanos y hermanas luchaban para defender la Fuente, donde él había pensado que ella todavía estaría.

—Sin embargo, algunas cosas son más importantes. Tu fe en Aria, una fe que yo he perdido casi por completo.

Lainon frunció el ceño, ante sus palabras y el tono que había empleado—. ¿Has perdido tu fe?

—¿Cómo no podría hacerlo? —preguntó, recogiendo sus pies bajo ella y poniéndose de pie, solo ligeramente más baja que Lainon —. Aria me había mostrado a mi alma gemela y luego me lo arrebató como para burlarse de mí —. Sus últimas palabras fueron bruscas, y se volvió hacia donde estaba su mochila. La recogió, incluso mientras Lainon hablaba una vez más.

—No es crueldad gratuita, Tensári. Aria no busca el sufrimiento de los demás. Hay una sucesión de acontecimientos, un conjunto de oportunidades que la vida nos ofrece: o las tomamos o las rechazamos. Es el resultado de esas oportunidades que aceptamos lo que moldea la naturaleza de nuestras vidas. No podemos culpar a los poderes de este mundo por las decisiones que tomamos.

Tensári alzó una ceja oscura y sonrió. —Habrías sido un excelente Ari'atór Espiritual, Lainon. Tu fe es mucho más fuerte que la mía.

—Y esa fe me ha traído de vuelta a ti —murmuró él mientras se acercaba con una suave sonrisa que ella no correspondió.

En su lugar, su mano áspera y callosa se elevó para acariciar su mejilla cobriza oscura. —Te ha traído de vuelta, pero te irás de nuevo, para seguir tu destino.

—Sí —admitió él mientras su propia mano alcanzaba el rostro de ella, permitiendo que sus dedos acariciaran suavemente su piel, la curva de su oreja—. Pero dime, ¿qué te impide a ti ahora regresar conmigo?

—El orgullo, y la duda que albergo sobre tus sentimientos. — Lainon hizo ademán de hablar, pero Tensári levantó una mano

pidiendo silencio—. Duda, porque sigues tu camino; tu destino gira en torno a algo que no puedo entender... querrías que yo encajara en esos planes, pero no soy la instigadora de ellos.

Lainon la miró fijamente, pues no podía refutar sus palabras. Con un largo suspiro, apoyó su frente contra la de ella, susurrando palabras del corazón pegado a su piel. —No sabía cuál era ese camino, Tensári, solo que existía y que debía seguirlo. Te dejé por deber —dijo, sosteniendo ahora la cabeza de ella entre ambas manos, con los pulgares acariciando las comisuras de sus ojos rasgados—. Pero esto no trata sobre el amor. Se trata de Aria, no del deber de un guerrero hacia su rey sino del deber de un Ari'atór hacia este mundo. No puedo rechazar a Aria, tan ciertamente como no puedo dejar de amarte.

—Entonces dime, al menos, que has llegado a entender, para que yo también pueda comprender.

—Lo he hecho. Hay alguien a quien debo proteger. Existe un Ber'anor en este mundo.

Para cualquier otro elfo, el comentario habría sido críptico en el mejor de los casos, pero para un Ari'atór tenía perfecto sentido. De repente, todos los años de su obstinada soledad se desvanecieron, desmoronándose en el pasado tan certeramente como la torre sobre la que se encontraba. Sus ojos azules se humedecieron y luego las lágrimas rodaron por sus mejillas, lágrimas de absoluto alivio.

Él *sí* la amaba. Nunca había tenido elección.

~

Los días siguientes fueron un borrón mientras el día se convertía en noche y luego el día regresaba una vez más, pero Fel'annár no sentía el paso del tiempo. Hoy, sin embargo, al despertar, pensó que quizás su cabeza había cesado su motín y su cuerpo no le dolía tanto. Incluso había logrado comer un poco, para deleite de Ramien.

Más tarde, Arané, a quien Fel'annár ahora sabía que era el maestro sanador, le había visitado. Lo había palpado y presionado, examinado sus ojos y haciendo demasiadas preguntas, solo para

declarar de inmediato que estaba fuera de peligro y en camino a una recuperación completa. La Compañía había vitoreado, arrancando algunas sonrisas de dientes blancos a los sanadores que pasaban; incluso Arané había puesto los ojos en blanco afectuosamente y luego apartado sus manos cuando le daban palmadas en el hombro y la espalda.

Fel'annár se recostó ahora, escuchando la tranquila charla de La Compañía y Galadan, para sorpresa de Fel'annár, pues recordaba al teniente como un elfo de pocas palabras.

—Debemos presentarnos ante el Capitán Comon en los cuarteles, una vez que Fel'annár y Carodel estén en condiciones de servir. Al parecer, vamos a ser incorporados a las patrullas rutinarias de Tar'eastór —dijo Galadan, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Nosotros, como todos nosotros? —preguntó Idernon.

—Sí. Pero hay más —continuó Galadan—. Ramien, Idernon, Carodel. A partir de hoy se os contará como guerreros. Tendréis vuestra ceremonia cuando regresemos al bosque, me aseguraré de ello.

Idernon se levantó bruscamente, su silla arañando la piedra al ser empujada hacia atrás, pero no habló. Ramien y Carodel se pusieron lentamente de pie junto a él, y Galadan se levantó para encontrarse con ellos.

—Haced que nuestra nación se sienta orgullosa, guerreros. Servid conmigo en la guardia de Tar'eastór: mostrad qué significa ser un guerrero Silvano.

Los tres recién nombrados guerreros parpadearon ante las inesperadas palabras de Galadan y luego sonrieron con orgullo, y Fel'annár no pudo hacer menos. El rostro de Galadan, sin embargo, estaba tan serio como siempre. ¿Cómo lo hacía?, meditó Fel'annár. Lo único que *sí* sabía era que cuanto más pétreo se volvía el rostro del teniente, más profundamente parecía sentir; era un mecanismo de defensa, quizás, reflexionó Fel'annár.

Los Alpinos eran extraños.

Charlaron hasta bien entrada la tarde, y Fel'annár dormitó un rato, cómodo por primera vez en días. Le dejaron entonces, excepto Lainon, que permaneció a los pies de su cama, dejando a Fel'annár a

solas con el revoltijo de su cabeza: la batalla y sus secuelas, Silor, Dorainen, su don con los árboles y.... su padre.

Recordaba las palabras de Lainon, que Thargodén había amado a su madre, una plebeya Silvana. Juntos, habían creado un hijo por razones que Fel'annár no podía comprender. Necesitaba entender por qué.

Te estábamos protegiendo.

No era necesario. Habría entendido; habría permanecido en silencio.

Te estábamos protegiendo.

Pero ¿por qué? El rey tenía un hijo ilegítimo del que nadie debía preocuparse. Simplemente sería ignorado por la mayoría, despreciado en el peor de los casos, pero seguramente eso era todo. ¿De qué creían que lo estaban protegiendo?

De repente se dio cuenta de que su diálogo con Aria no le había sorprendido en absoluto; de hecho, le había parecido natural, y pensó que quizás lo echaría de menos si los árboles se quedaban en silencio. Por primera vez, se dio cuenta de que siempre había hecho esto; era tan natural para él como respirar.

Sus ojos cayeron sobre el diario en su regazo. Su aparición no era menos que un milagro, pues todo lo demás se había perdido aquel día. Los Desviados habían destruido todo a su paso: comida, cofres con provisiones, y regalos para la corte de Vorn'asté, todo... excepto este sencillo e insignificante diario. Una mano cortada y magullada acarició la cubierta de cuero y luego lo abrió. El rostro de Galdith le devolvía la mirada, su último boceto, y pensó que había captado bastante bien al nuevo miembro de La Compañía: tan ardiente y apasionado, tan expresivo, tan genuinamente Silvano.

Después de Galdith venían Idernon, Ramien, Carodel y Lainon. Más atrás estaba Amareth, y su garganta se sintió gruesa y pesada. Seguían Golloron y Erthoron, luego sus maestros de escuela, el panadero y su instructor de armas. Dalia le miraba con ojos traviesos, pero ni siquiera *ella* pudo traer una sonrisa a su rostro o detener la oleada de emociones agitadas. ¿Cuántos de ellos le habían mentido? Eran su familia, y para alguien que no tenía madre ni padre, no había nada más sagrado.

En la última página estaba el dibujo del joven señor que Fel'annár había visto el día en que se había convertido en novicio: Handir, su medio hermano. Sus ojos se desviaron hacia el vaso de agua a su lado, y se estiró para alcanzarlo justo cuando Lainon se giró. Esperando a uno de La Compañía o quizás a un sanador, casi lo derrama cuando se dio cuenta de que era un extraño quien se acercaba; un señor, un comandante Alpino. Por el rabillo del ojo vio a Lainon saludar y luego salir de la habitación, solo para hacer guardia allí, aunque de espaldas a Fel'annár.

—Mi señor —llamó, haciendo ademán de devolver el vaso, pero la palma extendida del comandante le detuvo inmediatamente. Fel'annár miró el emblema de una espada ardiente en la coraza del guerrero, el emblema de Gor'sadén. Quiso encogerse, reducirse para poder escabullirse por el balcón, pues estaba conociendo a una leyenda... tumbado en una cama en pijama: no era así como había imaginado conocer a Lord Gor'sadén, el poderoso comandante, uno de Los Tres, un elfo al que había venerado toda su vida.

Gor'sadén sonrió amablemente. —¿Puedo? —preguntó, señalando una silla cercana.

—Por supuesto, mi señor, por favor —dijo Fel'annár. Por qué había venido a visitarle, Fel'annár no sabría decirlo, pero el señor se quedó mirándole, hasta que la firme mirada azul se volvió incómoda.

—Perdone mi aspecto atroz, mi señor —dijo Fel'annár.

El comandante esbozó una sonrisa y luego cruzó las piernas, colocando un libro que había traído consigo sobre sus rodillas. Miró hacia el diario abierto frente a Fel'annár, inclinándose para observar mejor el sencillo retrato que allí aparecía.

—Ah, tu hermano —aventuró, sus ojos encontrándose desafiantes con los de Fel'annár, claramente consciente del riesgo que tomaba al abordar este tema sin el más mínimo preámbulo. De hecho, había dejado a Fel'annár sin palabras, y el arrepentimiento destelló en sus ojos por un momento—. Estamos al tanto de la historia, Fel'annár. Ha llegado a nuestro conocimiento.

Fel'annár simplemente asintió y luego apartó la mirada, angustiado.

—¿Te avergüenzas? —preguntó Gor'sadén suavemente. No era una acusación.

—No de quién, no, pero de cómo, quizás. Desconozco la historia completa, como sabrá.

—Sí, lo sé, muchacho. Pero déjame decirte esto —dijo, inclinándose hacia adelante hasta que su rostro quedó a solo centímetros del de Fel'annár—. Fui un hermano en todo menos en sangre para tu abuelo, Or'Talán. Fue el elfo más extraordinario que jamás he conocido. Una mente brillante y un carácter ingenioso; un feroz guerrero con un inquebrantable sentido de lealtad hacia su pueblo. Lo admiraba, Fel'annár, y lo echo de menos, cada día de esta vida.

Fel'annár escuchó ávidamente, preguntándose vagamente por qué estaba tratando de enmascarar su curiosidad. Estaba seguro de que alguien tan viejo y experimentado como Gor'sadén vería a través de él, pero si lo hizo, el comandante no dijo nada, dirigiendo su mirada de nuevo hacia el diario. —Tienes habilidad con el carboncillo. ¿Qué más guardas en ese diario?

—¿Esto? Es una especie de cuaderno, algo multifuncional. Un diario, un cuaderno de notas, una lista de tareas pendientes, una lista de deseos... —Se interrumpió.

—¿Y qué tipo de cosas anotas?

—Bueno, aparte de estos dibujos, escribo las cosas que cambiaría... —Miró hacia el gran señor, desafiándole a que se riera, pero no lo hizo. En cambio, Gor'sadén simplemente sonrió con gesto alentador.

—Los problemas que encuentro con el equipamiento, los uniformes, la logística. Impresiones sobre órdenes dadas o cómo se dan, decisiones sobre estrategia que no entiendo y necesito documentar, movimientos que otros hacen que desee incorporar a mi rutina de entrenamiento, o que podría mejorar.

Gor'sadén miró al muchacho con creciente fascinación.

—Piensas que estoy loco —dijo Fel'annár con un gesto de comprensión—. No eres el primero. —Sonrió.

—Fel'annár, no es que piense que estás loco. Sin embargo, es extraño encontrar a un joven guerrero, recién ascendido, pensando

con tanta anticipación. Si uno busca promoción, un candidato diligente haría tal cosa, pero no tienes que preocuparte por esas cosas por ahora.

—Quizás no —concedió Fel'annár—. Pero lo disfruto... me refiero a la investigación. He leído todo lo que he podido encontrar sobre guerra y estrategia... incluso tu tratado, mi señor —dijo, sin lograr controlar la inseguridad en su voz.

—¿De veras? —preguntó Gor'sadén. Era un relato largo y detallado sobre la estrategia militar de las guerras en la Primera Era, no exactamente un material de lectura típico para alguien tan joven como Fel'annár—. Entonces eres valiente, sin duda —rio, y Fel'annár sonrió, perdiendo algo de la tensión en sus hombros.

—¿Qué es lo que esperas conseguir?

Fel'annár se sobresaltó ante la pregunta, pero luego su rostro se endureció, la determinación ganando a su inseguridad. —Quiero ser capitán.

—¡Ah! Bueno, en este reino Alpino, solo los mejores son elegidos para liderar, Fel'annár. Debes tener tanto cualidades innatas como habilidad adquirida. La pregunta es, ¿tienes estas cosas? —preguntó desafiante.

Fel'annár sostuvo la mirada del señor, y Gor'sadén pareció sobresaltarse.

—Sí —dijo con firmeza, antes de continuar—, pero eso no es garantía. En Ea Uaré, son los Alpinos quienes ostentan el privilegio del liderazgo. Hay pocos capitanes Silvanos en el Círculo Interior, solo seis, creo.

Gor'sadén se inclinó hacia adelante, claramente fascinado. —¿Te consideras Silvano, entonces? —preguntó con ligereza. La sintaxis había sido interrogativa, pero no así el tono.

—Sí. Es donde me criaron, la gente a la que llamo familia, la cultura que me fue otorgada.

Gor'sadén asintió pensativamente. —Fel'annár, el Teniente Galadan me ha dicho que eres un Oyente. ¿Es cierto?

Fel'annár se desconcertó ante la súbita mención de su don, y vaciló por un momento. —Supongo que eso es lo que soy. No tengo forma de saberlo con certeza.

—¿No lo has investigado?

—No ha habido tiempo —respondió Fel'annár secamente antes de darse cuenta de lo grosero que había sonado—. Perdóname.

—Eso no era una crítica, Fel'annár. Simple curiosidad. Esta habilidad se menciona en un informe oficial y, como tal, no debe tomarse al pie de la letra. Nuestro rey ha tomado un interés personal en el asunto; es docto en tales cosas —Gor'sadén no pasó por alto la expresión amarga en el rostro del muchacho—. ¿Te preocupa?

Le aterrorizaba, pero no iba a decírselo al comandante. En su lugar, asintió pensativamente.

—Es motivo de cierta preocupación. No soy capaz de controlarlo por completo.

—No tienes ninguna obligación de hablar de ello, Fel'annár, pero te aconsejo que aproveches la sabiduría de nuestro rey. Quizá pueda ayudarte, si lo deseas, por supuesto.

Fel'annár sonrió escuetamente y asintió, y Gor'sadén supo que no estaba convencido, que tendría que forzar el asunto si el rey deseaba hablar con él sobre ello. No pudo evitar preguntarse por qué el muchacho era tan reticente—. He hablado con tu comandante, Pan'assár. Puede que hayas leído sobre nuestras hazañas de años atrás: yo, él y Or'Talán...

Fel'annár simplemente asintió que, efectivamente, había leído sobre Los Tres. Resistió la tentación de preguntar de qué habían hablado, principalmente porque podía adivinarlo. El comandante forestal tenía fama de favorecer a los guerreros y oficiales Alpinos, y que Pan'assár no estuviera aquí con Gor'sadén decía mucho del resultado de aquella conversación.

—¿Nunca has visto a Or'Talán en todos esos libros que has leído?

Fel'annár frunció el ceño antes de responder:

—No, nunca. Tenemos una biblioteca limitada en mi aldea, mi señor.

Gor'sadén se reclinó, y en sus ojos había lo que Fel'annár solo podía describir como satisfacción. Abriendo el libro que había traído consigo, el comandante pasó las páginas y luego, con una sonrisa, lo

colocó en el regazo de Fel'annár. Después se reclinó, con sus ojos azules firmemente anclados en Fel'annár.

La transformación fue inmediata, pues el rostro de Fel'annár se tensó y sus ojos se abrieron de par en par, con un ligero temblor en su respiración.

—Ese es tu abuelo, Fel'annár. Mi hermano. Siéntete orgulloso, siempre orgulloso de compartir su sangre —susurró mientras observaba.

—¿Cómo es posible? —susurró Fel'annár. Su mano temblorosa alcanzó el pergamino, deteniéndose justo antes de tocar el retrato de su abuelo. Todas sus dudas se desvanecieron, las interminables preguntas sobre si era cierto. Todo había desaparecido, brutalmente aplastado ante la innegable verdad de su linaje que le devolvía la mirada, inmortalizado en la forma de Or'Talán—. Sus ojos son azules —susurró Fel'annár.

—Sí —sonrió Gor'sadén—. Es, quizá, la única diferencia, ¿no es así? —preguntó de forma invitadora.

Fel'annár volvió entonces la cabeza hacia Gor'sadén, y la expresión de su rostro pasó de la completa conmoción a un incipiente entendimiento.

—Es extraño, ¿verdad? —preguntó suavemente—. Que nunca le hubiera visto antes —terminó, con ojos que casi suplicaban al antiguo guerrero que lo contradijera, pero Gor'sadén no hizo tal cosa.

—Sí, es extraño —respondió, con los ojos fijos en Fel'annár—. Te dejaré con tus pensamientos, guerrero —dijo. Con una mano amable sobre el antebrazo de Fel'annár, Gor'sadén se levantó y, con una última mirada prolongada, se marchó.

Mientras el antiguo guerrero regresaba a sus propias habitaciones, permitió que su máscara cayera y que su rostro mostrara sus verdaderas emociones, aquellas que habían amenazado con romper su control. El muchacho era simplemente hermoso; no había otra forma de describirlo, y aunque había estado acostado en la cama, apostaba a que sería alto e imponente. Parecía un buen muchacho: respetuoso, diligente en sus estudios, sensible,

pero con una fuerza subyacente, una audacia que no se esperaría de un guerrero tan joven.

Sentía una profunda perplejidad por las preguntas que aún quedaban por responder, y sin embargo había otra emoción, una que anulaba a todas las demás. Su chispa había regresado: algo más allá del deber y el honor se estaba filtrando de nuevo en su vida. Era una emoción que no había sentido durante siglos, no desde que Or'Talán y Pan'assár habían cabalgado hacia Ea Uaré.

Era pura emoción, sin adulterar.

Una vez de vuelta en sus habitaciones, Gor'sadén se sirvió una copa de vino y se acercó a la ventana. El cielo se estaba oscureciendo. Pronto sería la hora de la cena en el Gran Salón. Los rumores serían abundantes, la noticia de la identidad de Fel'annár sería el tema en casi todas las mesas nobles. La curiosidad de Gor'sadén estaba irreversiblemente despertada. Quería saber qué tipo de guerrero era Fel'annár, cómo funcionaba su mente, si se parecía en algo a su abuelo en su interior.

Más allá de la ventana, se fijó en un pájaro que se elevaba sobre las corrientes montañosas, rumbo al oeste y al Gran Cinturón del Bosque. Graznó, el sonido resonando por toda la garganta verde abajo, y el comandante se preguntó qué mensaje se ocultaría en sus garras, pues no había despachos oficiales con destino a Ea Uaré, y solo los señores podían permitirse el lujo de las aves mensajeras. Incluso así no era común. Le preguntaría al rey más tarde, cuando estuvieran a solas, y Gor'sadén, a su vez, le hablaría de su encuentro con el Oyente de Lan Taria.



Fel'annár se despertó con la ya familiar visión de la espalda de Lainon al pie de su cama. Incorporándose, se pasó una mano por la cara y luego se alisó el pelo lo mejor que pudo. Se sentía mejor, y se preguntó si le permitirían salir de la cama. El solo pensamiento trajo una chispa de esperanza a sus ojos.

—Buenos días, hermano.

—Fel'annár —respondió Lainon, girándose y recogiendo un montón de ropa—. El príncipe Sontúr dejó esto para ti. Dice que eres libre de recorrer los jardines durante unas horas, nada más —advirtió con un destello de sus ojos azules.

La sonrisa de Fel'annár se ensanchó, y Lainon se dio la vuelta, no lo suficientemente rápido como para que Fel'annár no viera su sonrisa indulgente. Balanceando sus piernas con cuidado por el borde de la cama, se puso las suaves polainas marrones y luego se pasó la larga camisa blanca por la cabeza, cuidando de no perturbar el hábil vendaje alrededor de su pecho. Las botas marrones eran suaves y cálidas, de la talla exacta. Poniéndose de pie, probó su tobillo aún hinchado y luego giró el hombro.

—Tenemos compañía —dijo Lainon mientras se giraba y saludaba.

—Buenos días, Fel'annár, Lainon —dijo Gor'sadén—. Lainon, me llevaré a Fel'annár a los jardines. Tómate un descanso.

Lainon se volvió hacia Fel'annár, alzando una ceja ante la mirada esperanzada que encontró en su rostro. Había visto al comandante tomar su turno para cuidar de Fel'annár, ordenando a la exhausta Compañía que descansara. Se había sorprendido aún más cuando Pan'assár había aparecido, aunque fugazmente. Sin embargo, abandonar su deber por completo, aunque fuera con Gor'sadén, no le parecía del todo correcto.

—Teniente, tienes mi palabra. Te lo devolveré sano y salvo.

No había engaño en los ojos de Gor'sadén, y había algo que quería hacer, personas que necesitaba ver: Handir, por ejemplo, y por supuesto Tensári.

Se volvió hacia su protegido.

—¿Estás seguro, Fel'annár?

—Por supuesto, Lainon. Sé que puedo confiar en el comandante Gor'sadén; *ellos* lo dicen. ¿Le dirás a La Compañía que no nos siga?

—Puedo *decírselo* —dijo Lainon, sabiendo que con "*ellos*", Fel'annár se refería a los árboles. Gor'sadén, sin embargo, estaba confundido mientras Fel'annár sonreía con suficiencia, viendo cómo Lainon se alejaba con paso rápido. Se volvió hacia Gor'sadén, preguntándose qué querría el comandante de él. Era un guerrero

legendario, todo lo que Fel'annár aspiraba a ser, pero era más que simple respeto que sentía hacia él. Estaba cómodo en su presencia, y además tenía mil preguntas que hacerle.

—Vamos entonces —indicó con la mano, y Fel'annár le siguió lentamente mientras se adaptaba a la rigidez de su pie, cojeando ligeramente para evitar doblarlo demasiado.

Gor'sadén no pudo evitar observar al muchacho, pues era la primera vez que lo veía moverse y con ropa de exterior. Era tan alto como él e inusualmente fuerte, algo que ya había notado, pero ahora, al verlo caminar, podía ver los músculos definidos en sus brazos y muslos. Un guerrero disciplinado, dedujo. También notó que su cabello era mucho más largo que el de cualquier otro varón que Gor'sadén conociera, más largo incluso que el de algunas damas. Era una melena gloriosa, limpia y solo parcialmente trenzada como la llevaba ahora. Se preguntó entonces por los gruesos retorcidos que llevaba en lo alto de la coronilla, retorcidos Ari, lo sabía.

Fel'annár se giró hacia el comandante a su lado, consciente de su evidente escrutinio.

—No soy lo que esperabas, entonces —dijo Fel'annár, y el comandante se sorprendió una vez más por lo directo que podía ser el muchacho. A pesar de su juventud e inexperiencia, no tenía miedo de hablar con franqueza.

—Hay cosas de ti que me sorprenden, sí.

Fel'annár simplemente asintió, pero no preguntó, seguramente no necesitaba hacerlo. Gor'sadén estaba seguro de que estaba acostumbrado a las observaciones prolongadas; de hecho, aunque ya habían salido del edificio principal, las miradas persistentes continuaban. Fel'annár no parecía preocupado en absoluto.

Rodeando el edificio principal, pasaron por unas altas y ornamentadas puertas que daban paso a los jardines más espléndidamente cuidados que Fel'annár había visto nunca.

—Este es el jardín del rey —explicó Gor'sadén—. Solo él, su familia e invitados de honor pueden entrar aquí.

—¿Y yo? Soy un guerrero.

—Eres mi invitado —dijo simplemente mientras los guiaba hacia una zona bellamente diseñada. Los árboles estaban desnudos, y se veían pocas flores, pero las plantas y arbustos eran exuberantes, con solo una ligera capa de nieve. Fel'annár sintió un repentino impulso de extender la mano y tocarlos. Sin embargo, dudó, inseguro de lo que podría suceder. Gor'sadén había preguntado sobre sus habilidades como Oyente, pero había una gran diferencia entre entender a los árboles y que los ojos se iluminaran.

Gor'sadén señaló un banco de piedra entre dos árboles, y Fel'annár se sentó, ahogando un gemido mientras su costado protestaba por el estiramiento de piel y músculo.

—Estás cansado —dijo Gor'sadén.

—Sí. Lo admito —sonrió—. Pero debo volver al trabajo pronto. No puedo permitirme estar ocioso mucho tiempo.

—Ah, sí. Quieres ser capitán —Gor'sadén sonrió con un toque de travesura en la comisura de sus labios, y Fel'annár le devolvió la sonrisa, con sus ojos deteniéndose un momento en el antiguo guerrero, antiguo al menos para él.

—Dime, Fel'annár. ¿Qué es esta *Compañía* de la que oí hablar?

—La Compañía, al menos en mi juventud, éramos yo, Idernon y Ramien en Lan Taria. Fue nuestra primera patrulla, en cierto sentido, una que era diferente de lo que pensábamos que serían las patrullas reales porque éramos como hermanos. Luchar juntos no era el único lazo que compartiríamos, pues decidimos que ser guerrero no se trataba solo de luchar. Se trataba de amor, y como tal, la condición de guerrero no es una faceta de un elfo, sino todo su ser. Define quién es, cómo vive —la mirada de Fel'annár estaba desenfocada, obviamente perdida en sus recuerdos—. Todavía me aferro a eso incluso ahora que ya no somos tres sino seis, y sin embargo el destino seguramente nos separará eventualmente.

Había una batalla en la mente de Gor'sadén, pues el muchacho le recordaba agudamente a Or'Talán en ese momento. La Compañía, Los Tres... era como si estuviera viendo el renacimiento de su querido amigo, la renovación de ese espíritu que había marcado días de tanta gloria que Gor'sadén nunca olvidaría.

—Lord Gor'sadén, espero que no te importe, pero hay una pregunta que quisiera hacerte.

—Adelante, te escucho, y con Gor'sadén bastará —dijo, observando cómo el muchacho organizaba sus pensamientos.

—Conociste bien al rey Or'Talán. ¿Lo conocías cuando... cuando prohibió a mi... al rey casarse con mi madre?

—Lo he conocido desde que era un niño, Fel'annár. Pero en aquellos días de los que hablas, raramente nos veíamos. Sin embargo, mantuvimos un contacto regular, pero ten en cuenta que tales cosas no se habrían discutido extensamente por temor a que nuestros mensajeros fueran interceptados. Recuerdo el incidente, no obstante.

Fel'annár asintió lentamente.

—¿Por qué crees que lo hizo? ¿Por qué prohibiría a dos elfos estar juntos? ¿Fue porque ella era plebeya, o porque era Silvana?

Gor'sadén respiró profundamente. Había tenido otros planes para la mañana, pero debería haber previsto este interrogatorio. El muchacho apenas conocía la historia de sus padres, estaría hambriento de cualquier información que pudiera obtener, apostaba.

—Or'Talán el *guerrero* no pensaría ninguna de esas cosas, pero Or'Talán el *rey* seguramente tenía una perspectiva diferente. Un rey debe hacer lo que es mejor para la mayoría, incluso si esa mayoría está equivocada, incluso si una minoría debe sufrir por ello. No es un sistema perfecto, pero es el mejor que tenemos. La prohibición de Or'Talán fue seguramente necesaria, porque amaba profundamente a su hijo, Fel'annár. Sé esto tan seguramente como me conozco a mí mismo.

Fel'annár le miró, entendió sus palabras y sin embargo su corazón le gritaba que ignorara el razonamiento, que recordara el daño que se le había hecho a él, a su tía Amareth.

—Or'Talán me atormenta —dijo Fel'annár suavemente—. Me parezco al mismo elfo que prohibió a mi padre y a mi madre unirse. Me parezco al elfo que antepuso los deseos de los puristas Alpinos a la felicidad de su propio hijo. Ayer me dijiste que era grande, pero no puedo verlo. Solo veo el daño que causó.

—Sí, pero la sabiduría consiste en trascender esas barreras, Fel'annár. Se trata de ver lo que está fuera de ti mismo, reconocer lo que no es cómodo. No me conoces, solo mis actos, pero por lo que pueda valer, te digo que tu abuelo fue un guerrero y rey extraordinario. Incluso los Silvanos le amaban, el mismo pueblo cuyas tierras colonizó.

—¿Cuándo cambió eso, Gor'sadén? Porque el pueblo Silvano ya no dice eso. Le llaman traidor, pero nunca supe por qué.

La ceja de Gor'sadén se alzó, y se volvió para mirar a Fel'annár. —No lo sabía. Ciertamente se lo preguntaré al príncipe Handir o al comandante Pan'assár: seguro que ellos lo saben.

Hubo silencio durante un rato, exceptuando el roce de la tela cuando Fel'annár levantó una rodilla y la abrazó. —¿Gor'sadén?

—¿Hmm?

—¿Conoces al rey? ¿De Ea Uaré?

—Sí. Le conocí una vez cuando era un bebé y luego en varias ocasiones cuando visitó Tar'eastór como joven príncipe, no mucho mayor que tú. —Seguramente seguirían más preguntas, pero Fel'annár se estaba tomando su tiempo.

Por fin, llegó la siguiente. —¿Cómo era?

—Era un príncipe diligente, muy parecido al príncipe Handir, solo que más inclinado a las artes marciales, quizás más autoritario. También era leal hasta la exageración con su padre.

—Debía de serlo, para renunciar a la persona que amaba porque su padre se lo pedía.

Gor'sadén no respondió a la pregunta implícita, pero sí tenía una propia. —Sé que acabas de enterarte de quién es tu padre, que la historia de cómo sucedió esto está prácticamente oculta para ti. Tendrás infinitas preguntas y ninguna respuesta; estarás enfadado y frustrado porque no entiendes. Tienes dos hermanos y una hermana de los que no sabías nada, que crees que te rechazarán. —Gor'sadén negó con la cabeza y frunció los labios—. Has sido fuerte, me atrevo a decir, para defenderte contra las burlas de otros, pero solo eres un elfo, muchacho. Tal conocimiento es difícil de aceptar, difícil de asimilar. Te ayudaré con gusto, si lo aceptas.

Fel'annár le miraba fijamente, y en sus ojos había incredulidad y confusión. —¿Me ayudas porque me parezco a él? ¿A Or'Talán?

—En parte, sí, pero le ofrecería la misma ayuda al príncipe Handir, si la necesitara. Pero hay mucho más que eso. Es también la esperanza de que seas como tu abuelo por dentro. Es tu herencia, eres tú y tus circunstancias. El mundo conspira contra ti: tu propia tierra rechaza tu sangre mestiza; se te negó el amor de un padre, y los rumores siguen tus pasos. ¿Y qué hay de tu carrera militar? ¿Tu *sueño*? Yo, por encima de todas las cosas, soy un guerrero, Fel'annár. Sí, te ayudo porque eres el nieto de Or'Talán, pero veo en ti la esencia de un comandante. Me gustaría explorar esa posibilidad, ver de lo que eres capaz.

Cuando el comandante terminó, los ojos de Fel'annár estaban abiertos y brillantes, y de repente desvió la mirada.

—Fel'annár —dijo Gor'sadén con suavidad—, no te avergüences de tus emociones...

Fel'annár se volvió para encontrarse de nuevo con los amables ojos de Gor'sadén y se preguntó por qué se sentía tan impulsado a contarle todo, a abrir su corazón de una manera que solo una profunda amistad permitiría. —Estaba pensando —comenzó algo inestable—. Me preguntaba si esto es lo que se siente... —No pudo continuar y su voz se quebró. No podía *decirlo*.

Gor'sadén sonrió suavemente, pensando que quizás lo entendía.

Fel'annár sonrió compungido. —Soy un *necio*; apenas te conozco, Gor'sadén. ¿Estoy tan desesperado por llenar ese vacío en mi vida? —Se rio y luego se serenó cuando su propia vergüenza pasó—. Te agradezco tu ayuda, Gor'sadén. No entiendo completamente por qué la ofreces, y no me entiendo a mí mismo por confiar en ti como lo hago. No tengo nada que ofrecer a cambio salvo mi amistad.

Gor'sadén dejó que una lenta sonrisa se extendiera en su rostro. —Y la aceptaría. —Sintió que la presencia del muchacho se acomodaba en su mente, como si perteneciera allí, y el funcionamiento a veces extraño de su mente evocó el rostro sonriente de Or'Talán. No le contó al chico sobre la creciente sensación de que algo estaba cambiando, con el mundo y con él

mismo. No habló de su creciente sentido de propósito, del ciclo que se estaba cerrando, completando un círculo entero.



El rey Vorn'asté llegaba tarde a la reunión que él y su hijo habían concertado con Gor'sadén en sus jardines privados, tan tarde que Fel'annár se había quedado dormido contra el tronco de un árbol, y Gor'sadén había pasado el tiempo con sus propios pensamientos. Sonriendo al muchacho, se agachó ante él y colocó un dedo bajo la barbilla de Fel'annár, cerrando su boca entreabierta. Fue suficiente para despertarle, y sus ojos se abrieron y luego se enfocaron. Estaban tan cerca que Gor'sadén podía ver diminutas motas de azul y púrpura arremolinándose en medio de un mar de verde impactante. Se sobresaltó, retrocediendo y luego frunciendo el ceño. —Tus ojos están vivos, Fel'annár. Deberías hacer algo al respecto. — Hizo un gesto hacia sus propios ojos, ocultando su desconcierto, al menos por el momento, camuflándolo con un humor que no sentía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fel'annár con una sonrisa confusa—. Por supuesto que están vivos —resopló.

—Hay azul y púrpura en ellos. ¿No te has dado cuenta?

El ceño se profundizó, y Gor'sadén creyó ver un indicio de miedo. No, obviamente no se había dado cuenta, y resolvió contárselo a Vorn'asté. Él mismo nunca había visto algo así, y se preguntaba si estaba relacionado con el tema que les había traído aquí en primer lugar, aunque Fel'annár no lo supiera.

—Ven —dijo el comandante, ofreciéndole la mano—. Tienes que conocer a un rey.

—¿Qué?

—El rey Vorn'asté es docto en historia y tradición. Ha mostrado un gran interés en esta capacidad que tienes para Escuchar a los árboles. Él te ayudaría.

—Pero no le conozco, yo...

—Mi rey —llamó Gor'sadén, tratando de ocultar su sonrisa ante el repentino pánico del muchacho.

En la distancia, un rey y un príncipe caminaban hacia ellos, y la mano de Fel'annár se alisó sobre sus desordenados cabellos, pero sus ojos estaban fijos en el rey de cabello gris y a su lado, un elfo que vagamente recordaba. De dónde, no podía decirlo.

—Fel'annár —Sontúr sonrió—. Te ves mucho mejor que la última vez que te vi —dijo con una ceja levantada.

Había un rasgo sarcástico en este príncipe, pensó Fel'annár, pero no era cruel. Se dio cuenta entonces de que había visto al elfo en la Casa de Sanación, pero no se había dado cuenta de que era un príncipe.

—Gracias, mi señor. —Se inclinó de manera algo torpe. Se sentía fuera de lugar, y, sin embargo, la presencia de Gor'sadén a su lado le daba valor. Le había dicho a Fel'annár que le ayudaría, y él más bien pensaba que iba a necesitarlo.

—No estabas exagerando, Gor'sadén. Verdaderamente la única diferencia es el color de sus ojos —dijo el rey mientras le observaba con ojos entrecerrados. Visiblemente recomponiéndose, señaló el camino delante—. Ahora, únete a nosotros, muchacho. He oído informes de que eres lo que los Silvanos llaman un '*Oyente*'.

Caminando al paso del rey y el príncipe, Gor'sadén y Fel'annár se pasearon por los senderos del jardín invernal. —Me han llamado así, aunque aún tengo que leer algo sobre el tema. No sé realmente si mi... habilidad... es la de un 'Oyente' o algo más.

—He realizado algunas investigaciones preliminares sobre el asunto. Parece que un 'Oyente' es aquel que percibe emociones a través de la energía de los árboles —dijo el rey, sus ojos moviéndose momentáneamente hacia Fel'annár a su lado.

—Emociones —repitió Fel'annár—. Sí siento sus estados de ánimo, pero también escucho sus palabras, mi señor.

—¿Palabras? ¿Cómo de complejas son estas... interacciones?

—Es como si hablara conmigo mismo.

—¿Cómo sabes que no es así?

—No lo supe, al menos durante un tiempo. —Podría haber dicho más, pero simplemente no se sentía cómodo. Gor'sadén había sabido obviamente sobre esta reunión planeada y Fel'annár se

preguntaba por qué no le había advertido. Había tenido tiempo de sobra para hacerlo.

—¿Hay otras manifestaciones?

Fel'annár palideció. No quería hablar de ello, no aquí entre extraños, además reales. Si hubiera sido solo Gor'sadén, no habría estado tan preocupado.

—Tu testimonio está a salvo con nosotros, muchacho —le animó el rey.

Iba a sonar débil, sin importar cómo intentara explicarlo, pero un repentino aroma de flores de dulce fragancia le distrajo, y dejó que sus ojos se desviaran hacia el lado del sendero. Estos jardines eran extraños, ciertamente, porque, aunque eran hermosos, había algo justo más allá de su mente consciente, algo que venía de su izquierda. Tratando de no perder la concentración, se volvió hacia el rey, momentáneamente perdido. —Lo siento, mi señor, ¿cuál era la pregunta?

—Preguntaba si hay manifestaciones físicas, sentimientos o emociones que puedan advertirte de su inicio.

Eso estaba mejor, pensó Fel'annár. No mentiría al rey, pero evitaría responder a la primera parte de su pregunta. —Sonidos, a veces distantes y otras veces casi ensordecedores. Hay una... —Señaló la parte posterior de su cuello—. Una sensación extraña en la base de mi cráneo.

Vorn'asté estaba intrigado, Gor'sadén podía verlo en su rostro, y mientras el rey seguía haciendo sus preguntas, caminaban cada vez más cerca del área de la que los jardineros se habían estado quejando durante meses. Era el plan del rey atravesar esa parte de los jardines y ver si Fel'annár podía arrojar algo de luz sobre el origen de la podredumbre que estaba afectando a la vegetación.

—Verás, algunos maestros de tradiciones proponen que el Oyente principalmente siente a los árboles, aunque tu caso parece ser algo diferente en que realmente los oyes. ¿Qué emociones puedes discernir, Fel'annár?

No hubo respuesta, y los tres señores se volvieron hacia un Fel'annár nuevamente distraído.

Había disminuido su paso, y sus ojos ahora estaban fijos en una pequeña puerta, más allá de la cual yacía un jardín gris y apagado. Fel'annár estaba frunciendo el ceño, la pregunta del rey Vorn'asté completamente olvidada, porque había una extrañeza en el aire, un profundo susurro de algo hace tiempo ido, un eco de dolor y un improbable aroma de flores primaverales. Se giró, luego dio un paso hacia la pequeña puerta y alejándose del camino principal. Si los otros hablaban, él no los oía.

Sus pies le llevaron lentamente hasta la puerta. Ahora podía ver mejor los árboles, marchitos y delgados mientras alcanzaban el frío sol.

Era un grito de auxilio.

Una pesada mano cayó sobre su hombro, y Fel'annár giró sobre sus talones, con los ojos muy abiertos, el corazón golpeando. —Maldita sea, Sontúr.

Una ceja oscura se elevó imperiosamente, y Fel'annár abrió la boca para hablar, pero luego la cerró, y Sontúr sonrió con suficiencia.

—Perdonadme, mi señor. Eso fue imperdonable.

Fel'annár se pasó la mano por la cara, y Sontúr frunció el ceño ante el ligero temblor. —¿Qué ocurre? Pareces alterado.

—No es nada —murmuró, pero la fuerte mano de Sontúr estaba en su antebrazo. No le habían creído, de hecho, el rey y el comandante estaban quietos, observando.

—Solo me preguntaba por qué esos jardines de allí han sido abandonados. —Su tono había sido ligero y aparentemente despreocupado, pero Vorn'asté no se dejó engañar en absoluto.

—¿Por qué preguntas eso? —inquirió el rey cuidadosamente, con un brillo en los ojos, mirando momentáneamente a su hijo.

El cuero cabelludo de Fel'annár hormigueaba, y una presión molesta crecía en sus oídos. Reconoció los síntomas, y el familiar ataque de ansiedad le oprimió el estómago. Sus ojos tercamente se negaban a apartarse de la pequeña verja de hierro forjado y los extraños árboles más allá. Trató de resistirse, porque estaba en compañía de reyes y príncipes, de Gor'sadén. No podía sucederle aquí, sin Lainon, sin La Compañía.

—¿Fel'annár? —llamó Sontúr una vez más.

Hacía frío, pero el sol brillaba intensamente sobre el sendero. El aire estaba cargado con el olor a tierra húmeda, y el gorjeo de petirrojos y reyezuelos revoloteaba aquí y allá; todo estaba como debía estar. Pero no era así, no para Fel'annár. Era una ilusión, como si la naturaleza hubiese conspirado para ocultar un secreto, uno que yacía en los jardines estériles. ¿Cómo podía ser primavera en pleno invierno?

—Fel'annár —llegó una voz suave, pero había un eco, como si hubiera caído en un pozo vacío. La ignoró y empezó a caminar lentamente hacia la puerta, ignorando las voces detrás de él.

Extendió la mano, la empujó y atravesó. Los árboles se alzaban sobre él, dormidos, y sin embargo no del todo. Los sonidos y aromas de la primavera no encajaban con lo que sus ojos veían.

Sobre una rama se posaba un reyezuelo, sus ojos negros y brillantes observando a Fel'annár con frialdad. Fel'annár le sonrió antes de continuar su cautelosa caminata. Un movimiento en la base de otro árbol llamó su atención. Un ratón de campo se sentaba sobre sus patas traseras, sus ojos observando a Fel'annár mientras pasaba. Sonrió nuevamente, su ansiedad disminuyendo por un momento. Pronto regresó, porque estos eran signos de primavera, y sin embargo caminaban en pleno invierno. Era una ilusión, se repitió a sí mismo. "*No es real; me están atrayendo*".

Pero no podía detenerse. Había algo que lo llamaba. Ya no podía sentir la presencia de los señores detrás de él, aunque sabía que debían estar allí. No era importante, sin embargo. Se sentían muy, muy lejos.

El reyezuelo voló pasando junto a él entonces, y Fel'annár se detuvo en seco para observar su alegre danza, frunciendo el ceño mientras su mente le preguntaba cómo sabía que era el *mismo* reyezuelo que había visto posado sobre una rama tiempo atrás. Sin embargo, la pregunta no terminó de registrarse por completo, y Fel'annár continuó caminando, sus pies llevándolo hacia adelante por voluntad propia.

Un pinzón, un zorzal, un topo y una ardilla, incluso una mariposa revoloteó cerca de su rostro, y nuevamente, su mente racional

emergió por un breve momento. "*Es invierno*".

Se rio como un niño pequeño en medio de un campo primaveral lleno de flores, abriendo sus brazos y girando sobre sus talones, su largo cabello ondeando a su alrededor mientras inclinaba la cabeza hacia el sol y cerraba los ojos en un raro momento de felicidad genuina.

Siguió caminando, pasando una valla de madera que estaba medio abierta. Al entrar en esta área más apartada, Fel'annár disminuyó su paso para estudiar su nuevo entorno. Era más oscuro aquí, una oscuridad que no era atribuible a las sombras proyectadas por los árboles. Era un tipo diferente de sombra la que vivía aquí.

Su sonrisa se desvaneció y cerró los ojos. Una sensación de temor se estaba asentando lentamente en sus entrañas, una tristeza que se filtraba a través de su piel y rozaba su alma. Sus ojos registraron los jardines descuidados, los arbustos marchitos y la caída de hojas que no habían sido limpiadas. Nadie venía aquí ya.

Algo sucedió aquí...

El hormigueo había regresado, solo que más fuerte esta vez, y la presión pasó de sus oídos a la base de su cráneo.

Fel'annár se giró, su mente chispeando con un naciente sentido de extrañeza.

Ve despacio hacia el árbol...

Frunció el ceño y su estómago se contrajo de angustia. Su respiración se aceleró, pero aun así reanudó su paso lento y vacilante. Su cabeza giró hacia un lado cuando un ruido extraño llegó a sus oídos. Distante al principio, sonaba discordante, como un silbato de hojalata mal tocado. Sacudiendo la cabeza, miraba a su alrededor hasta volver una vez más sobre el reyezuelo, posado en la rama retorcida de un roble enfermo, con su mirada imperturbable.

Un árbol moribundo.

La sangre rugía en sus oídos, y se preguntó si el mar sonaría así. Sus ojos se fijaron en el pequeño pájaro, y el sonido que antes le había parecido música mal tocada se convirtió en metal contra metal, cada vez más fuerte, y Fel'annár resistió el impulso de cubrirse los oídos con las manos.

Girando aquí y allá, ya no sabía dónde fijar la mirada, y los sonidos de alguien llamando su nombre estaban en la distancia, muy, muy lejos.

El roble retorcido, los arbustos marchitos de lila, los senderos cubiertos de hojas.

Las sombras oscuras, el árbol enfermo, la mirada penetrante de un reyezuelo.

Jadeó y finalmente sucumbió a su propia incomodidad, cubriéndose los oídos en un intento fútil de bloquear el sonido chirriante y raspante que desgarraba sus sentidos, y luego sus ojos se abultaron de miedo cuando sintió que la parte posterior de su cuello crujía, y se quedó paralizado donde estaba, la cacofonía desapareciendo repentinamente, sus hombros encogidos como si esperara un golpe.

Demasiado ligero, estaba flotando bajo el agua, el cabello alcanzando la superficie.

Una vez fui dichoso...

Los ojos temblorosos y abiertos de Fel'annár se deslizaron hacia un lado mientras escuchaba.

Una vez sentí la dicha de la vida...

Un tic en las cejas oscuras.

Y luego la luz fue mancillada por la sombra del terror caprichoso...

Los ojos de Fel'annár se llenaron de lágrimas mientras escuchaba, ahora aterrorizado por lo que sucedería a continuación. Su pecho se sentía tan pesado, como si un Sabueso de Montaña estuviera sentado sobre él.

No puedo despertar, no puedo olvidar el dolor de su pérdida, no puedo olvidar la tragedia del amor incondicional, su sacrificio.

Fel'annár jadeó y luego se tambaleó de rodillas, sus manos ahora sobre el suelo, sosteniendo su cuerpo.

—¿Quién eres? —llamó Fel'annár débilmente, con lágrimas cayendo ahora de sus ojos, y mientras giraba la cabeza, brevemente registró un mechón de su propio cabello rubio plateado que serpenteaba a su alrededor.

La recuerdo, recuerdo su difícil situación...

Fel'annár reprimió la abrumadora tristeza y luchó por ponerse de pie, moviéndose ahora como lo haría un ciego, sus manos extendidas frente a él hasta que se detuvo ante el roble enfermo y miró hacia sus ramas desoladas.

"Eres un Centinela", pensó Fel'annár con asombro cuando su palma conectó con el tronco y una luz blanca explotó detrás de sus ojos.

Gritó tanto de miedo como de dolor, porque una lanza ardiente de agonía atravesó su cabeza, y de repente comprendió lo que se estaba diciendo, la historia que le estaban contando. Vio su rostro, vio su agonía, su belleza, su luz y su sufrimiento. El aroma dulce y embriagador de las lilas blancas flotaba densamente en el aire, tan fuerte que casi podía saborearlo en la parte posterior de su garganta. El mundo se inclinó, y su mano se apartó de la corteza, cayendo de rodillas con un golpe sordo. Dolor abrasador en su vientre, en su pecho, como si una espada atravesara su carne. Ya no podía distinguir cuál era el camino hacia arriba. La vio caer, su cuerpo fallido alcanzando el abismo y luego cayendo, el cuerpo arruinado arrojado indefenso por el viento. La vio de nuevo, de pie, alta y orgullosa sobre un valle verde y extenso. Una suave sonrisa jugaba en sus labios y en sus manos, las primeras lilas blancas de una primavera Alpina.

Silencio.

Los rostros borrosos de Vorn'asté, Sontúr y Gor'sadén cruzaron su visión. Unas manos cálidas lo sujetaban por detrás, y una ola de alivio lo golpeó tan fuerte que se desplomó en los reconfortantes brazos. Su cuerpo perdió la tensión, y se permitió ser arrastrado hacia atrás hasta que miró directamente a los brillantes ojos grises de Sontúr.

—Paz —llegó la voz distante, una voz cargada de magia, y se sintió obligado a escuchar mientras resonaba a través de su mente. Efectivamente, los sonidos, imágenes y olores que lo habían asaltado tan brutalmente momentos antes comenzaron a retroceder hasta que solo existió la melodía de la naturaleza invernal, y cerró los ojos con absoluto alivio.

La farsa había terminado. Era invierno una vez más.

Una mano cálida descansaba sobre su frente, y un suspiro largo y lento escapó de él.

—¿Mejor? —preguntó Sontúr amablemente, mientras el rostro conmocionado de Vorn'asté aparecía sobre su hombro.

—Vorn'asté —llamó Gor'sadén, y el rey se volvió.

—Mira.

Y el rey lo hizo. Frunciendo el ceño, la cabeza de Fel'annár se movió débilmente en la misma dirección hasta que sus ojos registraron exactamente lo que los tres señores estaban mirando.

Incorporándose, se volvió para enfrentar al Centinela. Ya no enfermo y débil, sino fuerte y vibrante, sus brillantes hojas verdes estaban imposiblemente abiertas, y le pareció a Fel'annár que todos los pájaros de Tar'eastór ahora se posaban entre sus extremidades renacidas, charlando excitadamente, y entre ellos estaba el reyezuelo, acicalándose felizmente las plumas.



Gor'sadén había puesto guardias en las puertas exteriores del jardín. Nadie debía entrar. No tenía forma de saber cuánto duraría el fenómeno, y sus instintos le decían que no ayudaría a nadie que estos eventos extraordinarios se dieran a conocer.

Para cuando regresó, Fel'annár había logrado ponerse de pie y luego permitió que lo ayudaran a llegar a un banco cercano, pero no podía dejar de mirar al Centinela, ninguno de ellos podía.

El silencio era pesado e incómodo. Sorprendentemente, fue el propio Fel'annár quien lo rompió. —Podríais haber preguntado.

—¿Qué dices? —preguntó Vorn'asté, aún distraído por el árbol.

—Podríais haberme preguntado si estaba dispuesto a participar en vuestro juego.

La cabeza del rey se volvió bruscamente hacia Fel'annár, la confusión juntando sus cejas. —Había pensado llevarte a los jardines más adelante, ver si podías identificar la naturaleza de una podredumbre que se ha apoderado de ellos. No te lo dije porque entonces habrías estado prevenido y los resultados serían dudosos.

—No creo que haya nada dudoso acerca de los ojos verdes que se iluminan y el cabello que flota en el aire inmóvil. —Estaba enfadado. Apenas conocía a estas personas y ya habían presenciado lo único que atemorizaba a Fel'annár, las manifestaciones físicas de su don.

Las cejas de Sontúr se dispararon casi hasta su línea del cabello mientras los ojos de Gor'sadén se dirigían hacia el rey.

—Fel'annár. No era esto lo que yo quería. Nadie viene aquí ya. La naturaleza de nuestro '*juego*', como tú lo llamas, era mucho más simple: medir tu capacidad para descubrir un problema que está afectando a nuestras plantas.

Fel'annár respiró profundamente y se obligó a calmarse. Lo habían engañado, pero había sido su propia elección desviarse del camino. Vorn'asté tenía razón, porque si hubiera sabido, seguramente habría resistido el inicio de la magia, si es que podía hacer tal cosa. Habían querido ayudar y habían salido tan desconcertados como él mismo.

—Fel'annár —dijo el rey, su sabio mirar gris posado sobre su cara enfadada y la luz verde en sus ojos que aún no habían vuelto a la normalidad—. Puede que haya subestimado tu habilidad, Fel'annár, y lo siento por ello. No pretendía que esto sucediera. No pretendía que vinieras aquí.

No había esperado esas palabras del rey, y de repente se sintió mortificado por haber hablado con tal falta de respeto. —Yo también lo siento por mi rudeza, mi señor. Por favor, perdonadme. No me siento cómodo con este... don. Me perturba; el no tener elección; que vos, el príncipe Sontúr y el señor Gor'sadén lo veáis...

El rey asintió lentamente de nuevo, y tanto Sontúr como Gor'sadén parecieron desinflarse, el momento tenso había pasado. —Entonces parece que te debemos una explicación —dijo Vorn'asté con una breve mirada a su hijo y amigo—. Este es un lugar especial, un lugar donde nada crece, incluso en primavera. Es un lugar que trae recuerdos de alguien que perdimos.

—¿La dama?

Los tres señores se sobresaltaron, y solo Sontúr encontró su voz, aunque seguía inestable. —¿Qué... qué dama? Fel'annár, quisiera

saber qué es lo que viste, *a quién* viste.

La pesada mirada de Fel'annár cayó sobre Sontúr y luego sobre el rey, y Vorn'asté pensó por un momento que Fel'annár era viejo, mucho más viejo de lo que realmente era.

—Vi la agonía de una muerte violenta, la muerte de una dama que solía venir aquí a menudo. Compartía una relación especial con este árbol, aunque quizás no sabía que era un Centinela, que entendería sus pensamientos y sentimientos. Habría sabido el momento en que pasó a Valle, un paso que no creo que fuera ordinario. Desde ese momento comenzó a marchitarse, y sin embargo lo que vi lo hizo regresar. Su alegría lo ha despertado de su enfermizo letargo invernal. Debo ayudarlo a dormir una vez más, por un tiempo al menos. —Fel'annár murmuraba, casi para sí mismo, porque todavía estaba conmocionado y muy cansado.

—¿Qué... qué viste... para que volviera? —preguntó Sontúr, con los ojos demasiado brillantes, muy consciente de que su padre no podía hablar, que la misma pregunta estaría suplicando por ser expresada.

—Vi a la misma dama en praderas verdes, viva y restaurada, y en su mano sostenía lilas blancas. Os espera, mis señores, aunque aún no sé por qué.

Una suave brisa agitó las ramas del floreciente Centinela, y Vorn'asté pensó que podía oler ese aroma floral característico en el aire, un recuerdo sensorial de hace mucho tiempo, y sin embargo Sontúr levantó la cabeza y frunció el ceño, volviéndose hacia su padre.

—¿Puedes oler eso? —preguntó. Vorn'asté miró a su hijo con incredulidad silenciosa, y Gor'sadén puso una mano tranquilizadora en su antebrazo. Él también podía olerlo, sabía exactamente lo que era.

—¿Responderéis ahora a mi pregunta, mi señor? —preguntó Fel'annár, observando cómo el rey se volvía lentamente hacia él—. ¿Quién era la dama?

Cuando Vorn'asté respondió, lo hizo lentamente, incluso con cautela. —Ella era mi reina, Fel'annár. Fue atacada por Desviados a pocas leguas de la aldea de Golavé. Estaba tan gravemente herida

que su única oportunidad de vivir era tomar el Largo Camino hacia Valle. Dicen que el cuerpo se restaura al atravesar el Velo, pero estaban siendo cazados, rodeados, pues era una época de gran agitación. Pensó en salvar lo que quedaba de su escolta —dijo Vorn'asté, con los ojos llenos de lágrimas que no llegaban a caer—. Se quitó la vida, se arrastró por la ladera de la montaña hacia su muerte, para que ellos pudieran huir, para que no tuvieran que arriesgar sus vidas intentando llevarla hasta la Fuente.

La conmoción hizo que Fel'annár se tambaleara hacia atrás donde estaba sentado, pero conforme pasaban los momentos, las imágenes encajaron en su mente y toda la agitación de instantes antes se disipó. Sonrió. —Ella se ha encontrado a sí misma, mi señor. Me alegro sinceramente por vos. Sin duda merecía la gracia de Aria, por su valentía y su sacrificio final.

Fel'annár apenas podía creer las palabras que habían brotado de su propia boca con una confianza que no podía explicar. Sabía que les costaba creer sus afirmaciones, pero eso no importaba. Sabía que tenía razón. Se puso de pie con piernas temblorosas, y Gor'sadén lo estabilizó.

—Lainon estará furioso conmigo —dijo Fel'annár—. Debería regresar.

—Estará furioso con todos nosotros, creo. Ven, aún no estás recuperado —dijo Gor'sadén.

Fel'annár se dio la vuelta para marcharse de los jardines, pero se detuvo y enfrentó al comandante. —Gor'sadén. No dudo de vuestras buenas intenciones al no advertirme de lo que iba a suceder; entiendo por qué no lo hicisteis. —Por un momento se preocupó cuando la sonrisa del comandante desapareció.

—Y no deberías dudarlo. Soy un elfo de palabra. Te he extendido mi mano, y no voy a retirarla.

El alivio lo inundó, y asintió, pero Gor'sadén volvió a hablar.

—Podría haber sido un poco más franco contigo —reconoció, y esta vez, sí sonrió, una sonrisa que fue reflejada por Fel'annár.

Regresaron a la Casa de Curación en silencio, pues el rey y el príncipe estaban perdidos en sus recuerdos, conmocionados por lo

que habían experimentado, confundidos por su propia incapacidad para describir lo que habían visto, lo que habían olido.

En cuanto a Fel'annár, arrastraba los pies, y Gor'sadén caminaba firmemente a su lado. Si fueran a creer las palabras de Fel'annár, significaría que el muchacho era capaz de sentir el regreso de un espíritu, el momento en que vuelve a la vida más allá del Valle. Era completamente incomprensible, y el comandante sabía que Sontúr, por su parte, se resistiría a la tentación de creerlo. Aun así, Gor'sadén estaba tan atónito como el resto, su mente aún no era capaz de un pensamiento racional.

La Compañía observó alarmada cómo un Fel'annár claramente desaliñado y exhausto era conducido a su cama por el rey, el príncipe y el comandante, y de no haber sido por la intervención de Fel'annár, Lainon los habría enfrentado a todos, protocolo aparte. El comandante explicó brevemente la naturaleza del estado de Fel'annár, y Lainon se negó a abandonar a su protegido a partir de entonces.

Sontúr habló con el Maestro Arané, y ambos acordaron que Fel'annár permanecería en la Casa de Curación por un período adicional. Después, los señores se marcharon en una neblina de extraño silencio, y La Compañía quedó sola. Fel'annár durmió toda la tarde, y mientras tomaban la cena, Fel'annár explicó lo mejor que pudo. No quería que pensaran mal del rey, de Sontúr o de Gor'sadén; de hecho, era un testimonio de su hermandad, de las cosas que habían vivido juntos, que no lo cuestionaran más. Sin embargo, no se hacía ilusiones, pues Idernon, tarde o temprano, obtendría respuestas a sus preguntas. Lainon, en cambio, no había preguntado nada, y en su silencio, de repente le ocurrió a Fel'annár que el Ari'atór podría saber algo que él mismo desconocía. Se aferró a ese pensamiento.

Fue una noche extraña para aquellos que habían presenciado el regreso a la vida de un Centinela moribundo. Fel'annár se preguntaba sobre este nuevo desarrollo en su habilidad, y surgieron preguntas inevitables. ¿Había regresado Or'Talán? Y su madre... ¿estaba ella, también, viva de nuevo en Valle?

En cuanto a Sontúr, se dirigió a la biblioteca mientras Gor'sadén se sentaba solo en sus aposentos. Era incapaz de impedir que su mente avanzara, de maravillarse ante el poder que Fel'annár había desatado sin saberlo. Para él, no se trataba de fe o falta de ella; se trataba de sentido común. Era un guerrero, y no negaría lo que había visto con sus propios ojos. Su única duda era si esta información debería permitirse que se difundiera. Cuando llegara el momento en que Fel'annár fuera capaz de dominar este don, su mente no podía comprender del todo las posibilidades.

Vorn'asté también se sentó solo en sus aposentos y se permitió contemplar el rostro de la mujer que amaba, inmortalizado en este lienzo a tamaño real de tela y pintura. Si tan solo pudiera ignorar la voz en su mente que le decía que analizara, que dudara de las palabras de Fel'annár; llamarlo coincidencia, pero no podía creer ciegamente que ella había sido restaurada. *Tenía* que dudar, *tenía* que descartar cualquier otra posibilidad y sin embargo... sus ojos se deslizaron desde el rostro sonriente de la Reina Lerhal, bajando por la pálida columna de su cuello, su brazo y hasta su mano, una mano que había sostenido la suya durante siglos, una mano que había aliviado mil dolores. En esos dedos largos y suaves, dedos que su piel aún recordaba, descansaba un ramillete de lilas blancas frescas.

CAPÍTULO 11

El Camino del Guerrero

«El amor inmortal es a veces caprichoso y otras profundo y eterno. Algunos lo llaman éxtasis mientras otros lo consideran una maldición, pues ¿no es acaso algo extraño y peligroso: el poder absoluto disfrazado de dicha?»
Sobre la Naturaleza Élfica. Calro



Era casi el amanecer del primer día después de revelarse como hijo bastardo del Rey Thargodén. No más ocultarse, no más acechar en las sombras del anonimato. Estaba libre de la Casa de Curación, al igual que por fin se había librado de cualquier duda que aún albergara sobre su linaje: era hijo de Thargodén, pues Gor'sadén le había mostrado un retrato de su abuelo de ojos azules, con un parecido demasiado marcado para ser coincidencia.

Se sentía rígido y mareado; no en vano había insistido el Maestro Aranè en que acudiera a él cada día para que pudieran ayudarle a recuperar su plena forma física. Presionando una mano contra su costado dolorido, se incorporó y esperó a que pasara el mareo antes de ponerse en pie y dirigirse a las cámaras de baño al final del

pasillo. Mientras se bañaba, reflexionó sobre los extraños acontecimientos de días atrás.

El rey, el príncipe y el comandante le habían dejado descansar, pero Fel'annár no se hacía ilusiones de que le dejarían en paz, no después de lo ocurrido. Querrían respuestas, y él no tenía ninguna que darles. Todo lo que sabía, de aquella extraña e inexplicable manera, era que la Reina Lerhal había regresado a su forma física, que esperaba a su familia al otro lado del Velo, en el segundo mundo élfico. Era una faceta hasta ahora desconocida de su don, eso y el hecho de que su sentido del olfato hubiera entrado en juego. Y entonces recordó las palabras de Gor'sadén sobre sus ojos. Dijo que estaban vivos, y en ese momento, no había entendido qué quería decir. El propio Fel'annár nunca había notado los otros colores: púrpura y azul. Curioso, reflexionó, porque eran los colores que veía cuando estaba en medio de su conexión con los árboles.

Limpio y con el cabello desenredado, se volvió hacia la ropa que yacía sobre un banco bajo. Por fin les habían proporcionado uniformes, uniformes Alpinos, y Fel'annár pensó que sería lo más fino que jamás vestiría. Se puso los suaves pantalones negros que se ajustaban a sus poderosas piernas, otorgándole una libertad de movimiento muy adecuada para su peculiar estilo de lucha. Se preguntó, sin embargo, por la falta de protección. Tomando la túnica, se la pasó por la cabeza; el material azul profundo abrazaba su pecho y llegaba hasta sus pantorrillas. Parecía un señor, no un guerrero; seguramente tropezaría consigo mismo en batalla, pero entonces se dio cuenta de que estaba abierta por los lados hasta la parte superior de sus muslos. Al doblar las rodillas, descubrió que, efectivamente, podía moverse con facilidad.

A continuación, venía el cuero reforzado de la sobrevesta. Cerrándola con las hebillas plateadas, pasó su mano por el frente del cuero labrado que caía hasta sus rodillas. Luego, se puso el chaleco sin mangas a juego, los brazales, y, por último, alcanzó las botas negras que llegaban hasta las rodillas. Todo estaba en su lugar, y se enderezó. Entonces se quedó inmóvil frente al espejo de cuerpo entero.

Entrecerrando los ojos, avanzó lentamente, con una mano extendida como para tocar el fino cuero de la figura que le devolvía la mirada, un elfo que no reconocía en absoluto. Era un señor guerrero. Le vino a la mente la ilustración que Gor'sadén le había mostrado de su abuelo. Él llevaba el uniforme de un general comandante, y, aun así, no podía negarse. Podría haber pasado por su gemelo, se dio cuenta.

Era tan diferente al uniforme de su hogar. Diferente como lo era él. En el tiempo que le había llevado abandonar su hogar en el bosque y viajar hasta aquí, a lo que ahora sabía que también era su hogar —en cierto sentido al menos— había pasado de huérfano a bastardo, había descubierto la complicidad de su pueblo, había controlado su don a un nivel elemental, excepto por el floreciente Centinela.

Con el ánimo fortalecido, abandonó el cuarto de baño en busca de ayuda para dominar su rebelde melena. Al levantar la cabeza en busca de un asistente dispuesto, se detuvo en seco, pues ante él se encontraba La Compañía y Galadan, mirándole con ojos brillantes y lenguas silenciosas. Mirándose a sí mismo algo cohibido, sonrió, y el extraño momento se fracturó, pero no se rompió.

—¿Y qué hacemos con *esto*? —preguntó Galdith juguetonamente, agitando el cabello de Fel'annár que le llegaba a la cintura.

Fue Galadan quien dio un paso adelante. Su rostro estaba completamente serio, como casi siempre, pero ahora había al menos una emoción en sus ojos: determinación.

—¿Me permitís? —preguntó.

Fel'annár frunció el ceño, pero asintió de todos modos y luego se sentó junto a la cama que había ocupado durante los últimos días.

Minutos más tarde, su tranquila charla había cesado, y miraban abiertamente la creación de Galadan.

—Digo que es Silvano —comenzó, señalando las intrincadas trenzas laterales que había tejido—. Pero también es Alpino —dijo, señalando con el dedo el diseño en espiga que corría desde la coronilla de Fel'annár hasta la parte baja de su espalda—. Llévalas

con orgullo, Fel'annár, porque eres Silvano y eres Alpino. No eres un mestizo, sino un guerrero Silvano-Alpino de sangre pura.

La Compañía se quedó mirando, primero a las trenzas y luego a Galadan. Había fuerza, incluso poder tras sus ojos Alpinos, y Lainon se levantó y luego le apretó el hombro.

—Has omitido los mechones Ari aquí —dijo con una sonrisa.

—Entonces téjelos, Lainon —dijo Idernon—, para que *todas* las razas de La Compañía estén presentes. —La mirada del Guerrero Sabio se detuvo en Fel'annár, queriendo que comprendiera el significado bajo las palabras, y Fel'annár lo entendió. Galadan había estado con ellos desde el principio, incluso desde las secuelas de la batalla. Había sido igualmente un hermano cuando Fel'annár resultó herido, cuando Silor intentó desprestigiarlos, cuando Osír murió.

—Únete a nosotros, Galadan. Únete a La Compañía, hónranos con tu hermandad —pidió Fel'annár.

Algo destelló en los ojos del teniente. Pasión, emoción, sentimientos que el teniente había trabajado tanto por enmascarar.

—¿Acogeríais a un Alpino?

—De todo corazón, Galadan. La raza no tiene influencia aquí; tus trenzas en mi cabello así lo dicen. Somos Silvanos, somos Ari, y ahora, somos Alpinos —dijo Fel'annár, con una sonrisa estirando sus labios lo suficiente para mostrar sus dientes, y Galadan la reflejó.

—Me uniré a vosotros, sí. —Sonrió por segunda vez esa mañana, tanto como había sonreído en el último mes. Fel'annár sintió que la presencia de Galadan se acomodaba en su mente con naturalidad. Esto era correcto, y una mirada rápida a sus hermanos lo confirmó.

Poniéndose de pie, se dirigió a la puerta, pero el silencio tras él le hizo detenerse, y se volvió. Galdith y Carodel; Idernon y Ramien; Lainon y ahora Galadan. Dos tenientes y cuatro guerreros le miraban. Se sentía como un capitán sin guirnaldas, un líder sin mando.

—Hermanos —fue todo lo que Fel'annár pudo decir.

Sonrieron, y entonces, para su absoluta sorpresa, se inclinaron sutilmente, solo un ligero asentimiento de cabeza, suficiente para hacerle saber sus pensamientos. Las lágrimas se acumularon en sus ojos, pero Fel’annár las contuvo, con la garganta cerrada. No podía

hablar. Su mirada se desvió sobre sus hombros hacia los sanadores que se habían detenido para mirar. Fel'annár no podía decir con exactitud qué veía en sus rostros; solo podía decir que no eran desagradables: no había animosidad evidente, solo sorpresa, y quizás curiosidad.

—Fel'annár —dijo Idernon, dando un paso adelante—. Permítenos acompañarte al desayuno, a los salones donde reyes y señores se sientan con guerreros y civiles. Muéstrate ante ellos. No te ocultes más. —Sonrió, con sus propios ojos brillantes y abiertos, porque el Guerrero Sabio no hablaba solo de ese momento sino de toda la vida de Fel'annár.

¿Podría? ¿Podría ignorar el odio que seguramente vería en sus ojos? ¿El desdén de Silor y los que eran como él, los puristas? ¿Podría simplemente *ser*? Pedir, solo por una vez, ¿ser juzgado únicamente por sus actos?

Asintió al Guerrero Sabio, pero aún no podía hablar, así que se volvió una vez más hacia la puerta, seguro de que esta vez La Compañía estaba detrás de él, como un escudo a su espalda, sólido e inflexible.

Caminaron por corredores de piedra pintada y tapices, lámparas y gemas, y todos los que pasaban se quedaban mirando, incluso se detenían, inseguros quizás de qué decir o pensar. Era cierto, susurraban. Era sin duda Or'Talán renacido, no en el Valle sino aquí, en Tar'eastór.

La Compañía continuó su decidida marcha, no hacia la guerra sino hacia el desayuno, aunque se podría argumentar que no había diferencia aquella mañana, y cuando el alboroto del Comedor se hizo más fuerte, Galdith tiró de las nuevas vestimentas de Fel'annár, mientras el resto se reían de sus payasadas Silvanas. Fel'annár miró con severidad a Galdith mientras se colocaba la capa en su lugar, pasando una mano por su cabello recién lavado y trenzado. Estaba nervioso, aunque su paso era firme y largo. Las tonterías de Galdith eran un bendito alivio de la ansiedad que todos sentían, especialmente Fel'annár, aunque quizás no era consciente de la figura que proyectaba, de lo mucho que atraía la mirada de hombres y mujeres por igual.

La luz llenó sus ojos cuando se detuvieron en el umbral de una puerta abierta que conducía al Comedor. El tintineo de los cubiertos contra los platos y el fuerte murmullo de múltiples conversaciones cesaron abruptamente, reemplazados por el crujido de la ropa mientras algunos se giraban, otros se ponían de pie. Una dama jadeó, y una silla raspó sobre la piedra; un murmullo de maldición y un grito de incredulidad.

La Compañía mantuvo su posición, observando mientras eran observados, con rostros impasibles, pero en su interior, sus corazones latían con fuerza y su piel se erizaba casi dolorosamente.

—Fel'annár. —Un grito fuerte, algo irreverente desde el extremo opuesto de la sala resonó en la habitación abarrotada. El príncipe Sontúr.

Todas las miradas abandonaron a Fel'annár y se centraron en el príncipe, que sonreía mientras se levantaba en su propia mesa, su gesto como una cuerda invisible que cruzaba un río creciente. La mesa del príncipe estaba cerca de la mesa real de su padre, donde Gor'sadén y Pan'assár se sentaban juntos con Damiel y el príncipe Handir, todos ellos en silencio. Mientras Gor'sadén y Vorn'asté observaban a Fel'annár en busca de signos de efectos persistentes tras los inexplicables acontecimientos en los jardines del rey, Pan'assár simplemente miró hacia otro lado mientras Handir observaba por el rabillo del ojo. Engañaba a todos, excepto a Lainon.

El tiempo que tardaron en llegar a la mesa de Sontúr pareció excesivamente largo, la distancia increíblemente grande, y sin embargo fueron apenas segundos hasta que se pararon en silencio ante el príncipe. Fel'annár hizo una reverencia, y Sontúr sonrió.

—Tomad asiento, guerreros. Comed —indicó.

Seguramente Sontúr tenía preguntas, pero ninguna fue pronunciada, y el peso se alivió un poco. La Compañía se sentó, con los ojos recorriendo el extraordinario despliegue de comida que se ofrecía tentadoramente, humeando sobre platos de arcilla. Huevos y quesos, frutas y carne fría. Pan crujiente caliente y mantequilla, miel... tantas delicias. Era el paraíso, pensaron, y Ramien extendió la mano y no se detuvo hasta que su plato fue una montaña de platos

salados y dulces. Con los ojos fijos en su botín, solo el silencio atrajo su atención de nuevo hacia sus estupefactos compañeros de mesa, y el Muro de Piedra levantó la mirada, sonriendo tontamente.

—¿Qué?

Un guerrero se rio por lo bajo, y luego otro, hasta que el resto se unió. Fue todo lo que hizo falta, y pronto todos se estaban sirviendo de todo lo que se ofrecía, bajo las miradas curiosas de los guerreros Alpinos. De vez en cuando, Fel'annár les lanzaba una mirada furtiva mientras comía, pero hasta ahora, no podía encontrar malicia en sus ojos, solo preguntas. No vio las otras miradas que venían de más lejos. Había miradas de apreciación, sonrisas sutiles y miradas cómplices. También había sospecha y desprecio; estas Lainon no se las perdió.

La conversación comenzó lentamente cuando Sontúr se inclinó hacia Fel'annár. —El Comandante General Gor'sadén ha pedido verte a ti y a tus compañeros después del desayuno en su despacho.

—Por supuesto, mi señor —dijo, limpiándose la boca con una servilleta, mientras sus ojos se desviaban hacia Galadan para comprobar si había oído.

—Ahora, ¿podrías pasarme uno de esos bollos pegajosos? No queda ninguno en mi lado de la mesa —se lamentó—. Lord Gor'sadén se los ha llevado todos.

Fel'annár se quedó mirándolo atónito por un momento, luchando por imaginar al legendario guerrero atiborrándose de bollos pegajosos. Una risita escapó de su boca antes de que pudiera contenerla, sumiendo la mesa en silencio. Idernon resistió el impulso de poner los ojos en blanco, antes de empujar el plato hacia Fel'annár, quien, a su vez, lo empujó hasta que estuvo frente a Sontúr. Asintiendo agradecido, el príncipe cogió un bollo particularmente grande entre sus dedos y lentamente, con deleite, se lo metió entero en la boca.

—Los hace parecer tan buenos —dijo Fel'annár, con sus propios ojos ahora fijos en el dulce mientras desaparecía en la boca masticadora de Sontúr, debatiendo, al parecer, si tomar uno él mismo o no.

—Prueba —llegó la palabra amortiguada por el bollo, y Fel'annár volvió a soltar una risita, solo que esta vez Sontúr fue pillado desprevenido y se echó a reír también, pero un trozo de la esponjosa masa salió volando de su boca.

Mortificado, Sontúr se cubrió la boca con su enjoyada mano, pero era demasiado tarde, y Fel'annár estalló en carcajadas, sujetándose las doloridas costillas y haciendo que el resto de La Compañía se riera también; incluso Galadan sonrió mientras negaba con la cabeza ante el espectáculo.

Sontúr sonrió con suficiencia mientras masticaba la bola de comida demasiado grande, satisfecho, al parecer, de que su estratagema hubiera funcionado, y Fel'annár lo entendió, inexplicablemente agradecido por ello. Sontúr era regio y refinado en su papel de príncipe y sanador, y tenía un sentido del humor irónico que atraía a Fel'annár, y sin embargo ahí estaba, escupiendo su bollo y riendo junto con el resto. Fel'annár decidió que le caía bien este hijo de Vorn'asté, pues había en él una vena de irreverencia Silvana.

El desayuno terminó, pero las miradas y los susurros no. Tar'eastór ardía con chismes y rumores, y dondequiera que Fel'annár iba, le seguía un pesado silencio. En otro tiempo, se habría sentido ansioso, nervioso e inseguro, y sin embargo ahora, todo lo que sentía era irritación.

Pronto salieron del palacio principal, sus botas crujiendo sobre la nieve recién caída hasta que pasaron por una entrada que conducía a una estructura de dos niveles. Los barracones. Fel'annár se tensó involuntariamente, y La Compañía se acercó más a su alrededor, Lainon a su hombro, silencioso y vigilante mientras Galadan y Galdith encabezaban el camino. Pronto estuvieron ante la sólida puerta de roble tallado de las dependencias de Gor'sadén, y Fel'annár se tomó un momento para pasarse la mano por el pelo una última vez. Brevemente había considerado la idea de que esto se trataba de lo que había ocurrido en el jardín, pero entonces, ¿por qué Gor'sadén había convocado al resto de La Compañía? No, más bien pensaba que este era el momento en que les darían sus órdenes para el resto de su estancia.

Respirando profundamente, entró junto con el resto. Gor'sadén de Los Tres estaba de pie detrás de su escritorio mientras que el Comandante Pan'assár parecía más inspirado por el impresionante paisaje más allá de las ventanas que por la llegada de sus guerreros.

Saludando, se pusieron firmes mientras Pan'assár se volvía lentamente para mirarlos. Su mirada se desplazó de un guerrero a otro, deteniéndose solo un poco más en Fel'annár, cuya mirada estaba fija en algún punto detrás de la cara del comandante.

—Estaremos aquí durante los próximos seis meses hasta que el Príncipe Handir termine su aprendizaje con Lord Damiel. Durante ese tiempo, he ofrecido nuestros servicios al Comandante General Gor'sadén. Os sugiero que aprovechéis esta oportunidad para aprender nuevas habilidades. —Pan'assár caminó lentamente hacia ellos, con las manos firmemente entrelazadas detrás de su espalda.

—Las circunstancias dictan que el Teniente Lainon deje su actual cargo de guardia de nuestro príncipe para acompañaros, y, como tal, recomiendo que el Teniente Galadan haga lo mismo. El Capitán Comon será vuestro oficial al mando en el campo. ¿Preguntas?

—Señor —comenzó Galadan—. ¿El Teniente en Formación Silor se unirá a nosotros?

—No. Silor ha sido reasignado.

Galadan dudó y luego asintió secamente. —¿Continuará Silor su entrenamiento de mando, señor?

—No por el momento. Abordaré ese tema una vez que estemos en casa. Ahora, estáis bajo el mando del Capitán Comon, y por lo tanto del Comandante General Gor'sadén, como comandante de este ejército, a menos que las circunstancias indiquen lo contrario —dijo Pan'assár, con los ojos posándose momentáneamente en Fel'annár —. Desde hoy, todos sois guerreros de Tar'eastór hasta nuevo aviso.

Hace apenas unas semanas, Pan'assár les habría despedido sin más ceremonia, pero hoy dudó en hacerlo. En lugar de eso, se acercó más a sus guerreros, observándoles ahora más de cerca, primero a Lainon y luego a Galadan, para finalmente volver a Fel'annár.

—Habéis servido bien, mostrado valentía ante el enemigo y los elementos —dijo al fin—. Habéis soportado lo que muchos no

soportarían. Tendréis mis recomendaciones personales a nuestro regreso a Ea Uaré. Podéis retiraros.

Los siete guerreros saludaron sonoramente, luego giraron como uno solo y marcharon de vuelta a través del imponente arco. Una vez que la puerta se cerró, se volvieron, con incredulidad en sus ojos, especialmente en los de Galadan. —Bueno, eso es una novedad. Nunca he oído a nuestro comandante dar elogios en presencia de Silvanos.

Sin embargo, no hubo tiempo para charlar, pues un guardia estaba allí, indicándoles que le siguieran. Los condujo por el pasillo tenuemente iluminado hasta que se abrió en una extensa sala llena de guerreros y trabajadores que llevaban fardos de ropa, equipamiento, pergaminos y rollos de tela. Fel'annár miraba hacia arriba y la cúpula del techo y las claraboyas a su alrededor. Era una maravillosa obra arquitectónica que seguramente había llevado siglos completar.

Había escaleras que conducían hasta la mitad de las paredes repletas de estanterías, donde había una estrecha plataforma donde comenzaban otras escaleras que llevaban hasta arriba del todo. Organizar esto sería una hazaña formidable, y la mente de Fel'annár comenzó a preguntarse sobre la logística. ¿Cómo categorizarían todo esto? Uniformes, armas, contenedores, arneses, cestas, cuerdas... la lista de suministros que requería un ejército era extensa, y este lugar parecía tenerlo todo. Había secciones con números y letras, colores que seguramente significaban algo. Se preguntó si sería así en casa, porque, aunque había estado en los cuarteles de la ciudad exterior, nunca había estado dentro de los cuarteles de la ciudad propiamente dichos, donde se ubicaba el Círculo Interior.

—Fel'annár —susurró Lainon.

El repentino sonido de su nombre le hizo sobresaltarse. Lainon le miraba con el ceño fruncido. —Concéntrate.

Asintió, dándose cuenta de que el guardia estaba a punto de hablar.

—Todo lo que necesitéis se os proporcionará aquí. Llevad vuestro equipo de vuelta a los barracones y preguntad por Elan. Él os mostrará vuestros aposentos y os proporcionará el cuadro de

servicios. Reunídos con nosotros en los campos de entrenamiento a la decimocuarta hora.

A partir de entonces, fueron dos horas fascinantes de pruebas de uniformes, recogida de equipamiento y selección de armas. Por fin, La Compañía emprendió su lento y precario camino hacia el ala de alojamiento de los barracones. Llevaban ropa, armas, arneses, carcajes, cantimploras, botas, una manta y una mochila de viaje, y todo era de una calidad que los más jóvenes nunca habían conocido. Charlaban mientras se reían de sí mismos, de Ramien cuando una bota cayó al suelo y él hábilmente la recuperó con el pie, o cuando Carodel chilló como un lechón cuando su precioso cinturón nuevo amenazó con escaparse de su agarre resbaladizo.

Pronto estuvieron en el umbral de la habitación que compartirían durante los próximos seis meses. Era similar a los barracones de la ciudad exterior de casa, salvo que aquí solo había diez camas por habitación, y tenía su propia área de baño. De repente, Fel'annár recordó el día en que conocieron a Lainon. Parecía haber pasado toda una vida, y sonrió con cariño ante el recuerdo, pues había estado tan ajeno a lo trascendental que sería ese día.

Se organizaron y luego asistieron a su primera comida con los guerreros en el comedor. Los silencios incómodos y las miradas francas volvieron, así que Fel'annár dejó que su mirada vagara, una técnica probada y comprobada para soportar mejor su curiosidad. Funcionó, en su mayor parte.

Ahora, con menos de treinta minutos antes de que comenzara el entrenamiento, Fel'annár estaba solo en un rincón tranquilo detrás de los barracones en la base de un acogedor abedul. No había disfrutado de este pequeño lujo durante meses, pues en el camino, no había tenido dónde esconderse. Lainon lo había seguido en silencio y luego trepado a las ramas donde ahora se sentaba, vigilando a su protegido a pesar de las protestas a medias de Fel'annár.

Respirando profundamente por la nariz, Fel'annár se irguió y luego dobló las piernas y exhaló por la boca, con ambos brazos elevándose frente a él, extendidos hacia algo que nadie más que él podía ver.

Con los ojos cerrados, un pie avanzó, las palmas hacia abajo mientras flotaban hacia un lado. Una pierna siguió. Era una especie de danza. Poder silencioso canalizado a través de movimientos precisos y medidos. Fel'annár parecía estar tirando, y luego empujando, y luego mezclándolo todo y devolviéndolo. Era hipnótico, y Lainon se reprochó por su momentánea pérdida de concentración. Apartó la vista y miró hacia los campos de entrenamiento más allá. Le llamó la atención una figura que caminaba hacia el centro del campo, demasiado lejos para ver su rostro, y sin embargo la conocía igualmente, pues su andar era fuerte, poderoso y letal. Una maestra guerrera con el uniforme de teniente. Oscuros mechones trenzados de ónice líquido caían hasta la parte baja de su espalda, y sus dedos le picaban por tocarlos, enrollarlos alrededor de su mano, su brazo. Sonrió ante los pensamientos que le vinieron a la cabeza.

Era una distracción, y arrancó sus ojos del campo para volver a Fel'annár, que se había quedado solo con sus calzones. El Silvano quería ponerse a prueba antes de que comenzara el entrenamiento, aunque Lainon sospechaba que Sontúr ya había hablado con los instructores de armas. No creía que Fel'annár fuera a entrenar a plena capacidad durante un tiempo. Aun así, Fel'annár se preocuparía de no poder rendir al máximo de sus capacidades, justo cuando había decidido mostrarse, no ocultar lo capaz que era como guerrero.

Ahora estaba sentado, y durante largos minutos no se movió en absoluto. Cuando lo hizo, Lainon quedó debidamente impresionado, pues Fel'annár lentamente desdobló sus piernas y luego las abrió ampliamente hacia los lados. Con ambas manos entre ellas, se impulsó hacia arriba hasta que sus piernas dejaron el suelo y entonces estaba en el aire, de pie sobre sus manos boca abajo, con las piernas rectas, el cuerpo completamente inmóvil. Doblándose por la cintura, sus pies tocaron el suelo, y estaba, una vez más, de pie sobre sus propios pies.

Lainon saltó al suelo, y Fel'annár se volvió. —¿Es hora?

Por qué aquellas palabras le impactaron de esa manera, Lainon no podía explicarlo correctamente, pero su mente decidió

interpretarlas de un modo muy distinto al que Fel'annár había pretendido.

—Sí, es el momento, Fel'annár.



Tensári escudriñaba el horizonte, hacia el norte y el Valle donde sus hermanos y hermanas Ari'atór luchaban sin ella. Había servido bajo el Comandante Hobin de los Ari'atór durante siglos, siglos en los que había perfeccionado sus habilidades con la espada y endurecido su mente ante la tragedia de la mortalidad. Su fe la había mantenido en el camino recto, su amor por Aria protegiéndola de los horrores que había presenciado. Su fe la había mantenido alejada de *él*.

Pero el amor que una vez profesó por Aria se había desgastado, erosionándose lentamente bajo el incesante flujo de sangre y una vida sin amor. Su pasión por proteger la pureza del Valle había disminuido con cada lamento desesperado de una madre Desviada que presenciaba el fin de la vida de su hijo. ¿Cómo podía Aria, la todopoderosa fuerza vital, permitir tal cosa, permitir tal sufrimiento? ¿Qué poder es este que no puede evitar el más elemental sufrimiento mortal e inmortal? Su fe en Aria se había visto comprometida; ya no podía defender a la Fuente.

Pero entonces Lainon había regresado.

—Teniente Tensári —murmuró Lainon, colocando su antebrazo plano sobre su pecho, un gesto que ella correspondió. Fue suficiente para recordarle su deber, y su mente se apartó de los pensamientos filosóficos que le habían envuelto.

—Teniente Lainon —respondió ella, enderezando su postura y controlando su rostro. Cuando volvió a abrir la boca, era la voz de una instructora de armas serena y recogida.

—¡Quitaos las jubas y túnicas! —ordenó.

La ceja de Lainon se arqueó, y una sonrisa poco característica tiró de una esquina de su boca mientras los demás compartían una mirada de curiosidad, y quizás un indicio de sospecha. Lainon les lanzó una mirada de advertencia mientras comenzaba a

desabrocharse la juba, y el resto siguió su ejemplo. Cuando se quitaron las camisas, jadearon al sentir el aire helado golpeando sus pechos cálidos. Tensári, sin embargo, no se preocupaba por su incomodidad; pronto los tendría sudando, así que se movió lentamente ante ellos, registrando la variedad de bandas de maestría en sus bíceps. Tres de los ocho eran maestros arqueros, uno incluso era maestro de espada, pero Lainon, ella lo sabía, era maestro tanto en combate cuerpo a cuerpo como en arquería. Permitió que sus ojos vagaran descaradamente por su pecho, recordando la sensación, los relieves y planos de su cuerpo moldeados por la batalla bajo el suyo, cómo la había hecho sentir. Forzó su mirada hacia arriba, hacia su rostro y sus ojos conocedores. Él siempre la había deshecho, y aún lo hacía.

Siguió caminando, sus ojos registrando, su mente catalogando: este estaba construido para la arquería mientras que aquel para las espadas. Otro pensó que sería bueno en todo mientras que el grande podría, quizás, empuñar un arma más pesada. Había dejado para el final al que llamaban El Silvano. Este era el guerrero que había rescatado en la naturaleza, el que había encontrado acurrucado entre los árboles. Había sido una forma extraña de encontrar a un guerrero herido, casi tan extraña como sus ojos verdes demasiado brillantes y la luz que albergaban. Este era al que Lainon protegía; incluso si no se lo hubiera dicho, lo habría sabido, cualquier Ari'atór lo sabría.

Su mirada se fijó en la banda de su bíceps —Maestro Arquero— y luego registró el resto de él, alto y fuerte, músculos agudamente definidos. Para alguien tan joven, era disciplinado. Había promesa aquí, ella lo sabía.

—¿Qué arco prefieres?

—Soy igualmente competente en arcos de corto y largo alcance, señora.

—¿Hojas?

—Espada ancha, sable y dagas.

Su mandíbula se tensó ante la arrogancia que seguramente había heredado de su padre, si los rumores eran ciertos. Aunque ella sabía que lo eran. El chico era Or'Talán encarnado, desgarradoramente

hermoso. Se dio cuenta de que estaba mirando fijamente, así que dio media vuelta y regresó al centro de la fila.

—Para la primera parte de vuestro entrenamiento y adaptación a este ejército, sin túnicas interiores, solo vuestras jubas. Mantened el cabello alejado de la cara y los hombros a menos que queráis que os lo corte —dijo, mirando a Fel'annár—. Corred hasta el marcador y volved. *No* es una carrera; permaneced juntos. Fel'annár, Carodel, vosotros no.

Fruncieron el ceño y luego miraron a Lainon, pero él ya estaba trotando con el resto. Tensári caminó hacia ellos.

—El Príncipe Sontúr ha pedido que os entrenéis solo hasta los límites de vuestra recuperación. Nada de correr o combate cuerpo a cuerpo por el momento.

Fel'annár abrió la boca para protestar, pero ella levantó una mano pidiendo silencio. —Esto no es discutible, guerrero. No seré más indulgente con ninguno de vosotros durante el resto de nuestro entrenamiento, si es eso lo que os preocupa.

Él cerró la boca y asintió, y Tensári arqueó una ceja antes de volverse para observar al resto de los guerreros mientras trotaban de regreso hacia ella.

Un poco más lejos, un numeroso grupo de guardias Alpinos observaba con ojos escépticos mientras corrían los guerreros del bosque. Entre estos observadores estaba Sontúr. Él y su patrulla, bajo el Capitán Comon, servirían con estos extraños elfos durante los próximos meses, Alpinos y Silvanos trabajando juntos contra el enemigo común. Pero esta era la montaña. Los elfos Silvanos se sentían en casa entre los árboles, no en estas altas y frígidas laderas, y nadie quería la carga adicional de patrullar con elfos que no podían navegar entre las nubes.

Tensári les dio un momento para recuperar el aliento, y todo el tiempo observó con ojo de maestra. Acercándose a Galdith, le golpeó el abdomen con demasiada fuerza, provocando un grito de sorpresa del veterano Silvano y una risita del resto.

—Debes aprender a respirar correctamente, guerrero.

Galdith asintió indicando que entendía, pero no era así y dirigió una mirada desconcertada a Galadan, quien le indicó que se lo

explicaría más tarde.

—Coged una espada de entrenamiento con la que os sintáis cómodos y volved aquí —dijo, moviéndose a un lado y observándolos mientras se dirigían al estante de armas. Miraba entre sus manos a sus rostros y viceversa mientras elegían. El Maestro de Espadas, Galadan, había probado su arma con pericia, mientras que Carodel la había girado con un toque artístico, algo que impresionaría a algunos pero que le ofrecería poca información sobre su idoneidad. Curiosamente, los demás habían deferido a Fel'annár, observándolo mientras él elegía su propia espada. Lo seguían a pesar de su edad, se dio cuenta. La información fue debidamente registrada y catalogada para uso futuro. Sus ojos momentáneamente se posaron en Lainon, sin sorprenderse de que él ya la estuviera mirando.

—Quiero una figura de diez posturas. Golpe frontal, posterior, izquierdo y luego derecho, arco en ángulo izquierdo y luego derecho, corte inferior, corte superior, estocada frontal y media vuelta. ¿Lo tenéis? —gritó.

—¡Sí! —respondieron.

—No os detengáis hasta que yo lo diga. No cometáis los mismos errores una y otra vez. Ejecutad, rectificad y mejorad. ¿Entendéis? —gritó, más fuerte esta vez.

—¡Sí!

Y así comenzaron, con el pecho desnudo en el frío helador, atacando a un enemigo invisible mientras realizaban las posturas y Tensári observaba.

—*Otra vez* —bramó a Ramien, apretando la mandíbula y entrecerrando los ojos mientras estudiaba al impresionante Muro de Piedra y luego pasaba al siguiente de la fila—. *Otra vez*, más potencia. Carodel, *muévete*. —Comprobó su postura y le mostró lo que quería demostrándolo ella misma. Minutos después, estaba frente a Fel'annár, sus ojos siguiendo el lento movimiento de su mano con la espada y el extraño vaivén de su mano vacía. Un brillo llegó a sus ojos, y se volvió hacia el estante de armas, cogiendo una espada corta y luego lanzándola hábilmente a Fel'annár. Él la atrapó justo antes de que pudiera precipitarse contra su cabeza.

Seguramente no se equivocaba.

—Ahora, hazlo de nuevo, con ambas hojas.

Ajustando el arma en su mano izquierda, Fel'annár miró a Lainon, quien dio un sutil asentimiento. Ampliando su postura, sostuvo la hoja larga en su mano derecha y luego levantó la espada corta sobre su cabeza. Agachándose, dirigió ambas puntas hacia Tensári.

Sontúr y la patrulla de Comon se habían detenido, pero a Tensári no le importaba, pues su mente daba vueltas ante las implicaciones, demasiado distraída para preocuparse en absoluto. No había visto esto durante mucho, mucho tiempo. La cuestión era, ¿hasta dónde había llegado el chico en su entrenamiento?

El metal brilló bajo el sol de la mañana mientras giraba y se balanceaba lentamente, y el silbido de una espada larga cortando lateralmente comenzó a danzar junto con él. Vio el ritmo revelador de pies y hoja: uno, dos, tres, *golpe*. Uno, dos, tres, *golpe*. Los pies avanzaban, retrocedían, el movimiento suave, casi imperceptible. Cuerpo y hojas se movían continuamente, como una cinta en el agua, pero el metal nunca tocaba el metal. Era elegante; era mortal.

Era Kal'hamén'Ar.

—Suficiente.

Las hojas se ralentizaron hasta que se detuvieron naturalmente, y Fel'annár juntó sus dos pies e inclinó la cabeza como si Tensári hubiera sido su oponente. La maestra de armas lo observó durante largos momentos, con los ojos atraídos una vez más por la luz detrás de los ojos del muchacho, una luz que no debería haber estado allí, y brevemente se preguntó qué tenía Aria reservado para él. Extendiendo su mano para recibir la hoja, se dio cuenta de que se había equivocado respecto a él: no era arrogante. Le había dicho la verdad, nada más.

Fel'annár le devolvió la hoja con reverencia, primero el pomo.

—¿Dónde aprendiste eso? —preguntó ella en voz baja para que solo él pudiera oír.

—En libros, señora.

—En libros —repitió—. ¿Quién es tu Maestro?

Fel'annár frunció el ceño, sus ojos volviendo hacia Lainon. —No tengo Maestro, señora. —Fel'annár estaba confundido, pues no había Maestros, ya no. El Kal'hamén'Ar estaba extinto.

El rostro de Tensári no se inmutó, pero había un destello de luz en sus ojos. —Eso está prohibido, guerrero.

Fel'annár palideció. —Pido disculpas, señora. No pretendo ofender.

Con un lento y pensativo asentimiento, Tensári se alejó de él, su mirada dirigiéndose hacia Lainon. Los guerreros más alejados reanudaron lentamente su entrenamiento, pero Tensári pidió un descanso de cinco minutos, para los que entrenaba, pero principalmente para sí misma. Pero no hablaría con Lainon, porque si lo hacía, perdería su concentración. Más tarde, obtendría respuestas a sus preguntas.

La Compañía se volvió hacia Fel'annár, cuyo rostro era indescifrable para todos excepto Lainon, y quizás Idernon. Estaba confundido, alarmado bajo el velo de bienestar que llevaba tan bien. Había sorprendido a Tensári, alimentado el incesante chismorreo. Su fugaz actuación había cosechado un silencio preñado y miradas subrepticias.

El resto del día estuvo ocupado con combate cuerpo a cuerpo, arquería y entrenamiento de fuerza, y durante todo ese tiempo, Tensári observó a El Silvano, casi tanto como observaba a Lainon. Este Fel'annár era frío y algo distante mientras entrenaba, como si su mente no estuviera en el presente. El chico tenía habilidades muy superiores a su edad. Podía ver el poder ondulando bajo su piel pálida, piel Alpina a pesar de su nombre. Podía sentir el conocimiento que poseía, canalizado hábilmente en sus movimientos. Había magia en él. Estaba sin par aquí. Tensári no tenía nada que enseñarle.

CAPÍTULO 12

Kal'hamén'Ar

"Los Alpinos de Tar'eastór son los más grandes guerreros sobre Bel'arán. El Código del Guerrero fue escrito en las primeras edades por los mismísimos fundadores de la Guardia Élfica, y dentro de esas páginas, se describió la disciplina sagrada del Kal'hamén'Ar. Danza Caída, Danza de la Muerte Grácil, la máxima prueba de destreza, dedicación y humildad, que no debe estudiarse sin la guía de un Maestro."
Las Crónicas Alpinas. Cor'hidén.

~

Había pasado otra semana y, con el entrenamiento y los ejercicios de Sontúr para su pie y hombro, Fel'annár había recuperado su forma. Mientras Sontúr realizaba repetitivos ejercicios, a veces despiadadamente, había llegado a conocer mejor al príncipe. Al principio, este había estado un poco distante, y Fel'annár sospechaba que conocía la razón: el floreciente Centinela. Estaría luchando por no creer las afirmaciones de Fel'annár sobre que su madre había sido restaurada en el Valle, su incapacidad para explicar lo que había visto y sentido causando estragos en su mente racional. Así que habían hablado, y Fel'annár le había explicado que era muy

similar para él, solo que había aprendido a no esperar una explicación. Sontúr había arqueado una ceja ante él, y desde entonces, su relación había florecido.

Cuando Fel'annár no estaba con el príncipe, pasaba tiempo con La Compañía o en los campos, ya fuera con las tropas o por su cuenta, lejos de miradas indiscretas y con Lainon sentado en un árbol cercano.

Gor'sadén a veces se había quedado al margen para observar el entrenamiento de los guerreros, y Fel'annár se preguntaba si Tensári le habría contado sobre su práctica ilícita del Kal'hamén'Ar. Sin embargo, hasta ahora, no había habido ninguna citación de una fuente superior. Aun así, se preocupaba incesantemente por si fuera disciplinado o incluso repudiado por quebrantar el Código del Guerrero. Se dio cuenta de que había algo que debía hacer, así que, recién bañado y cambiado, se escabulló de los barracones y hacia la puerta, solo para congelarse a medio paso. Alguien le seguía. Girándose, con los ojos bien abiertos, se encontró cara a cara con Lainon.

—No sin mí —dijo tajantemente, con desaprobación en sus ojos y una disculpa en los de Fel'annár. Caminando juntos, salieron al crepúsculo y se dirigieron al Palacio Real y a la biblioteca pública que se encontraba en la planta baja. Nunca cerraba, o eso le había asegurado Idernon; de hecho, la imponente entrada estaba completamente abierta y sin vigilancia cuando llegaron.

La biblioteca era casi abrumadora; no tenía idea de dónde comenzar su búsqueda, así que se dirigió hacia un elfo de aspecto erudito que estaba sentado detrás de un gran escritorio cerca de la entrada. El bibliotecario jefe le indicó la dirección correcta, y poco después, Fel'annár estaba sentado frente a un gran tomo, abierto en la página cuatro, la luz de un candelabro iluminando la elegante escritura y el brillo plateado de su cabello mientras caía sobre sus hombros y sobre el pergamino.

'El Kal'hamén'Ar no puede ser practicado por cualquier guerrero. Solo un Maestro puede elegir a un aprendiz, alguien lo suficientemente hábil, lo suficientemente valiente para aprender.'

Fel'annár frunció el ceño. Los libros que había leído en su hogar habían tratado el tema solo sumariamente. No había detalles sobre *por qué* estaba prohibido practicar el arte solo.

'Es una disciplina del cuerpo, de la mente, y un Maestro debe elegir a su discípulo sabiamente. Entre un Maestro Arquero y un guerrero ordinario, la elección puede parecer obvia para el no iniciado, pero el Maestro ve más allá de la habilidad con un arma. Un Maestro ve la sangre de un guerrero, ve su corazón, ve la raíz de su servicio...'

—Fel'annár.

Se sobresaltó violentamente, apenas conteniendo el grito que había saltado a la parte posterior de su garganta.

La sonrisa burlona de Gor'sadén se convirtió en una sonrisa mientras Fel'annár se apresuraba a ponerse de pie y saludaba.

—Descanse, guerrero. No estamos de servicio.

Fel'annár asintió, incapaz de ocultar su vergüenza, y Gor'sadén se compadeció de él. Dirigiendo su mirada a la mesa y al libro que yacía abierto, se sentó frente a El Silvano y abordó uno de los temas que le habían llevado allí.

—Siéntate y dime por qué te tomas la molestia de leer sobre el Kal'hamén'Ar.

Fel'annár no pudo mirarle. ¿Se lo había contado Tensári? ¿O estaba el comandante simplemente comentando su elección de libro? De cualquier manera, se dio cuenta de que no importaba.

—Señor, yo...

—No estamos de servicio, Fel'annár.

—Gor'sadén. He estado leyendo sobre el Kal'hamén'Ar durante muchos años, y primero diré que no pretendía faltar al respeto; no entendía la importancia que tiene en Tar'eastór.

—¿Leíste la parte que prohíbe expresamente a un guerrero iniciarse en la disciplina?

—Sí, la leí.

—¿Por qué rompiste esa ley?

Y ahí estaba. Él *sí* lo sabía. —No sabía que todavía quedaban Maestros, que aún se practicaba o incluso se recordaba, y aunque lo hubiera sabido, no tenía elección.

Gor'sadén frunció el ceño, pero sus ojos no abandonaron a Fel'annár.

—He pasado muchos años entrenando en soledad, Gor'sadén. Mis años en Lan Taria comenzaron con los conceptos militares básicos, pero necesitaba más, y esto era lo único que me desafiaba. Sabía que estaba mal, pero no pensé que a nadie le importaría. Es cierto, siempre he sido consciente de que se establecía como prohibido y no lo he practicado abiertamente, hasta ahora. Pensé que era obsoleto, Gor'sadén, una cosa del pasado.

—¿Le contaste todo esto a tu maestro de armas?

—No. Hacerlo habría sido presuntuoso. Además, no se me habría permitido abandonar Lan Taria.

—No lo entiendo. Si tu actitud era humilde y podías demostrar que necesitabas más entrenamiento, ¿por qué él o ella no accedería a avanzar en tu conocimiento?

Y ahí estaba. Admiraba a Gor'sadén, y explicar por qué nunca había dicho nada era abrir la puerta a sus penas pasadas, un pasado que había encerrado para continuar en su camino elegido. Su vacilación fue todo lo que Gor'sadén necesitó.

—¿Por qué lo ocultaste? —insistió.

—Siempre lo he hecho —soltó, y luego se preguntó si debería continuar; de hecho, ¿por qué lo había dicho siquiera? —. Mírame, Gor'sadén. ¿Parezco un muchacho Silvano del Bosque Profundo? Siempre se me ha recordado las diferencias entre yo y aquellos a quienes llamo mi gente. Siempre he sido consciente de mi extrañeza. Como niño, no quería nada más que ser igual, incluso si me llevaba a la mediocridad.

—Pero leíste el Kal'hamén'Ar.

—Sí. Solo y en secreto, salvo por Idernon y Ramien. Empecé a experimentar con él, lejos de los demás. No pude evitarlo, Gor'sadén.

—Querías pertenecer —murmuró el comandante, y los ojos de Fel'annár se abrieron de par en par, sorprendido por lo fácilmente que había sido interpretado. Sin embargo, no lo negaría; le había llevado un año en el campo entenderse a sí mismo.

—Sí.

—Admiro la autocrítica, Fel'annár. Que puedas ver tus fallos a una edad tan tierna es bueno.

Fel'annár asintió torpemente, y los ojos de Gor'sadén se estrecharon. —Fel'annár, quisiera que comprendieras, porque creo que esa es la razón por la que te encuentro aquí, en la biblioteca. El Kal'hamén'Ar, Danza Caída, o como otros la llaman, Danza de la Muerte Grácil. No es un baile sino una disciplina, un arte marcial en el que la mente es entrenada para entrenar al cuerpo, para que el cuerpo se convierta en la mente. Extraerá fuerza de las estrellas, de la tierra, de la propia Aria. Nadie puede derrotar a un Maestro del Kal'hamén'Ar a menos que las probabilidades sean terribles, nadie excepto otro Maestro.

Hizo una pausa aquí, esperando una respuesta, pero no hubo ninguna, al menos no con palabras, pero el rostro de Fel'annár brillaba de curiosidad y asombro, tan absorto que se sentó inclinado sobre la mesa, las manos extendiéndose hacia adelante como si fuera a agarrar el cuello de Gor'sadén en desesperación por escuchar más.

El comandante continuó. —Para entrenar el cuerpo, primero debes entrenar la mente. Esto no puede hacerse solo, no adecuadamente. Es esta primera y fundamental premisa la que dicta que la Danza no debe iniciarse en soledad.

—Entiendo. Si las tácticas utilizadas para entrenar la mente fueran incorrectas, la mente entrenaría al cuerpo incorrectamente...

—Exactamente. La pregunta es, ¿te ha pasado eso a ti? ¿Has entendido realmente lo que has leído?

—No tengo forma de saberlo, Gor'sadén.

—Verás, la mente nunca está vacía, siempre está ocupada con una cosa u otra. Para ver verdaderamente el mundo, uno debe verlo con un ojo desnudo, libre de experiencias y expectativas, libre de penas pasadas y sueños futuros. Sin prejuicios, sin historia. Simplemente debes *ver*...

—Sí —asintió Fel'annár. Lo sabía, había leído esto...

—Dime que has logrado esto.

Fel'annár se echó hacia atrás. No esperaba la pregunta, y Gor'sadén lo observó cuidadosamente.

—No. No del todo. No puedo deshacerme completamente de mis pensamientos, de mis impresiones.

—¿Por qué?

—Porque nunca estoy solo.

Fue el turno de Gor'sadén de echarse hacia atrás sorprendido.

Las facciones de Fel'annár se habían vuelto inseguras una vez más. Tenía miedo de algo, y Gor'sadén seguramente lo habría visto.

—Nunca solo...

—Los árboles, Gor'sadén. Si vacío mi propia mente, ellos siguen ahí. Sus emociones, sus miedos, su alegría. No sé cómo bloquearlo, no del todo.

—Bueno, después de lo que vi en los jardines del rey, no voy a rebatir tus afirmaciones, pero dime, ¿hasta dónde estás dispuesto a llegar para aprender, Fel'annár? ¿Cuánto sacrificarás por el simple honor de convertirte en aprendiz?

Los ojos de Fel'annár estaban abiertos e incrédulos, porque si había entendido correctamente, Gor'sadén estaba considerando entrenarlo. Se había equivocado; al menos quedaba un Maestro.

La determinación emanaba de cada poro de su cuerpo, endureciendo sus facciones y haciendo brillar sus ojos. Desapareció el niño cohibido que apenas había pasado su mayoría de edad. Este era el otro lado de sí mismo, el guerrero, no el huérfano, no el bastardo.

—Lo sacrificaré todo —susurró.

—¿No sabes lo que implica, y aun así dices que lo sacrificarías todo?

—Confío en vos. No sé por qué, pero he aprendido a aceptar algunas cosas como verdades, aunque no pueda razonarlas.

—¿Confías en mí lo suficiente como para mostrarme tus debilidades? ¿Tus miedos y dudas? ¿Confías en mí lo suficiente como para ser humillado, llevado al agotamiento y más allá; para dar cuando no tienes nada, para llorar, ¿pero nunca rendirte? ¿Puedes darme lo que quiero?

—Sí. Puedo hacer eso. Para convertirme en vuestro aprendiz. Es más de lo que jamás podría haber soñado, mi señor —dijo Fel'annár

tranquila y solemnemente—. Pero ¿qué hay del comandante Pan'assár? Seguramente no lo permitirá.

—Déjame eso a mí, Fel'annár.

Fel'annár asintió y luego hizo la pregunta que pedía libertad desde hace algún tiempo. —Gor'sadén, ¿sois el último Maestro?

El comandante sonrió. —No. Todavía hay dos, y para aceptar a un aprendiz, la decisión debe ser unánime. Hablaré con Pan'assár. No esperes su alegría ni su participación, Fel'annár, pero quizás pueda arrancarle un encogimiento de hombros de indiferencia.

—Entonces esperaré. Todo el tiempo que sea necesario —dijo, pero había vacilación en sus ojos, y Gor'sadén lo vio.

—¿Qué ocurre?

—¿Era... era el Rey Or'Talán un Maestro?

Gor'sadén sonrió. —Sí. Los Tres eran los últimos Maestros restantes del Kal'hamén'Ar, Fel'annár. Está en tu sangre, niño.

Los ojos de Fel'annár estaban abiertos y llenos de mil preguntas, pero su corazón se rebelaba, porque Or'Talán había arruinado la vida de su madre; no *quería* sentir orgullo, y, sin embargo, ni siquiera esto podía estropear su creciente emoción. La sonrisa de Fel'annár se extendió lentamente hasta que transformó su rostro en una visión de belleza.

Gor'sadén observó y luego respiró profundamente, controlando las emociones que brotaban en sus ojos, porque Or'Talán estaba ante él una vez más: el brillo en la cara, la peculiaridad de su boca. No podía resistirse a esta llamada. Es lo que Or'Talán habría querido, y se aseguraría de que Pan'assár lo entendiera. La cuestión era, ¿cómo?

Fel'annár había dicho que había aprendido a confiar en algunas cosas sin necesidad de razonarlas, y Gor'sadén sabía que este era uno de esos momentos, al igual que el inexplicable y persistente olor a lilas en los jardines del rey. Si Tensári tenía razón, entonces Gor'sadén lo tomaría como aprendiz y aceptaría todo lo que viniera con la enseñanza del Kal'hamén'Ar —*todo*—, si su rey lo permitía.

Entonces Gor'sadén sonrió y pidió a Fel'annár que descansara antes de dejarlo solo una vez más. Fel'annár se estiró y se dirigió a

la puerta de la biblioteca donde estaba Lainon, observándolo de cerca, sabiendo quizás que Fel'annár guardaría sus secretos.

—Gor'sadén ha mostrado bastante interés en ti —comentó Lainon mientras comenzaban su camino de regreso a los barracones, pero Fel'annár simplemente asintió, sin querer, al parecer, comentar sobre lo que Gor'sadén le había hablado. No era que no quisiera contárselo a Lainon; era porque no se atrevía a creer que existiera la más mínima posibilidad de que se convirtiera en discípulo del Kal'hamén'Ar, no mientras necesitara la aprobación de Pan'assár.



Gor'sadén tomó su desayuno en la mesa del rey, como casi siempre hacía, con un hambriento Pan'assár a su lado. Lord Damiel hablaba en voz baja con el príncipe Handir mientras el propio rey se sentaba solo y pensativo, su mente aún en su reina, quizás.

El ojo agudo de Gor'sadén divisó un grupo de aves mensajeras que partían. La mayoría volaba hacia el este, a las tierras mortales de Prairie donde el príncipe Torhén estaba de visita, pero tres volaban hacia el oeste, a Ea Uaré, por segunda vez esa semana, se recordó el comandante. Las aves mensajeras casi siempre eran utilizadas por el rey y su consejo para asuntos oficiales, sin embargo, Gor'sadén no tenía conocimiento de ninguna misiva oficial que se hubiera enviado a Ea Uaré.

—Mi rey. ¿Hacia dónde se dirigen los mensajeros esta mañana? —preguntó.

Vorn'asté se volvió para encontrarse con la mirada del comandante y luego frunció el ceño. —No tengo idea.

Gor'sadén asintió lentamente, pero el rey ya estaba haciendo una pregunta propia.

—¿Vuelan hacia el oeste? —preguntó en voz baja.

—Sí. Es el segundo grupo que veo volando hacia Ea Uaré.

—Se lo preguntaré a Damiel; quizás él lo sepa.

—Sí. Quizás —dijo Gor'sadén. Era un intercambio velado, y tanto el rey como el comandante lo sabían. Había un mensaje bajo sus

palabras aparentemente sin importancia, una advertencia mutua de que se compartía información entre los reinos, cuya naturaleza solo podían adivinar, y ambos cayeron en silencio.

Pan'assár interrumpió sus reflexiones. —¿Esa es Tensári? —preguntó el comandante del bosque, con los ojos mirando a través de las ventanas hacia los campos de entrenamiento más allá.

—Sí. Pidió ser reasignada del ejército de Araria hace algunos años. Demasiados años en el campo sin pausa para recuperarse. Incluso una Ari'atór necesita tiempo lejos de la batalla, Pan'assár, y ella había tenido suficiente. El comandante Hobin no estuvo impresionado cuando le permití tomar un puesto en nuestras patrullas.

—Me sorprende. No pensé que se tomaría bien ser instructora de armas.

—Las cosas cambian, Pan. Lo hace bien, aunque me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que pida que la envíen de vuelta a la refriega; el cuadrante norte la echa de menos —dijo, desviando la mirada hacia Fel'annár en la distancia mientras entrenaba con el resto, y una idea apareció en su cabeza.

—Ven conmigo a los campos —dijo ligeramente—. Quisiera hablar de asuntos militares, como solíamos hacer.

Pan'assár lo miró fijamente por un momento antes de asentir bruscamente, con la chispa de sospecha en sus fríos ojos azules. —Si esto es sobre el bas... sobre El Silvano...

—Es sobre *ti* —dijo Gor'sadén.

Pan'assár lo miró desafiante. —¿Vas a sermonearme, hermano?

—No sermonearte; no me atrevería, pero necesito hablar contigo sobre asuntos que afectan a uno de tus guerreros, y antes de que me interrumpas —se apresuró a añadir, levantando una mano pidiendo silencio—, esto no tiene nada que ver con la sangre en sus venas o el rostro que le fue dado. Es un asunto estrictamente militar.

Pan'assár arqueó una ceja. —No me pidas favores, Gor'sadén, no en lo que a él se refiere.

—No tengo favores que pedirte, Pan'assár. Solo pido que escuches mi razonamiento y que tomes una decisión racional, basada únicamente en lo que dicta la razón, nada más.

Hubo silencio mientras Pan'assár estudiaba a su amigo, y cuando habló, fue suave y lento. —Ten cuidado, Gor'sadén.

—¿De qué estás hablando?

Pan'assár colocó una mano en su antebrazo y se inclinó hacia adelante. —Te hará daño al final.

—No puedes saber eso.

—No con certeza. Pero es medio Silvano, el hijo de su *madre*. No entenderá la lealtad, no como nosotros lo hacemos, Gorsa.

—Compláceme, hermano. Escúchame y promete solo esta cosa simple. Responde con tu mente, no con tu corazón. Respóndeme como un *guerrero*.

Pan'assár se enderezó y luego asintió, y pronto, partieron. Gor'sadén lo familiarizó nuevamente con las instalaciones militares en los cuarteles mientras le explicaba las mejoras que se habían realizado desde la partida de Pan'assár. Visitaron las salas de armas y el ala de logística, y por un tiempo, las cosas fueron como antaño.

Llegaron a situarse al margen de los campos de entrenamiento, observando a los guerreros organizarse en grupos. —Esa es la patrulla de Comon —dijo Gor'sadén, señalando al grupo de Alpinos y un puñado de Silvanos. Algunos practicaban con espadas mientras otros disparaban sus arcos largos hacia dianas de paja distantes.

—¿Nunca has perdido tu entusiasmo por esto, Gorsa? —sonrió con sorna Pan'assár mientras su mirada recorría a los soldados, incluso a El Silvano que estaba escuchando a un Maestro de Arco.

—Nunca. Antes te encantaba esto —dijo Gor'sadén en voz baja, y Pan'assár no respondió durante un rato mientras su mirada se desviaba de los guerreros hacia las crestas montañosas más allá.

—Antes me encantaban muchas cosas, Gorsa. Las cosas cambian. Las personas cambian.

Gor'sadén aprovechó el silencio subsiguiente para ordenar sus pensamientos. El dolor de Pan'assár seguía ahí, pero después de su crisis, parecía no estar tan amargado. —Pan'assár. He tropezado con noticias sorprendentes, noticias que quiero que escuches antes de que juzgues. Debes entender las circunstancias y recordar lo que te pedí.

—Continúa.

—El muchacho, Fel'annár. Ha leído sobre el Kal'hamén'Ar en la biblioteca de su hogar en el Bosque Profundo. Creía que estaba extinto.

Pan'assár frunció el ceño y se volvió para mirar a Gor'sadén. —¿Y?

—Bueno, se propuso *estudiarlo*.

Las fosas nasales de Pan'assár se dilataron mientras sus ojos se estrechaban. —Te lo dije. Los Silvanos no saben nada del honor, Gorsa.

—Estarías en tu derecho de disciplinarlo, pero te pido que sigas escuchando antes de decidir qué, si es que algo, debería hacerse.

El comandante forestal permaneció en silencio, con la mirada de vuelta en los guerreros que entrenaban, buscando a Fel'annár.

—Fue Tensári quien primero reconoció las señales y le preguntó al respecto. Él parecía horrorizado de haber, aparentemente, malinterpretado la importancia del Código Guerrero con respecto al Kal'hamén'Ar. Ella cree que fue sincero en su disculpa, que no hizo tal cosa para faltar al respeto al Código intencionadamente.

—¿Qué estás diciendo, Gorsa? ¿Que se le debería permitir entrenar? ¿Que lo tomarías como aprendiz?

Gor'sadén se irguió, volviéndose completamente para enfrentar a su amigo. —Sí. Eso es lo que estoy diciendo.

—No.

—¿Por qué?

—Para empezar, es demasiado joven. Su habilidad estará muy lejos de la requerida para convertirse en aprendiz. Y luego, ¿qué hay de su sangre, Gorsa? Ya no quedan verdaderos guerreros, no como tú y yo. Somos cosa del pasado. Te dije que no concedería favores.

—Y te pedí que tomaras una decisión basada solo en los hechos. Supones que no tiene la habilidad, que no tiene el corazón. Tensári no está de acuerdo.

—Y tú tampoco, por supuesto.

—Aún no lo sé. He hablado con él y creo que tiene la actitud para ello, la *sangre* para ello, como tú lo llamas. Y luego me he quedado aquí y lo he visto entrenar desde lejos, y todavía pienso que lo lleva dentro. Eres *tú* quien debe mirarlo más de cerca, Pan. Si al menos

podemos estar de acuerdo en que la habilidad y las cualidades están ahí, podemos hablar de nuevo. Solo concédele eso.

—Estás malgastando mi tiempo.

—¿Tienes algo mejor que hacer? —preguntó Gor'sadén, con la frustración dando fuerza a sus palabras—. Esta es una oportunidad para recuperar nuestro noble arte, Pan. Es una oportunidad para volver, al menos en pequeña medida, a los días en que nuestros jóvenes guerreros podían aspirar a la grandeza, pueden ser inspirados a sobresalir.

Pan'assár permanecía en silencio, su mirada perdida una vez más, y Gor'sadén lo observaba atentamente.

—¿Qué propones?

—Por mi parte, sugiero que bajemos a los campos y observemos. Solo eso. Solo mira al guerrero, Pan, y olvida sus circunstancias.

El comandante forestal tomó un largo aliento. —Hablas de él como el nieto de Or'Talán; pero yo... ni siquiera puedo mirarlo.

—Es un guerrero bajo tu mando, Pan.

Pan'assár no le respondió. En su lugar, permaneció de pie observando cómo los arqueros tensaban sus arcos y sus proyectiles se clavaban en los blancos distantes. Vio a Tensári combatir con Fel'annár, todo el campo deteniéndose para mirarlos en respetuoso silencio. Observó al Silvano mientras Galadan demostraba un movimiento de combate cuerpo a cuerpo, derribando al muchacho y provocando risas amistosas entre las tropas. No había separación racial, ni antagonismo. Trabajaban juntos, reían juntos, y Fel'annár siempre estaba allí, animando a los demás, riendo y bromeando, pero serio y concentrado cuando hablaban los Maestros.

Gor'sadén no podía decir con certeza qué estaba pensando Pan'assár, pero pensando *estaba*. El muchacho era bueno, y ni siquiera Pan'assár podía refutarlo, y sin embargo había más. El Silvano era muy querido, respetado a pesar de su edad, y su destreza con las espadas era al menos tan buena como la de Tensári. *Era* como Or'Talán, y esa era la razón por la que Pan'assár no había podido mirarlo. Era esta innegable realidad la que el comandante nunca había querido ver, porque al verla, tendría que admitirla.

—Una oportunidad, Gor'sadén. Le daré eso, pero serán *mis* reglas; no seré indulgente con él.

Gor'sadén observó el perfil de su amigo mientras continuaba viendo entrenar al Silvano. Había sido difícil para él conceder esta oportunidad, y de repente se preguntó qué era lo que Pan'assár estaba pensando. "Mis reglas", había dicho. Esto no sería una simple sesión de combate para probar la habilidad del muchacho con las espadas. Si conocía a Pan'assár, pensó que tal vez la prueba no sería solo de habilidad física.

No, no sería indulgente con él.



Esa noche, Lainon había dejado a Fel'annár con La Compañía y se dirigió a los aposentos de Tensári, ahora que sabía dónde estaban.

Ella lo había recibido con una sonrisa y un suave beso que casi había derretido las rodillas de Lainon. Luego ella sonrió, contenta de ver que no había perdido su capacidad para dominar su cuerpo de esa manera.

No había decoraciones en absoluto en los aposentos de Tensári, excepto por una sobrecama bordada en tonos verdes y azules. La habitación era como la mujer que vivía allí, reflexionó, pues no había nada superfluo en Tensári. Era simple en su perfección.

Aceptando una copa de vino, se sentó en una silla acolchada, doblando una pierna debajo de él, con los ojos recorriendo su cuerpo mientras bebía.

—¿Todavía hambriento, guerrero? —sonrió con picardía, y Lainon sonrió.

—Siempre.

—Bueno, ¿al menos satisfarás mi curiosidad antes de saciarla? Cien años nos separan.

—Tenemos mucho de qué ponernos al día —admitió Lainon. Sin embargo, entre los largos años que los separaban, realmente solo había un evento que merecía ser mencionado, el que los había separado y luego los había vuelto a unir. Era del futuro del que

Lainon hablaría, no del pasado. Cuando Lainon no continuó, Tensári pareció entender.

—Estás pensando que no importa, y quizás tengas razón. Estás aquí porque el chico te ha traído aquí.

—Bueno, en cierto sentido, en realidad soy *yo* quien lo ha traído aquí. Es una larga historia, Tensári, una que no siempre he entendido, como sabes.

—¿Me la contarás entonces?

Y lo hizo. Le contó a Tensári sobre su plan para restaurar Ea Uaré, para fortalecer a Thargodén en su trono, para preparar a Fel'annár para el viaje a casa y lo que encontraría una vez que llegaran. Incluso le contó los fundamentos de su don con los árboles. Sin embargo, todavía había una última pregunta por responder.

Tensári caminó hacia la ventana, y Lainon pronto estuvo a su lado. —Y así, esperas volver al bosque y las reacciones que el muchacho provocará. —La luz más allá de la ventana hacía tiempo que se había ido; aun así, ella sabía que las montañas nevadas estaban allí, una convocatoria constante que seguía rechazando.

Con un lento suspiro, Lainon respondió. —Esa es la esencia. —Su mirada siguió la de Tensári, hacia las oscuras montañas que contemplaba—. El príncipe Handir y yo hemos estado esperando jinetes de Ea Uaré durante días. El Consejero Jefe Aradan seguramente habrá informado al rey sobre su hijo, y él, a su vez, enviará instrucciones al príncipe Handir, al igual que Aradan y Turion seguramente me aconsejarán.

—¿No estás seguro?

—No, no del todo. Es poco probable que el príncipe heredero Rinon simpatice con la difícil situación de su medio hermano, y Thargodén no arriesgará que los puristas se vuelvan contra él, no mientras esté en una situación vulnerable.

—Te has metido en una intriga política en toda regla.

—Lo he hecho, y no hay vuelta atrás, Tensári. Hago esto con la esperanza de que Aria revele sus planes, o quizás los confirme, me muestre que tengo razón en mis suposiciones.

—¿Y cuáles son esas suposiciones?

Se volvió de la ventana hacia el fuego que parpadeaba suavemente en un rincón. —Creo que está destinado a unir a nuestro pueblo, unir las culturas de Ea Uaré, proteger el modo de vida Silvano, bajo las ramas, para que su legado no se pierda, pisoteado por aquellos que solo anhelan riqueza y poder.

—¿Sugieres que se convertiría en rey?

—No. No, eso no. Sugiero que hará todo esto bajo el gobierno de Thargodén. Todavía no puedo ver los detalles, Tensári. Y también, puedo estar equivocado.

Su mano áspera y callosa se elevó para acunar el cobre oscuro de su mejilla. —Tu intuición te ha servido bien hasta ahora.

—Sí —admitió mientras su propia mano alcanzaba su rostro, permitiendo que sus dedos acariciaran suavemente su piel, la curva de su oreja—. Pero dime, ¿qué te impide volver conmigo al bosque?

Ella le devolvió la mirada en silencio durante un largo rato, su mano todavía en su cabello. —No lo sé —dijo, sacudiendo la cabeza —. No lo he pensado.

—¿Pero lo harás? Estaremos aquí durante seis meses, tiempo suficiente para que te busques a ti misma, decidas tu camino. Quizás Aria te lo mostrará.

—Bueno, si lo hace, espero que sea menos críptica conmigo de lo que ha sido contigo. Además, soy una guerrera, Lainon, no una Pastora. No soy Ber'ator como tú, no puedo simplemente abandonar el Valle.

—Podría argumentarse que sería aceptable porque me estás ayudando.

—Una posibilidad remota, Lainon. Aun así, tenemos tiempo y, por ahora, recuerdo haberte dicho que cien años nos separaban.

—Es demasiado tiempo —estuvo de acuerdo, acercándose y rodeando su cintura cubierta de cuero con sus brazos—. Bésame, Tensári. Borra estos años de soledad y duda.

Y lo hizo, hasta que el sol se asomó por el horizonte y estalló en mil colores, pintando la montaña de rojo.

CAPÍTULO 13

En La Montaña

"Algunos dicen que los Desviados de la Montaña de Tar'eastór son los más temibles de todos los enemigos, porque son macabros de contemplar, poseyendo una fuerza sobrenatural que puede desafiar incluso a los mejores guerreros Élficos. Sin embargo, estos humanos inmortales en descomposición fueron una vez Incipientes -Desviados recién creados aún no convertidos a la violencia desenfrenada. Permanecen confundidos y perdidos en las crecientes sombras, incapaces de comprender el horror de lo que llegarán a ser. Los guerreros de Tar'eastór saben que este es el verdadero enemigo, el que acecha en la mente: el que despierta la piedad, el que puede hacer llorar de pena al guerrero más veterano."
Sobre la Naturaleza Élfica. Calro



El desayuno en el comedor fue un asunto ruidoso aquella mañana, y Galadan se vio obligado a alzar la voz para que el resto de La Compañía pudiera oírlo. —Para que lo sepáis, Lainon nos ha delegado la seguridad de nuestro esta mañana —dijo Galadan en un tono digno del propio príncipe Sontúr, pues había una ironía en sus

palabras que no se reflejaba en el rostro de Galadan. Casi nunca lo hacía.

Ramien resopló, pero Galdith sonrió ampliamente mostrando todos sus dientes mientras los ojos de Idernon miraban hacia un lado, en su propio mundo de pensamiento y razón. Fue Carodel quien dio voz a lo que todos sospechaban, y sus dedos ardían por tocar su lira rota. —Es *amor*, hermanos, amor entre dos Ari'atór; no hay cosa más elevada —exclamó, extendiendo las manos hacia los cielos—. Dos almas, una mente; dos corazones, un latido, dos...

—¡Carodel, por el amor de Aria, voy a devolver mi desayuno! —espetó Ramien—, ¡y me aseguraré de hacerlo sobre tus elegantes botas nuevas!

Galdith río escandalosamente mientras Fel'annár sonreía con ironía ante su desayuno, pero, aun así, Idernon estaba ausente, perdido en sus pensamientos, y los ojos verdes se cruzaron momentáneamente con los suyos, preguntándose si sus pensamientos recorrían los mismos caminos que los suyos propios.

—Idernon, ¿es cierto lo que dicen sobre los Ari'atór? —preguntó Fel'annár ligeramente. Las bromas disminuyeron mientras el resto escuchaba lo que el Sabio Guerrero diría.

—Lo es, hermano —dijo, enfocándose nuevamente—. Está en su naturaleza reconocer a su Connate. Calro tiene un excelente tratado sobre el tema: describe el amor entre dos Ari'atór como el reconocimiento instantáneo de la unión, una comprensión innata de aquel o aquella que contrabalancea su propio espíritu.

Sus palabras tontas y sonrisas suaves se habían ido, y en lugar de la burla amistosa surgió un naciente entendimiento, y con él una creciente tristeza que nadie expresó con palabras, nadie excepto Galdith. —¿Lo perderemos, entonces? ¿Se quedará aquí, con Tensári?

—No —llegó la respuesta instantánea.

La Compañía se volvió hacia Fel'annár, pero él no les devolvió la mirada. Se sobresaltaron cuando los cuernos del bastión sonaron a su alrededor y sobre ellos, y la sala de desayuno quedó en silencio. Era la alerta de una patrulla entrante con noticias urgentes. Algunos guerreros dejaron de comer mientras otros metían rápidamente la

comida en sus bocas. Después de todo, podría ser su última comida caliente en un tiempo. De repente, Tensári estaba en su mesa, Lainon a su lado, todavía abrochando sus arneses sobre el pecho.

—Cabalgamos en treinta minutos. Equipo completo en *treinta* minutos en los establos —ordenó, y luego se fue en un remolino de tela negra, dejando a Lainon solo ante ellos.

El momento que habían esperado, para el que se habían entrenado, finalmente había llegado, y con un gesto de la cabeza de Lainon, corrían hacia los cuarteles. Galadan fue el último de La Compañía, y al pasar, Lainon le palmeó el hombro.

—Gracias por este momento de descanso.

Galadan se volvió hacia el Ari mientras se dirigían hacia los cuarteles, concediéndole un asentimiento. —¿Ella cabalga como teniente? —preguntó el Alpino.

—Sí —fue la respuesta seca.

Galadan sostuvo la mirada de Lainon por un momento, pero no dijo nada. En su lugar, se recordó a sí mismo la implacable determinación de los Ari'atór: Lainon seguramente no era una excepción; no se distraería.

Dentro de los cuarteles, el capitán Comon y los dos comandantes generales observaban a las tropas mientras se preparaban para partir. El ruido era casi ensordecedor mientras los guerreros se armaban, poniéndose sus petos y brazales, comprobando las dagas en sus botas y las flechas en sus carcajes, y durante todo ese tiempo, Tensári se movía entre ellos, verificando que nada hubiera escapado a su control.

—Sontúr —saludó Fel'annár mientras levantaba su equipo sobre su espalda y aseguraba sus armas en sus arneses.

—Tu primera patrulla con nosotros —sonrió el príncipe de lado—. Veamos si puedes mantener tus pies Silvanos en las pendientes y no deshonrarte —dijo arrastrando las palabras.

—Tienes una vena cruel —sonrió Fel'annár mientras tomaba un lote atado de flechas largas para su arco de campo. Estaba gratamente sorprendido por la franqueza de Sontúr y se preguntó si el príncipe había, de alguna manera, llegado a aceptar sus dudas

sobre el regreso de su madre—. ¿Cabalgas como sanador o teniente esta vez? —preguntó.

—Sanador. Un día decidiré mi vocación —dijo con naturalidad, pero Fel'annár detectó un indicio de algo que no podía descifrar con exactitud.

—¿Estás indeciso entonces?

—Oh, sí. Mi padre se desespera por mi falta de propósito. *Un príncipe debe definirse*, dice —dijo Sontúr con una sonrisa irónica.

Fel'annár frunció el ceño. —¿Por qué no ser ambos? Quiero decir, eres sanador y eres guerrero. Es la combinación perfecta, creo. Que los guerreros no tengan que preocuparse por la seguridad de su sanador en batalla es una responsabilidad menos: créeme, lo sé.

—Supongo que sí —dijo pensativamente—. Pero no encaja con la jerarquía militar. Serían necesarios cambios.

—Entonces hazlos —sonrió Fel'annár brillantemente, y Sontúr lo miró fijamente, sin darse cuenta en ese momento del impacto que las palabras del muchacho tendrían en él.

—¡Cinco minutos! ¡Cinco minutos! —La Compañía y Sontúr se situaron a un lado, atando capas forradas de piel y poniéndose guantes de cuero suave. Fel'annár había encontrado un arnés multiusos que había adaptado para sostener sus espadas larga y corta y todavía tener espacio para su arco de campo, que era casi tan alto como él. Los arcos cortos no servirían de nada aquí, pues los árboles eran escasos y distantes entre sí. Era una tierra de laderas extensas, crestas elevadas y afloramientos rocosos; necesitaba potencia para los disparos de largo alcance que seguramente tendría que realizar. En cuanto a su cabello, lo había trenzado apartándolo de su rostro y sienes, y había recogido el resto en una única cola que le caía hasta la parte baja de la espalda. Echaba de menos sus trenzas Ari y decidió pedirle a Lainon que se las volviera a hacer cuando el tiempo lo permitiera.

Fel'annár buscó a Lainon con la mirada. Lo encontró hablando con Tensári.

—Es extraño ver a Lainon así —dijo Fel'annár por encima del hombro, sabiendo que Sontúr seguía allí.

—¿Enamorado? —preguntó Sontúr arqueando una ceja.

—Sí, quiero decir, si se le puede llamar así. Los Ari'atór son extraños en el mejor de los casos, pero este asunto de los Connates...

—Es difícil de comprender, sí, pero no te engañes, Fel'annár. Esos dos se conocen desde hace más de un siglo.

Fel'annár se sobresaltó ante eso, guardando la información para preguntarle a su hermano más tarde.

—Debo hablar con él antes de que nos vayamos.

—No creo que sea el momento adecuado —dijo Sontúr con el ceño fruncido, y Fel'annár puso los ojos en blanco.

—No sobre Tensári, necio, sobre mí, eh, mi habilidad con los bosques.

—Tu habilidad con los bosques. ¿Así es como llamas a la magia?

—Es lo que es —dijo, sin querer llamarlo de otra manera, pues lo hacía sonar sobrenatural, y Fel'annár nunca lo había visto así en absoluto. Se abrió paso entre la multitud de guerreros, con cuidado de mantener su arco fuera de peligro.

—Lainon —llamó, saludando a Tensári a su lado—. ¿Crees que nuestro capitán sabe que soy un Oyente? —preguntó en voz baja, con los ojos mirando a su alrededor.

—Yo diría que sí.

—No quiero que se repita lo que ocurrió en el camino hasta aquí, Lainon. Si cambio, los sobresaltaré.

Sontúr sabía de lo que hablaba, pues lo había visto en los jardines del rey, pero Tensári fruncía el ceño.

—Entonces debes decírselo —dijo Lainon, haciendo un gesto a Fel'annár para que los guiara.

El capitán Comon estaba hablando en voz baja con Gor'sadén y Pan'assár, pero se detuvieron cuando Tensári, Lainon, Sontúr y Fel'annár se acercaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó el capitán.

—Señor, antes de que nos marchemos, necesito explicarle algo que quizás desconozca —dijo Fel'annár.

—¿Sí?

—Señor. ¿Sabe que puedo sentir emociones de los árboles?

—Lo he oído, sí.

Un visible alivio relajó sus rasgos al no tener que explicar toda la historia, pero aun así necesitaba advertir al capitán.

—A veces, estas emociones causan una reacción física —dijo Fel'annár, con un tono más ligero—. Para quienes no lo hayan visto antes, resultará inquietante. Será una distracción, señor —dijo, con los ojos desviándose hacia Gor'sadén y evitando completamente a Pan'assár a su lado.

Comon fruncía el ceño profundamente.

—Explica exactamente a qué te refieres con *reacción*.

—Mis ojos brillan —murmuró y miró al suelo.

—Es una especie de translucidez —dijo Lainon—. Luz verde, energía de los árboles, creemos. Su cabello también parece perder peso, como si nadara en agua.

El capitán era experto en controlar sus expresiones, pero no había forma de negar la incredulidad en sus ojos. Fel'annár podía verlo tan bien como Lainon. Era a Pan'assár a quien ninguno podía leer: solo Gor'sadén conocería su mente.

—He visto esto, capitán —dijo Gor'sadén—, al igual que el teniente Sontúr. Sugiero que Fel'annár se ponga la capucha si ocurriera, pero deberéis calmar la reacción de los guerreros. Algunos pueden pensar que es brujería.

Fel'annár pudo ver cómo la irritación se apoderaba del rostro del capitán, y se apresuró a tranquilizarlo.

—Señor, no es una carga; puedo ayudar a nuestros exploradores sin abandonar el grupo. Puedo anticipar el peligro, sentir su naturaleza.

La irritación se transformó en curiosidad y asintió.

—Si ocurre, guerrero, infórmame. Y mantén esa capucha puesta.

—Lo haré, señor. Solo pido que considere mis advertencias.

El capitán asintió, observando mientras se iban para unirse al resto de la patrulla de salida. Luego se volvió hacia Gor'sadén con una mirada de exasperación. Tal vez habría preferido saberlo antes para poder excluir a Fel'annár.

—Comon, es un guerrero excelente; ya lo verás.

El capitán asintió, pero se sobresaltó cuando Pan'assár habló por primera vez.

—No es una carga, capitán. Utilice su don sabiamente.

—Buen servicio, capitán —dijo Gor'sadén, observando mientras Comon se alejaba. Luego se volvió hacia Pan'assár. Sin embargo, no dijo nada, y el comandante del bosque volvió a posar su mirada sobre los guerreros.



Fuera, el disco solar ya estaba completo sobre el horizonte. Era hora de partir, y la patrulla subió a las sillas de sus monturas Alpinas, caballos criados para el frío. Sus gruesos pelajes de largo pelo castaño llegaban más allá de sus flancos, y sus crines eran tan largas que los guerreros las usaban como mantas para sus manos y muslos mientras cabalgaban.

Fel'annár revisó las hebillas de sus bolsas y arneses una última vez y luego colocó su capa a su alrededor. El sonido de caballos inquietos golpeando sobre la piedra y el murmullo de los guerreros murió repentinamente cuando el Capitán Comon y la Teniente Tensári giraron sus caballos para enfrentarlos.

—La actividad desviada ha aumentado, y se han avistado Incipientes cerca de la aldea de Golavé. Nuestra misión es asegurar la zona y neutralizar al enemigo si lo encontramos. Nos corresponde ahora servir como uno solo, por el rey y por el honor. Debemos recorrer esta tierra y librarla de esta infección, mantener a nuestra gente a salvo. Es hora de honrar vuestros juramentos, de destacar en el campo. Que Aria nos vea recompensados por los sacrificios que hacemos.

—¡Sí! —gritaron con sincronización practicada, y la Compañía sonrió, con las cejas altas en sus frentes. ¿Por qué no podía ser así en Ea Uaré?

Pero no lo era. Esto era Tar'eastór, y a Fel'annár le asaltó la idea de que estaba orgulloso de ser medio Alpino. Por primera vez en su vida, estaba viendo esta tierra sin las emociones negativas con las que la identidad de su padre siempre la había manchado.

Sus caballos caminaron cuidadosamente por las pendientes, dejando la imponente ciudad arriba y atrás. Los cascos crujían en la fresca capa de nieve recién caída, y los guerreros se echaban hacia atrás en sus sillas para facilitar el descenso de sus monturas.

Las crestas y picos irregulares se elevaban más altos en la vista de Fel'annár cuanto más descendían. La ansiedad cosquilleaba sus sentidos, pero se alivió con la aparición de abetos y abedules, árboles imponentes que anhelaba tocar; de hecho, se sentía extraño, atraído hacia su presencia como si una cuerda hubiera sido atada alrededor de su cintura y ahora tirara juguetonamente para que los siguiera. La preocupación acarició su sentido común. Sensaciones nuevas, fuertes, casi abrumadoras. Debe distanciarse, bloquearlas si puede, para no perder el enfoque.

—Fel'annár —llamó Idernon, atrayendo la atención de Sontúr a su lado—. ¿Está todo bien?

—¿Qué ocurre? —preguntó el príncipe.

—Me llaman —murmuró Fel'annár.

—¿Quién? —preguntó el príncipe.

—Los árboles, Sontúr. Se extienden hacia mí.

El príncipe no dijo nada, y su mirada se desvió hacia Idernon, quien lo devolvió con confianza.

Sus peludas monturas caminaban paralelas a un arroyo serpenteante, sus orillas de marga bordeadas de árboles de hoja ancha y rocas cubiertas de musgo. Los Silvanos se sintieron atraídos por los colores del bosque: tantos tonos de verde y marrón, cada uno alardeando de su propio adjetivo en su dialecto del Bosque Profundo: verde profundo y vibrante; marrón rico y rojizo; verde claro de musgo de río serían sus traducciones, pero para los elfos Silvanos, una palabra de color contenía una miríada de connotaciones. Estas tierras bajas, las Downlands como las llamaban los Alpinos, eran un pequeño pedazo de sus bosques del sur. Sontúr los observaba, con sonrisas suaves y ojos nebulosos, hijos del bosque, en casa por un momento.

El río se curvó, y su camino giró. La roca gris se elevaba a ambos lados ahora, un barranco que estaría mal defendido si el enemigo decidiera atacar aquí, pero su comandante no parecía preocupado

en absoluto. Estas tierras todavía estaban cerca de la ciudad, sin duda bien defendidas.

Los guijarros crujieron bajo los cascos de sus caballos, y a medida que la luz comenzaba a desvanecerse, el barranco comenzó a abrirse. Más allá, un destello de azul centelleaba en el horizonte solo para extenderse a través de él en una sábana de cristalino azur. El sol se movía hacia él, atraído por su belleza hasta que el agua besó el fuego y un destello de rojos y naranjas impactantes encendió el cielo. Fel'annár jadeó maravillado, la Compañía a su lado igualmente humildes por tal sublime belleza. Los guerreros Alpinos se volvieron para observarlos, con sonrisas orgullosas en sus propios rostros, pero no se detuvieron.

Al poco tiempo, un pueblo de casas de piedra y chimeneas humeantes emergió desde detrás del barranco que se ensanchaba lentamente, el olor a madera quemada les hacía cosquillas en la nariz y acentuaba el frío. Era extraño, ajeno a ellos en este lugar elevado, pero había una tranquila felicidad en sus rostros. Habían pensado que Tar'eastór era un lugar de majestuosidad opulenta, y lo era en la ciudad fortaleza de Vorn'asté, pero aquí en el pueblo de Golavé, era simplicidad rústica, un mundo vertical de humildes cabañas y gente común que incluso ahora, mientras los guerreros entraban en el valle, observaba y sonreía, levantando sus manos en señal de estimada bienvenida.

Debe haber tierras de cultivo cerca, pensó Fel'annár, pues podía ver carros cargados de herramientas, tirados por animales domesticados. Podía ver elfos con cestas sobre sus cabezas, mercancías quizás, destinadas a un mercado local. Todos sonreían, pues nadie aquí sabía quién era Fel'annár. No había equipaje para que consideraran, para juzgarlo, solo un rostro Alpino sobre un guerrero aparentemente Alpino. Una ola de deleite lo invadió.

Se sentía libre.

A un lado del estrecho valle, un largo edificio de piedra se extendía hacia la creciente oscuridad. Un puesto avanzado lo suficientemente grande para una patrulla completa que seguramente era su destino; de hecho, pronto fueron recibidos por guerreros, y Tensári dio la orden de desmontar.

El viaje había sido largo, y el clima frío. Los músculos estaban rígidos, y la Compañía se estiró y gimió cuando sus pies tocaron el suelo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ramien.

—A la sala de reuniones —explicó Sontúr—. Nuestro capitán nos informará y luego nos dejará libres para la noche —dijo casualmente, pero su mirada estaba puesta en la Compañía y específicamente en los miembros más jóvenes.

—¿Libres? —preguntó Carodel con un brillo en sus ojos, y Sontúr sonrió con picardía. Fel'annár, sin embargo, sonrió distante, pues su mirada seguía en el horizonte lejano, en el otro lado del estrecho valle donde el lago brillaba tentadora bajo una luna ascendente. Sontúr lo observó por un momento, pero las palabras parecían inapropiadas en ese momento. Había una textura suave y melancólica en sus rasgos, sus ojos casi translúcidos, pensó, y luego se preguntó qué luz se reflejaba en ellos. Negó con la cabeza mínimamente y luego se volvió.

—Venid. Nuestro capitán espera.



Debían partir al amanecer, después de la comida matutina, rumbo al lago y las montañas más allá, hacia las partes menos protegidas del reino. Pero por ahora, estaban, de hecho, libres. La teniente Tensári les había advertido que se comportaran, pero Sontúr les dijo rápidamente que no se tomaran su orden demasiado en serio. Había cosas que hacer aquí, lugares que visitar, y Sontúr se había propuesto mostrarles el otro lado de Tar'eastór, el lado que la mayoría de los visitantes nunca ven.

—El frío puede ser beneficioso para tu cuerpo, Ramien, no te equivoques. Nos sentamos en cabañas con fuegos ardientes y piedras calientes y luego saltamos a piscinas frías de agua de montaña. Enciende tu piel, purifica tu cuerpo y estimula el músculo.

—Suena como tortura —dijo el Muro de Piedra, y Carodel soltó una risita.

—No lo es, te lo prometo. Yo por mi parte comenzaré mi noche en una taberna. Buena comida, buen vino, y luego tomaré el vapor. Únete a mí si eres lo suficientemente *valiente* —dijo.

—Me apunto —dijo Galadan, pues todavía recordaba tomar el vapor él mismo, en los días en que no era más que un guerrero novato. Galdith asintió, y al poco tiempo, todos excepto Fel'annár y Lainon habían aceptado el desafío.

—Os encontraré más tarde, hermanos —dijo Fel'annár con una sonrisa.

Sontúr frunció el ceño.

—Te perderás la emoción, necio —dijo seriamente, pero la sonrisa de Fel'annár solo se ensanchó.

—No lo haré. Os encontraré más tarde, lo prometo. —No dijo por qué y ellos no le preguntaron, quizás porque, aunque parecía feliz, había algo en él, una quietud que no era ni tristeza ni preocupación. Con un asentimiento, se marcharon, dirigiéndose al centro del pueblo, y Fel'annár se volvió hacia Lainon.

—¿Me vigilarás incluso aquí donde nadie me conoce? —preguntó.

—Aquí, en cualquier parte —dijo el Ari'atór simplemente—. Tu mente necesita expresarse —dijo pensativamente, y Fel'annár observó a su amigo cuidadosamente.

—También la tuya, creo. ¿No preferirías pasar la noche con Tensári? —preguntó con una sonrisa suave.

Lainon levantó una ceja oscura.

—Ella está con nuestro capitán; la veré más tarde, sin duda.

—¿Me dirás qué estás pensando? —preguntó Fel'annár.

—Quizás. Buscaré algunas provisiones para nosotros. Espera aquí.

Fel'annár se preguntó si Lainon había estado aquí antes, pues caminaba con un propósito, hacia dónde Fel'annár no podía decir. Girando, apartó la mirada de las casas y tabernas suavemente resplandecientes del pueblo, hacia las oscuras crestas de roca que se elevaban sobre este lugar y luego hacia las montañas más allá, el lago y lo que sea que hubiera más allá.

Lejos de los barracones ahora, navegó por una pendiente hacia arriba y hacia un afloramiento rocoso. Le ofrecía esa misma hermosa

vista. Se sentaría aquí y pensaría durante el tiempo que fuera necesario para ordenar sus emociones.

El crujido de guijarros detrás de él anunció el regreso de Lainon. Colocó su mochila en el suelo frente a ellos, mirando hacia abajo a Fel'annár que ahora estaba sentado con las piernas cruzadas, posado en el mismo borde de la cornisa rocosa, el rostro vuelto hacia donde Lainon sabía que estaba Valley.

—¿Encontraste vino? —preguntó Fel'annár.

—Todavía tengo amigos en las alturas —sonrió Lainon, y Fel'annár se volvió hacia él con una sonrisa y un arco de su ceja.

—Muy ingenioso.

—Tengo mis momentos —se encogió de hombros el Ari'atór.

El goteo de líquido y luego un cáliz estaba ante él y Fel'annár lo tomó con ambas manos, pero no apartó la mirada del horizonte.

—A veces es difícil dar voz a mis pensamientos.

Lainon estuvo de acuerdo, pero permaneció en silencio mientras se sentaba en el suelo junto a Fel'annár, sus propios ojos deleitándose con el horizonte que conocía bien, un paisaje que su nacimiento le exigía habitar. Pero Lainon le había dado la espalda y viajó a Ea Uaré. Solo recientemente había llegado a entender por qué, pero se lo guardó para sí por ahora. Una cosa era que Tensári lo supiera, siendo Ari'atór como era, y otra muy distinta añadir otra carga sobre los hombros de Fel'annár. La naturaleza del destino del muchacho podía esperar, al menos hasta su viaje de regreso a Ea Uaré.

—A veces, es la falta de palabras. Otras es la falta de un oído comprensivo, pero a menudo es porque no está claro en tu propia mente. ¿Cuál de estos es tu caso, Fel'annár?

Un largo aliento.

—Hoy, no tengo ese problema, Lainon. Hoy sé, finalmente me entiendo a mí mismo, creo.

Lainon lo miró de reojo, pero su cabeza no se movió.

—Siempre he odiado mi lado Alpino. Idernon me dijo que era porque mi padre era Alpino. Lo odiaba a él y por lo tanto a esa parte de mi sangre, dijo. Estaba enfadado con Idernon por sus palabras. Pero entonces Turion me dijo lo mismo y de nuevo estaba enfadado.

Siempre he estado enfadado, Lainon. Gran parte de mi vida la he pasado sintiéndolo, reprimiéndolo, ignorándolo. Fue en mi primera patrulla, contigo y Turion, cuando comenzó a cambiar. —Sonrió, resurgiendo recuerdos entrañables—. Solo ahora me siento completo, Lainon. Siempre he dicho que soy Silvano de corazón, y sin embargo ahora, incluso eso es incorrecto. —Sonrió de nuevo y volvió su cabeza hacia Lainon—. Soy *Fel'annár* de corazón —dijo—. Ya no deseo perpetuar esta cosa racial, ya no siento la necesidad. ¿Qué importa? La tierra de mi madre, la tierra de mi padre. ¿El color de sus ojos o del cabello de mi padre? Todos los colores son hermosos, Lainon, dado el contexto adecuado, el lienzo adecuado sobre el cual pintarlos. Es una cuestión de perspectiva, creo.

Lainon lo observó, las suaves palabras flotando en su mente mientras Fel'annár volvió su mirada al horizonte.

—Ea Uaré, la corte de Thargodén. El poder y las riquezas, el deseo de control dicta las cosas que hacen, las personas que son. Dicen que incluso hay señores Silvanos allí que también juegan estos juegos, y la estructura del juego es la misma en Tar'eastór, sin duda. Poder y riquezas, control, solo que aquí no hay masas que controlar, porque todos son Alpinos. ¿Cómo controlas a un pueblo que no es el tuyo, en las tierras que les has arrebatado? —Resopló y negó con la cabeza—. Lo haces sometiéndolos, creo, ¿y qué mejor manera que hacerlo creando una ficción en la que uno es débil y el otro es fuerte? Uno está equivocado y el otro tiene razón, uno es Silvano y el otro es Alpino.

Lainon bebió de su copa. —Te pones filosófico esta noche.

Fel'annár sonrió, porque Lainon tenía razón. —Es hermoso aquí. ¿Cómo pude avergonzarme alguna vez de ser medio Alpino? Mira este lugar, Lainon. Es sublime en sus vertiginosas alturas, su callada nobleza. Este lugar está en mi sangre, tanto como el Bosque Profundo. Ya no me llamaré Silvano por la rabia hacia mi padre. Me llamaré Silvano, y me llamaré Alpino.

Lainon se giró una vez más, esta vez con una sonrisa en su rostro. —Cuánto hemos avanzado, tú y yo. Me pregunto qué nos deparará el futuro, pues no puedo verlo —dijo, con la sonrisa vacilante.

—¿Quién puede decirlo? Sé que no será fácil, pero contigo a mi lado... —Se removió sobre el suelo y luego dio un sorbo a su vino.

—¿Conmigo a tu lado? —le animó Lainon.

—Me pregunto. Me pregunto si esto es lo que se siente al tener un verdadero hermano.

El silencio se extendió entre ellos hasta que Lainon lo rompió. —Creo que los hermanos, que la *familia*, puede elegirse, Fel'annár. No es, quizás, siempre una cuestión de sangre. Te elijo como hermano, si me aceptas —dijo, y Fel'annár giró sus brillantes ojos para encontrarse con los fieros ojos Ari de Lainon. Fel'annár sonrió entonces, una ola de profunda emoción dando un suave resplandor a su pálida piel. El verde de sus iris brilló extrañamente como a veces sucedía.

—Aria se mueve dentro de ti, hermano —dijo Lainon y luego se echó hacia atrás, como si sus propias palabras le hubieran sorprendido.

Fel'annár se giró para mirar a Lainon, cambiando su postura de modo que se arrodilló ante él.

—¿La energía en los árboles, crees que es Aria?

—Sé que lo es, Fel'annár. Soy Ari'atór. Reconozco la luz de Aria, está en mi sangre hacerlo; Tensári también la ve. El poder que creó este mundo, que lo mantiene todo unido, la luz que ves en los árboles, que otros solo ven reflejada en tus ojos... es una y la misma cosa. Esa luz es buena, Fel'annár; ese es el poder del bien, es Aria. Se mueve a través de ti con un propósito. —Hizo una pausa y se rio sin aliento—. A veces solía preguntarme por qué no habías nacido Ari'atór, hasta que me di cuenta de que, si lo hubieras sido, habrías viajado lejos del bosque y no creo que ese fuera tu propósito en absoluto.

Los ojos de Fel'annár estaban distantes, aunque escuchaba. El árbol, la visión de belleza que le miraba con ojos protectores, el sueño que le había acompañado toda su vida. Ese rostro y la luz en sus ojos... ¿sería esa la clave? ¿Serían una y la misma cosa? Esta única pregunta se le escapaba; era el último paso para desentrañar el misterio que envolvía su temprana vida, la que no podía recordar.

—Hay un propósito para tu don. No es arbitrario, Fel'annár. A nuestro regreso debemos encontrar la manera de buscar ayuda. Vorn'asté es un intelectual hábil, versado en antropología. Aprovecha tu tiempo aquí.

—Eso pretendo, aunque no tengo habilidad entre señores y reyes, Lainon.

—Handir te ayudará.

—El príncipe no quiere tener nada que ver conmigo, Lainon —sonrió Fel'annár con absoluta certeza.

—Déjamelo a mí. Soy cercano a Handir, Fel'annár. Él también me llama hermano.

La cabeza de Fel'annár giró bruscamente hacia Lainon, con sorpresa claramente escrita en su rostro. —¿Sabes?, Gor'sadén está tratando de convencer a Pan'assár para que me permita entrenar con él.

—¿Qué? ¿Por qué no lo habías dicho? Eso es algo extraordinario.

—Lo sé. Hablamos de ello recientemente, pero parece que nuestro comandante no se ha conmovido para aceptar, al menos Gor'sadén no ha dicho nada al respecto. Vivo con esperanzas menguantes, Lainon —sonrió irónicamente.

Alcanzando la botella de vino entre ellos, Fel'annár llenó sus copas y levantó la suya hacia el rostro de Lainon. —Por los hermanos, entonces —dijo con una sonrisa, y Lainon se la devolvió.

—Y por los comandantes nostálgicos —dijo Lainon.

—¿Me contarás sobre Tensári? —preguntó Fel'annár después de un rato.

Lainon sonrió y dejó escapar un largo y suave suspiro. —Encontré a mi Connate hace muchos años, Fel'annár. Es algo maravilloso, algo que no todos los Ari'atór logran en sus vidas sobre Bel'arán; algunos deben esperar hasta su viaje final al Valle... hay muchos Connates perdidos allí...

—¿Entonces por qué no estabais juntos?

—Su deber estaba en el Valle. El mío en el bosque, aunque mis explicaciones en aquel momento fueron, como mucho, inconstantes.

—¿Por qué? —preguntó Fel'annár, bebiendo profundamente de su vino.

—Porque no me conocía a mí mismo. El deber me llamó al bosque. Al principio, pensé que debería ser un Ari'atór Espiritual, pero la lucha está en mi sangre. Ese no era mi destino. No podía explicármelo a mí mismo, y por supuesto, Tensári no podía entenderlo. Nos separamos, hasta ahora.

—Y sin embargo ella estaba en la ciudad, no en el Valle.

—Sí. Demasiada batalla, Fel'annár. Algún día lo entenderás, la necesidad de distanciarte y encontrar tu camino de nuevo.

El silencio se extendió entre ellos, y Lainon sonrió suavemente hacia el horizonte. —No te abandonaré, Fel'annár.

Fel'annár se sobresaltó, una ola de absoluto alivio invadiendo su cuerpo. —¿Por qué? Has encontrado el amor, Lainon. ¿Cómo puedes no seguirla?

—No eres el único que encuentra dificultades para explicar las cosas a veces, Fel'annár. Simplemente sé a dónde me lleva mi camino, aunque ciertamente le pediría a Aria que sea más explícita en sus dictados. Sin embargo, me pregunto si Tensári podría seguirme —murmuró Lainon.

—¿Cómo es, amar a alguien de esa manera?

Los labios de Lainon se crisparon. —Creo que el amor es una de esas cosas. No soy poeta, soy un guerrero, igual que ella. No creo que pudiera describirlo, hermano. Carodel, quizás, podría acercarse —sonrió con ironía el Ari mientras bebía.

Para Fel'annár, Tensári era callada e intimidante; no estaba seguro de que fuera tan fácil convencerla de dejar su tierra natal, en cuyo caso Lainon se vería obligado a dejarla una vez más. Se sintió egoísta en su absoluto alivio.

Bebieron en silencio pensativo, y todo volvió a ser sereno, con los ojos de nuevo en el poder y la majestuosidad de las Montañas Medianas y lo que la vida significaba para cada uno de ellos. Para uno, un camino se abría ante él, un sendero de aprendizaje, de comprensión, aunque su final estaba aún tan velado como el propio Valle. Para el otro, el camino ya había sido tomado; su destino ahora yacía revelado en toda su impresionante magnitud. Lainon cerró los ojos y sintió el poder de Aria recorrer su cuerpo, un solo pulso de energía pura.

Tenía razón, siempre había tenido razón. Finalmente tenía su respuesta, la razón por la que había abandonado el amor, la razón por la que había vuelto a los bosques de Ea Uaré. Aria, en su gracia, había respondido por fin a su pregunta.



Al día siguiente, la patrulla de Comon salió, a pie esta vez, hacia el lago y los misterios que yacían más allá.

La actividad Desviante estaba en su punto álgido. Se habían avistado individuos recién creados, o Incipientes, en las estribaciones y más arriba en la montaña, y ese era ahora su destino, su misión de buscarlos y luego destruirlos antes de que pudieran transformarse. Los Desviantes Incipientes eran custodiados por los especímenes más maduros, cuidados hasta que pudieran asimilar lo que les había ocurrido, comprender cómo sus cuerpos comenzarían a cambiar. Estarían perdidos en la confusión, incluso en el dolor, arrepentidos de haber osado actuar siguiendo su sueño de vivir para siempre. Era un proceso irreversible, pero durante este período de metamorfosis, el Incipiente era vulnerable, sería una presa fácil una vez que sus guardianes Desviantes fueran destruidos.

—Dicen que es más fácil matar a un Desviante maduro. Ya es un monstruo, podrido y malvado, pero un Desviante recién formado aún no se ha vuelto amargado, todavía conserva mucho de su forma humana —dijo el Muro de Piedra—. ¿Es esto cierto? —preguntó, con los ojos un poco demasiado abiertos.

—Cierto —confirmó Galadan, que marchaba a su lado—. Matar a uno requiere mucha fuerza de espíritu, Ramien. Su muerte se considera un acto de misericordia —explicó el teniente.

—¿Entonces por qué no están los Ari'atór aquí, para matarlos?

—Quizás estén, o quizás estén demasiado lejos, ocupados protegiendo la Fuente, ¿quién sabe? —se encogió de hombros Galadan—. Las tierras por las que viajamos están todavía demasiado al sur del Valle, creo.

Fel'annár y Lainon caminaban justo delante, mientras que el resto de La Compañía iba detrás, pero todos estaban escuchando. Este era un territorio inexplorado para todos ellos excepto Lainon y Galadan, pues en el Gran Bosque, solo luchaban contra Desviantes. Los Incipientes ya se habrían transformado para cuando llegaran a esas tierras.

—Sea como sea, si encontramos Incipientes, los veteranos se ocuparán de ellos; tienen sus especialistas. Y luego tenemos a nuestros tenientes Ari —dijo Galadan con un movimiento de cabeza.

—¿Quiénes son los expertos? —preguntó Ramien, con ojos cautelosos recorriendo a los guerreros Alpinos a su alrededor. Algunos debieron haber escuchado la conversación porque sonrieron sombríamente al joven Silvano, por mucho que permanecieran en silencio.

—No lo sé, y ruego que no lo descubramos —confesó Galadan.

Fel'annár se volvió hacia Lainon en busca de respuestas, pero el Ari'atór permaneció en silencio.



Cuanto más ascendían, más frío y delgado se volvía el aire, y los árboles crecían raquíticos y deformes. Había un grupo aislado de pinos y abedules que les proporcionaría un mínimo de protección contra la gélida brisa, y el Capitán Comon dio la orden de acampar para la noche. Había un grupo de rocas que serviría perfectamente como zona para dormir, así que, con sus tareas claramente definidas, se pusieron manos a la obra. Algunos recogían agua y otros encendían fuegos mientras el resto montaba guardia.

Muy pronto, La Compañía y Sontúr se sentaron alrededor de uno de los muchos fuegos, calentándose las manos y compartiendo historias de sus travesuras de la noche anterior. Lainon, sin embargo, se sentó detrás de Fel'annár, tejiendo trenzas Ari en el cabello alrededor de su corona, solo que esta vez, explicaba mientras trabajaba para que Fel'annár pudiera algún día hacerlo por sí mismo.

—Ay Carodel, si tuviéramos una melodía del bosque y tu dulce voz —suspiró Ramien.

—Mi lira desapareció, ¿recuerdas? Algún Desviante la pisó y me rompió el corazón.

—Sin duda compondrás una oda a ello —sonrió Idernon con ironía.

—Muchacho.

Carodel miró hacia arriba, a los ojos de un guerrero Alpino. En su mano había una flauta de madera. —¿Sabes tocar?

—Sí —sonrió. Sus ojos pidieron silenciosamente permiso mientras extendía lentamente la mano y tomaba el instrumento con reverencia. Tocó una escala rápida para probar el sonido, y sonrió ante los tonos suaves de un instrumento de viento bien tocado—. Bien, ¿qué será?

—Llévanos al Bosque Profundo, Guerrero Bardo —dijo Idernon—. Solo por un momento.

Una melodía lenta surgió, notas graves y roncas que pronto enviaron al campamento a un silencio expectante. Una melodía comenzó a evolucionar, susurrante al principio, como el viento sobre la brisa de la montaña hasta que se profundizó y se hizo más fuerte, elevando el tono hasta que los que escuchaban comenzaron a sentir lo que Carodel estaba expresando.

Tejió un relato de belleza boscosa. De hojas revoloteando sobre tierra húmeda, flores caprichosas en acogedores claros, niebla boscosa flotando entre las acogedoras ramas de robles Centinelas.

Los ojos de Idernon estaban perdidos en el infinito, y Ramien sonreía suavemente. El rostro de Galdith era triste, y Galadan le observaba, reconociendo las brumas del dolor en los ojos de su amigo. El rostro de Lainon era pensativo, y de vez en cuando su mirada buscaba a Tensári, que estaba sentada con el capitán, escuchando desde lejos. Los ojos de Fel'annár nadaban con tantas emociones que Sontúr no podía descifrar del todo. Había anhelo allí, anhelo y tristeza. ¿Qué reflejarían los suyos? se preguntó, aunque pensó que quizás podría adivinarlo. Pero ¿podían ellos verlo? Algo había hecho clic en la mente de Sontúr después de su última conversación con Fel'annár. ¿Podrían ver su propósito recién

descubierto? ¿Podrían ver que el camino de este príncipe Alpino había sido elegido? ¿que su mente luchaba por entender la insondable certeza en su corazón?

La melodía se tejía a su alrededor, los atraía, sus pensamientos y fantasías flotando ante ellos como los nuevos juguetes de un niño pequeño. Luego se desvaneció hacia los guerreros Alpinos que se sentaban en sus fogatas cercanas. Pasión y dolor, alegría y pena, un viaje cromático al Bosque Profundo de Ea Uaré.

Carodel sopló las notas finales en la flauta y luego inclinó la cabeza mientras dejaba reposar el instrumento en su regazo. Pasaron muchos momentos antes de que una mano pesada le diera una palmada en el hombro y le apretara.

La conversación comenzó lentamente, y el guerrero Alpino volvió, con un brillo en sus ojos mientras alcanzaba la flauta con una sonrisa. —Tu tierra es sin duda un lugar maravilloso. Viajaré allí... algún día —dijo.

—Entonces debes buscar a La Compañía y compartir vino entre las ramas de mi hogar —respondió Carodel con una sonrisa.

Cuando se hubo ido y Carodel volvió hacia ellos, el fuego había sido avivado, iluminando sus rostros sonrientes mientras sumía sus cuerpos en la sombra. Echaban de menos su hogar, y Fel'annár no era una excepción, salvo que estas nobles montañas, estos pilares de piedra de helada majestuosidad habían llamado a su alma, habían agitado su sangre Alpina, y él había respondido.

Amaba este lugar, pero nunca amaría a su padre.

CAPÍTULO 14

Trascender

El destino exige ser abrazado, y el Ari'atór debe seguirlo, dondequiera que conduzca.
Calro: Sobre La Naturaleza Élfica.

~

Aquello era la montaña propiamente dicha. Las pendientes escarpadas y traicioneras exigían toda su fuerza, toda su precisión, pues un solo movimiento en falso y toda la patrulla se precipitaría hacia su muerte. Esto, por sí solo, ya era suficiente, pero el aire era más fino aquí y su respiración se volvía rápida y dificultosa. Los guerreros Alpinos observaban de cerca a los Silvanos mientras recordaban sus propias primeras incursiones en los planos más elevados de Tar'eastór.

Galdith se había detenido para aclarar su cabeza mareada, y Sontúr le había ayudado, recordándole los ejercicios de respiración que les habían enseñado a todos. Se aclimataría a este duro entorno, le aseguró el príncipe guerrero, pero Galdith seguía escéptico; estas tierras estaban seguramente demasiado altas en las nubes para un Silvano del Bosque Profundo.

A media mañana, los guerreros se sentaron, contemplando la vista del pueblo y el lago, un panorama que dejaba sin aliento, literalmente para los Silvanos, mientras los Alpinos los observaban con mirada conocedora y una sonrisa comprensiva. Pensaron, quizás, que el capitán Comon no los llevaría mucho más arriba.

Se hirvió agua, y Sontúr preparó una infusión con las hierbas secas y cortezas que siempre llevaba en su mochila. Se repartieron tazas humeantes, y los guerreros las cogieron agradecidos, abrazando los recipientes calientes contra sus pechos para que el vapor les calentara el rostro.

Fel'annár sorbió su té y luego sorbió por la nariz. —¿Cómo está tu cabeza? —le preguntó a Galdith.

—A decir verdad, me siento como si hubiera bebido dos barriles del licor casero de mi padre. Sontúr aquí tiene algunas tácticas, pero, aun así. ¿Cómo vivís en un lugar como este? ¿Cómo podéis luchar? —le preguntó al príncipe.

—Te acostumbras, Galdith. El cuerpo se adapta a su entorno, pero se necesitan años para que nuestros guerreros se vuelvan expertos en las alturas. Tú no eres una excepción. —Sontúr se dio la vuelta y comenzó a guardar sus provisiones. Fel'annár lo observó. Había algo en él, una inusual quietud.

—Sontúr —dijo mientras se giraba para ayudar a su amigo, con voz baja—. ¿Hay algo que va mal?

Sontúr se apartó de su tarea para mirar a Fel'annár, su mirada moviéndose de un lado a otro de su rostro. —Nada que deba preocuparte —dijo con una sonrisa forzada y luego se alejó, con la mirada fija en la distancia por un momento antes de volver a su trabajo. Fel'annár siguió su línea de visión hacia un lugar más arriba y hacia el oeste.

—¿Pasaremos por ese lugar? —preguntó Fel'annár.

Sontúr lo estaba mirando de nuevo y Fel'annár pensó por un momento que estaba enfadado. Cuando respondió, lo hizo con cautela, con sus emociones cuidadosamente controladas. —Sí.

Fel'annár asintió y luego se dio la vuelta, momentáneamente sorprendido de que el capitán Comon estuviera observando su intercambio desde lejos.

Continuaron la marcha y cuanto más avanzaban por la cresta, más silencioso se volvía Sontúr. Solo cuando estuvieron lo suficientemente cerca para ver la estatua, Fel'annár comprendió, observando cómo su amigo se separaba de la fila de guerreros y se acercaba a ella. Permaneció un rato, mirando hacia el exquisito rostro que había sido hábilmente tallado en piedra. Ella estaba de cara al norte, con los ojos fijos en el horizonte donde se decía que estaba el Valle. Sus brazos se extendían hacia adelante, como si quisiera atrapar el sol o tal vez la luna, y a sus pies había un montón de flores lilas secas.

Este era el Caída de la Reina.

Fel'annár miró detrás de él, solo para encontrar a toda la patrulla observando respetuosamente a su príncipe mientras una mano acariciaba las faldas de piedra. No podía permanecer quieto, y lentamente, se dirigió al lado de su amigo. Sontúr sintió su aproximación, pero no se volvió, no apartó la mano de la escultura de su madre.

—Ojalá pudiera creer, Fel'annár. Ojalá pudiera encontrar consuelo en saber que ella ha sido restaurada, que vive una vida consciente, que me recuerda y espera mi paso al siguiente mundo élfico. Ojalá pudiera parecerme más a mi padre en esto.

—Pero no puedes —murmuró Fel'annár—. Y, sin embargo, me tienes a mí. Yo creeré por ti, no porque sea un elfo de fe sino porque simplemente *lo sé*. Me alegra que tu padre, al menos, pueda encontrar consuelo en esto. En cuanto a mí, no siento tristeza por su fallecimiento, amigo mío, solo un profundo respeto por su sacrificio, y alegría de que haya regresado.

Hubo silencio por un tiempo, antes de que Fel'annár hablara de nuevo. —Sabes, durante todo el tiempo que hemos estado aquí, en Tar'eastór, has estado conmigo, de una manera u otra. En la Casa de Curación, en los Jardines del Rey, en los campos de entrenamiento y en desayunos incómodos. —Sonrió—. Y aunque eres un exaltado príncipe Alpino, eres deliciosamente irreverente... de alguna manera Silvana. Es curioso, pero ya no puedo imaginar a La Compañía sin tu presencia. ¿Caminarás con nosotros, Sontúr? ¿Caminarás con La Compañía si tu señor padre lo permitiera? No como guerrero o

sanador sino ambos. Podrías crear algo nuevo, un nuevo tipo de guerrero del que todos nos beneficiaríamos.

Sontúr consideró las posibilidades mientras Fel'annár hablaba. ¿Lo permitiría su padre? ¿Podría él mismo dar la espalda a su pueblo, a su deber? Pero entonces, ¿cuál era su deber? ¿De qué manera podría marcar la diferencia en este mundo? Su cabeza se volvió hacia la estatua de Lerhal. Era el rostro de una sanadora el que contemplaba la montaña ante ella, y sin embargo sus manos eran tan fuertes como las de cualquier guerrero, al igual que lo había sido su corazón cuando se había sacrificado. Su cabeza volvió bruscamente hacia Fel'annár tan de repente que El Silvano se sobresaltó. Sontúr abrió la boca para hablar, pero dudó, porque los finos cabellos de su nuca se erizaron, con la piel hormigueando debajo mientras una certeza lo recorría en una oleada tan fuerte que vaciló donde estaba de pie. ¿Era esto lo que se sentía al tener fe? se preguntó. ¿Era esta convicción infundada lo que Fel'annár sentía cuando afirmaba que su madre había sido restaurada, o cuando el Ari'atór hablaba de Aria sin dudarlo? Quería descubrirlo. Necesitaba hablar con su padre.

Una suave sonrisa adornó el rostro del príncipe, a pesar de sus ojos demasiado brillantes, y Fel'annár tuvo su respuesta. Ambos se volvieron para reunirse con los guerreros que observaban en silencio, pero fue La Compañía la que se movió hacia el príncipe, y Fel'annár inclinó la cabeza para decirles que ahora eran ocho. No hubo vítores de alegría, pues el momento era solemne y triste, pero lo atrajeron a su círculo y le apretaron el hombro, y Fel'annár los observó con orgullo. Miró hacia Lainon, que ya lo estaba observando. El Ari'atór asintió con respeto, y Fel'annár sonrió ante el silencioso elogio.



Al día siguiente habían partido temprano, Caída de la Reina ahora casi indistinguible en la cresta detrás de ellos. Sin embargo, al poco tiempo, una punzada de tristeza golpeó a Fel'annár en el centro del

pecho, y se enderezó, como si hubiera oído algo, con una mano cubriendo su corazón.

—¿Te falta también el aliento? —preguntó Sontúr, pero su pregunta quedó sin respuesta, pues Fel'annár estaba escuchando, sus ojos verdes desenfocados, el color arremolinándose como tinta en agua.

—Hay algo extraño, Lainon. Una presencia que no parece Desviada.

Lainon se puso rígido. —Que alguien traiga al capitán Comon, ahora.

Idernon se marchó y pronto regresó con el teniente y el capitán. Disminuyeron su acercamiento cuando vieron los zarcillos verdes de niebla brumosa que serpenteaban ante los ojos de Fel'annár, como la niebla matutina desprendiéndose de las altas llanuras.

Fel'annár captó a regañadientes la mirada del capitán por un momento. —Señor, hay una presencia a cierta distancia. No estoy seguro de su naturaleza.

—¿Animales? ¿Elfos?

—No. Humanos, quizás.

—¿No son Desviados?

—No puedo estar seguro...hay...*confusión*. —Fel'annár respiró profundamente. Podía sentir un temblor subyacente en sus extremidades, pero no eran *sus* pensamientos y sentimientos los que lo habían provocado.

El capitán frunció el ceño, pues él también estaba confundido.

—Deja salir los sentimientos. Dinos lo que *sientes* —le instó Lainon.

"Horror. Belleza. Vida. Muerte. Compasión desgarradora. Miedo..." —Las palabras prácticamente brotaban de su boca.

Los ojos de Lainon estaban muy abiertos, pero el capitán seguía frunciendo el ceño. —¿Qué es, Lainon?

Los brillantes ojos azules del Ari'atór captaron brevemente los de Tensári y luego se posaron tristemente sobre el capitán. —Incipientes —dijo, y Comon cerró lentamente sus ojos. Cuando los abrió de nuevo, asintió con resolución.

—Habrá Desviados cerca, vigilándolos. Fel'annár, ¿a qué distancia?

—Dos, tres horas, arriba y al oeste, señor.

—Nido del Risco está por allí —ofreció Sontúr.

El capitán se volvió. —Tensári, Polán —llamó a su segundo y tercero al mando, y en segundos, su improvisado campamento había sido recogido mientras los guerreros se preparaban, sus ojos ocasionalmente desviándose hacia Fel'annár, que se había cubierto la cabeza con la capucha. El capitán se detuvo en El Silvano por un momento más, observando cómo la niebla parecía recogerse y luego disiparse. Todavía había algo extraño, un brillo arremolinado que danzaba obstinadamente en los ojos del muchacho mientras revisaba su equipo.

—Fel'annár, conmigo al frente —ordenó, y El Silvano asintió. Lainon estaba justo detrás de él, como el capitán sabía que estaría, y pronto, partieron hacia arriba, rumbo a Nido del Risco.

Viajaron en silencio, conscientes de la probabilidad de que algo los esperara más arriba. Lainon había dicho que habría Incipientes, y la noticia se había extendido por la tropa, al igual que la extrañeza de los ojos de Fel'annár, tema de las silenciosas contemplaciones de los guerreros.

Negación, odio. Esperanza, fracaso.

Fel'annár respiró profundamente mientras luchaba por controlar las emociones ajenas, pero eran fuertes, más fuertes de lo que habían sido nunca. No entendía, pues apenas había árboles alrededor. ¿De dónde venía esta información? La presión estaba aumentando en el centro de su pecho, y luego un dolor agudo atravesó su cráneo. Se detuvo en seco, sus ojos volviéndose más brillantes una vez más.

—Capitán, estamos cerca. Si lo que sentí antes eran Incipientes, hay Desviados con ellos. A una hora de distancia como mucho.

—¿Cuántos? —preguntó Comon secamente.

—Unos cuarenta, en nuestro rumbo actual.

Comon hizo un gesto para que la patrulla avanzara, pero poco después, un zumbido monótono se elevó por encima de todos los demás sonidos que seguían asaltando a Fel'annár, y extendió la

mano para que se detuvieran. —Hay arqueros sobre esas cuevas —señaló—. Hay una... ¿barrera de nieve? Pretenden soltarla. —Ni siquiera Fel'annár sabía de qué estaba hablando, pero Comon y los guerreros Alpinos no tenían dudas. Era una táctica defensiva que utilizaban los Desviados para provocar una avalancha y diezmar así las filas enemigas antes del combate.

Las señales manuales de Comon se volvieron rápidas y furiosas. Debían rodear la zona y evitar el punto central de ascensión. Si quedaban atrapados en la nieve, clavarían sus arcos en ella y esperarían que las puntas los llevaran al rescate. Fel'annár y La Compañía habían aprendido esto durante su entrenamiento de adaptación.

El grupo de Comon, que incluía a Fel'annár y Lainon, se arrastró por el lado este mientras Tensári y el resto de La Compañía subían por el lado oeste junto con un puñado de guerreros Alpinos. Fel'annár había cumplido con su labor; era hora de que Comon los guiara hacia la victoria, y aunque las facciones de Fel'annár permanecían afiladas e intensas, había recuperado el control de sí mismo, reprimiendo sin piedad el sordo dolor del duelo ajeno.

Un lamento bajo y lastimero fue seguido por otro más corto. Los habían visto, y la nieve bajo sus pies se sacudió y luego se desplazó. Clavaron las puntas de sus botas en la nieve y se aferraron a las rocas lo mejor que pudieron. Una cascada de nieve se precipitó junto a ellos, y dos guerreros de la ladera occidental cayeron en la corriente blanca. Fel'annár siguió su caída hasta que desaparecieron, pero pronto aparecieron las puntas de madera de sus arcos. No estaban enterrados profundamente, pero se perderían el inicio de la batalla.

Fel'annár preparó su arco. Cogió una flecha, la colocó y esperó la señal del capitán. En el otro lado, Idernon se preparaba con su propio arco, con un ojo puesto en Tensári y otro en los arqueros Desviados sobre las cuevas.

—Ahora —susurró el capitán. Fel'annár se puso en pie y tensó la cuerda, apuntando a su enemigo, calculando la brisa, rectificando su puntería. El proyectil salió de su arco con un susurrante silbido, surcando el aire hasta clavarse en el ojo lechoso del Desviado. Un

golpe sordo marcó la muerte del segundo arquero, con la flecha de Idernon atravesándole el cuello.

Comon se levantó e hizo una señal con su espada en alto. —¡Al ataque!

Subieron corriendo por la ladera, sabiendo que los Desviados les esperarían allí, inclinados sobre el borde para abatirlos antes de que pudieran pisar terreno llano. Pero los guerreros Alpinos tenían sus propias técnicas, fruto de siglos luchando contra Desviados en las alturas. Al acercarse a la cima de la pendiente y a la meseta frente a las cuevas, Fel'annár e Idernon se detuvieron y se colocaron uno al lado del otro, con sus enormes arcos tensados y apuntando al borde. Los Desviados podían verlos, sabían que no debían acercarse demasiado para no convertirse en un blanco fácil para los arqueros élficos. Fue entonces cuando la mitad de los Alpinos corrieron hacia delante y luego dieron la espalda al borde, extendiendo sus manos para crear un escalón para los guerreros que corrían hacia ellos. Con un poderoso impulso, fueron catapultados por encima de los Desviados y hasta la meseta posterior, haciendo hábilmente una voltereta para aterrizar detrás del enemigo. El combate fue instantáneo, y el resto quedaron libres para rodar hasta el terreno plano e izarse, justo a tiempo para defenderse de los pesados golpes de cimitarra de los hombres convertidos en Desviados. El estrépito del metal resonaba en sus oídos, y Fel'annár e Idernon treparon por la pendiente para unirse a la refriega, dejando a un lado sus arcos y desenvainando sus espadas.

Un Desviado se acercó a él con un suave lamento, y Fel'annár se apartó a un lado, bloqueando el golpe. Con apenas el tiempo suficiente para ajustar sus pies, comenzó el patrón demasiado familiar. Uno, dos, tres, golpe; uno, dos, tres, golpe. Cada cuenta era un movimiento de sus pies y un giro de hojas, pero solo el cuarto era un golpe mortal. Se movía de un lado a otro, sus hojas girando a su alrededor tan rápido que nadie podía acercarse lo suficiente para tocarlo. Su espada se lanzó hacia delante en el cuarto tiempo, la punta perforando el vientre de su enemigo y luego deslizándose hasta sus entrañas. Rugió de agonía, y Fel'annár retrocedió, el primer tiempo de su siguiente secuencia. Dos, tres, golpe, un tajo

sobre carne pútrida, una arteria seccionada, sangre salpicando su armadura y cruzando su rostro.

Su juego de pies le había llevado más cerca de las cuevas, y mientras abatía a su último enemigo, echó un vistazo al campo de batalla. Quedaba poco por hacer, así que volvió su rostro hacia el negro agujero abierto. No había Desviados dentro, pero la fuente de sus emociones anteriores provenía de aquí, lo sabía. Sus ojos viajaron hacia arriba, hacia el borde rocoso de las cuevas. Allí, posado a un lado, había un árbol, escuálido y medio inclinado hacia el sol. Cómo había crecido con tan poca tierra debajo era un misterio para Fel'annár, pero pronto volvió a fijar sus ojos en el agujero negro. Había algo allí.

Entró.

Quedó momentáneamente cegado, pero lentamente, tonos de gris se volvieron discernibles en manchas arremolinadas. Un suave gemido, un sollozo, una respiración áspera.

Los ojos de Fel'annár se esforzaron por localizar de dónde venía el sonido.

Un destello desde la esquina fijó su atención, y se acercó. Otro gemido que se convirtió en un suave lloriqueo, el tono alto, casi dulce.

Fel'annár se dio cuenta de que lloraba, pero las lágrimas no eran suyas. Su cuerpo se inclinó hacia delante, hacia el destello y el gemido, el pecho aplastado bajo el peso del dolor de otra persona, el pánico y la angustia de otro.

Las pupilas más dilatadas ahora y un rostro apareció frente a la pared lejana. Piel suave y tersa manchada solo por los senderos de sus lágrimas, pelo oscuro cayendo en sucios riachuelos de lo que una vez habría sido una gloriosa melena de seda castaña. Era hermosa, aunque llorase, sus ojos abiertos en un horror que Fel'annár podía sentir.

—No tengas miedo.

Piernas recogidas, rodillas bajo la barbilla, una mano apoyada contra la pared detrás de ella, una pared cubierta de raíces de árboles, y Fel'annár de repente se dio cuenta de cómo el árbol que

había visto fuera había logrado mantenerse en alto. Se estaba muriendo, sin embargo, igual que ella.

Un gemido ahogado escapó de su boca temblorosa, los ojos más abiertos mientras observaba la figura de Fel'annár devolviéndole la mirada mientras lloraba sus lágrimas. Era humana, aún sin crecer. ¿Cómo habían permitido los Desviados que viviera? Dio un paso adelante mientras ella presionaba su espalda contra la piedra que tenía detrás. Debe tener frío, pensó, y levantó la mano para desabrochar su capa.

—Fel'annár. Aléjate.

Lainon.

La niña lloraba angustiada, poderosas bocanadas de ansiedad brotaban de su boca.

—Es solo una niña, Lainon —susurró Fel'annár, sus manos por fin desabrochando la capa forrada de piel que llevaba.

El crujido de un arco tensado, la cuerda tensa, y Fel'annár se quedó inmóvil.

—No... —rogó suavemente, con los ojos incapaces de apartarse del horrorizado rostro de la encantadora niña, pero ella estaba mirando a Lainon—. *No me mates* —murmuró Fel'annár. No vio a Lainon estremecerse, ni sus ojos al registrar la mano de la niña, plana contra la pared de la cueva llena de raíces. Su pecho subía y bajaba alarmantemente, no había suficiente aire para tanta angustia, para una niña tan pequeña.

Su mano dejó la pared y se extendió lentamente hacia Lainon, una súplica de ayuda, dedos avanzando temblorosos y tensos.

—Solo quiere vivir —susurró Fel'annár a través de sus lágrimas—. Es *humana*...

La mano de la niña se estiró al límite, hacia Lainon, suplicando, la boca abriéndose para hablar, pero todo lo que salió fue el lamento plañidero de un Desviado. El horror repentino bailó sobre su hermoso rostro, incapaz de comprender el sonido que ella misma había emitido. El chasquido del arco de Lainon, el golpe seco del metal impactando contra piel y hueso.

Fel'annár retrocedió, tambaleándose hasta que su cuerpo encontró la piedra y se deslizó por la roca, sentándose

pesadamente, los ojos nublados, el corazón acelerado.

Movimiento en la entrada de la cueva, y Tensári entró apresuradamente, viendo en seguida a sus dos guerreros, vivos, y la niña, con una flecha atravesándole la cabeza. Ralentizando su paso, se detuvo ante el Incipiente muerto, una mano enguantada deslizándose sobre los ojos abiertos y aterrorizados para cerrarlos. Volviéndose, habló quedamente al Ari'atór, su Connate. —Cinco minutos, y debemos movernos, Lainon.

Lainon asintió, agradecido por el tiempo que se le permitía para traer de vuelta a Fel'annár de dondequiera que hubiera ido. Era su primera vez con un Incipiente, bastante difícil para cualquier joven guerrero de soportar, pero Fel'annár había estado conectado al árbol, igual que ella lo había estado, aunque ella no lo hubiera sabido.

—Fel'annár.

—Era humana, Lainon. Pensaba y sentía como nosotros. Sentía miedo y angustia, incomprensión... no entendía lo que le estaba pasando.

—Lo sé —dijo Lainon.

—... solo una niña.

—Una *Incipiente*, Fel'annár, no una niña. Prácticamente murió hace semanas cuando sus padres buscaron insensatamente la Fuente. *Ellos* la mataron; *yo* facilité su partida.

—Pero aún no se había transformado. Su corazón sufría, Lainon.

—Todos los Desviados fueron humanos una vez. No es algo instantáneo, Fel'annár. No hay una línea clara entre humano y Desviado. Es un proceso que sufren, algunos dicen un castigo, hasta que sus mentes se transforman y no queda sentimiento, ni empatía, ni piedad, ni amor. Solo odio sin sentido, un ansia por ver la muerte infligida sobre los inmortales, matar aquello que una vez codiciaron, pero nunca pudieron tener. Sentiste la mente de una humana en el cuerpo de un Desviado, lo sentiste a través del árbol.

—Se muere —susurró después de un momento.

Lainon respiró profundamente, con una mano suave sobre el pecho de Fel'annár. —La mayoría de las cosas lo hacen, Fel'annár.

Los ojos nublados de Fel'annár se enfocaron, y se limpió los rastros de lágrimas. Con un suspiro profundo, apoyó la cabeza contra la pared de piedra. —Perdóname. Me hechizó. Vacilé.

—Sí, igual que todo joven guerrero, Fel'annár. Cuando salgas de esta cueva conmigo, los veteranos recordarán su primera vez. Lo entenderán.

—Otro grupo se acerca —dijo Fel'annár, recogiendo los pies bajo él y enderezando su uniforme. Recogiendo su capa, se la volvió a atar y acomodó su arnés sobre su espalda. Lainon le tomó por los hombros, los ojos veteranos de un experimentado Ari'atór penetrando en él.

—No dejes que esto te distraiga. Te necesitamos en la batalla que viene.

Fel'annár asintió con resolución y siguió a Lainon hacia la luz del día. Las miradas inquisitivas de La Compañía fueron recibidas con la mano de Lainon pidiendo silencio, un sutil movimiento de cabeza, pero Fel'annár no lo vio.

—Capitán —llamó Fel'annár, poniéndose a la altura de Comon, con Lainon detrás—. Hay otro grupo... un grupo que ¿regresa?

—¿Supervivientes del Valle? —sugirió Lainon, y el capitán consideró sus palabras. Era la única manera de interpretar lo que decía Fel'annár.

—¿Cuántos? —preguntó Comon.

—... no todos son guerreros.

—¿Cuántos *guerreros*, Fel'annár? —insistió Comon.

La mención de su nombre le hizo volver a la realidad. —Setenta, quizás ochenta. Hay lo que ahora reconozco como Incipientes con ellos.

Fel'annár observó cómo el capitán luchaba por actuar ante algo que no podía ver, que no podía razonar, y Fel'annár entendía esa batalla mejor que la mayoría. El grito de un águila señaló que el grupo enemigo se acercaba. Comon lanzó una mirada especulativa a Fel'annár antes de decidir rápidamente su plan de acción. Necesitaban bajar a la llanura. Los Desviados sentirían su presencia y no subirían la pendiente, así que Comon los guio hacia abajo.

Pronto, toda la patrulla pisó la llanura inferior, y en la distancia, ya se veía una larga fila de Desviados e Incipientes.

Estaban en desventaja numérica, pero eso nunca había detenido a Comon. Era un capitán Alpino; defendería estas montañas o moriría gustosamente protegiendo la tierra que amaba.

—No huirán con Incipientes entre ellos —explicó Comon—. Avanzaremos hasta que nuestros arcos estén a tiro. Vendrán a nosotros. Fel'annár, Idernon, Dúsor, Polán, disparad desde atrás hasta que se os acaben las flechas o hasta que os llame, lo que ocurra primero.

Lainon se alegró por la orden de Comon. La mente de Fel'annár aún estaría distraída con la niña Incipiente; estaría más seguro en la retaguardia, al menos mientras pudiera prescindir de él, pero el Ari'atór no se hacía ilusiones: este grupo era numeroso. Se giró y observó cómo Fel'annár tomaba su posición atrás y luego tensaba su arco.

—¡Guerreros! —gritó Comon, su voz llegando lejos en la distancia y atrayendo la atención de los Desviados. La patrulla de cincuenta formó dos líneas; arqueros detrás, espadas al frente, con sus aceros desenvainados, posturas firmes, ojos fijos en el enemigo que primero avanzó hacia ellos, solo para acelerar el paso y comenzar su carga. Harapos sucios ondeaban a su alrededor mientras corrían, su largo y fino cabello blanco y gris como los estandartes arruinados de un ejército condenado, sus rasgos putrefactos fijos en un vicioso gruñido de odio elemental. Y entonces comenzó el lamento, tímido al principio, creciendo conforme se acercaban, y luego alzaron sus pútridos puños, cimitarras oxidadas arqueándose hacia arriba.

Fel'annár observaba, distante e impasible, con la mirada buscando los especímenes más grandes, los líderes. Los atacaría primero. Su mirada se desvió momentáneamente hacia la primera línea donde estaba La Compañía. Lainon se había posicionado justo detrás de los comandantes. El Ari'atór se volvió entonces, y mientras el lamento se acercaba y Tensári bramaba sus órdenes, sonrió, asintió a Fel'annár, y luego se volvió, alzando su espada ante su rostro.

—*¡Arqueros!* —gritó Tensári.

Los arcos crujieron, las cuerdas descansando en sus mejillas, y los espadachines delante de ellos apretaron el agarre en los pomos de sus hojas.

—¡Disparad!

Sus flechas volaron, por encima de las cabezas de los de la primera línea, manos ya alcanzando atrás para recargar.

—*¡Cargad!* —gritó Comon, y los guerreros corrieron hacia delante, capas ondeando, espadas en alto mientras otra andanada de flechas pasaba sobre sus cabezas, estrellándose contra los Desviados que cargaban, atravesándolos de parte a parte y catapultándolos hacia atrás.

Con un estridente choque de acero, el muro de cuerpos putrefactos se estrelló contra ellos. Más flechas derribaron a los Desviados de la vanguardia, dando a los guerreros espacio para avanzar hacia sus siguientes víctimas.

Lainon dio una patada y luego llevó su espada en un arco ascendente, cortando bajo el brazo de un Desviado que se alejó aullando, con sangre salpicando las botas del Ari'atór. A su lado, Tensári aplastó el pomo de su espada sobre la cabeza de un Desviado más bajo, con el rostro completamente impasible mientras lo veía caer. Se giró, atrapando a otro con su codo armado y luego cortando su garganta expuesta. Miró hacia atrás, notando que los arqueros estaban usando sus últimas flechas.

Mientras los Desviados luchaban con los elfos, los Incipientes observaban desde atrás. Las madres aferraban a sus hijos mientras los hombres permanecían con fascinación abierta, incluso perplejidad. Fel'annár, sin embargo, eligió no ver nada más que la cuerda de su propio arco ante su ojo, una mole en la distancia, un cuerpo desplomándose al suelo.

No quedaban más flechas.

Con un breve asentimiento a Idernon, dejó caer su arco y corrió sobre la nieve hacia la batalla, alcanzando las espadas en su espalda. Sus ojos vislumbraron a un Desviado enorme levantando su cimitarra sobre la cabeza de Lainon. El miedo alimentó su frenética carrera, y llegó con tiempo suficiente para levantar su espada larga y luego moverla hacia un lado, cortando su costado desprotegido.

Lainon volvió sus ojos sorprendidos hacia Fel'annár, asintió en agradecimiento, y luego se volvió a la refriega.

Fel'annár cortó a otro, y luego a otro, tajando a través de armaduras de cuero y la piel debajo, el hedor de entrañas podridas impregnando el aire a su alrededor, sangre caliente derritiendo la nieve bajo sus botas. Aun así, el ritmo había vuelto; uno, dos, tres, golpe. Caían, uno a uno, hasta que un imponente Desviado se plantó ante él. Sus ropas no estaban tan harapientas, y sus armas parecían bien forjadas. Un líder. Gimió y luego aulló, como si hubiera sido herido de muerte, y sin embargo no era así. Estos eran los únicos sonidos que un Desviado veterano era capaz de emitir, ahora lo sabía. Fel'annár luchó consigo mismo para no pensar por qué sería así. En su lugar, presentó su espada larga, la más corta detrás, ambas puntas apuntando a la cara del monstruo. Intentó invocar su conexión con los árboles, centrarse en sus voces distantes, pero su mente no se aclaraba, y antes de que pudiera darse cuenta, el Desviado levantó su arma y la bajó con fuerza. Fel'annár la bloqueó con su espada larga, jadeando ante la potencia del golpe que vibró por su brazo. Luchó por impedir que el filo cortante se clavara en su cara, y con un poderoso impulso de fuerza y un rugido, finalmente apartó a la bestia. Justo el tiempo suficiente para asentar sus pies y fingir hacia la izquierda para luego balancear su espada baja, arqueándose hacia arriba y atrapando a su oponente en el muslo. La sangre oscura se extendió rápidamente por sus polainas, pero no cayó, no gritó de dolor, sino que se abalanzó sobre Fel'annár con renovada fuerza. Sus músculos le gritaban que evitara los golpes, que bailara fuera de su alcance, pues cada impacto enviaba una descarga de agonía por sus brazos, y el suelo estaba resbaladizo con nieve roja.

A su alrededor, Desviados y elfos caían. Si alguna vez hubo un momento en que pudiera usar sus habilidades, era ahora, porque su enemigo no caía, y maldijo su propia incapacidad para invocar la luz.

Algo chocó contra él desde un lado, derribándolo sobre una rodilla, su espada cayendo al suelo. Luego un puño explotó contra su sien. Su propio puño golpeó instintivamente, golpeando algo duro, dándole tiempo suficiente para ponerse de pie y tambalearse hacia

atrás. La sangre brotaba de la nariz destrozada del Desviado, pero avanzó de nuevo y Fel'annár empujó el talón de su mano contra la cara media arruinada y sangrante. La bestia rugió de agonía, o quizás de ira, pero la cimitarra no cayó de sus manos. Los labios putrefactos se curvaron hacia atrás en la burla de una sonrisa y mientras tanto, los árboles permanecían en silencio.

'Es una conexión bidireccional, creo.'

Sus propias palabras regresaron a él, y de repente, comprendió. En este lugar abandonado por los árboles había buscado ayuda en el sitio equivocado. No eran solo los árboles los que albergaban este poder; también estaba en *él*. Era un Centinela Élfico, en cierto sentido, pero no había tiempo para reaccionar. Rodando hacia un lado, agarró su espada y luego la levantó con una mano, su daga larga en la otra. Giró, las hojas moviéndose con él. Sorprendido, el Desviado no pudo evitar una puñalada en el costado, pero aun así se mantuvo en pie, tuvo tiempo suficiente para asestar un puño directamente en la cara de Fel'annár. Su visión se nubló, sus piernas de repente débiles, y antes de que pudiera reaccionar, la faz pútrida estaba a centímetros de la suya. Ojos lechosos lo miraban sin expresión.

Había fallado.

Pero en lugar del mordisco del acero deslizándose en su carne, se sobresaltó por el pesado golpe sordo de una flecha impactando en la carne, y, sin embargo, no había dolor. El Desviado cayó lejos de él, una flecha élfica atravesando su cuello, y Fel'annár quedó solo. Sus rodillas cedieron, y se desplomó dolorosamente al suelo, una mano sosteniéndolo, la espada laxa en la otra. Todo lo que podía oír eran los sonidos menguantes de la batalla, y mientras levantaba su pesada cabeza, sus ojos registraron el campo de batalla. Habían vencido, pero la lista de heridos o muertos seguramente sería alta. Hizo una mueca, tosió, y luego escupió la sangre de su boca. Le dolía la cara, le ardían los nudillos, y un dolor punzante subía por su brazo de la espada. Recogiendo los pies debajo de él, se levantó y luego deslizó sus hojas en la funda de su espalda.

De pie, respiraba pesadamente, haciendo una mueca ante el constante flujo de sangre de su nariz.

—Aquí —dijo un guerrero Alpino a su lado, con un paño arrugado en su mano. Fel'annár asintió y lo presionó contra su nariz, gimiendo por el dolor de un apéndice obviamente roto.

El Capitán Comon estaba cerca, y Fel'annár caminó rígidamente hacia él, llegando justo a tiempo para escuchar sus palabras.

—Los Ari'atór han venido —murmuró—. Este grupo debe haber escapado de ellos. Los han perseguido hasta aquí.

Fel'annár miró a lo lejos, detectando inmediatamente la mancha negra que se extendía y lentamente se definía. Relajó sus tensos hombros, pues había pensado por un terrible momento que tendrían que exterminar ellos mismos al grupo de desconcertados Incipientes que seguían de pie, mirándolos.

Los Ari'atór montados tiraron de sus riendas y desmontaron ante los acobardados humanos. Caminando hacia ellos, desenvainaron sus espadas, pero no hubo gritos de batalla, ni carga. Simplemente los rodearon, y aunque Fel'annár no podía ver lo que hacían, podía oírlo. Sus ojos se humedecieron, y fue todo lo que pudo hacer para evitar que sus lágrimas cayeran. Momentos después, los Ari'atór abandonaron el círculo sangriento y caminaron hacia los comandantes y un atónito Fel'annár.

Cuanto más se acercaban, mayor era el deseo de retroceder, pues Fel’annár nunca había visto un grupo de guerreros tan temible. Se llenó de un profundo temor, un miedo atávico al que su alma reaccionaba instintivamente. Sin embargo, también se llenó de respeto, pues la naturaleza de su servicio a Aria era, quizás, la más dura que existía.

Su piel era de un bronce otoñal, con ojos azules resplandecientes en rostros angulares y algo marcados, cejas fruncidas en un eterno ceño. Llevaban las mismas trenzas que Lainon le había tejido, solo que sus cabezas estaban completamente cubiertas de ellas. Cada mechón había sido retorcido, las trenzas recogidas severamente en apretadas colas que se alzaban en lo alto de sus coronillas. Incluso así, les llegaban hasta la cintura, derramándose caóticamente sobre armaduras de cuero y pieles.

Fel'annár reconoció el parentesco entre Narosén, Golloron, Lainon y Tensári, pero no estaba preparado para su intensidad, esos rostros feroces, muecas pétreas que no se suavizaban.

—Comandante Hobin —llamó el capitán Comon con una respetuosa reverencia.

—Capitán Comon —respondió la voz profunda del comandante Ari, asintiendo en respuesta y luego volviéndose hacia su propia patrulla. Habló en una lengua de la que Fel'annár no podía entender ni una palabra, pero por más que lo intentara, no podía apartar los ojos de ellos, mirando descaradamente su extraña naturaleza.

—Me gustaría compartir información, Hobin —dijo el capitán—. Después debemos partir hacia las Tierras Bajas con toda prisa.

Fel'annár frunció el ceño ante las palabras del capitán. ¿Por qué tenía tanta prisa? Sacudió la cabeza porque sus oídos habían comenzado a zumbar. El capitán pareció percibir su desconcierto y giró la cabeza. —Lainon necesita ayuda.

El zumbido en sus oídos se intensificó, una cacofonía de voces disonantes que parecían gritar, advertirle. Sus ojos ardían intensamente, y el mundo se tiñó de remolinos de tonos verdes, azules y púrpuras. Su corazón se aceleró, y se volvió hacia el campo de batalla, con el cuero cabelludo hormigueando, su propio cabello danzando en el rabillo del ojo; y entonces su cuello crujió.

Las extremidades de Fel'annár se sentían tan rígidas como el acero forjado, con la capa ondeando turbulentamente alrededor de sus botas. No vio a los guerreros retroceder, no pudo oír sus gritos de consternación, pero incluso si lo hubiera hecho, nada importaba. Recordó a su último oponente, la flecha que le había salvado la vida cuando sus poderes le habían fallado. Lainon... había sido la flecha de *Lainon*.

Estaba caminando, ¿o flotaba? No podía respirar, como si hubiera recibido un puñetazo en el pecho. Allí, agrupados alrededor de una roca estaba La Compañía, y en medio de ellos había un guerrero caído. Alcanzó a ver el cabello gris de Sontúr, pero no podía ver el rostro del sanador: necesitaba ver su *rostro*.

La luz pulsaba dentro de él: la había encontrado, pero había sido demasiado tarde para impedir que Lainon se sacrificara. Pero

entonces no había sabido dónde buscar, no había entendido su naturaleza.

«Es algo recíproco, creo».

Maldita fuera su necedad. ¿Cómo no se había dado cuenta?

Caminó hacia ellos, lenta y entrecortadamente. —¿Lainon? —llamó. Sus ojos registraron a Tensári apoyada contra la roca, su cuerpo entero rodeado por una luz que solo él podía ver. Ella brillaba más intensamente que el resto, y recostado contra su pecho estaba Lainon, su luz apagándose lentamente.

Los sonidos en su mente alcanzaron notas más altas, metal y voz, un coro de algo sobrenatural. Antes de darse cuenta, estaba arrodillado junto a Sontúr, quien volvió su rostro impasible hacia Fel'annár, pero entonces se sobresaltó, retrocediendo bruscamente, incapaz de comprender las luces verdes, azules y púrpuras que centelleaban en los ojos de El Silvano. El rostro de Sontúr no era el rostro que Fel'annár había querido ver y un pavor se apoderó de él.

—¿Por qué no nos vamos? —preguntó, suplicando silenciosamente a Sontúr que negara su certeza. Los ojos de Sontúr se suavizaron.

—Debemos esperar aquí —murmuró.

—La herida —murmuró Fel'annár, señalando donde sobresalía una gruesa flecha negra del costado derecho de Lainon. Su hermano guerrero seguramente se había quedado quieto en medio de la batalla para disparar su arco y salvar la vida de Fel'annár, dejándose expuesto, vulnerable al ataque.

—Fel'annár. La flecha ha atravesado su hígado. Su sangre está contaminada.

—Pero puedes ayudarlo... —su propia voz resonó, tan débil en medio de la estruendosa cacofonía en su cabeza.

—No puedo, Fel'annár. Nadie puede. Es demasiado tarde. Se desvanece.

Oyó las palabras como si flotara bajo el agua, amortiguadas y poco claras, pero su significado se entendía al menos a un nivel primario. Las lágrimas inundaron sus ardientes ojos, tan rápidamente que resultaba doloroso, y bajó la mirada hacia un Lainon inconsciente, con la cabeza apoyada en el hombro de

Tensári, su cabello negro como la tinta derramándose a su alrededor. No se atrevía a mirar los ojos de *ella*.

—No puede morir... —susurró.

—Puede, Fel'annár. Lo hará. Debemos ayudarlo a emprender el Camino Corto.

Lainon era su hermano, no podía desaparecer. Fel'annár le necesitaba para el viaje que tenía por delante, le necesitaba para mantener su cordura. Era el único que entendía su naturaleza mística, y sin embargo todo eso no era nada comparado con el dolor por la ausencia de Lainon. No podía imaginarlo en absoluto. Era absurdo. ¿Cuándo había sucedido esto? ¿Cómo no se había dado cuenta?

La Compañía le observaba, su lucha por aceptar incluso mientras ellos mismos batallaban por mantener su posición, pues Fel'annár estaba atrapado una vez más en la vorágine, el poder que emanaba de su cuerpo, de sus ojos, asustándoles a un nivel instintivo. Sin embargo, el amor que sentían por él, por Lainon, era suficiente para anclarlos.

El dolor y la pérdida de sangre habían vuelto la piel oscura de Lainon húmeda y más pálida de lo habitual, desvaneciéndose el color en él, el aura de luz que le rodeaba casi apagada, pero mientras Fel'annár observaba, sus párpados temblaron, unos ojos azules deslumbrantes que ardían como si toda la luz de su ser se hubiera concentrado allí. Una sonrisa forzada luchaba contra una mueca de dolor.

—Quédate quieto, Lainon —ordenó Sontúr mientras intentaba desesperadamente detener el incesante flujo de sangre rojo brillante. Sus manos se cubrieron rápidamente una vez más, y el agarre de Tensári sobre el cuerpo de Lainon se estrechó.

Fel'annár no registró los suaves besos de La Compañía sobre la frente de Lainon, sus gentiles manos sobre su propio hombro; todo lo que podía ver era a Lainon detrás de su impresionante escritorio en los barracones la primera vez que se encontraron. Lainon sentado detrás de él trenzando sus mechones. Vio la ira de un Ari'atór en el campo de batalla, recordó palabras de consuelo y aliento, otras que le habían impactado.

«Tu padre... es Thargodén».

Vio la silenciosa dicha del Ari'atór mientras estaba frente a Tensári, y luego escuchó las palabras que Lainon había pronunciado apenas dos noches antes mientras contemplaban la salvaje belleza de Tar'eastór.

Eran las palabras de un hermano. Su hermano, el único que jamás conocería.

El cuerpo desfalleciente de Lainon se difuminó ante él, pero una voz le sacudió de vuelta, y se frotó furiosamente los ardientes ojos.

Una mano, fuerte como el mármol, se aferró a su brazal, desesperadamente, como si su dueño colgara al borde de un precipicio.

—Dile a Handir... dile... que sea fuerte —salieron entrecortadas las palabras de Lainon.

—Lainon —su propia voz, débil y acuosa—. No...

—Juntos, Fel'annár. Tú... y Handir —Gimió la última palabra.

La otra mano de Fel'annár se extendió, posándose sobre el hombro tembloroso de Lainon.

—Hermano...

Lainon sonrió, su garganta hinchándose mientras otro gemido de agonía atravesaba sus sonrientes labios carmesí. —Tienes un propósito, Sol Verde. Te he traído... hasta aquí... te he amado... como a un hermano.

—Lainon —su voz tembló, y sus labios se estremecieron, las lágrimas en sus ojos nublando la imagen de su hermano moribundo.

Una extraña calma pareció apoderarse de Lainon entonces, y sonrió. —Te vi, aquel primer día en los barracones —susurró ahora, porque ya no tenía fuerza para hablar—. Tu rostro contaba la historia de tu linaje, tus ojos albergaban un destino que Aria te concedió. Esto —gimió suavemente y la cabeza de Tensári cayó sobre el hombro de Lainon—. Por esto me fui —dijo, y Fel'annár supo que sus palabras eran para Tensári—. Perdóname, porque te amaré eternamente.

—Lainon —llamó Tensári, sus propios ojos llenándose de lágrimas que caían sobre el hombro de Lainon—. Te encontraré...

—Lo sé. La muerte no puede romper el amor. Ya verás.

—Dulce Lainon —susurró ella en su oído.

Los ojos de Lainon volvieron a posarse en Fel'annár, y aunque el Ari'atór estaba muriendo, sus ojos parecían aún más brillantes que antes.

—Escucha. Cree. El Protector debe... irse. Es hora, hora de que el protegido brille.

El rostro inolvidable de Lainon se difuminó una vez más, y la mano sobre su brazal se cerró con más fuerza alrededor de su antebrazo. El cuerpo bajo la mano de Fel'annár se estremeció violentamente, un gemido de pavor de Tensári, y luego el férreo agarre se aflojó y cayó con un golpe sordo. Fel'annár observó cómo el rostro perdía todo su color y tono, pero sus ojos —la brillante luz azul que se había concentrado allí— de repente destellaron y luego se desprendieron, una entidad propia, flotando ahora entre ellos; ¿o era su propia luz? No podía distinguirlo, no le importaba. Una brusca inspiración a su lado.

La luz pasó a través de él, un calor impregnando su cuerpo, aunque el suelo parecía abrirse bajo sus piernas. Una ráfaga de aire exhalado, y luego nada.

Solo silencio.

CAPÍTULO 15

Ber'anor

«El dolor puede hacer caer de rodillas al más fuerte de los reyes. Puede traer la locura al más cuerdo de los elfos, pero también puede fortalecer la voluntad, el impulso para alcanzar el propio destino, en nombre del difunto, en su honor».
Sobre la Naturaleza Élfica. Calro.



—Fel'annár?

—Déjale. —Una orden, una voz profunda y con fuerte acento.

Idernon dirigió una mirada rebelde hacia el intimidante comandante Ari'atór, Hobin. Fel'annár seguía arrodillado sobre el empapado suelo frente a la roca contra la que Lainon había muerto, con los ojos cerrados, extrañamente plácido en su momento de oración, o al menos eso es lo que parecía a La Compañía.

Hobin y sus compañeros habían tomado el cuerpo de Lainon y lo habían envuelto firmemente, y durante todo ese tiempo, Tensári había observado en silencio, su coraza manchada con la sangre de su alma gemela. Nadie le habló, ni siquiera aquellos que habían

servido con ella durante más de un siglo. Sabían lo que Lainon había significado para ella.

Los Ari'atór estaban listos para partir, de regreso a las distantes montañas y las tierras ocultas de Valle. Girándose, rodearon a Fel'annár, todavía arrodillado, mientras el grupo de Comon se adelantaba para despedirse.

—Los Ari'atór lo honrarán. Nos lo llevamos a Valle, donde pertenece —llegó la seductora voz—. Solicito que se conceda permiso a la teniente Tensári para viajar con nosotros, al menos durante un tiempo.

—Liberaré a mi teniente, si ese es su deseo —dijo Comon, con la mirada desviándose hacia el rostro de Tensári, que estaba completamente inexpresivo—. Gracias, Hobin, por tu gesto. Lainon era querido por muchos. ¿Hay algo que podamos hacer por vosotros, provisiones que necesitéis?

—No —respondió Hobin. No había nada superfluo en el comandante, ni siquiera en sus palabras. Eran planas, concisas, casi rudas si uno nunca había conocido a un Ari'atór. Comon lo había hecho, muchas veces.

Los ojos azules descendieron hasta Fel'annár.

—Levántate, Ber'anor.

Las palabras le llegaron como ninguna otra lo había hecho, y Fel'annár recogió sus pies bajo él. De pie ante los Ari'atór, abrió sus ojos. Solo quedaba una ligera translucidez del resplandor que todos habían presenciado antes, pero aun así era preternatural, y a veces, un destello azul bailaba a través de las profundidades verdes.

Hobin inspiró profundamente, y los guerreros detrás de él retrocedieron con un murmullo. Tensári mantuvo su posición junto al comandante. Fue entonces cuando Hobin, bastante fuera de lo común, sonrió. Comon nunca lo había visto, y le costó ocultar su sorpresa.

—Él te eligió para llevarlo. La luz con la que Aria lo bendijo está ahora en ti. Llévala con sabiduría, Ber'anor.

Fel'annár sonrió levemente, sin sorprenderse por las palabras del Ari'atór. —Rezo para que se encuentre a sí mismo, para que pueda verlo de nuevo al otro lado de mi camino.

—Es Ari'atór, niño. Se encontrará a sí mismo; todos nosotros lo hacemos.

Era un pequeño consuelo en ese momento de dolor entumecido, y Fel'annár asintió.

—Cuídate, Ber'anor —dijo Hobin, y luego, bastante inesperadamente, se inclinó ante Fel'annár. Girándose, agarró las riendas que un guerrero le tendía y montó.

Tensári se situó ante Comon, con ojos francos, rostro inexpresivo, lengua silenciosa.

—Ve, teniente. Haz lo que debas hacer durante el tiempo que necesites. Se te echará de menos.

Tensári saludó y luego se volvió hacia donde Fel'annár estaba observándola. Dio un paso más cerca, y luego su mano se alzó para acariciar la sien de Fel'annár. Él la observó con ojos vidriosos.

—Quizás nos volvamos a encontrar, tú y yo —dijo ella—. Te quería mucho, Sol Verde.

—Mi hermano —susurró Fel'annár, con una sonrisa temblorosa en los labios—. Hay algo aquí —gesticuló ante sus ojos acuosos—, algo que reconforta...

Los ojos de Tensári se llenaron de lágrimas, y ella devolvió su sonrisa vacilante. —Lo llevas contigo ahora, Ber'anor. —Su sonrisa desapareció de repente, y asintió con la cabeza en señal de deferencia. Girándose bruscamente, sus gruesas trenzas negras se agitaron alrededor de su cabeza, y la Ari'atór se dirigió hacia un caballo que otro guerrero le ofrecía. Montando rápidamente y con una última mirada prolongada a Fel'annár, los Ari'atór espolearon a sus monturas hacia un galope atronador a través de la llanura cubierta de nieve. Se dirigían al norte, hacia algún punto indefinido que solo ellos sabían encontrar, que nunca revelarían, ni siquiera bajo pena de muerte, y con ellos, el cuerpo de Lainon bien guardado.

Tensári lo comprendía ahora, pero era demasiado tarde. Lainon había creído profundamente, lo suficiente como para seguir su corazón ciegamente, hasta que Aria consideró oportuno mostrarle la verdad, una verdad que ella solo recientemente había empezado a entender. Depositaría a Lainon en su descanso final, le otorgaría los

honores propios de un Ber'ator, y después de eso, su propio camino seguía velado.



Habían pasado la noche en una zona sombreada, a medio día de caminata desde las Tierras Bajas. Los guerreros ilesos habían preparado piras para los tres guerreros Alpinos muertos, y luego, juntos, habían permanecido en oración silenciosa mientras las encendían y el capitán pronunciaba palabras de honor y recuerdo.

Sontúr había pasado la mayor parte de la noche cuidando de los heridos, y Galadan le ayudó con gusto, usando los conocimientos que había adquirido de su madre para coser y vendar heridas.

Mucho más tarde, los guerreros se sentaron alrededor de sus hogueras hablando tranquilamente entre ellos. Hablaban de los Incipientes y los Ari'atór. Hablaban de Lainon, pero, sobre todo, hablaban de la transformación de Fel'annár y la deferencia de Hobin hacia él. Pero Fel'annár era ajeno a sus palabras susurradas; simplemente se sentaba y miraba fijamente las brasas de la hoguera hasta que el sol parecía alzarse demasiado lentamente, como si fuera reacio a iluminar una tierra sin Dim'atór, el Guerrero Silencioso. Sontúr observaba desde su lado, consciente de que muchos de los otros habían evitado su mirada durante toda la noche. Había una tormenta de emociones en los ojos de Fel'annár, demasiado intensa para la mayoría, con la luz verde, púrpura y azul arremolinada que no era del todo natural.

A decir verdad, Sontúr más bien pensaba que parecía como si lo hubieran arrastrado hacia atrás a través de un arbusto de enebro. Su nariz estaba roja e hinchada, y su pómulo se estaba volviendo de un color púrpura bastante inquietante. Fel'annár frunció el ceño y luego hizo una mueca, obviamente deseando no haberlo hecho.

—Toma —dijo Sontúr, ofreciéndole un bulto que había atado por la parte superior—. Póntelo en esa cosa que llamas nariz —dijo.

Presionándolo contra su cara palpitante, Fel'annár se dio cuenta de que estaba lleno de hielo. Le escocía, pero lo mantuvo ahí, pues

de alguna manera alivió su palpitante cabeza.

—Alguien te destrozó bien la cara —sonrió Sontúr, cansado tras una noche sin parar. Fel'annár no había hablado desde su intercambio con Hobin y Tensári, desde que Lainon había muerto.

—Pagó el precio —dijo Fel'annár distraídamente.

Sontúr miró a Galadan, que asintió lentamente al príncipe, en silencioso agradecimiento por su diligencia.

—Diez minutos, guerreros. Diez minutos —llamó el capitán. Se levantaron lentamente, enderezaron sus atuendos y se pusieron sus arneses, mayormente en silencio salvo por alguna palabra murmurada ocasional. Era un tipo de silencio aturdido, uno que Fel'annár no notaba. Su cuerpo se movía, hacía lo que sabía que debía hacer a un nivel instintivo, pero su mente seguía ausente, perdida en un mundo más luminoso donde Lainon aún existía, de pie a su lado, guiándolo en su camino como guerrero.

Nada cambió en su caminata de regreso al pueblo de Golavé. La gente había salido a recibirlos, pero esta vez no hubo risas alegres, pues los guerreros estaban maltrechos y silenciosos, sus rostros magullados y entumecidos. Había menos de los que habían partido solo unos días antes.

Pasarían la noche aquí, disfrutando de las comodidades de la civilización, pero apenas fueron dispensados, Fel'annár simplemente depositó sus armas y se marchó. Subió hacia el último lugar donde había compartido vino y conversación con Lainon, hacia el afloramiento rocoso y las impresionantes vistas sobre el lago y más allá.

Se sentó como aquella noche, con los pies colgando despreocupadamente sobre el borde, las manos descansando sobre el reborde rocoso. Su mirada permanecía allí, hacia el norte y hacia Valle, donde Tensári depositaría el cuerpo de su hermano para que su espíritu pudiera encontrarse a sí mismo y volver a la forma física, en un futuro lejano y solitario, en un mundo que no era aquí.

Fel'annár exhaló un largo y purificador suspiro y cerró los ojos. Había sido tan repentino, más allá de su capacidad de imaginar. Su duelo le dolía como si le hubieran arrancado un trozo de su propia carne, y sin embargo las palabras de Hobin lo habían reconfortado;

las había creído, e incluso ahora imaginaba a su hermano, vivo de nuevo, quizás reunido con sus parientes en Valle. Pero más aún que esto, estaba la sensación de calma y paz que se había alojado detrás de sus ojos. La luz de Aria que el cuerpo de Lainon había albergado no se había disipado ante sus ojos como había pensado al principio. Había penetrado en los suyos propios, se había unido a su propia luz verde, se había mezclado con ella, y aunque sabía que no era Lainon, que no era su espíritu, *sí* era su luz, su energía, una parte de él que Fel'annár llevaría consigo. Hobin no había pronunciado simples palabras de consuelo. Había hablado literalmente.

'Él te eligió para llevarlo...'

Fel'annár sonrió, sus labios se estiraron mientras temblaban, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Lloró entonces, y no se detuvo, ni siquiera cuando La Compañía se unió a él mucho más tarde. Se sentaron a su lado, silenciosos y tristes, con sus propios ojos dirigidos hacia el norte, donde Lainon ahora residía.

~

El viaje de regreso a Tar'eastór había sido rápido. Nubes oscuras se habían acumulado a sus espaldas, e incluso ahora, el lejano retumbar del trueno parecía un siniestro saludo a los guerreros que regresaban. Mientras pasaban las puertas, los centinelas los miraron con tristeza, y los cuernos de la fortaleza resonaron por todo el reino. El Capitán Comon llevaba cuatro espadas a su espalda, una señal segura de que se habían perdido guerreros. Donde normalmente serían recibidos con gritos de alegría y respeto, ahora, solo un pesado silencio los saludaba mientras sus caballos avanzaban cansadamente hacia el patio silencioso y abarrotado.

Al desmontar, Comon divisó a Gor'sadén junto con Pan'assár y el Príncipe Handir, hablando tranquilamente en las escaleras que conducían al Palacio Real. Lainon había sido el guardia de Fel'annár, pero antes había sido el del príncipe. Querría saberlo. Ordenando a la patrulla que regresara a los cuarteles, con la excepción de los

heridos, Comon subió las escaleras y luego saludó a Gor'sadén y Pan'assár antes de girarse e inclinarse ante Handir.

—Comandantes, Príncipe.

Los ojos de Gor'sadén se dirigieron hacia los pomos que sobresalían por encima del hombro de Comon y luego recorrieron con la mirada la patrulla distante, detectando al instante los mechones plateados de Fel'annár y a su lado, el cabello gris de su príncipe.

—Traigo malas noticias, señores. Perdimos a cuatro en el campo de batalla. El teniente Lainon ha tomado el Camino Corto al servicio de Tar'eastór. Tenéis mis más profundas condolencias, príncipe.

Handir se quedó mirando al capitán con una comprensión que se iba abriendo paso lentamente. Miró hacia la patrulla, como para desmentir las palabras del capitán, pero Lainon no estaba allí. En su lugar, Fel'annár le devolvía la mirada, y Handir se movía, caminando rígidamente y luego a grandes zancadas hacia la patrulla y Fel'annár, con el rostro fijado en creciente furia e incredulidad. Ramien e Idernon se colocaron a los lados de Fel'annár, pero el príncipe se detuvo, apenas a un brazo de distancia, con ojos demasiado brillantes que ardían de ira.

—Lainon está muerto. No era ni una pregunta ni una afirmación, y tras un momento, Fel'annár asintió.

—¿Defendiéndote? —susurró Handir.

Fel'annár se tomó un momento. Se habían salvado mutuamente, pero, aun así, aquella cimitarra le habría matado si Lainon no se hubiera sacrificado. Asintió una vez más.

La ira se mezcló con el dolor, y los ojos de Handir se llenaron de lágrimas, mientras sus puños se apretaron a los costados. Al girarse, cerró los ojos, los abrió de nuevo y se alejó, lejos de las miradas de pena que se seguían.

Fel'annár captó la mirada del capitán, su silenciosa petición respondida con un simple asentimiento. Luego Fel'annár se marchó, y cuando La Compañía hizo ademán de seguirle, los detuvo con un movimiento de cabeza.

Encontró a Handir más abajo en la ladera, arrodillado en la nieve detrás de una roca. Lágrimas silenciosas goteaban sobre la nieve,

derritiendo los copos esponjosos ante sus rodillas.

Fel'annár se sentó a su lado, con las rodillas dobladas frente a él y los antebrazos apoyados sobre ellas.

—Lainon hablaba a menudo de vos —dijo Fel'annár en voz baja. Era la primera vez que hablaba con el príncipe, su medio hermano, se recordó a sí mismo. Se sentía atrevido hablarle sin invitación, pero Lainon había mencionado a Handir en sus últimos momentos. Handir necesitaba saber cuánto había significado para él. Todo lo demás carecía de importancia.

—Dime, dime que no fuiste imprudente, que su sacrificio no fue por tu *estupidez* —susurró el príncipe furiosamente, aunque sus ojos estaban fijos en el horizonte, desenfocados.

Fel'annár resistió el impulso de responder mordazmente. Comprendía esta ira. Era irracional, dirigida a cualquier cosa al alcance, un mecanismo de defensa, algo en lo que centrarse que no fuera el propio dolor.

—No fui descuidado, mi príncipe. Luchamos contra Desviados. Le salvé el cuello de una cimitarra que no vio al comienzo de la batalla, y él salvó mi corazón de una hoja enemiga al final.

Handir miró la nieve bajo él, con lágrimas cayendo sin control. —¿Sufrió?

Fel'annár eligió sus palabras con cuidado. —Murió como un guerrero, mi príncipe. La Compañía y yo tuvimos tiempo de despedirnos. Tenía palabras para vos, y yo...

Handir se volvió para mirar a Fel'annár por primera vez. Se tomó un momento para estudiar a su hermano, del mismo modo que Fel'annár le estudiaba a él. Lainon había estado cerca de Handir, quizás tan cerca como el propio Fel'annár, y se le ocurrió que Lainon era el único que podía llevarlos a este punto, en el que el hijo del amor prohibido se sentaba ante el hijo del amor no correspondido. Ambos eran fruto de la devoción, unidos de alguna extraña manera por los destinos de sus madres.

—Te pidió que fueras fuerte, que tú y yo deberíamos hacer algo juntos. Sin embargo, lo que quiso decir, no lo puedo asegurar.

Pero Handir *sí* lo sabía. El plan que Aradan, Lainon, Turion y él habían ideado, del cual Fel'annár no sabía nada. No dijo nada.

Fel'annár suspiró profundamente, sorbió y luego hizo una mueca mientras se levantaba lentamente, mirando hacia abajo al príncipe de Ea Uaré, preguntándose si alguna vez tendría la libertad de hablar francamente con este elfo que se parecía un poco a él, que compartía parte de su sangre, que había elegido al mismo hermano en Lainon. Honraría la súplica moribunda de Lainon de que debería hacer algo junto con Handir, pero el príncipe no había hablado, y Fel'annár quedaba en la ignorancia. —Ambos perdimos a un hermano, mi príncipe. Lamento vuestra pérdida; lamento no haber podido impedir que me protegiera.

Handir levantó los ojos nublados. La ira había desaparecido, y en su lugar había dolor, dolor e indecisión. El príncipe simplemente asintió lentamente, pero siguió sin hablar.

Fel'annár le observó un rato más antes de dejar a Handir en la nieve, rumbo a la Casa de Curación y la mirada desaprobadora de Aranè.

Handir era un príncipe. Su corazón era secundario a las necesidades de su pueblo, siempre lo había entendido así. Resolvió hablar con el muchacho tan pronto como pudiera, no sin antes hablar con Damiel. Handir había encontrado un oído comprensivo en el venerable consejero, eso y una mente aguda que seguramente le ayudaría a tomar las decisiones correctas.

Handir se levantó lentamente de la nieve y se pasó una mano por la cara. Había tanto que hacer, tantas cosas improbables que lograr. Todavía estaba la cuestión de los mensajeros que habían llegado de Ea Uaré y las misivas que habían entregado. El grupo había sido inesperadamente grande, suponía porque las misivas que llevaban estaban escritas de puño y letra del rey, palabras destinadas a nadie más que sus destinatarios. Pero todo esperaría, porque por ahora, no había nada más importante para él que llorar la pérdida de Lainon.

Mientras Handir entraba y se dirigía lentamente hacia sus aposentos, Silor lo observaba desde un rincón sombreado. Había visto a El Silvano hablando con el Príncipe Handir, había visto el respeto que los guerreros le mostraban, visto el vivo interés en los

ojos de Gor'sadén. El chico era mucho más peligroso de lo que jamás había creído. Se volvió hacia el elfo a su lado.

—Tenías razón. Quizás ahora, con Lainon muerto, hay una oportunidad.

—Si no hubieras fallado cuando surgió tu oportunidad inesperada, nada de esto habría sido necesario. —Su compañero sonrió con suficiencia—. Si hubieras usado tu iniciativa cuando te diste cuenta de la situación por primera vez, el enemigo de nuestro primo ya estaría congelado en la nieve.

—Lo intenté...

—Y fracasaste. Pero tienes razón, por supuesto. Con el Ari'atór en el Camino Corto, ese bastardo mestizo no saldrá vivo de Tar'eastór. Todavía puedes redimirte, Silor. Solo debes atender a tus mayores. Lord Band'orán estará agradecido por tu servicio.

Silor observó cómo el señor se alejaba. Ahora que sabía lo que se esperaba de él, no fallaría de nuevo. Esperaría su momento, aguardando un instante de vulnerabilidad. Recuperaría su posición en el ejército, un lugar en el Círculo Interior. Volvería a conocer la sonrisa orgullosa de su padre.



Sontúr no pudo conciliar el sueño esa noche a pesar de estar tumbado en su propio lecho mullido de opulentas telas y suaves almohadones.

Muchas cosas le habían robado el descanso, pero era la muerte de Lainon la que se repetía incesantemente en su mente. Los ojos ardientes de Fel'annár, la luz azul de Lainon, una palabra haciendo eco una y otra vez, como si su mente le suplicara que comprendiera.

'Ber'anor'.

No podía soportarlo más, así que, vistiéndose apresuradamente, se dirigió a la biblioteca. Las puertas estaban abiertas como siempre, y Sontúr se sorprendió al ver a Idernon escondido en un rincón distante, con libros apilados frente a él. Acercándose, asintió y luego

se sentó a su lado, sus ojos recorriendo los tomos que el Sabio Guerrero había seleccionado para leer.

—Idernon —murmuró en voz baja—. Creo que quizás tú y yo compartimos las mismas razones para estar aquí; la misma inquietud nos roba el sueño...

Idernon no le miró porque sus ojos estaban escaneando un pasaje de texto antiguo, tan absorto que ni siquiera había saludado al príncipe de la manera adecuada. —¿Y cuál sería esa, hermano? —preguntó distraídamente.

—Lainon. Fel'annár.

Idernon apartó la vista del texto y miró a Sontúr.

—Continúa.

—Soy un sanador, Idernon, pero la muerte de Lainon fue la más extraña que he visto. La luz...

—Sí. Vi eso, aunque desde lejos.

—Y luego estaba el Comandante Hobin —murmuró Sontúr.

—¿Te refieres a cuando se inclinó ante Fel'annár?

—Eso y las palabras que usó: Ber'ator y luego Ber'anor.

Idernon frunció profundamente el ceño. —¿Podrías elaborar?

—Hobin usó las palabras varias veces. Llamó a Fel'annár 'Ber'anor', y luego se refirió a Lainon como 'Ber'ator'. Pensé en buscar las palabras, investigar su significado.

Idernon miró a Sontúr mientras su mente daba vueltas. —Puede que hayas acortado mi investigación; quizás eso es lo que debería buscar, aquí, por ejemplo —dijo, con los ojos un poco más abiertos mientras buscaba el libro que solo había hojeado brevemente antes. Sontúr lo observó, para luego echar la mirada hacia la mesa y los libros. Vio los nombres de Cor'hidén, Calró y Sebhat: había oído mencionar ese nombre en las Crónicas Silvanas. Observó cómo Idernon enganchaba su dedo índice sobre el borde superior y abría el libro. Admiró el cuero trabajado y la obra de arte grabada en él, demasiado sencilla para ser Alpina, sin embargo, y no había raíces ni patrones de hojas que sugirieran que era Silvana. Acercándose, sus ojos registraron las runas características de los Ari'atór... ¡no podía leerlo!

—Idernon. Dime que puedes entender esto.

Su única respuesta fue un dedo delgado que rozó los extraños patrones de tinta. Había una lista de algún tipo, o al menos así le pareció a Sontúr. O tal vez era un índice. Tocando la quinta línea hacia abajo, Idernon hojeó el libro y abrió una página en la que un dibujo mostraba a un elfo moribundo, sostenido en los brazos de otro. La piel de Sontúr se erizó. Era como si se estuviera viendo a sí mismo inclinado sobre Lainon, con Fel'annár a su lado y Tensári agarrando desesperadamente a un elfo que se desvanecía. Sin embargo, al inclinarse más, sus ojos se ensancharon y su propio dedo se alzó hacia el dibujo.

—Aquí, mira esto. Esto es lo que vi, la luz...

—Sí —murmuró Idernon, con los ojos brillando en la media luz—. Este libro, es lo que ellos llaman un 'Libro de Iniciados', destinado, creo, a jóvenes Ari'atór.

Sontúr asintió indicando que entendía y luego dejó que sus ojos se centraran en el dedo de Idernon que se movía lentamente, escuchando ávidamente mientras el joven Silvano traducía el texto bajo el dibujo, siguiendo las runas como si pudiera leerlas él mismo.'

La muerte de un Ari'atór es el momento en que el cuerpo cede ante la herida. La luz otorgada por Aria es reabsorbida, en la tierra, el aire, el agua y los árboles, solo para formar parte del Uno nuevamente. Pero la muerte de un Ber'ator es un espectáculo raramente visto, caracterizado por el desprendimiento visible de su luz vital.'

—Lainon —murmuró Sontúr—. Pero ¿qué es un Ber’ator? —preguntó, con un tono casi desesperado.

—Sí, esa es la pregunta, ¿no es cierto? —dijo Idernon, con los ojos ardiendo con este nuevo conocimiento. Su mente ágil le tenía escaneando el índice una vez más, hacia atrás y lo que Sontúr más bien pensaba que podría ser un glosario.

—¿Lo tienes? —susurró con urgencia.

—Un momento.'

Ber'ator. Ari'atór designado por Aria para proteger a un Ber'anor.'

—Maldita sea, Idernon. ¿Qué es un *Ber'anor?*

—Espera, lo tengo aquí —murmuró, con los dedos volando sobre la siguiente línea de runas.

'Ber'anor. Elfo designado por Aria para cumplir un propósito.'

Idernon y Sontúr levantaron la vista y luego se miraron el uno al otro. —Espera. Según esto, ¿Lainon fue designado por Aria para proteger a Fel'annár, para que él, a su vez, pueda cumplir un destino?

—Eso parece. Suena improbable, ¿no crees? —dijo Idernon, y Sontúr pensó que el Sabio Guerrero parecía más satisfecho consigo mismo que confundido como él. Su mente racional le gritaba que rechazara las explicaciones como misticismo Ari. Seguramente debía haber una explicación lógica para la luz, pero entonces, ¿qué hay de las palabras de Hobin?

Ber'ator, Ber'anor...

—Idernon. Dime sinceramente, ¿crees en esto?

El Sabio Guerrero sonrió al príncipe, pero Sontúr no podría decir con certeza qué brillaba tras sus ojos azules. —Sontúr, soy un elfo racional. Cuestiono todo, incluso las cosas más insospechadas. Eso me ha ganado muchas burlas, pero también me ha otorgado sabiduría. Fel'annár siempre mostró una afinidad con los árboles, pero fue solo cuando conoció a Lainon que sus poderes comenzaron a manifestarse y luego a crecer. No estuve allí para ver su inicio, pero escuché con atención los relatos de otros, vi la conexión entre ellos. Y luego está la cuestión de sus sueños.

—¿Qué, qué sueños?

—Tiene sueños recurrentes. Se ve a sí mismo como un bebé en los brazos de un Centinela y el rostro sonriente de una dama que lo observa. Se oye haciendo la misma pregunta una y otra vez.

'*¿Quién soy yo?*' Y luego una voz que responde: '*Soy Fel'annár, soy el bosque'.*

—Pero esto no prueba nada —dijo Sontúr, sin ninguna convicción en su tono.

—No, no lo hace. Pero hay una acumulación de circunstancias que atrae poderosamente mi atención. Y luego, por supuesto, está la revelación de su herencia. El hijo de un rey: mitad Silvano, mitad Alpino. Políticamente, es un elemento potencialmente peligroso para aquellos que buscan poder en la corte del Rey Thargodén, pero socialmente, es, quizás incluso más peligroso, por lo que representa.

Es mitad nativo, mitad colonizador; la cuestión de su destino, predeterminado o no, es, francamente, intrigante.

—Entonces, si te estoy entendiendo correctamente, ¿estás diciendo que no lo sabes? —preguntó el príncipe arqueando una ceja.

Idernon esbozó una sonrisa irónica. —Esencialmente. Pero cuán fascinante será observar. Quizás con el tiempo, tengamos nuestra respuesta, y tú y yo creeremos como Hobin y los Ari'atór ya lo hacen, como el resto de nuestros hermanos.

Sontúr sonrió al extraño y sabio guerrero. —Eso sería toda una hazaña, Idernon. Tenemos mucho en común, tú y yo.

—Sí, así es —dijo, cerrando el Libro de los Iniciados. Con una mirada culpable a su alrededor, metió el tomo en su chaqueta y luego dirigió una mirada interrogante al príncipe. Sontúr no dijo nada. En su lugar, hizo un gesto con la cabeza indicando a Idernon que le siguiera. Una vez fuera, Idernon sacó el libro y lo colocó cuidadosamente bajo su brazo.

—Acompáñame a tomar una copa de vino, Idernon —dijo Sontúr —. Ahora que soy un hermano de La Compañía, me gustaría escuchar tu historia, si estás dispuesto a compartirla.

Idernon asintió, y Sontúr dirigió su mirada hacia delante, pero su mente aún estaba en la investigación. ¿Era Fel'annár un servidor de Aria? Parecía imposible, pero Sontúr había visto la luz en sus ojos, la propia luz de Lainon. Había escuchado las palabras de Fel'annár cuando había hablado de la dama en los jardines del rey, de su propia madre. Tampoco podía explicar eso. Y si era todo cierto, ¿cuál era el propósito del muchacho? ¿Qué querría Aria de un elfo ilegítimo, nacido de un rey, con un poder que aún no se comprendía? ¿Qué le ordenaría hacer?

No lo sabía. Lo único que sabía era que quería averiguarlo.

~

Con el sueño vinieron las imágenes más vívidas que Fel'annár había tenido jamás. Su vida pasó ante sus ojos en un vertiginoso

momento. Sus pruebas como niño, el silencio de Amareth, el amor de Idernon y Ramien y su entrenamiento como novicio. Vio a Turion y Lainon, Carodel, Galdith y Galadan, recordó el desdén de los reclutas Alpinos en Ea Uaré y la fácil camaradería de los guerreros de Tar'eastór. Vio a Golloron y Narosén, los Ari'atór Espirituales, sus ojos sabios y palabras escasas. Vio a los Desviados e Incipientes, a la chica en la cueva mientras extendía la mano pidiendo clemencia.

Sus esperanzas y sueños futuros también estaban allí, incluso los que nunca se había dado cuenta de que tenía, pues vio a Pan'assár *sonreírle*, y luego el brazo fraternal de Handir sobre su hombro. Sontúr también estaba allí, de pie sobre una alta cresta, un regio estandarte de cabello gris ondeando tras él mientras miraba hacia el horizonte lejano y hacia Ea Uaré. Luego apareció el Rey Thargodén mirándole, con una mano extendida hacia él y sobre ella, una esmeralda en bruto. Se vio a sí mismo inmerso en la Danza de la Muerte Grácil, el Kal'hamén'Ar con Gor'sadén, y luego su regreso al bosque como guerrero y señor.

Sus miedos también estaban allí, entrelazándose con las cosas que veía. Un bosque de elfos Alpinos que se burlaban de él, rechazo y odio en sus ojos, un mago elfo escupiendo fuego desde sus ojos, y luego un Centinela floreciente, una reina sonriente. Y entonces vio a Tensári, con resentimiento brillando en sus espléndidos ojos azules mientras le daba la espalda. Todo se unía: esperanza, miedo, sueños, y quizás destino. Era como si una parte de su vida hubiera concluido y un nuevo ciclo estuviera comenzando, uno que aún tenía que comprender.

Pero entonces Lainon estaba allí, y todos sus miedos se desvanecieron ante una de esas sonrisas poco frecuentes, las que habían iluminado el rostro de su hermano elegido y lo habían hecho brillar, tal como Lainon le había pedido que hiciera con su último aliento.

Entonces vio luz, primero azul mientras penetraba sus ojos e inundaba su alma con un calor que nunca había conocido. Vio luz verde tras los ojos de una mujer desconocida que lo miraba en una triste despedida, y vio los ojos sonrientes de la dama en el árbol. Nunca había sabido quién era ella, pero ahora, de repente, ya no

había duda en su mente. Fue entonces cuando escuchó las palabras que de alguna manera sabía que ella había pronunciado, palabras que nunca había podido oír... hasta ahora, porque no había sabido quién era ella, no había entendido que era Aria.

'Fel'annár, Sol Verde te nombro, porque brillarás para todos nosotros'.

FIN



La guerra se cierne sobre los bosques élficos. Las alianzas se tambalean, los enemigos se multiplican y los secretos del pasado amenazan con cambiarlo todo.

Fel'annár, el joven guerrero marcado por un destino incierto, ya no es un aprendiz: ahora debe convertirse en líder. Entre la lealtad a su gente y el peso de un linaje oculto, su viaje lo enfrentará a pruebas más duras que la batalla: la confianza, el honor y la verdad sobre quién es realmente.

En medio de épicas batallas, intrigas palaciegas y revelaciones que pondrán a prueba su espíritu, nacerá una leyenda… aunque el precio a pagar puede ser demasiado alto.

Amanecer de Una Leyenda es el tercer volumen de la aclamada Saga Silvana de R.K. Lander, una obra imprescindible para los amantes de la fantasía épica, con la magia, la emoción y la

profundidad que conquistarán a los seguidores de Tolkien, Sanderson y Hobb.

Resérvalo ahora en Amazon

Acerca del Autor



R.K. Lander es una autora británica residente en España, especializada en fantasía épica y conocida por su serie El Silvano, que ha cautivado a lectores de todas las edades.

Para más información sobre sus libros, y novedades sobre sus publicaciones, subscríbete a su lista de correo, o visita su página web.

Subscríbete a Noticias de R.K. Lander
R.K. Lander's Website
Contacta conmigo en ruth@rklander.com